

## EN LA EXPOSICIÓN DEL EVANGELIO SEGÚN MARCOS. (C,S)

### CARTA A ACCA.

Al disponernos a escribir la exposición del Evangelio según Marcos, con la ayuda de la misma gracia evangélica, hemos considerado necesario insinuar brevemente cuál fue la causa que llevó a Marcos a escribir su Evangelio. Cuando en la ciudad de Roma surgió la clara luz del verdadero Dios, predicada por el bienaventurado apóstol Pedro, la palabra de la verdad iluminaba tanto las mentes de todos con su agradable audición, que nunca se saciaban de escucharle. Por ello, no les bastó solo con oír, sino que, suplicando con todas sus fuerzas, rogaron a Marcos, su discípulo, que consignara por escrito lo que Pedro predicaba de palabra, para tenerlo como recordatorio perpetuo, de modo que pudieran permanecer en la meditación de esa palabra tanto en casa como fuera de ella. No cesaron de suplicar hasta que obtuvieron lo que pedían. Pedro, al darse cuenta por el Espíritu Santo de que había sido despojado religiosamente por este hurto, se alegró; y considerando la fe y devoción de ellos, confirmó lo hecho y entregó a las Iglesias la Escritura para que fuera leída perpetuamente. Clemente, en el sexto libro de las Disposiciones, describe que esto sucedió así. Un testimonio similar da también el obispo de Hierápolis, llamado Papías, quien dice que Pedro, en su primera carta, escrita desde la ciudad de Roma, menciona a Marcos, en la cual nombra a Roma de manera figurada como Babilonia, cuando dice: "Os saluda la Iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros, y Marcos, mi hijo". Tomando el Evangelio que él mismo había compuesto, se dirigió a Egipto, y anunciando primero a Cristo en Alejandría, estableció una Iglesia con tal doctrina y continencia de vida, que obligó a todos los seguidores de Cristo a seguir su ejemplo. Finalmente, Filón, el más elocuente de los judíos, al ver la primera Iglesia en Alejandría aún judaizante, escribió un libro sobre su modo de vida, como si fuera en alabanza de su nación. Y así como Lucas narra que los creyentes en Jerusalén tenían todo en común, también él dejó registrado lo que veía que sucedía en Alejandría bajo la enseñanza de Marcos. Se dice que era de origen israelita y de linaje sacerdotal, y que después de la pasión y resurrección del Señor Salvador, fue instruido en la fe evangélica y los sacramentos por la predicación de los apóstoles, y que pertenecía al número de aquellos de los que Lucas escribe: "También una gran multitud de sacerdotes obedecía a la fe" (Hechos VI). Por lo tanto, como estaba instruido en los preceptos legales, mostró a la gente a la que llamaba a la fe el mejor orden de vida en todo. También mostró la observancia canónica de la Pascua, que debía ser imitada por todas las Iglesias de Cristo. En el Evangelio de quien, por el estímulo de tu exhortación, querido obispo Acca, así como de muchos otros hermanos, según el Señor nos lo conceda, escribiremos, cuidaremos de poner lo que hemos encontrado en los ejemplos de los venerables Padres, recogido de aquí y de allá. Pero también interpondremos algunas cosas propias para imitar su sentido, donde parezca oportuno, y suplico al lector que, si considera que estas nuestras obras son dignas de ser transcritas, conserve diligentemente la anotación de los nombres que se han mencionado anteriormente, tal como se ha hecho en la exposición del Evangelio del bienaventurado Lucas, que compusimos hace muchos años con la ayuda de la gracia de Dios. Que la gracia celestial proteja siempre tu santidad, que ora por nosotros. Y antes que nada, ruego en el Señor a todos los que quizás lean esto, que se dignen ser intercesores ante el piadoso Juez por mis fragilidades tanto del cuerpo como del alma.

### LIBRO PRIMERO.

#### CAPÍTULO PRIMERO.

Inicio del Evangelio de Jesucristo, etc. Como está escrito en el profeta Isaías. Este principio del Evangelio de Marcos debe compararse con el principio de Mateo, donde dice: "Libro de

la generación de Jesucristo, hijo de David", etc. Y de ambos se debe entender que nuestro Señor Jesucristo es el Hijo de Dios y del hombre. Y apropiadamente el primer evangelista lo llama Hijo del hombre, y el segundo Hijo de Dios, para que nuestro entendimiento se eleve gradualmente de lo menor a lo mayor, y a través de la fe y los sacramentos de la humanidad asumida, ascienda al conocimiento de la eternidad divina. Apropiadamente, quien iba a describir la generación humana comenzó con el Hijo del hombre, es decir, de David o de Abraham, de cuya descendencia asumió la sustancia de la carne. Apropiadamente, quien comenzaba su libro desde el inicio de la predicación evangélica quiso llamar más bien Hijo de Dios a nuestro Señor Jesucristo, porque ciertamente era de la naturaleza humana asumir la verdad de la carne de la prole de los patriarcas o reyes, y era de la potencia divina predicar el Evangelio al mundo. Evangelio, en efecto, significa buena noticia. ¿Y qué noticia es mejor que: "Haced penitencia, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mateo III)? Es propio del hombre nacer humanamente, pero es propio de Dios predicar a los penitentes la entrada al reino celestial. Y por eso Mateo llama correctamente Hijo de David a quien afirma que vino en la carne. Correctamente, Marcos lo llama Hijo de Dios, a quien en el inicio de su volumen designa como autor del Evangelio y garante del reino eterno. Es de notar que los santos evangelistas, que nos dejaron escrita la dispensación de la encarnación del Señor, se acercaron al oficio de escribir encendidos por un mismo espíritu, pero cada uno estableció un principio diferente para su narración y un término diferente. Mateo, comenzando desde el nacimiento del Señor, llevó la serie de su narración hasta el tiempo de la resurrección del Señor. Marcos, comenzando desde el inicio de la predicación evangélica, llegó hasta el tiempo de la ascensión del Señor y la predicación de sus discípulos a todas las naciones del mundo. Lucas, comenzando desde el nacimiento del precursor, terminó su Evangelio en la ascensión del Señor, cuando los discípulos regresaban a Jerusalén esperando la venida del Espíritu Santo en alabanzas divinas. Juan, comenzando desde la eternidad del Verbo de Dios, por quien todas las cosas fueron hechas, también él llega hasta el tiempo de la resurrección del Señor en su evangelización. Por tanto, al escribir el Evangelio, Marcos pone primero de todo los testimonios de los profetas que ya predecían que esto sucedería. Para que así indicara que lo que escribía debía ser recibido por todos como verdadero y sin escrúpulo de duda, mostrando que esto había sido previsto y predicho anteriormente por los profetas llenos del Espíritu Santo, y al mismo tiempo, con el mismo principio de su Evangelio, instruyó a los judíos, que habían recibido la ley y los profetas, para que también recibieran los sacramentos del Evangelio que sus propios profetas habían predicho, y provocó a los gentiles, que habían venido al Señor por todas las proclamaciones del Evangelio, a recibir y venerar también la autoridad de la ley y los profetas, para que si alguno, según los herejes, hubiera recibido solo el Antiguo Testamento o solo el Nuevo, no quedara ajeno al testamento de Dios.

He aquí que envió a mi ángel, etc. Juan es llamado ángel, no por la sociedad de la naturaleza según la herejía de Orígenes, sino por la dignidad del oficio. Ángel en griego, en latín se dice mensajero. Con este nombre pudo ser llamado correctamente aquel hombre que "fue enviado por Dios para dar testimonio de la luz" (Juan I), y anunciar al mundo al Señor que venía en la carne. No es de extrañar que mística y correctamente se le llame ángel a aquel de quien "entre los nacidos de mujer no ha surgido nadie mayor" (Mateo XI), ya que está claro que todos los que ejercen debidamente el grado del sacerdocio pueden ser llamados ángeles por el oficio de evangelizar, como dice el profeta: "Los labios del sacerdote guardarán la ciencia, y de su boca buscarán la ley, porque es ángel del Señor de los ejércitos" (Malaquías II).

Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, etc. Es evidente que el Hijo unigénito es llamado Verbo del Padre, como atestigua Juan cuando dice: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan I). Y por nuestra propia

forma de hablar sabemos que primero suena la voz, para que luego pueda ser escuchada la palabra. Por tanto, Juan es llamado voz por el profeta, porque precede a la palabra. Así, adelantándose a la venida del Señor, es llamado voz, porque por su ministerio el Verbo del Padre es escuchado por los hombres. También clama en el desierto, porque anuncia el consuelo de la redención a la Judea abandonada y desolada. Pero lo que clamaba se revela cuando se añade: "Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas". Todo el que predica la fe recta y las buenas obras, ¿qué otra cosa hace sino preparar el camino al Señor que viene a los corazones de los oyentes, para que la fuerza de la gracia penetre, para que la luz de la verdad ilumine, y haga rectas las sendas para Dios, mientras forma pensamientos puros en el alma a través de la palabra de la buena predicación? Es de notar que de los testimonios proféticos que Marcos pone, uno se encuentra en Isaías, pero el otro se encuentra en Malaquías. Sin embargo, no se debe pensar que el evangelista se equivoque o engañe al decir que esto está escrito en Isaías cuando Isaías no lo escribió, sino que más bien se debe entender que, aunque no se encuentran estas palabras de Malaquías en Isaías, el sentido de ellas se encuentra en Isaías, y en varios otros lugares, y más claramente en lo que él mismo añade aquí: "Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas". ¿Quién no ve cuánta concordia hay en ambas sentencias? Pues lo que dijo Malaquías, que se enviaría un ángel ante la faz del Señor para preparar su camino, es ciertamente lo que dijo Isaías, que se escucharía la voz del que clama en el desierto, diciendo: "Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas". Porque así como Juan pudo ser llamado correctamente ángel, porque precedió al Señor anunciando el Evangelio, así pudo ser llamado correctamente voz, porque precedía al Verbo de Dios sonando, como se ha dicho antes. En ambas sentencias se predica igualmente la preparación del camino del Señor. Por lo tanto, el evangelista no se equivoca al escribir que esto fue dicho por Isaías, porque aunque no con las mismas palabras, encuentra que fue escrito por él con el mismo sentido. Sin embargo, pudo haber sucedido que al escribir el Evangelio, a Marcos le viniera a la mente Isaías en lugar de Malaquías, como suele suceder. Pero esto sin duda alguna lo habría corregido, al menos advertido por otros, que pudieron leer esto mientras él aún vivía en la carne, a menos que pensara que no fue en vano que a su memoria, guiada por el Espíritu Santo, le viniera otro nombre en lugar del otro, porque así el Señor dispuso que se escribiera. La razón más útil que debe pensarse fácilmente es que así se insinúa que todos los santos profetas hablaron con un solo espíritu, con una maravillosa concordancia entre ellos, de modo que esto es mucho más que si todo lo de todos los profetas se dijera con la boca de un solo hombre. Y por eso, sin duda alguna, se debe aceptar que lo que el Espíritu Santo dijo a través de ellos, tanto lo dicho por Isaías es de Malaquías como de Isaías, y lo dicho por Malaquías es de Isaías como de Malaquías. ¿Qué necesidad había entonces de que Marcos corrigiera, cuando al leer lo que había escrito, le vino a la mente otro nombre en lugar del otro? ¿Y no más bien, siguiendo la autoridad del Espíritu Santo, por quien sentía que su mente era guiada más que por nosotros, dejaría esto escrito así? Pues así el Señor había dispuesto que se le advirtiera para informarnos que hay tal concordancia de sus palabras entre los profetas, que no sería absurdo, sino más bien congruente, que también atribuyéramos a Isaías lo que encontramos dicho por Malaquías.

Juan estaba en el desierto bautizando, etc. Es evidente para todas las naciones que Juan no solo predicó el bautismo de penitencia, sino que también lo dio a algunos, pero sin embargo, no pudo dar el bautismo para la remisión de los pecados. En efecto, la remisión de los pecados solo se nos concede en el bautismo de Cristo. Por lo tanto, es de notar lo que se dice, "predicando el bautismo de penitencia para la remisión de los pecados", ya que no podía dar el bautismo que perdonara los pecados, lo predicaba, para que así como precedía al Verbo encarnado del Padre con la palabra de la predicación, así su bautismo, que no puede perdonar

pecados, precediera al bautismo de penitencia que los perdona. Y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. Se da el ejemplo de confesar los pecados y prometer una vida mejor a aquellos que desean recibir el bautismo, como también, cuando Pablo predicaba en Éfeso, muchos de los creyentes venían confesando y anunciando sus actos, para que, renunciando a la vida antigua, merecieran ser renovados en Cristo. Por eso también se dijo al bienaventurado Pedro, cuando se le mostraron en un lienzo celestial animales de diversos géneros: "Levántate, Pedro, mata y come" (Hechos X). Lo cual es decir claramente: Mata a los infieles de lo que eran antes, por la renuncia de los crímenes y la promesa de la pía religión, y así, imbuidos en los sacramentos de la fe cristiana, transfórmalos en miembros de la santa Iglesia.

Y Juan estaba vestido de pelos de camello, etc. Vestido, dice, de pelos, no de lana. Lo uno es indicio de vestimenta austera; lo otro, de lujo más blando. La faja de cuero con la que estaba ceñido, al igual que Elías, es indicio de mortificación. Por lo demás, lo que sigue: "Y comía langostas y miel silvestre", es propio de un habitante de la soledad, para que no buscara las delicias de los alimentos, sino que satisficiera la necesidad de la carne humana. Su vestimenta y dieta también pueden expresar, no inadecuadamente, la calidad de su conversación interna por medio de la significación. Pues usaba vestimentas más austeras, como también el Señor en sus alabanzas testificó diciendo a los judíos: "¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿A un hombre vestido con ropas delicadas? He aquí, los que visten ropas delicadas están en las casas de los reyes" (Mateo XI), porque no fomentó la vida de los pecadores con halagos, sino que la increpó con el vigor de una áspera invectiva diciendo: "Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira verdadera?" (Mateo XXIII). Tenía un cinturón de cuero alrededor de sus lomos, porque crucificó su carne con sus vicios y concupiscencias, lo cual hemos aprendido que es propio de aquellos que son de Jesucristo, como atestigua el Apóstol. Comía langostas y miel silvestre, porque la predicación de él sabía dulce a las multitudes, pensando el pueblo y considerando todos en sus corazones acerca de él si acaso él era el Cristo. Pero pronto esa opinión llegó a su fin, cuando sus oyentes comprendieron que no era él el Cristo, sino el precursor y profeta de Cristo. En la miel hay dulzura, en las langostas hay un vuelo ágil, pero pronto decae.

Y predicaba diciendo: Vendrá uno más fuerte, etc. Era costumbre entre los antiguos que si alguien no quería tomar por esposa a la que le correspondía, aquel que venía como esposo por derecho de parentesco le desataba el calzado. ¿Qué otra cosa apareció Cristo entre los hombres, sino como el esposo de la santa Iglesia? De quien también el mismo Juan dice: "El que tiene la esposa es el esposo" (Juan III). Pero porque los hombres pensaron que Juan era el Cristo, lo cual el mismo Juan niega, correctamente declara que es indigno de desatar la correa de su calzado. Como si dijera abiertamente: No puedo desnudar las huellas del Redentor, porque no usurpo el nombre de esposo inmerecidamente. Sin embargo, esto también puede entenderse de otra manera. ¿Quién no sabe que los calzados se hacen de animales muertos? El Señor encarnado, viniendo, apareció como calzado, quien en su divinidad asumió los cadáveres de nuestra corrupción. Pero el misterio de esta encarnación no puede ser penetrado por el ojo humano. No se puede investigar de ninguna manera cómo el Verbo se corporiza, cómo el Espíritu supremo y vivificador se anima dentro del vientre de la madre, cómo aquel que no tiene principio y existe es concebido. Por tanto, la correa del calzado es la ligadura del misterio. Juan, por tanto, no puede desatar la correa de su calzado, porque no puede investigar el misterio de la encarnación, que él conoció por el espíritu de profecía. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con el Espíritu Santo. Juan no proclama aún claramente al Señor como Dios o Hijo de Dios, sino solo como un hombre más fuerte. Porque los oyentes, aún rudos, no comprendían los arcanos del sacramento, que el Hijo de Dios

eterno, tomando carne de la Virgen, había nacido de nuevo en el mundo, pero gradualmente, a través del reconocimiento de la humanidad glorificada, debían ser introducidos a la fe de la eternidad divina. Sin embargo, de alguna manera, como veladamente, declara que este es verdaderamente Dios, al confirmar que bautizará con el Espíritu Santo. ¿Quién duda que nadie más que Dios puede dar la gracia del Espíritu Santo? Pero con el tiempo, cuando vio que sus oyentes ya eran más capaces de entender, también proclamó abiertamente que este era el Hijo de Dios, diciendo: "Pero el que me envió a bautizar con agua, él me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, este es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios". Somos bautizados por el Señor en el Espíritu Santo, no solo cuando en el día del bautismo somos lavados en la fuente de la vida para la remisión de los pecados, sino también diariamente cuando por la gracia del mismo Espíritu somos encendidos para hacer lo que agrada a Dios.

Y sucedió en aquellos días, etc. El Salvador recibió el bautismo de Juan por tres razones. Primero, porque habiendo nacido hombre, debía cumplir toda justicia y humildad de la ley. Segundo, para que con su bautismo aprobara el bautismo de Juan. Tercero, para que santificando el agua del Jordán, mostrara por la descendencia de la paloma el advenimiento del Espíritu Santo en el lavacro de los creyentes.

Y al instante, al salir del agua, vio los cielos abiertos, etc. El misterio de la Trinidad se manifiesta en el bautismo del Señor. El Señor es bautizado, el Espíritu descende en forma de paloma, y se escucha la voz del Padre dando testimonio del Hijo. Sin embargo, los cielos se abren, no por una apertura de los elementos, sino con ojos espirituales, con los cuales también Ezequiel al principio de su libro recuerda que estaban abiertos. La paloma también se posó sobre la cabeza de Jesús, para que nadie pensara que la voz del Padre se dirigía a Juan y no al Señor. Hermosamente, después de decir: "Y el Espíritu descendiendo como paloma", añadió, "y permaneciendo en él". Este es un don especial otorgado al Mediador entre Dios y los hombres, para que, una vez lleno del Espíritu Santo, nunca se apartara, sino que permaneciera perpetuamente en él. Pues a sus fieles, para realizar obras de virtud y milagros, a veces se les concede la gracia del Espíritu, y a veces se les retira. Sin embargo, para la operación de piedad y justicia, para conservar el amor a Dios y al prójimo, nunca falta la gracia del Espíritu. Por eso se promete de ese Espíritu, cuando el Señor les dice: "Pero vosotros lo conoceréis porque permanecerá con vosotros y estará en vosotros" (Juan XIV). Pero en el Señor, el Espíritu permanece siempre de manera especial, no como en sus elegidos según la medida de la fe, sino como dice Juan: "Vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad" (Juan I). El Espíritu permanece en él, no solo desde el momento en que fue bautizado en el Jordán, sino más bien desde que fue concebido en el vientre virginal. Pues el hecho de que el Espíritu pareciera descender sobre el bautizado era un signo de la gracia espiritual que se nos conferiría en el bautismo, a quienes, regenerados en el agua y el Espíritu para la remisión de los pecados, se nos suele dar una mayor gracia del mismo Espíritu por la imposición de manos del obispo. Así como también el hecho de que viera los cielos abiertos después del bautismo, ciertamente se hizo por nuestra gracia, a quienes, por el baño del agua regeneradora, se nos abre la puerta del reino celestial, que, habiendo pecado los primeros padres y siendo expulsados del paraíso, fue cerrada para toda la humanidad por los querubines y la espada flamígera. Pues esta llama se extingue para cada fiel cuando es sumergido en las aguas vitales. Se reconcilia con los espíritus angélicos cuando regresa a la paz de su Creador, de modo que si guarda los sacramentos de la fe con un corazón y cuerpo puros, pronto, liberado de la carne, podrá entrar en los reinos celestiales. De lo contrario, ¿cómo se abrirían entonces los cielos al Señor, quien, al hacerse hombre y habitar con nosotros en la tierra, contenía con su poder divino tanto el cielo como la tierra? Pero también

el hecho de que la voz del Padre se diera a conocer desde los cielos: "Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco", no es que el Hijo sea enseñado sobre lo que no sabía, sino que se nos muestra lo que debemos creer: que aquel que vino a Juan para ser bautizado con otros hombres es verdaderamente el Hijo de Dios; no solo el Señor de Juan, sino de todo el mundo, y por lo tanto capaz de bautizar verdaderamente en el Espíritu Santo. La misma voz nos enseñó que a través del agua de la ablución y el espíritu de santificación podemos convertirnos en hijos de Dios. Porque a todos los que lo recibieron, les dio el poder de convertirse en hijos de Dios (Juan I). Bien descendió el Espíritu Santo en forma de paloma, que es un animal muy simple y ajeno a la malicia de la hiel, para insinuarnos figuradamente que busca corazones simples, y no se digna habitar en mentes impuras, como fue el caso de Simón, a quien Pedro dijo: "No tienes parte ni suerte en este asunto; porque veo que estás en hiel de amargura y en atadura de iniquidad" (Hechos VIII).

Y al instante el Espíritu lo expulsó al desierto, etc. Mateo, de manera similar, después de exponer el bautismo del Señor y la voz que se oyó desde los cielos diciendo: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco", añadió inmediatamente: "Entonces Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu, para ser tentado por el diablo" (Mateo IV). Pero para que no haya duda sobre por qué espíritu fue llevado o expulsado al desierto, Lucas sabiamente primero dice: "Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán", y luego añade: "Y fue llevado por el Espíritu al desierto", para que no se piense que el espíritu inmundo tuvo poder sobre él, quien, lleno del Espíritu Santo, iba donde quería y hacía lo que quería. Los cuarenta días y noches en que fue tentado insinúan todo el tiempo de este siglo, durante el cual sus miembros, es decir, la santa Iglesia, nunca dejan de ser tentados. Porque ciertamente el mundo está dividido en cuatro partes, en las cuales servimos al Señor. Y hay diez mandamientos, cuya observancia nos permite luchar contra la malicia del enemigo incansable. Diez multiplicado por cuatro hace cuarenta. Por lo tanto, todo el tiempo de nuestra milicia se comprende adecuadamente en el número de cuarenta días y noches. El Señor, bautizado, es expulsado por el Espíritu al desierto y tentado por Satanás, para dar ejemplo de vida a sus fieles, quienes, después de recibir en el bautismo la remisión de los pecados, deben prepararse no solo para realizar obras de virtud, sino también para soportar la persecución por la justicia. Se retira al desierto para enseñarnos a servir en todo a los mandamientos divinos, dejando las seducciones del mundo y la compañía de los malvados. Es tentado en soledad por el diablo para insinuarnos que todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufren persecución, y que "a través de muchas tribulaciones debemos entrar en el reino de Dios" (Hechos XIV). Es tentado durante cuarenta días y cuarenta noches para indicar que mientras vivamos aquí sirviendo al Señor, ya sea que las cosas prósperas nos halaguen (lo que corresponde al día) o que las adversidades nos golpeen (lo que corresponde a la figura de la noche), siempre habrá un adversario en todo el mundo que, tentando, no cesa de impedir nuestro camino. Y estaba con las bestias, y los ángeles le servían. Habita entre las bestias como hombre, pero utiliza el ministerio angélico como Dios. Y nosotros, cuando en el desierto de la santa conversación soportamos con mente pura los modos bestiales de los hombres, merecemos el ministerio de los ángeles, por quienes, liberados del cuerpo, somos trasladados a los gozos eternos en los cielos.

Después que Juan fue entregado, Jesús vino a Galilea predicando el Evangelio del reino de Dios, etc. Con Juan entregado, él comienza a predicar correctamente. Al cesar la ley, surge consecuentemente el Evangelio. Si el Salvador predica lo mismo que Juan el Bautista había dicho antes, muestra que es el Hijo del mismo Dios de quien aquel es profeta. Pero nadie piense que la entrega de Juan a la cárcel ocurrió inmediatamente después del ayuno de cuarenta días y la tentación del Señor. Pues quien haya leído el Evangelio de Juan encontrará

que el Señor, antes de su entrega, enseñó mucho e hizo milagros. De hecho, tienes en su Evangelio: "Este fue el principio de los signos que Jesús hizo en Caná de Galilea" (Juan II). Y de nuevo: "Porque Juan aún no había sido encarcelado" (Juan III). Se dice que cuando Juan leyó los volúmenes de Mateo, Marcos y Lucas, aprobó el texto de la historia y afirmó que dijeron la verdad, pero que solo tejieron la historia de un año, en el cual también sufrió, después del encarcelamiento de Juan. Por lo tanto, omitiendo el año cuyos actos fueron expuestos por los tres, narró los hechos del tiempo anterior, antes de que Juan fuera encerrado en la cárcel, como podrá ser evidente para aquellos que lean diligentemente los cuatro volúmenes de los Evangelios. Esto también elimina la disonancia que parecía haber entre Juan y los demás. Así que cuando Marcos dijo que "Jesús vino a Galilea predicando el Evangelio del reino de Dios", añadió y dijo: "Y diciendo: Porque el tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado. Arrepentíos y creed en el Evangelio. El tiempo se ha cumplido", dice. Aquel de quien dice el Apóstol: "Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley" (Gálatas IV). Por lo tanto, los tiempos se han cumplido, arrepentíos. ¡Cuánto tiempo hace que esto se clama, y ojalá alguna vez se escuche: Porque los tiempos se han cumplido, y el reino de Dios se ha acercado! Arrepentíos y creed en el Evangelio. Renunciad a las obras muertas, creed en el Dios vivo. ¿De qué sirve creer sin buenas obras? No fue el mérito de las buenas obras lo que te llevó a la fe, sino que la fe comienza para que las buenas obras la sigan.

Y pasando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, etc. Estos fueron los primeros llamados a seguir al Señor. Se envían pescadores e iletrados a predicar, para que la fe de los creyentes no se atribuya al poder de Dios, sino a la elocuencia y doctrina. Sin embargo, se puede preguntar cómo llamó a los pescadores de las barcas de dos en dos: primero a Pedro y Andrés, luego, avanzando un poco, a otros dos hijos de Zebedeo, como narran Mateo y Marcos, cuando Lucas dice que ambas barcas estaban llenas con la gran captura de peces, y menciona a Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, como socios de Pedro, llamados para ayudar cuando no podían sacar las redes llenas, y que, asombrados por la multitud de peces capturados, le dijo solo a Pedro: "No temas, desde ahora serás pescador de hombres" (Lucas V), pero que, sin embargo, lo siguieron después de llevar las barcas a tierra. Por lo tanto, se debe entender que esto ocurrió primero, como insinúa Lucas, y que no fueron llamados por el Señor en ese momento, sino que solo a Pedro se le predijo que sería pescador de hombres. Lo que no se dijo como si ya no fuera a pescar peces. Pues incluso después de la resurrección del Señor leemos que pescaban. Por lo tanto, se dijo que de ahora en adelante sería pescador de hombres, no que ya no pescaría peces. De ahí que, según Lucas, se entienda que regresaron a la pesca de peces como de costumbre, para que luego ocurriera lo que narran Mateo y Marcos, cuando los llamó de dos en dos, y él mismo les ordenó que lo siguieran, primero a Pedro y Andrés, luego a los otros dos hijos de Zebedeo. Entonces, no llevaron las barcas a tierra como si tuvieran la preocupación de regresar, sino que lo siguieron como a alguien que los llamaba y ordenaba que lo siguieran. Y entran en Cafarnaúm, y al instante, en los sábados, entrando en la sinagoga, les enseñaba. Que frecuenta especialmente los sábados con los dones de su medicina y doctrina, enseña que no está bajo la ley, sino por encima de la ley, quien también vino a cumplir la misma ley, no a abolirla; ni a elegir el sábado judío, en el que no se permite encender fuego ni mover mano o pie, sino el verdadero sábado, y que el descanso sea amado por el Señor, si, preocupándonos por la salvación de las almas, nos abstenemos de toda obra servil, es decir, de todo lo ilícito.

Y se asombraban de su doctrina, etc. Porque ellos enseñaban al pueblo lo que está escrito en Moisés y los profetas: Jesús, en cambio, como Dios y Señor del mismo Moisés, añadía a la

ley lo que parecía menos, o predicaba al pueblo cambiando, como leemos en Mateo: "Se dijo a los antiguos, pero yo os digo" (Mateo V).

Y había en su sinagoga un hombre con un espíritu inmundo, etc. Esta no es una confesión de voluntad, que sigue la recompensa de confesar, sino una extorsión de necesidad, que obliga a los forzados a confesar. Y como si los siervos fugitivos, después de mucho tiempo, vieran a su amo, no suplican otra cosa que no sean azotes, así también los demonios, al ver de repente al Señor en la tierra, creían que había venido a juzgarlos. La presencia del Salvador es tormento para los demonios. Y Jesús le reprendió diciendo: Cállate y sal de él. Porque por la envidia del diablo la muerte entró en el mundo (Sabiduría XII), por eso contra el mismo autor de la muerte primero debía operar la medicina de la salvación: primero cerrar la lengua serpentina, para que no esparciera más veneno; luego curar a la mujer, que fue la primera seducida, de la fiebre de la concupiscencia carnal; tercero, limpiar al hombre, que escuchó las palabras de su esposa que mal aconsejaba, de la lepra de su error, para que el mismo orden de restauración en el Señor fuera el que fue la caída en los primeros padres: "Y desgarrándolo el espíritu inmundo, y clamando a gran voz, salió de él". Lucas dice del espíritu inmundo que salió del hombre sin hacerle daño. Por lo tanto, puede parecer contradictorio cómo, según Marcos, "desgarrándolo", o como algunos códigos tienen "convulsionándolo", a quien, según Lucas, no le hizo daño. Pero el mismo Lucas: "Y cuando el demonio lo arrojó en medio, salió de él, y no le hizo daño" (Lucas IV). De donde se entiende que Marcos dijo "convulsionándolo" o "desgarrándolo", lo que Lucas dijo "cuando lo arrojó en medio", para que lo que sigue, "y no le hizo daño", se entienda que esa agitación de los miembros y esa convulsión no lo debilitó, como suelen salir los demonios incluso con algunos miembros amputados o arrancados.

Y todos se maravillaron, de modo que se preguntaban, etc. Al ver la virtud del milagro, se maravillan de la novedad de la doctrina del Señor, y se excitan a la investigación de lo que habían oído por lo que habían visto. Porque ciertamente se hacían señales para que el Evangelio del reino de Dios, que se predicaba, se creyera con más certeza, mientras aquellos que prometían a los terrenales las alegrías celestiales futuras, mostraban obras celestiales y divinas en la tierra. Pero los discípulos, como puros hombres, realizaban todo con el don del Señor. Pero el mismo Señor, singular en virtud de su poder, operaba tanto sanidades como milagros, y lo que oía del Padre, lo hablaba en el mundo. Pues incluso antes (según el testimonio del Evangelio) "les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas" (Mateo VII). Y ahora, con la multitud atestiguando, "con autoridad manda a los espíritus inmundos, y le obedecen" (Marcos I).

Y al instante, saliendo de la sinagoga, fueron a la casa de Simón, etc. Si decimos que el hombre liberado del demonio significa moralmente un alma purgada de pensamientos impuros, consecuentemente la mujer tentada por fiebres, pero curada al mandato del Señor, muestra la carne frenada del fervor de la concupiscencia carnal por los preceptos de la continencia. Porque toda amargura, ira, indignación, clamor y blasfemia (Efesios IV) es furor del espíritu inmundo. Pero la fornicación, la impureza, la lujuria, la concupiscencia mala y la avaricia (que es idolatría [Efesios V]) entiéndase como fiebre de la carne seductora. Y al instante le hablan de ella, y acercándose, la levantó tomándola de la mano. En el Evangelio de Lucas está escrito que le rogaron por ella, y estando sobre ella, reprendió a la fiebre. Pues a veces el Salvador, rogando, a veces cura a los enfermos espontáneamente, mostrando que también contra las pasiones de los vicios siempre concede a las súplicas de los fieles, y a veces da lo que ellos mismos no entienden en sí mismos, o da a entender lo que debe ser entendido, o perdona lo que no se entiende a los que lo piden piadosamente, y según lo que el

salmista pide: "¿Quién entiende sus propios errores? Líbrame de los ocultos, Señor" (Salmo XVIII).

Y al instante la fiebre la dejó, y les servía. Es natural que los que han tenido fiebre, al comenzar la salud, se sientan débiles y experimenten la molestia de la enfermedad. Pero la salud que se confiere por el mandato del Señor regresa completamente de inmediato. Y no solo regresa, sino que también con tanta fuerza acompañante, que puede servir de inmediato a quienes la ayudaron, y, según las leyes de la tropología, los miembros que sirvieron a la impureza para la iniquidad para fructificar para la muerte, sirvan a la justicia para la vida eterna.

Al atardecer, cuando se puso el sol, le traían a él, etc. La puesta del sol significa la pasión y muerte de aquel que dijo: "Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo" (Juan IX). Y al ponerse el sol, más endemoniados que antes, más enfermos son sanados. Porque quien temporalmente viviendo en la carne enseñó a pocos judíos, al pisotear el reino de la muerte, transmitió los dones de la fe y la salvación a todas las naciones del mundo. A cuyos ministros, como heraldos de la vida y la luz, el salmista canta: "Preparad camino al que cabalga sobre los ocasos" (Salmo LXVII). Porque el Señor cabalga sobre los ocasos, ya que de donde cayó en la pasión, de allí manifestó su mayor gloria resucitando.

Y expulsaba muchos demonios, etc. Lucas escribe más claramente sobre esto: "También salían demonios de muchos, clamando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Y él, increpándolos, no les permitía hablar, porque sabían que él era el Cristo" (Lucas IV). Los demonios, por lo tanto, confesaban al Hijo de Dios; y sabían que él era el Cristo, porque a quien el diablo, fatigado por el ayuno de cuarenta días, conoció como hombre, no podía, tentando, experimentar si también era el Hijo de Dios; ahora, por el poder de los signos, o bien entendió, o más bien sospechó que era el Hijo de Dios. Por lo tanto, no persuadió a los judíos a crucificarlo porque pensara que no era el Cristo o el Hijo de Dios, sino porque no previó que sería condenado por su muerte. Porque verdaderamente sobre este misterio escondido desde los siglos dice el Apóstol que "ninguno de los príncipes de este siglo lo conoció. Porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria" (I Corintios II). ¿Por qué, entonces, el Señor prohíbe a los demonios hablar de él? El salmista lo manifiesta cuando dice: "Pero al pecador dijo Dios: ¿Por qué narras mis justicias y tomas mi pacto en tu boca? Tú, que odias la disciplina" (Salmo XLIX), y demás. Para que nadie, al escuchar al predicador, siga al errante. Porque el diablo es un maestro improbo, que a menudo mezcla lo falso con lo verdadero, para cubrir con la apariencia de verdad el testimonio del fraude.

Y muy de madrugada, levantándose, salió y se fue a un lugar desierto, etc. Si la puesta del sol expresa la muerte del Salvador, ¿por qué no se indica la resurrección con el regreso del amanecer? Con cuya luz manifestada, fue al desierto de las naciones, y allí oraba en sus fieles, porque sus corazones, por la gracia de su Espíritu, los excitaba a la virtud de la oración. Y predicaba en sus sinagogas por toda Galilea, y expulsaba demonios. En esta predicación que dice que tuvo en toda Galilea se entiende también el sermón que tuvo en el monte, del cual hace mención Mateo. Pues Marcos sigue así:

Y vino a él un leproso suplicándole, etc. De este leproso sanado se conecta, para que se entienda que es el mismo que Mateo menciona que fue sanado cuando el Señor descendió del monte después de aquel sermón. Así dice Mateo: Cuando descendió del monte, le siguieron muchas multitudes (Mateo VIII). Y he aquí un leproso que vino y le adoraba diciendo: Señor,

si quieres, puedes limpiarme, etc. Y porque el Señor dijo: No he venido a abolir la ley, sino a cumplirla (Mateo V), aquel que era excluido por la ley, presumiendo ser purificado por el poder del Señor, juzgaba que la gracia estaba por encima de la ley, la cual podía lavar la mancha del leproso. Pero así como en el Señor se declara la autoridad del poder, así en él se declara la constancia de la fe. Él se postró en el suelo, lo cual es de humildad y pudor, para que cada uno se avergüence de las manchas de su vida; pero la vergüenza no reprimió la confesión. Mostró la herida, pidió el remedio, y esta es una confesión plena de religión y fe. Si quieres, dijo, puedes limpiarme. En la voluntad del Señor atribuye el poder. Pero no dudó de la voluntad del Señor como incrédulo de su piedad, sino que, consciente de su propia suciedad, no presumió. Jesús, compadecido de él, extendió su mano y tocándole le dijo: Quiero, sé limpio. Y cuando lo dijo, al instante la lepra se fue de él, y fue limpiado. No hay nada intermedio entre la obra de Dios y el mandato, porque en el mandato está la obra. En efecto, dijo y se hicieron (Salmo XXXII). Ves, por tanto, que no se puede dudar de que la voluntad de Dios es poder. Si, por tanto, su voluntad es poder, quienes afirman una sola voluntad, afirman ciertamente un solo poder. Así que, como teniendo el poder de sanar y la autoridad de mandar, no rehúsa el testimonio de obrar. Dice quiero por Fotino, manda por Arrio, toca por Maniqueo. Y la ley prohíbe tocar a los leprosos; pero porque el Señor es el de la ley, no obedece a la ley, sino que hace la ley. No tocó, por tanto, porque sin tocar no pudiera ser limpiado, sino para probar que no estaba sujeto a la ley. No temía el contagio como los hombres, sino que, porque no podía ser contaminado quien liberaba a otros, la lepra huye al toque del Señor, la cual solía contaminar al que tocaba. Y al mismo tiempo es admirable que sanó de la misma manera en que fue suplicado. Si quieres, puedes limpiarme. Quiero, dijo, sé limpio. Tienes la voluntad, también tienes el efecto de la piedad. No, por tanto (como muchos latinos piensan), debe unirse y leerse Quiero limpiar, sino separado, para que primero diga quiero, luego mande, sé limpio.

Y le advirtió severamente y lo despidió, etc. ¿Por qué se le ordena no decir a nadie, sino para que no se divulguen nuestros beneficios, sino que se mantengan ocultos, para que no solo nos abstengamos de la recompensa del dinero, sino también de la gracia?

Pero ve y muéstrate al sacerdote principal, etc. Se le ordena mostrarse al sacerdote, para que el sacerdote entienda que fue curado no por el orden de la ley, sino por la gracia de Dios por encima de la ley. Ofrecer sacrificio, para mostrar que el Señor no abolía la ley, sino que la cumplía, quien caminando según la ley sanaba por encima de la ley a aquellos que los remedios de la ley no habían sanado. Y bien añadió: En testimonio para ellos, es decir, si creen en Dios, si la lepra de la impiedad se aleja. Si a alguien le preocupa cómo el Señor parece aprobar el sacrificio mosaico, cuando la Iglesia no lo ha recibido, recuerde que aún no había comenzado el sacrificio santo de los santos, que es su cuerpo. Pues aún no había ofrecido en la pasión su holocausto. No debía quitarse los sacrificios significativos antes de que aquello que se significaba fuera confirmado por el testimonio de los apóstoles predicando y la fe de los pueblos creyentes. Porque este hombre típicamente designa al género humano enfermo por los pecados, correctamente no solo se describe como leproso, sino también, según el Evangelio de Lucas, lleno de lepra. Pues todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios (Romanos III). Aquella, a saber, que, extendida la mano del Salvador, es decir, encarnado el Verbo de Dios, tocando la naturaleza humana, sean limpiados de la variedad del error antiguo, y puedan escuchar con los apóstoles: Ya estáis limpios por la palabra que os he hablado (Juan XV), y que, habiendo sido abominables por mucho tiempo del pueblo de Dios, separados del campamento, ya puedan ser devueltos al templo y ofrecidos al sacerdote, a aquel a quien se dice: Tú eres sacerdote para siempre (Salmo CIX), escuchando del Apóstol: El templo de Dios, que sois vosotros, es santo (I Corintios III); y ofrezcan por su purificación

como mandó Moisés, es decir, presenten sus cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios (Romanos XII).

Pero él, al salir, comenzó a proclamar y difundir el mensaje, de tal manera que ya no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que estaba fuera en lugares desiertos: y venían a él de todas partes. La salvación perfecta de uno lleva a muchas multitudes al Señor: para que él mismo, enseñado interior y exteriormente que había sido sanado, no calla el beneficio recibido, como había sido ordenado por aquel de quien lo había recibido: sino que, cumpliendo el oficio de evangelista, al salir comenzó a proclamar y difundir el mensaje. Por lo cual, con razón se pregunta qué es lo que el Señor ordenó que se ocultaran algunas cosas que hizo, y ni por un momento pudieron ocultarse. ¿Acaso el Hijo unigénito, coeterno al Padre y al Espíritu Santo, tuvo en esto una voluntad que no pudo cumplir? Pero debe notarse que nuestro Redentor, a través de su cuerpo mortal, todo lo que hizo nos lo ofreció como ejemplo de acción. Pues haciendo un milagro, ordenó que se callara, y sin embargo no pudo callarse. Para que, siguiendo sus elegidos el ejemplo de su doctrina, en las grandes cosas que hacen tengan la voluntad de permanecer ocultos, pero para que beneficien a otros, sean revelados a pesar de sí mismos, de modo que sea de gran humildad que deseen que sus obras sean calladas, y de gran sublimidad que sus obras no puedan ser calladas. No quiso, por tanto, el Señor que algo se hiciera y no pudo hacerlo, sino que dio ejemplo de lo que sus miembros deben querer, y de lo que de ellos, incluso en contra de su voluntad, se hará, a través de la enseñanza de la doctrina.

## CAPÍTULO II.

Y de nuevo entró en Cafarnaúm, etc. El Salvador de todos, Dios, ilumina todo con su paso salvador. Y entonces en los desiertos, ahora en la ciudad, ahora junto al mar, ministra a las multitudes los dones de la doctrina celestial y de las virtudes. Ahora ora solo en el monte, ahora ayuda a los que trabajan en el mar, para que no perezcan. En todas partes imparte los dones de la salvación, para demostrar que todos los grados y condiciones pertenecen a su gracia. Según el entendimiento místico, después de realizar un milagro en la ciudad, se retira al desierto, y allí recibe con benigna piedad a las multitudes que acuden a él, para mostrar que prefiere una vida tranquila y alejada de las preocupaciones del mundo, y que, por el deseo de esto, se ocupa de sanar los cuerpos. Y ciertamente, a la manera humana, como si evitara la frecuencia de los que lo buscan, no quería entrar abiertamente en la ciudad. Pero alegóricamente enseñaba que la verdad no se manifiesta abiertamente a las mentes tumultuosas de los carnales, sino que a quienes ve que están separados de las seducciones de las cosas temporales, a estos infunde más abundantemente la luz de sus dones. Pero porque la piedad suprema no abandona ni siquiera a los carnales, sino que también les concede la gracia de su visita, por la cual también ellos pueden llegar a ser espirituales, después del desierto el Señor regresa a la ciudad: y hablando a muchos que se reúnen allí, da ocasión a muchos de la sanación interna que es en la fe. Lo que, enseñando el Señor y estando la casa tan llena de gente que no cabían, ni siquiera en la puerta, designa propiamente nuestra salvación, que venimos de los gentiles a la fe, porque predicando el Señor en Judea aún no pudimos entrar para escuchar. A quienes, sin embargo, aunque estábamos fuera, hizo llegar las palabras de su doctrina, porque él mismo nos reunió a través de la boca de los santos predicadores, y aunque encontrados fuera de la sinagoga en la que él predicaba, nos hizo partícipes de su Evangelio. Y vinieron trayendo a él un paralítico, porque era llevado por cuatro. La curación de este paralítico designa la salvación del alma después de una larga inercia de la seducción carnal suspirando por Cristo, que primero necesita de ministros que la levanten y la lleven a Cristo, es decir, buenos doctores que sugieran la esperanza de sanación y la ayuda de la intercesión. Que bien se dice que eran cuatro, ya sea porque toda la virtud de los predicadores, toda

palabra, se fundamenta en los cuatro libros del santo Evangelio, o porque son cuatro las virtudes por las cuales la confianza de la mente se eleva para merecer la salvación. De las cuales se dice en la alabanza de la sabiduría eterna: Enseña la sobriedad, la sabiduría, la justicia y la virtud, de las cuales nada es más útil en la vida de los hombres (Sabiduría VIII). Que algunos llaman con diferentes nombres prudencia, fortaleza, templanza y justicia. Y cuando no podían presentarlo a él por la multitud, descubrieron el techo donde estaba. Desean ofrecer al paralítico a Cristo, pero la multitud interpuesta los bloquea por todas partes, porque a menudo el alma, después de la desidia del cuerpo enfermo, volviendo a Dios y deseando ser renovada por el remedio de la gracia celestial, es retrasada por el obstáculo de la costumbre antigua. A menudo, entre las mismas dulzuras de la oración secreta, y como en un suave coloquio con el Señor, la multitud de pensamientos interviene e impide que la mente vea a Cristo. ¿Y qué hacer entre esto? No quedarse en lo bajo exterior donde la multitud bulle, sino subir al techo de la casa donde Cristo enseña, es decir, aspirar a la sublimidad de la Sagrada Escritura, y meditar día y noche en la ley del Señor con el salmista. ¿En qué corrige el joven su camino? En guardar, dice, tus palabras (Salmo CXVIII). Y abriendo, bajaron la camilla en la que yacía el paralítico. Abierto el techo, el enfermo es bajado ante Jesús, porque, revelados los misterios de las Escrituras, se llega al conocimiento de Cristo, es decir, se desciende a su humildad con la piedad de la fe. Y bien se encuentra que la casa de Jesús, según la narración de otro evangelista, estaba cubierta de tejas, porque bajo el despreciable velo de las letras, si hay quien lo revele, se encontrará la virtud de la gracia espiritual. La desnudez de las tejas en la casa de Jesús es la apertura del sentido espiritual y de los secretos celestiales en la vileza de la letra. Pero el hecho de que el enfermo sea bajado con la camilla significa que el hombre, aún en esta carne, debe conocer a Cristo.

Cuando Jesús vio la fe de ellos, etc. El Señor, a punto de curar al hombre de la parálisis, primero disuelve las ataduras de los pecados, para mostrar que había sido condenado a la disolución de los miembros por los lazos de las culpas, y que no podía ser sanado con la recuperación de los miembros a menos que estos fueran liberados. Así también a aquel paralítico, que junto a la piscina de Betesda esperaba en vano el movimiento del agua, sanado por el Señor se le dice: Mira, has sido sanado, no peques más, para que no te suceda algo peor (Juan XIV).

Hijo, dice, se te perdonan los pecados. ¡Oh maravillosa humildad! Llama hijo al despreciado y débil, disuelto en todas las articulaciones de sus miembros, a quien los sacerdotes no se dignarían tocar. O correctamente hijo, porque se le perdonan sus pecados. Es digno de observar cuánto vale la fe propia de cada uno ante Dios, donde tanto valió la ajena, que todo el hombre, es decir, interior y exteriormente ya salvado, se levantó de repente, y por el mérito de otros se le perdonaron los errores a otros.

Había allí algunos de los escribas sentados y pensando en sus corazones, etc. Dicen bien los escribas, que nadie puede perdonar los pecados sino Dios, quien también perdona a través de aquellos a quienes ha dado el poder de perdonar. Y por eso Cristo se prueba verdaderamente Dios, porque puede perdonar los pecados como Dios. Verdaderamente dan testimonio de Dios, pero al negar la persona de Cristo se equivocan. Erran, por tanto, los judíos, que aunque creen que Cristo es Dios y puede perdonar los pecados, no creen que Jesús sea el Cristo. Pero mucho más erran los arrianos, que aunque no se atreven a negar, vencidos por las palabras del Evangelio, que Jesús es el Cristo y puede perdonar los pecados, no temen negar que es Dios. Pero él, deseando salvar a los incrédulos, manifiesta ser Dios tanto por el conocimiento de los ocultos como por la virtud de las obras. Pues sigue: Conociendo al instante Jesús en su espíritu que así pensaban entre sí, les dice: ¿Por qué pensáis estas cosas en vuestros corazones? Muestra que es Dios, quien puede conocer los secretos del corazón. Y de alguna

manera, hablando en silencio, dice: Con la misma majestad y poder con que veo vuestros pensamientos, puedo también perdonar los pecados a los hombres. Entended por vosotros mismos lo que el paralítico obtiene. ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Se te perdonan los pecados, o decir: Levántate, toma tu camilla y anda? Hay mucha diferencia entre decir y hacer. Si los pecados del paralítico han sido perdonados, solo lo sabía quien los perdonaba. Levántate y anda, tanto él que se levantaba como los que lo veían levantarse podían aprobarlo. Se hace, por tanto, un signo carnal, para probar el espiritual, aunque es de la misma virtud perdonar los vicios del cuerpo y del alma. Y se nos da a entender que muchas veces las debilidades corporales ocurren por los pecados. Y por eso quizás primero se perdonan los pecados, para que, quitadas las causas de la debilidad, se restituya la salud. Pues hay cinco diferencias de causas por las cuales en esta vida somos afligidos con molestias corporales. O bien somos gravados con la enfermedad del cuerpo justo para aumentar los méritos a través de la paciencia, como los bienaventurados padres, Job y Tobías, y los innumerables mártires en ambos Testamentos. O bien para la custodia de las virtudes recibidas, para que no perezcan tentados por la soberbia, como el apóstol Pablo, a quien, para que no se ensalzara por la grandeza de las revelaciones, se le dio un aguijón en su carne, un ángel de Satanás que lo abofeteara. O bien para entender y corregir nuestros pecados, como María, hermana de Aarón, en el desierto, fue golpeada con lepra por palabras de temeridad y soberbia. O como el paralítico de quien tratamos, que no pudo ser curado de su enfermedad sino hasta que primero se le perdonaron los pecados. O bien para la gloria de Dios salvando, ya sea por sí mismo o por sus siervos, como el ciego de nacimiento en el Evangelio, que ni él pecó ni sus padres, sino para que se manifestaran las obras de Dios en él. Como Lázaro, cuya enfermedad no fue para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios fuera glorificado por ella. O bien para el comienzo de la condenación eterna, que es propio de los reprobos, como Antíoco y Herodes, quienes en su tiempo, oponiéndose a Dios, mostraban miserablemente a todos lo que de tormentos en el infierno perpetuamente habrían de sufrir, con las aflicciones presentes. A quienes conviene aquello del profeta: Y con doble quebrantamiento los quebrantarás. Por lo cual es necesario que en todas las adversidades temporales que sufrimos, demos gracias al Señor con humildad, y conscientes de nuestra debilidad, nos regocijemos por los remedios que se nos han concedido. Es necesario que, volviendo a nuestra conciencia, exploremos diligentemente nuestras obras y pensamientos, y lo que descubramos que hemos pecado, lo purguemos con digna corrección; lo que de aquellas cosas que creíamos haber hecho rectamente, descubramos que se ha perdido por el vicio de la soberbia en nosotros, también lo castigemos con humilde satisfacción. Esta es a menudo la causa de nuestros castigos. En cambio, que los inocentes y justos sean flagelados para aumentar sus recompensas, es propio de los perfectos, y un don especial de los hombres. Pero ser compelidos por los azotes temporales a los tormentos eternos, es la pena de los impenitentes reprobos.

Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene poder, etc. Si es Dios, según el salmista, quien cuanto dista el oriente del occidente alejó de nosotros nuestras iniquidades, y el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados, entonces él mismo es tanto Dios como Hijo del Hombre, para que el mismo hombre Cristo, por el poder de su divinidad, pueda perdonar pecados, y el mismo Dios Cristo, por la fragilidad de su humanidad, pueda morir por los pecadores. Espiritualmente, levantarse de la camilla es que el alma se aparte de los deseos carnales donde yacía enferma. Tomar la camilla es también corregir la carne misma, sometida por los frenos de la continencia, separándola de los placeres terrenales con la esperanza de las recompensas celestiales. Y al tomar la camilla, ir a casa es regresar al paraíso. Esta es nuestra verdadera casa, que primero recibió al hombre, no perdida por derecho, sino por fraude, finalmente restituida por aquel que no debía nada al enemigo

fraudulento. De otra manera, el sano que estaba enfermo lleva la camilla a casa, cuando el alma, habiendo recibido el perdón de los pecados, se refiere a la custodia interna de sí misma con el mismo cuerpo, para que no cometa nada después del perdón por lo cual sea justamente golpeada de nuevo. Y al instante se levantó, y tomando la camilla se fue delante de todos, de modo que todos se maravillaron y glorificaron a Dios diciendo: Nunca hemos visto tal cosa. ¡Qué admirable es la virtud del poder divino, donde sin ninguna demora intermedia, la salvación rápida acompaña al mandato del Salvador! Con razón los que estaban presentes, condenando los dardos de la blasfemia, convierten sus corazones asombrados a la alabanza de tan gran majestad. Y salió de nuevo al mar, y toda la multitud venía a él, y les enseñaba. Enseñando en Cafarnaúm, el Señor recomendaba la virtud celestial de su doctrina con la curación del paralítico. Hecho esto, salió al mar, para no solo instruir en el camino de la verdad la vida civil de los hombres, sino también predicar el Evangelio del reino a los habitantes del mar, y enseñarles a despreciar los fluctuantes movimientos de las cosas pasajeras y a superarlos con la firmeza de la fe. Finalmente, enseña a la multitud que acude a él allí. Allí hace apóstol y evangelista al publicano llamado del telonio. Allí, a muchos pecadores corregidos por la penitencia, los hace dignos de su cena, los hace partícipes de la audición de sus secretos, y apartados de las olas tumultuosas y de los cetáceos de las codicias engañosas, los lleva a la solidez de una conversación tranquila, que está en la esperanza de los bienes celestiales. Pues sigue:

Y al pasar, vio a Leví, hijo de Alfeo, etc. En el telonio, en el cuidado y administración de los impuestos dice; τέλος en griego, en latín se llama impuesto: pero Leví es el mismo que Mateo. Pero Lucas y Marcos, por respeto y honor al evangelista, no quisieron poner el nombre común. Pero el mismo Mateo, según lo que está escrito, el justo es acusador de sí mismo: al principio del discurso se llama a sí mismo Mateo y publicano; para mostrar a los lectores que nadie debe desconfiar de la salvación cuando se convierte, ya que él mismo de publicano fue transformado en apóstol, de recaudador de impuestos en evangelista.

Y se levantó y lo siguió. En el Evangelio de Lucas está escrito más plenamente: "Y dejando todo, se levantó y lo siguió" (Luc. V). Mateo, entendiendo lo que significa verdaderamente seguir al Señor, lo sigue dejando todo. Seguir es imitar. Por lo tanto, para poder seguir a Cristo pobre, no tanto con los pasos como con el afecto, dejó lo propio, él que solía tomar lo ajeno. Y dándonos una forma perfecta de renuncia al mundo, no solo dejó las ganancias de los impuestos, sino que también despreció el peligro que podría venir de los príncipes del mundo, porque dejó las cuentas de los impuestos imperfectas y desordenadas. Fue llevado por tal deseo de seguir al Señor, que no se reservó para sí mismo ningún respeto o pensamiento de esta vida. De hecho, el mismo Señor que lo llamó exteriormente con palabras humanas para que lo siguiera, lo encendió interiormente con inspiración divina para que siguiera al que lo llamaba de inmediato, enseñándole invisiblemente cómo debía seguirse. Por eso, mercedamente, al abandonar los asuntos humanos, se convirtió en un fiel dispensador de los talentos del Señor.

Y sucedió que mientras estaba reclinado en su casa, muchos publicanos, etc. El evangelista Lucas escribe que Leví le hizo un gran banquete en su casa, lo cual se ajusta adecuadamente a las figuras de los misterios. Porque quien haya recibido a Cristo en su morada interior, se alimenta de las máximas delicias de placeres exuberantes. Así, el Señor entra con gusto y se reclina en el afecto de quien ha creído. Y este es el banquete espiritual de las buenas obras del que carece el pueblo rico, pero del que se alimenta el pobre. Los publicanos, como su nombre lo indica, son aquellos que recaudan impuestos públicos, o quienes son arrendatarios de los impuestos del fisco o de los asuntos públicos, así como aquellos que persiguen las ganancias

de este mundo a través de negocios, son considerados con el mismo nombre. Así, al ver que un publicano se había convertido de sus pecados a algo mejor y había encontrado lugar para el arrepentimiento, ellos mismos no desesperan de la salvación. Y no es que los publicanos, permaneciendo en sus antiguos vicios, vengan a Jesús, como los fariseos y escribas murmurando, sino que actúan con arrepentimiento, como indica el siguiente discurso del Evangelista, diciendo: "Porque eran muchos los que lo seguían". El Señor iba a los banquetes de los pecadores para tener la oportunidad de enseñar y ofrecer alimentos espirituales a sus anfitriones. Finalmente, aunque frecuentemente se describe que va a un banquete, no se refiere a otra cosa que a lo que hizo allí, lo que enseñó, para que se demuestre tanto la humildad del Señor al ir a los pecadores, como el poder de su doctrina en la conversión de los penitentes.

Y los escribas y fariseos, al ver que comía con pecadores, etc. Si a través de la elección y vocación de Mateo se expresa la fe de los publicanos de las naciones, que antes anhelaban las ganancias del mundo, pero ahora se alimentan con el Señor en los banquetes de la caridad y las buenas obras con devoción diligente, ciertamente insinúa la soberbia de los escribas y fariseos judíos, que se atormentan con envidia por la salvación de las naciones. A quienes él mismo dice: "En verdad os digo que los publicanos y las prostitutas os precederán en el reino de Dios". Al oír esto, Jesús les dijo: "No necesitan médico los sanos, sino los que están mal. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores". Reprende a los escribas y fariseos, que, considerándose justos, evitaban la compañía de los pecadores. Se llama a sí mismo médico, quien con un maravilloso modo de curar fue herido por nuestras iniquidades, y por su llaga fuimos sanados (Is. LIII). Llama sanos y justos a aquellos que, ignorando la justicia de Dios y queriendo establecer la suya propia, no se someten a la justicia de Dios (Rom. X); quienes, presumiendo de la ley, no buscan la gracia del Evangelio. Por otro lado, llama enfermos y pecadores a aquellos que, vencidos por la conciencia de su fragilidad, al ver que no pueden justificarse por la ley, se someten al yugo de la gracia de Cristo con arrepentimiento.

Y estaban los discípulos de Juan, etc. Otros evangelistas refieren que los mismos fariseos y discípulos de Juan plantearon esta cuestión al Señor. Sin embargo, aquí el discurso evangélico parece sonar como si otros, movidos por esta preocupación, le hubieran planteado esta cuestión. De donde se puede deducir que esta cuestión fue planteada al Señor por varios, tanto por los fariseos como por los discípulos de Juan, y por los comensales, o por otros cualesquiera que se preguntaban por qué los discípulos de Juan y los fariseos ayunaban, pero los discípulos del Salvador no ayunaban. En un sentido místico, puede exponerse así: que los discípulos de Juan y de los fariseos ayunan, pero los de Cristo no ayunan, porque todo aquel que se gloria de las obras de la ley sin fe, o, lo que es más grave, sigue las tradiciones de los hombres, o ciertamente percibe la proclamación de Cristo solo con el oído del cuerpo, pero no con la fe del corazón, se marchita con un corazón ayunante, absteniéndose de los bienes espirituales. Pero quien se incorpora a los miembros de Cristo con amor fiel, no puede ayunar quien se alimenta de su carne y sangre. De otro modo, Juan no bebió vino ni licor, el Señor come y bebe con publicanos y pecadores, porque aquel aumenta su mérito con la abstinencia, a quien no le falta el poder de la naturaleza. Pero el Señor, a quien naturalmente le correspondía perdonar los pecados, ¿por qué habría de evitar a aquellos a quienes podía hacer más puros que los abstinentes? Pero Cristo también ayunó, para que no declinaras el precepto, comió con pecadores, para que vieras la gracia, reconocieras el poder. Y Jesús les dijo: "¿Acaso pueden ayunar los hijos de las bodas mientras el esposo está con ellos? Mientras tienen al esposo con ellos, no pueden ayunar. Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado; y entonces ayunarán en aquel día". En Mateo está puesto así: "¿Acaso pueden los hijos del esposo llorar mientras el esposo está con ellos?" (Mat. IX). Por lo tanto,

el esposo es Cristo, la esposa es la Iglesia. De este santo y espiritual matrimonio se crean los apóstoles. Quienes no pueden llorar ni ayunar mientras ven al esposo en el tálamo, y saben que el esposo está con la esposa. Pero cuando pasen las bodas y llegue el tiempo de la pasión y resurrección, entonces los hijos del esposo ayunarán. Según las leyes de la tropología, se debe saber que mientras el esposo está con nosotros y estamos en alegría, no podemos ayunar ni llorar. Pero cuando él, por nuestros pecados, se haya alejado y volado de nosotros, entonces se debe proclamar el ayuno, entonces se debe recibir el llanto. Nadie pone un remiendo de paño nuevo en un vestido viejo. De lo contrario, el remiendo nuevo tira del viejo, y se hace una rotura mayor. Cuando el Señor fue preguntado por qué sus discípulos no ayunaban, respondió que aquellos que aún eran carnales y no estaban fortalecidos en la fe de su pasión y resurrección no podían soportar los preceptos más severos de ayuno y continencia, para que por una austeridad excesiva no perdieran incluso la fe que parecían tener. Por lo tanto, aún llama a sus discípulos como vestidos viejos, a los que no se les debe poner un remiendo nuevo, es decir, alguna parte de la doctrina que pertenece a la templanza de la nueva vida, porque si esto se hace, de alguna manera también se rasga la doctrina, cuya parte que vale para el ayuno de alimentos se transmite inoportunamente, cuando enseña el ayuno general no solo de la concupiscencia de los alimentos, sino de toda alegría de las delectaciones temporales. De la cual, como un remiendo, es decir, alguna parte que se refiere a los alimentos, dice que no debe impartirse a hombres aún dados a la antigua costumbre, porque parece hacerse una rasgadura de allí, y no conviene a la misma antigüedad.

Y nadie pone vino, etc. También los compara a odres viejos, que dice que se romperían más fácilmente con el vino nuevo, es decir, con los preceptos espirituales, que poder contenerlo. Pero ya eran odres nuevos cuando, después de la ascensión del Señor, se renovaban con el deseo de su consuelo orando y esperando. Entonces recibieron el Espíritu Santo, y llenos de él, cuando hablaban en todas las lenguas, los judíos, aunque no entendían, pero sin embargo atestiguaban verdaderamente, dijeron: "Estos están llenos de mosto" (Hech. II). Porque el vino nuevo ya había venido a los odres nuevos, es decir, el fervor del Espíritu Santo había llenado los corazones espirituales. De otro modo. El maestro debe tener cuidado de no confiar los secretos de los nuevos misterios a un alma aún no renovada, sino que persiste en la antigüedad de la malicia. Si alguien pregunta qué diferencia hay mística entre el vino nuevo y el vestido nuevo, es fácil de ver, porque con el vino nos refrescamos e intoxicamos interiormente, pero con el vestido nos vestimos exteriormente. Y aunque ambos pertenecen a la significación de la vida espiritual, el vestido ciertamente insinúa nuestras buenas obras que hacemos externamente y con las que brillamos ante los hombres. Pero el vino nuevo expresa el fervor de la fe, la esperanza y la caridad, con el que en la presencia de nuestro Creador nos reformamos interiormente en la novedad de nuestro sentido.

Y sucedió de nuevo en los sábados, etc. Leemos más adelante que había quienes venían y volvían muchos, y ni siquiera tenían tiempo para comer, y por eso, como hombres, tenían hambre. Pero el hecho de que desgranaran espigas de los campos con las manos y consolaran su hambre, es indicio de una vida más austera, no buscando banquetes preparados, sino alimentos simples. Pero los fariseos le decían: "Mira lo que hacen tus discípulos en los sábados, lo que no es lícito". Nota que los primeros apóstoles del Salvador destruyen la letra del sábado contra los ebionitas, quienes, aunque aceptan a los demás apóstoles, repudian a Pablo como transgresor de la ley. Místicamente, sin embargo, los discípulos pasan por los campos, aquellos de los que el Señor dijo: "Levantad vuestros ojos y ved los campos, porque ya están blancos para la siega. Y el que siega recibe salario" (Juan IV), cuando los santos doctores, con el cuidado de una piadosa solicitud, observan a aquellos a quienes buscan instruir en la fe de la verdad, y consideran con diligente reflexión cómo y en qué orden deben

atraer a cada uno a la salvación. Y por eso se entiende que no hay mejor hambre que la salvación de los hombres, que el mismo primer segador, una vez hambriento en sus oraciones, pronto, cuando se le ofrecieron los manjares que deseaba, escuchó: "Levántate, Pedro, mata y come" (Hech. X). Y es una maravillosa concordia del sacramento, porque allí se ordena matar y comer animales enviados del cielo, y aquí se dice que los discípulos arrancaron espigas consagradas por la presencia del Señor, y según la narración de otros evangelistas, las desgranaron con las manos y las comieron. Esto es lo que dice el Apóstol: "Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra, y despojaos del viejo hombre con sus actos" (Col. III). Porque nadie pasa al cuerpo de Cristo, ni alimenta al maestro con los frutos de su progreso, sino sí, renunciando a las concupiscencias antiguas, se ha hecho un hombre nuevo con el nuevo mandamiento del amor. Arrancar espigas, por lo tanto, es arrancar a los hombres de la intención terrenal en la que habían fijado la raíz de su mente; desgranarlas con las manos, es despojar la pureza de la mente de los ejemplos de virtudes, incluso de la concupiscencia de la carne, como de las cáscaras y envolturas de las espigas. Comer los granos, es incorporar a cada uno, purificado de las inmundicias de los vicios, a los miembros de la Iglesia a través de la boca de los predicadores. Y bien se recuerda que los discípulos hicieron esto antes que el Señor, porque es necesario que la palabra del maestro preceda, y así el corazón del oyente, siguiendo, sea iluminado por la gracia de la visita celestial. Bien en los sábados, porque los santos doctores también trabajan en la predicación por la esperanza de la futura quietud, y amonestan igualmente a sus oyentes a no insistir en los negocios superfluos por amor al mundo, sino más bien a esforzarse en los buenos trabajos por el descanso eterno. Asimismo, pasan por los campos con el Señor, quienes, esforzándose por obedecer los mandamientos divinos, se deleitan en meditar diligentemente las sagradas escrituras. Tienen hambre en los campos, cuando en esas mismas sagradas escrituras que pasan leyendo desean encontrar el pan de vida, es decir, se esfuerzan por llegar a aquellas palabras con las que encienden en sí mismos un mayor amor por su Creador. Y esto en los sábados, cuando, con la mente sosegada de las turbulentas cogitaciones, se alegran de descansar y ver "cuán dulce es el Señor, y cuán bienaventurado es el hombre que confía en él" (Sal. XXXIII). Y, asumiendo el hábito de la piedad y la humildad, se esfuerzan por alcanzar el descanso de sus almas. Arrancan las espigas que encuentran, y las tratan con las manos, las limpian trituradas, hasta que llegan al alimento, cuando asumen meditando los testimonios de las Escrituras a los que llegan leyendo, y los examinan con una búsqueda diligente hasta que, encontrando en ellos la médula del amor que parecía estar oculta, la extraen. Porque así como los granos de trigo que alimentan están cubiertos por la aspereza de las espigas que se erizan, así a menudo bajo la utilidad que parecía de la letra se ocultan los dones del amor divino, que alimentan con los manjares de la dulzura interna a las mentes de los fieles que tienen hambre y sed de justicia. Sin embargo, esta refección de las mentes desagrade a los defensores necios del sábado, pero es aprobada por el Señor del sábado, porque quienes siguen solo la superficie de la letra, no saben ni pueden llegar a la verdadera refección de las mentes, ni al descanso interno de las almas. Por lo tanto, la temeridad de ellos es justamente confundida por la boca de la Verdad, cuando se añade:

Y les dijo: ¿Nunca leísteis, etc.? Para refutar la calumnia de los fariseos, recuerda la historia antigua, cuando David, huyendo de Saúl, llegó a Nob, y fue recibido por el sacerdote Abimelec, quien le pidió alimentos (1 Sam. XXI). Como no tenía panes laicos, le dio los consagrados, que no era lícito comer sino solo a los sacerdotes y levitas. Y solo preguntó si los jóvenes estaban limpios de mujeres: y al responder él que desde ayer y anteayer, no dudó en darles los panes, considerando mejor (como dice el profeta, "Misericordia quiero, y no sacrificio" [Ose. VI]) liberar a los hombres del peligro del hambre, que ofrecer sacrificio a Dios. Porque la ofrenda que agrada a Dios es la salvación de los hombres. Por lo tanto, el

Señor se opone y dice: Si David es santo, y Abimelec sacerdote no es reprendido por vosotros, pero ambos transgredieron el mandato de la ley con una excusa plausible, y el hambre es la causa, ¿por qué no aprobáis la misma hambre en los apóstoles que aprobáis en los demás? Aunque en esto hay mucha diferencia. Estos desgranaron espigas en sábado con la mano, aquellos comieron panes levíticos. Allí, además del sábado, los días de las neomenias encendían la solemnidad, cuando en los banquetes, buscado, huyó de la corte real. Figuradamente, lo que dice, que David y sus jóvenes recibieron panes santificados, muestra que el alimento sacerdotal pasará al uso de los pueblos, ya sea porque todos debemos imitar la vida sacerdotal, o porque todos los hijos de la Iglesia son sacerdotes. Porque somos ungidos en un sacerdocio santo, ofreciéndonos a nosotros mismos a Dios como sacrificios espirituales. De toda esta historia, según nuestra capacidad, hemos hablado más plenamente en la exposición del libro de los Reyes, y sobre la mesa y los panes de la proposición, en el libro de la exposición del tabernáculo y sus utensilios. Lo que el Señor llama a Abiatar príncipe de los sacerdotes en lugar de Abimelec, no tiene disonancia. Porque ambos estaban allí, cuando David vino y pidió y recibió los panes, Abimelec, el príncipe de los sacerdotes, y Abiatar, su hijo. Pero cuando Abimelec fue asesinado por Saúl, junto con los hombres de su casa de la familia sacerdotal, ochenta y cinco, Abiatar huyó a David y se convirtió en compañero de todo su exilio. Después, cuando él reinó, Abiatar también recibió el grado de sumo sacerdote, y durante todo el tiempo de su reinado perseveró en el pontificado, convirtiéndose en mucho más excelente que su padre. Por lo tanto, fue digno de que el Señor hiciera mención de él como sumo sacerdote, incluso mientras su padre vivía. Y les decía: "El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado". Se debe prestar mayor cuidado a la salud y vida del hombre que a la observancia del sábado. Porque así se mandó guardar el sábado, pero si había necesidad, no era culpable quien violara el sábado. Por eso no se prohibió circuncidar en sábado, porque era necesario hacerlo. Porque Josué también rodeó los muros de Jericó durante siete días con el ejército. Y los macabeos, cuando la necesidad lo exigía, luchaban en sábado. Por lo tanto, a los discípulos hambrientos, lo que no era lícito en la ley, se hizo lícito por la necesidad del hambre. Esta causa es como hoy en los ayunos legítimos: donde si alguien enfermo rompe el ayuno, de ninguna manera se le considera culpable. Así que el Hijo del Hombre es Señor también del sábado. Si, dice, David, rey, alimentado con alimento sacerdotal, es excusable, y según la narración de otro evangelista, los sacerdotes que violan el sábado por el ministerio del templo están libres de culpa, cuánto más el Hijo del Hombre, que es verdadero rey y verdadero sacerdote, y por lo tanto Señor del sábado, no está sujeto a la culpa de arrancar espigas en sábado.

### CAPÍTULO III.

Y entró de nuevo en la sinagoga, etc. El hombre que tiene la mano seca representa al género humano marchito en la fecundidad de las buenas obras, pero curado por la misericordia del Señor. Su mano derecha, que se secó en el primer padre al arrancar el fruto del árbol prohibido, fue restaurada a la salud por la gracia del Redentor cuando extendió sus manos inocentes en el árbol de la cruz, devolviendo el jugo de las buenas obras. Y bien que la mano estaba seca en la sinagoga, porque donde el don del conocimiento es mayor, allí es más grave el peligro de una falta inexcusable. Y ellos lo observaban para ver si curaba en sábado, para acusarlo. Porque la destrucción del sábado que reprochaban en los discípulos, el maestro había excusado con un ejemplo plausible, ahora querían calumniar al maestro observándolo, para que si curaba en sábado, lo acusaran de transgresión; si no curaba, de crueldad o debilidad. Y dijo al hombre que tenía la mano seca: Levántate en medio. Y les dice: ¿Es lícito hacer el bien en sábado, o el mal? El Señor, anticipándose a la calumnia de los judíos que con mente perversa le habían preparado, los reprende porque violaban los preceptos de la ley con

una interpretación errónea, pensando que en sábado también se debía abstener de las buenas obras, cuando la ley manda abstenerse de las malas diciendo: No haréis en él obra servil, es decir, pecado. Porque todo el que hace pecado, es siervo del pecado. Con este precepto también se adumbra la forma del siglo futuro en el presente: donde aquellos que durante las seis edades de este siglo hicieron el bien, en la séptima edad tendrán descanso solo de las malas, no de las buenas. Pues aunque cesen las obras seculares, no es ocioso el acto de la buena obra en alabar a Dios. Salvar el alma, o perderla. Esto es, curar al hombre, o no. Es lo mismo que había dicho antes, Hacer el bien, o el mal. No porque Dios, sumamente bueno, pueda ser autor del mal o de la perdición para nosotros, sino porque su no salvar, según la costumbre de las Escrituras, se dice perder. Así como se dice que endureció el corazón de Faraón, no porque lo blando lo endureciera, sino porque no quiso misericordiosamente ablandar lo endurecido por méritos precedentes. Y cuando rogamos, No nos dejes caer en la tentación (Mat. VI), añadiendo enseguida, Mas líbranos del mal, se nos enseña claramente que su inducir en tentación no es otra cosa que no librar del mal, y su perder el alma, es no salvar de la perdición. Si a alguien le mueve, por qué el Señor, cuando iba a curar el cuerpo, preguntó sobre la salvación del alma, entienda que el alma, según el modo de las Escrituras, se pone por el hombre, como se dice: Estas son las almas que salieron del muslo de Jacob (Éxodo I), o que aquellos milagros los hacía por la salvación del alma, o que la misma sanación de la mano significaba la salvación del alma, que al cesar de las buenas obras (como he dicho antes), parecía tener de algún modo la mano derecha seca. Pero ellos callaban. Y mirándolos con ira, entristecido por la ceguera de su corazón, dice al hombre: Extiende tu mano. Y la extendió; y su mano fue restaurada. Se ordena extender la mano seca para ser sanada, porque la debilidad infructuosa del alma no se cura mejor que con la largueza de las limosnas. De donde Juan Bautista, a las multitudes que le preguntaban qué debían hacer para no ser arrojados al fuego como árboles secos, solo les ordena: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene. Y el que tiene comida, haga lo mismo (Lucas III). Y en el Eclesiástico se dice: Hijo, no sea tu mano extendida para recibir, y cerrada para dar (Eclesiástico IV). Pues en vano extiende la mano a Dios para rogar por los pecados, quien no la extiende para dar beneficio a la viuda que ruega.

Pero los fariseos, saliendo, inmediatamente con los herodianos, tomaron consejo contra él, para ver cómo lo perderían. Llama herodianos a los ministros de Herodes el tetrarca, quienes, por las enemistades que su señor ejercía contra Juan, también perseguían con insidias y odios al Salvador que Juan predicaba. Fue una gran insensatez que aquellos que más necesitaban de la salvación, tomaran consejo sobre la muerte del Salvador. Se muestra cuánto se esfuerzan en la maldad, cuando incluso consideran un crimen que, a su palabra, el que estaba enfermo extendiera la mano y fuera sanado, como si alguno de ellos no hubiera hecho mayores cosas en sábado, llevando alimentos, ofreciendo el cáliz, y realizando otras cosas necesarias para el sustento. Pues aquel que dijo, y fueron hechas, no podía ser convencido de haber trabajado en sábado.

Y Jesús con sus discípulos se retiró al mar. Se retiró como hombre huyendo de las insidias de los perseguidores, porque aún no había llegado la hora de su pasión, ni fuera de Jerusalén fue el lugar de su pasión. Se retiró huyendo de los que lo perseguían con odio; pero fue allí donde encontró a muchos que lo seguían por amor. Pues se añade: Y una gran multitud de Galilea y Judea lo siguió, y de Jerusalén y de Idumea, y de más allá del Jordán, y los que estaban alrededor de Tiro y Sidón, una gran multitud, al oír lo que hacía, vinieron a él. He aquí que los fariseos y los herodianos, maestros del pueblo y ministros del rey, buscan unánimemente perder al Señor. Pero la multitud indocta y el vulgo reunido de todas partes lo siguen con unánime amor. Ellos, viendo las obras de sus virtudes y oyendo las palabras de su doctrina,

no querían aprender más que para perseguirlo. Estos, guiados solo por la fama de sus virtudes, vienen en gran número a escucharlo y a pedir la ayuda de la salvación. Por lo que pronto merecen conseguir el efecto de su voluntad y deseo, con muchos sanados por el Señor, como se lee en lo siguiente. Donde también dio ejemplo a los suyos, si en una ciudad sufrían persecución, de huir a otra. Finalmente, Pablo, enseñado por el ejemplo y el precepto del Señor, huyó de Damasco, donde era acechado por los perversos. Pero al salir de allí, encontró en otros lugares innumerables pueblos que lo seguirían en la piedad. Según las leyes de la alegoría, el Señor, al salir de la sinagoga y retirarse al mar, donde recibió a una gran multitud de pueblo que venía a él para ser sanados y enseñados, prefiguró claramente nuestra salvación, a quienes se dignó venir por la fe, dejando a Judea por su infidelidad. Pues las naciones incrédulas, agitadas durante mucho tiempo por los diversos meandros de los errores, se comparan con la inestabilidad, amargura y oscuridad del mar agitado. Pero el Señor vino al mar con sus discípulos, y una gran multitud de diversas provincias lo siguió, porque al predicar los apóstoles, llegó a los corazones de las naciones. Y después de haber consagrado en ellos su amada casa, ya recibió benignamente a muchos que venían a él, y les concedió ser partícipes de la salvación deseada. A quienes se adapta lo que sigue: Y dijo a sus discípulos que le sirvieran en una barca a causa de la multitud, para que no lo oprimieran. Pues sanaba a muchos, de modo que se lanzaban sobre él para tocarlo. La barca que sirve al Señor en el mar es la Iglesia, congregada de entre las naciones, y que ha atravesado los oleajes del mundo que pasa con la virtud de una mente libre.

Cuanto más ensancha el seno del corazón para recibir la gracia de su Creador, tanto más sublime se eleva sobre todos los volúmenes de las cosas pasajeras, como una barca agitada por los vientos sobre las olas del mar. Hay una diferencia entre oprimir al Señor y tocarlo. Lo toca quien recibe su fe y amor con verdadero corazón.

Lo oprimen quienes con pensamientos carnales, o incluso con hechos, turban la paz de aquellos en quienes la verdad solía habitar. Por lo que adecuadamente se dice que quienes lo tocaron fueron salvados, porque ciertamente la verdadera fe y el amor suelen engendrar la salvación eterna.

Por la multitud, para que no lo oprimiera, el Señor subió a la barca, porque huyendo de las mentes turbias de los carnales, se complace en venir y hacer morada en aquellos que han aprendido a despreciar tanto la gloria pasajera del mundo como su abyección.

Y todos los que tenían plagas, los espíritus inmundos, cuando lo veían, se postraban ante él. Se postraban ambos ante el Señor, es decir, tanto los que tenían plagas de enfermedades corporales, como los que eran atormentados por espíritus inmundos: pero los enfermos con la simple intención de obtener la salud, y los endemoniados o más bien los demonios que habitaban en ellos, coaccionados por el poder del temor divino, no solo a postrarse ante él, sino también a confesar su majestad. Pues golpeados por la presencia de su virtud, y muy aterrorizados, no se atrevían a ocultar a quien ya habían reconocido como el Hijo de Dios. Donde es de admirar o más bien de lamentar la ceguera de los arrianos, que después de la gloria de su resurrección y ascensión, después de que la fe del Evangelio se ha extendido por todo el mundo, después de que se han edificado iglesias en todas las naciones, y se ha alabado el nombre del Señor Salvador desde el oriente hasta el occidente, de repente niegan que es el Hijo de Dios, a quien los demonios, aún vestido con el hábito mortal de la carne, confiesan abiertamente como el Hijo de Dios. Pues así sigue: Y clamaban diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Y les ordenaba severamente que no lo manifestaran. ¿Por qué prohíbe a los espíritus inmundos hablar de él? El salmista lo manifiesta, quien dice: Pero al pecador dijo

Dios, ¿Por qué narras mis justicias, y tomas mi pacto en tu boca? Tú, que odias la disciplina, y echaste mis palabras detrás de ti (Salmo XLIX).

Por lo tanto, se prohíbe al pecador predicar al Señor, para que nadie, al seguir al predicador, siga al errante. Pues el diablo es un maestro impropio, que a menudo mezcla lo falso con lo verdadero, para cubrir con la apariencia de verdad el testimonio del fraude. Sin embargo, no solo los demonios, que confesaban a la fuerza, querían callar de buen grado sobre Cristo, sino también aquellos que sanados por él querían confesarlo voluntariamente. Incluso los mismos apóstoles que después de su resurrección iban a predicarlo por todo el mundo, antes de su pasión se les ordena callar completamente sobre él, para que, al no predicarse su majestad divina, no se difiriera la dispensación de su pasión, y al diferirse la pasión, se negara la salvación del mundo que por ella iba a venir.

Y subiendo al monte, llamó a los que él quiso, y vinieron a él, e hizo que fueran doce con él. Aquel monte en el que el Señor eligió a los apóstoles, designa la altura de justicia en la que debían ser instruidos, y que debían predicar a los hombres. Pues como iba a enviarlos a predicar el Evangelio del reino celestial, con razón quiso advertirles por la sublimidad del lugar en el que fueron elegidos, que no debían disolver su ánimo en deseos bajos, sino siempre elevarse a desear y buscar las cosas superiores. Así también, cuando iba a dar la ley a su pueblo anterior, apareció en el monte: desde el monte tronó lo que debía hacerse. Pero como aún no era tiempo de decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado (Mat. IV): sino que solo se decía, Honra a tu padre y a tu madre, para que seas de larga vida sobre la tierra que el Señor tu Dios te da (Éxodo XX), aunque estas mismas palabras nos prometen típicamente el reino eterno, que está en la tierra de los vivientes: el pueblo no pudo acercarse al Señor que hablaba en el monte; sino que desde lo bajo escuchó lo que se decía, porque aún no sabía ascender con mente capaz a entender los misterios que se decían; y solo Moisés, porque había aprendido a escuchar la ley espiritualmente, subió a la cima del monte donde estaba Dios. Pero se dice bien que subiendo al monte, el Señor llamó a los que él quiso. No era de la elección y estudio de ellos, sino de la dignación y gracia divina, que fueran llamados al apostolado. Por lo que en otro lugar les dice: No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros (Juan XV).

E hizo que fueran doce con él. Ciertamente por la gracia de un misterio, para que la salvación del mundo que debían predicar con la palabra, también la recomendaran con su número. Pues tres veces cuatro hacen doce. Y los apóstoles fueron enviados a predicar tres veces cuatro, para que por todas las regiones del mundo cuadrado bautizaran a las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Por lo que también de la ciudad santa de Jerusalén que desciende del cielo de Dios, está escrito que tenía tres puertas al oriente, y tres puertas al norte, y tres puertas al sur, y tres puertas al occidente (Apoc XXI). Donde se muestra figurativamente que, al predicar los apóstoles y los sucesores de los apóstoles, todas las naciones del mundo entrarían en la Iglesia en la fe de la Santa Trinidad. En este mismo sacramento, los hijos de Israel acampaban alrededor del tabernáculo, de modo que por todo el cuadrado tres tribus permanecían (Núm. I). Porque la Iglesia primitiva que estaba en Judea, rodeada por todas partes de naciones creyentes de todo el mundo, iba a fijar espiritualmente campamentos a Dios en la fe y confesión de la Santa Trinidad.

Y para que los enviara a predicar el Evangelio. Y les dio poder para curar enfermedades y expulsar demonios. Después de prohibir a los espíritus impuros que lo predicaran, eligió a los santos, que expulsarían a los espíritus inmundos, y ellos mismos predicarían el Evangelio con

mente y lengua puras. A quienes también les confirió la facultad de curar otras enfermedades, e incluso de resucitar a los muertos (como escribe el evangelista Mateo), para que la magnitud de los hechos atestiguara la magnitud de las promesas celestiales, y la virtud mostrada diera fe a las palabras, y los que predicaban cosas nuevas hicieran cosas nuevas. Por lo que ahora también, cuando ha crecido el número de los fieles, dentro de la santa Iglesia hay muchos que siguen el camino de las virtudes, y no tienen señales de virtudes.

Porque en vano se muestra un milagro exteriormente, si falta lo que obra interiormente. Pues según la voz del maestro de las naciones, las lenguas son señal no para los fieles, sino para los infieles (Cor. XIV).

Y puso a Simón el nombre de Pedro. No ahora por primera vez le dio a Simón el nombre de Pedro, sino mucho antes, cuando al ser llevado por su hermano Andrés, al mirarlo, dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas, que se interpreta Pedro (Juan I). Pero queriendo el evangelista enumerar los nombres de los doce apóstoles, tuvo que decir Pedro, y brevemente quiso indicar que no se llamaba así antes, sino que el Señor lo había nombrado así, aunque no entonces, sino cuando Juan puso las mismas palabras del Señor, haciendo que los oyentes estuvieran atentos.

Pues si se llamara así antes, no verías el misterio de la piedra, pensando que se llamaba así por casualidad, no por la providencia de Dios. Por eso quiso que primero se llamara de otra manera, para que de la misma mudanza del nombre, se recomendara la vivacidad del sacramento. Así pues, Pedro en griego o en latín, es lo mismo que Cefas en siríaco. Y en ambos idiomas el nombre se deriva de la piedra: sin duda alguna de aquella de la que Pablo dice: Pero la piedra era Cristo (I Cor. X). Pues así como la verdadera luz otorgó Cristo a los apóstoles, para que fueran llamados luz del mundo, así también a Simón, que creía en la piedra que es Cristo, le otorgó el nombre de Pedro. A quien en otro lugar, aludiendo a la etimología, dijo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Mat. XVI). Lo que Simón, que significa poniendo tristeza, o escuchando tristeza, se interpreta, se adapta a aquel tiempo, cuando después de la resurrección, al ver al Señor, dejó la tristeza de su muerte, o de su negación: pero enseguida escuchó la tristeza de su propia muerte, cuando el Señor dijo: Pero cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieras (Juan XXI).

Y a Jacobo de Zebedeo y a Juan, hermano de Jacobo (Se sobreentiende de lo anterior que los llamó a sí, cuando subió al monte). Y les puso el nombre de Boanerges, que significa hijos del trueno. Apropiadamente son llamados hijos del trueno, de los cuales uno, tronando desde los cielos, emitió aquella voz teológica que nadie antes sabía pronunciar: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios, etc. (Juan I). Que dejó tan cargada de peso de virtud, que si alguna vez hubiera querido tronar más, ni el mismo mundo podría contenerlo. Pero ambos merecieron ser llevados a menudo aparte al monte por el Señor, y a veces percibir un sonido terrible desde la nube: Este es mi Hijo amado, a él escuchad (Marcos IX).

También llevaban nombres antiguos muy apropiados a sus méritos. Jacobo significa suplantador. Juan significa en quien hay gracia, o gracia del Señor. Pues aquel se alegró de suplantar el cuidado de la carne, al ser llamado por el Señor, y de despreciar la misma carne, al ser decapitado por Herodes; este, por la gracia de amor especial que mereció por la gloria virginal, se recostó sobre el pecho de su Redentor en la cena.

Y a Andrés, a Felipe, a Bartolomé, a Mateo y a Tomás. Andrés es un nombre griego que se interpreta como "varonil", ya que en griego el hombre se llama ἄνθρωπος. Este nombre se adapta perfectamente a aquel que, al escuchar la predicación de Juan, se apresuró a seguir al Cordero de Dios, a verlo y escucharlo, y posteriormente, al ser llamado por Él, no tardó en dejarlo todo para seguirlo y adherirse a Él perpetuamente. Felipe se interpreta como "boca de lámpara" o "lámparas". Y con razón, porque al ser llamado por el Señor, la luz de la gracia encendió e iluminó su corazón, y de inmediato se apresuró a compartirla con su hermano, diciendo: "Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en la ley y los profetas, a Jesús, hijo de José de Nazaret" (Juan I). Bartolomé es un nombre sirio, no hebreo, y se interpreta como "hijo del que suspende las aguas", lo que claramente alude al Hijo de Dios, quien eleva las mentes de sus predicadores para contemplar las cosas celestiales, de modo que, cuanto más libremente vuelan hacia lo alto, más abundantemente embriagan los corazones terrenales con las gotas de sus palabras. Mateo se llama "donado", porque por el gran don del Señor fue elegido de ser publicano y recaudador de impuestos al oficio de apóstol y evangelista. Tomás significa "abismo" o "gemelo", que en griego es Δίδυμος, y ambas interpretaciones se ajustan a su estado. Didymus pudo ser llamado correctamente así por su corazón dudoso al creer en el efecto de la resurrección del Señor. También pudo ser llamado "abismo" con justicia, ya que penetró con fe cierta la profundidad de la virtud del Señor celebrada en la resurrección. Es notable que el evangelista Mateo, al describir a los apóstoles, los enumera así: Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el publicano. Los demás evangelistas, al unir los nombres, ponen primero a Mateo y luego a Tomás, y no lo llaman publicano, para no parecer que recordando su antigua vida, deshonran al evangelista. Pero él mismo se antepone a Tomás y se llama publicano, para que "donde abundó el pecado, sobreabunde la gracia" (Rom. V). Y a Santiago de Alfeo y a Tadeo. Santiago de Alfeo se menciona con un añadido para distinguirlo de Santiago de Zebedeo. Él es quien en los Evangelios se llama hermano del Señor, y en la Epístola a los Gálatas: porque María, esposa de Alfeo, fue hermana de María, madre del Señor, a quien el evangelista Juan llama María de Cleofás, tal vez porque Alfeo también fue llamado Cleofás o porque María, al quedar viuda tras el nacimiento de Santiago, se casó con Cleofás. Y porque Santiago, con razón, fue llamado hijo de Alfeo, es decir, del docto, lo atestiguan los apóstoles, quienes después de la pasión del Señor lo ordenaron inmediatamente para gobernar la Iglesia de Jerusalén. Tadeo es el mismo a quien Lucas, tanto en su Evangelio como en los Hechos de los Apóstoles, llama Judas de Santiago. Era hermano de Santiago, hermano del Señor, como él mismo escribe en su Epístola. Por lo tanto, también él fue llamado hermano del Señor, como atestiguan sus conciudadanos, quienes, asombrados por sus virtudes, decían: "¿No es este el hijo del carpintero y de María, hermano de Santiago, José, Judas y Simón?" (Mat. XIII).

Y a Simón el Cananeo y a Judas Iscariote, quien también lo traicionó. Y estos se mencionan con un añadido para distinguirlos de Simón Pedro y Judas de Santiago. Simón el Cananeo recibió su sobrenombre de Caná, una aldea de Galilea, que el evangelista Lucas traduce como Simón el Zelote. Caná, en efecto, significa celo. Cananeo se llama Zelote, es decir, celoso. Judas Iscariote, ya sea por la aldea donde nació o por la tribu de Isacar, tomó su nombre como presagio de su condenación. Isacar, que significa recompensa, insinúa el precio de la traición. Iscariote, que se interpreta como memoria de muerte, lo acusa de haber cometido el crimen de la traición del Señor no por imprudencia, sino tras meditarlo largamente. No fue elegido entre los apóstoles por imprudencia, sino por providencia. ¡Cuánta es la verdad, que ni siquiera un adversario como ministro la debilita! ¡Cuánta es la moralidad del Señor, que prefirió que su juicio se pusiera en peligro entre nosotros antes que su afecto! Había asumido la fragilidad humana, y por eso no rechazó estas partes de la debilidad humana. Quiso ser abandonado, quiso ser traicionado, quiso ser entregado por su apóstol, para que tú,

abandonado por un compañero, traicionado por un compañero, soportes moderadamente haber errado en tu juicio, haber perdido un beneficio. Ordenados los apóstoles en el monte, para que fueran enviados a predicar el Evangelio, se añade apropiadamente:

Y vienen a la casa. Porque lleva a los apóstoles elegidos en el monte de regreso a la casa, como advirtiéndoles en silencio que, después de recibir el grado de apostolado, regresen a su conciencia, y cuanto mayor sea el cuidado que asuman por los pueblos que deben enseñar, tanto más diligentemente penetren considerando las moradas de sus mentes, y no encuentren allí nada que pueda ofender los ojos del inspector oculto, sino que lo busquen con una cuidadosa examinación. Así, cada uno gobierna correctamente a su prójimo, si primero purga con una exploración diligente lo que había de maldad en su propio corazón.

Y se reunió de nuevo la multitud, de modo que no podían ni siquiera comer pan. ¡Oh, cuán feliz es la ocupación del Salvador, cuán bendita la multitud que se congrega, que tenía tanto afán por escuchar la palabra de Dios, tanto cuidado por obtener la salvación, que al autor de la salvación, con aquellos que estaban con él, ni siquiera le quedaba libre la hora de comer para ofrecer consuelo a los miserables! Ojalá, Señor Jesús, también en nuestros tiempos concedas tanta gracia a tus fieles, que con la asiduidad de aprender de sus maestros, no solo se vean impedidos del apetito de placeres carnales, sino incluso a veces de la misma percepción del pan cotidiano. Pero veamos cuánto valoran a este a quien la multitud externa frecuenta, sus propios parientes. Sigue,

Y cuando lo oyeron los suyos, salieron para apoderarse de él, porque decían que estaba fuera de sí. Verdaderamente, como él mismo dice en otro lugar, "No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa". Porque aquel a quien los demás desean acercarse, ver y escuchar como autor de vida y sabiduría de Dios, sus parientes deciden que debe ser atado como si estuviera fuera de sí. Porque no podían comprender la profundidad de la sabiduría que escuchaban, creían que hablaba con un sentido ajeno: como aquellos que no soportaban el sacramento de comer su carne y beber su sangre, decían: "Dura es esta palabra. ¿Quién puede escucharla?" Y por eso se alejaron y ya no andaban con él. Alegóricamente, en que la multitud se congrega frecuentemente a él, pero es despreciado como loco por los suyos, se aprueba la salvación de los creyentes de entre los gentiles, y se nota la envidia y la perfidia de los judíos. De quienes Juan dice: "A lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron" (Juan I). Hay una gran diferencia entre aquellos que no entienden la palabra de Dios por la lentitud de su mente, y aquellos que, entendiendo lo que entienden, blasfeman y persiguen deliberadamente. A estos aún les queda la esperanza de salvación, si acaso entienden; pero a aquellos que no quieren entender para obrar bien, y meditan iniquidad en su lecho, ¿qué esperanza de salvación les queda, cuando incluso lo que han percibido correctamente para la salvación de su alma, se esfuerzan por rechazarlo con odio y desprecio? Mira lo que sigue.

Y los escribas que habían descendido de Jerusalén decían que tenía a Beelzebub, y que por el príncipe de los demonios echaba fuera demonios. No sin razón se dice que quienes infligían tal blasfemia al Señor habían descendido de Jerusalén; sino que predecían que sería perseguido hasta la muerte por los ciudadanos de aquella ciudad. Leemos anteriormente que "una gran multitud de Galilea lo siguió, y de Jerusalén, y de Idumea y de más allá del Jordán, y de los alrededores de Tiro y Sidón, una gran multitud, al oír lo que hacía, vino a él". La multitud que venía de Jerusalén siguió al Señor, como también de otras regiones de los judíos, o incluso de los gentiles. Porque ¿quién no sabe que Idumea, Tiro y Sidón eran provincias o ciudades de los gentiles? Pero los escribas que descendían de Jerusalén lo perseguían con horribles blasfemias, porque así sería en el tiempo de la pasión, que la multitud del pueblo judío lo conduciría a Jerusalén con palmas y alabanzas, los gentiles

deseñarían verlo, pero los escribas y los ancianos del pueblo tratarían sobre su muerte. Por lo tanto, mientras las turbas, que parecían menos instruidas, siempre se maravillaban de las obras del Señor, aquellos se esforzaban por negarlas o, si no podían negarlas, por pervertirlas con una interpretación siniestra, como si no fueran obras de la Divinidad, sino del espíritu más inmundado, es decir, Beelzebub, que era el dios de Acarón. Porque Beel es Baal, y Zebub significa mosca. Ni según algunos ejemplares erróneos, debe leerse la letra k o d al final del nombre, sino b. Beelzebub, por lo tanto, significa Baal de las moscas, es decir, hombre de las moscas, o que tiene moscas, debido a las inmundicias del sacrificio sangriento, por cuyo rito o nombre llamaban al príncipe de los demonios.

Y convocándolos, les decía en parábolas: ¿Cómo puede Satanás echar fuera a Satanás? Y si un reino se divide contra sí mismo, no puede permanecer ese reino. Y si una casa se divide contra sí misma, no podrá permanecer esa casa. Un reino y una ciudad divididos contra sí mismos no pueden permanecer. Pero así como la concordia hace crecer las cosas pequeñas, la discordia disuelve las más grandes (Salustio). Si, por lo tanto, Satanás lucha contra sí mismo, y un demonio es enemigo de otro demonio, ya debería haber llegado la consumación del mundo, para que no tengan lugar en él los poderes adversarios, cuyo conflicto entre ellos es la paz de los hombres. Pero si pensáis, oh escribas y fariseos, que la retirada de los demonios es obediencia a su príncipe, para engañar a los hombres ignorantes con una simulación fraudulenta, ¿qué podéis decir de las sanidades corporales que el Señor realizó? Es otra cosa si también asignáis a los demonios las debilidades de los miembros y los signos de las virtudes espirituales. Y si Satanás se levanta contra sí mismo, está dividido, y no podrá permanecer, sino que tiene un fin. Al decir esto, quería que entendieran por su propia confesión que, al no creer en él, habían elegido estar en el reino del diablo, que ciertamente no podría permanecer dividido contra sí mismo. Que los fariseos elijan lo que quieran. Si Satanás no puede echar fuera a Satanás, no podrán encontrar nada que decir contra el Señor. Pero si puede, mucho más deberían preocuparse por sí mismos y salir de su reino, que dividido contra sí mismo no puede permanecer.

Nadie puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, a menos que primero ate al hombre fuerte, y entonces saqueará su casa. Llama fuerte al diablo, sus bienes, a los hombres engañados por él; su casa, al mundo que está en el maligno. En el cual, hasta la venida del Salvador, poseía un imperio mal pacificado, porque descansaba sin contradicción en los corazones de los infieles. Pero el Señor ató al fuerte, es decir, restringió al diablo de seducir a los elegidos, y entonces saqueó su casa, porque arrebató de las trampas del diablo a aquellos que previó que serían suyos, los unió a los miembros de su Iglesia, y los ordenó a través de las distintas dignidades de grados en ella. O ciertamente saqueó su casa, porque distribuyó todas las partes del mundo, sobre las cuales el antiguo enemigo había dominado, a los sucesores de los apóstoles, para que cada uno en su provincia convirtiera a los pueblos desviados del error al camino de la vida. Por lo tanto, el Señor mostró a través de una parábola, pero ya muy clara, que no con una operación engañosa y concordante con los demonios, como calumniaban, sino con una virtud completamente diversa y adversa de la divinidad, liberaba a los hombres de los demonios: y por eso cometen un gran crimen quienes, sabiendo que esto es de Dios, proclaman que es del diablo.

En verdad os digo que todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres, y las blasfemias con que blasfemen. Todos los pecados y blasfemias no se perdonan indiscriminadamente a todos los hombres, sino a aquellos que en esta vida hagan una penitencia digna por sus errores. Ni tiene lugar la afirmación errónea de Novaciano, que niega que se deba conceder el perdón a los que han caído en el martirio; ni de Orígenes, que afirma que después del juicio universal, aunque transcurran innumerables volúmenes de

siglos, todos los pecadores y blasfemos obtendrán el perdón de los pecados y serán llevados al reino celestial. El error de este último es refutado por las palabras siguientes del Señor, cuando se añade:

Pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene perdón para siempre, sino que es culpable de un pecado eterno. Por lo tanto, quien, entendiendo claramente las obras de Dios, no puede negar su virtud, pero, impulsado por la envidia, las calumnia, y dice que Cristo, el Verbo de Dios, y las obras del Espíritu Santo son de Beelzebub, a este "no se le perdonará ni en este siglo ni en el venidero". No porque neguemos que también a él, si quisiera hacer penitencia, pueda ser perdonado por aquel que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad; sino porque creemos en el mismo juez y dador del perdón, quien dice que siempre aceptará la penitencia, y que esta blasfemia nunca será perdonada, creemos que este blasfemo, por sus méritos exigentes, como nunca llegará al perdón, tampoco llegará a los frutos de una penitencia digna. Según lo que Juan el evangelista escribió muy verazmente sobre algunos cegados por el mérito de su blasfemia: "Por eso no podían creer, porque también dijo Isaías: Ha cegado sus ojos y endurecido su corazón, para que no vean con los ojos, ni entiendan con el corazón, ni se conviertan, y yo los sane" (Juan XII). Por lo tanto, solo la blasfemia contra el Espíritu Santo, por la cual alguien, a semejanza del diablo y sus ángeles, no teme oponerse a la majestad de la Deidad contra su propia conciencia, no tiene perdón para siempre, sino que es culpable de un pecado eterno, como el evangelista declara claramente, quien, después de poner este testimonio del Señor, añadió y dijo:

Porque decían: Tiene un espíritu inmundo. Porque ni aquellos que dicen que el Espíritu Santo no existe; ni aquellos que dicen que existe pero no es Dios; ni aquellos que dicen que es Dios pero menor que el Padre y el Hijo, porque lo hacen no por envidia diabólica, sino por ignorancia humana, están sujetos al crimen de blasfemia irremisible: por la cual, propiamente, los príncipes de los judíos y todos los que están corrompidos por una peste de envidia similar, blasfeman la majestad, y perecerán sin fin. Lo que se dice según Mateo, que "aquel que blasfeme contra el Espíritu Santo, o diga una palabra contra el Espíritu Santo, no tendrá perdón ni en este siglo ni en el venidero", se da a entender que algunos pecados se perdonan en este siglo, y otros en el venidero. Porque lo que se niega de uno, el entendimiento consecuente muestra que se concede de algunos. Pero sin embargo, se debe creer que esto puede hacerse con los pecados mínimos y pequeños, como el discurso ocioso continuo, la risa immoderada, o el pecado del cuidado de los bienes familiares, que apenas se comete sin culpa incluso por aquellos que saben cómo deben evitar la culpa, o en pecados no graves por error de ignorancia, que todos también después de la muerte pesan, si no fueron perdonados mientras aún estaban en esta vida. Sin embargo, se debe saber que allí, al menos de los mínimos, nadie obtendrá purificación, a menos que con buenas obras en esta vida, mientras aún está aquí, merezca obtenerlo allí.

Y vienen su madre y sus hermanos, y estando afuera, enviaron a llamarlo. Y estaba sentado alrededor de él la multitud, etc. Los hermanos del Señor no deben considerarse, según Helvidio, como hijos de la siempre virgen María, ni como hijos de José de otra esposa, según algunos, sino que deben entenderse más bien como sus parientes. Ciertamente, el hecho de que el Señor, al ser llamado por su madre y hermanos, no se apresure a salir del oficio de la palabra, no rechaza los deberes de la piedad materna, cuyo mandamiento es "Honra a tu padre y a tu madre", sino que muestra que debe más a los misterios paternos que a los afectos maternos: enseñándonos lo mismo con su ejemplo que con su palabra, cuando dice: "El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí" (Mat. X). No desprecia a sus hermanos injuriosamente, sino que, prefiriendo la obra espiritual a la relación carnal, enseña

que el vínculo de los corazones es más religioso que el de los cuerpos. Místicamente, la madre y los hermanos de Jesús son la Sinagoga, de cuya carne nació, y el pueblo de los judíos, que, mientras el Salvador enseña dentro, vienen pero no pueden entrar: quienes descuidan entender espiritualmente sus palabras. Porque la multitud, anticipándose, entra en su casa para escuchar sus palabras, como declara el evangelista Mateo: porque, mientras Judea se demora, la gentilidad acude a Cristo, y cuanto más cercana está por la fe, tanto más capacitada está para recibir los misterios internos de la vida. Según lo que dice el salmista: "Acercaos a él y seréis iluminados" (Sal. XXXIII).

Y le dicen: He aquí tu madre y tus hermanos te buscan afuera. Y respondiendo, les dijo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Dentro está la palabra, dentro está la luz. Por eso en otro lugar dice: "Para que los que entren vean la luz" (Luc. VIII). Si, por lo tanto, los que están afuera no son reconocidos ni siquiera como parientes, y tal vez no son reconocidos por nuestro ejemplo, ¿cómo seremos reconocidos nosotros si permanecemos afuera? Porque los que están afuera no quieren ver al Señor, sus parientes, cuando los judíos, no buscando el sentido espiritual en la ley, se fijaron afuera en la custodia de la letra, y como si obligaran a Cristo a salir para enseñar cosas carnales, en lugar de consentir en entrar para aprender las espirituales.

Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque el que haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre. Cuando se dice que quien hace la voluntad de Dios es hermano y hermana del Señor, por ambos sexos que se reúnen en la fe, no es de extrañar. Pero es muy sorprendente cómo también se dice madre. Porque el Señor se dignó llamar hermanos a los discípulos fieles, diciendo: "Id, anunciad a mis hermanos". Por lo tanto, quien pueda llegar a ser hermano del Señor viniendo a la fe, se debe preguntar cómo también puede ser madre. Pero debemos saber que quien es hermano y hermana de Jesús creyendo, se convierte en madre predicando. Porque como si diera a luz al Señor, a quien infunde en el corazón del oyente. Y se convierte en su madre si por su voz el amor del Señor se genera en la mente del prójimo.

#### CAPÍTULO IV.

Y de nuevo comenzó a enseñar junto al mar. Si observamos el Evangelio de Mateo, queda claro que esta enseñanza del Señor junto al mar tuvo lugar el mismo día que el sermón anterior celebrado en la casa. Pues, al terminar ese sermón, Mateo añade inmediatamente diciendo: "Aquel día, saliendo de la casa, se sentó junto al mar, y se reunieron ante él grandes multitudes, etc." (Mateo XIII). No solo los hechos y palabras del Señor, sino también los caminos y lugares donde realiza sus obras y predica, están llenos de sacramentos celestiales. Después del sermón en la casa, donde fue acusado de tener un demonio con una blasfemia nefanda, salió a enseñar junto al mar, para mostrar que, dejando a Judea por su culpa de perfidia, pasaría a salvar a los gentiles. Pues los corazones orgullosos e incrédulos de los gentiles se asemejan con razón a las olas tumultuosas y amargas del mar. ¿Quién no sabe que la casa del Señor fue Judea, infiel? Pero, dejando la casa donde sufrió las blasfemias de los impíos, comenzó a enseñar junto al mar, porque, abandonada la Sinagoga por su incredulidad, vino a reunir a través de los apóstoles a la multitud del pueblo gentil. Por eso, se menciona adecuadamente que, mientras predicaba en la casa, su madre y sus hermanos estaban afuera y, como si no fueran reconocidos por él, salió de la casa para enseñar junto al mar, porque después de que la Sinagoga se fijó afuera en la custodia de la letra, prefiriendo las figuras de la ley a los misterios internos de la fe del Señor, el Señor confirió los sacramentos de la salvación que ella había despreciado a las naciones externas del mundo.

Y se reunió ante él una gran multitud, de modo que, subiendo a una barca, se sentó en el mar, y toda la multitud estaba en tierra junto al mar; y les enseñaba muchas cosas en parábolas. Que una gran multitud se reuniera ante el Señor enseñando junto al mar, significa la frecuencia de los pueblos que, al predicar los apóstoles, confluyen a la fe de la verdad. Que él mismo subiera a una barca y se sentara en el mar prefiguraba la Iglesia que se edificaría en medio de las naciones no creyentes y contradictorias. Pues el Señor se sienta en la barca, situada en medio del mar, cuando ilumina con la gracia de su visita las mentes de los fieles que habitan entre los fieles, y consagra en ellos su morada amada. Por otro lado, la multitud que estaba en tierra junto al mar escuchaba las palabras del Señor, de modo que ni era tocada por las olas del mar, ni se sentaba con él en la barca, habiendo superado las olas, representa muy adecuadamente a aquellos que recientemente se habían reunido para escuchar la palabra. Y aunque por la piedad del alma están separados de la amargura, oscuridad e inestabilidad de los reprobos, aún no están imbuidos de los misterios celestiales que desean.

Y les decía en su enseñanza: Escuchad; he aquí que el sembrador salió a sembrar. El mismo Señor, al explicar esta parábola más adelante, afirma que la semilla es la palabra de Dios, y que el sembrador es él mismo. Pero lo que dice que "salió el sembrador a sembrar", nos dejó para que lo investiguemos. Salió, pues, el sembrador a sembrar, porque el Señor, saliendo del seno del Padre, vino al mundo, y la palabra de verdad que vio junto al Padre, la sembró en el género humano, ya sea por sí mismo o por aquellos que él mismo instituyó, según lo que dice Habacuc en sus alabanzas: "Saliste para la salvación de tu pueblo, para salvar a tus ungidos" (Habacuc III), es decir, aquellos a quienes te dignas consagrar con la unción de tu Espíritu y hacer partícipes de tu santo nombre. O ciertamente salió a sembrar, cuando después de llamar a la fe suya a la parte elegida de la Sinagoga, también difundió los dones de su gracia para la recolección de los gentiles. Lo cual también designó con su camino, cuando después de la predicación en la casa salió a enseñar junto al mar. Finalmente, predicando en la casa, abandonó a algunos por el crimen irremisible de su blasfemia; a otros, por su devoción piadosa, los llamó su madre y hermanos. Lo cual expresa claramente la diferencia del pueblo judío; en el cual muchos son rebeldes al Señor, pero algunos son dignos de adopción divina.

Y mientras sembraba, una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves y la comieron. En el Evangelio de Lucas está escrito sobre esta semilla: "Otra parte cayó junto al camino, y fue pisoteada, y las aves del cielo la comieron". Por tanto, todo lo que el Señor se dignó explicar en esta parábola debe ser recibido con fe piadosa. Lo que dejó en silencio para nuestra inteligencia, debe ser igualmente buscado y brevemente señalado con intención piadosa. La semilla que cayó junto al camino pereció por un doble daño, pisoteada por los transeúntes y arrebatada por las aves. El camino, por tanto, es la mente desgastada y seca por el constante flujo de pensamientos malos, de modo que no puede recibir ni hacer germinar la semilla de la palabra; y por eso, cualquier buena semilla que caiga cerca de tal camino, perece, porque es pisoteada por el paso impropio de pensamientos perversos y arrebatada por los demonios. Que con razón se llaman aves del cielo, ya sea porque son de naturaleza celestial y espiritual, o porque vuelan por el aire.

Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde no tenía mucha tierra, y brotó enseguida porque no tenía profundidad de tierra. Y cuando salió el sol, se quemó, y como no tenía raíz, se secó. Y el Señor explica el misterio de esta semilla. En cuya exposición aprendemos que las cosas no siempre se ponen alegóricamente en el mismo significado. Pues llama piedra a la dureza de la mente obstinada, tierra a la suavidad del alma obediente, y sol al ardor de la persecución que arde: aunque en otro lugar pone el sol en buen sentido, diciendo que los justos brillarán en el futuro como el sol en el reino de su Padre: y en la estructura de la casa espiritual enseña

que se debe cavar en profundidad, sacar la tierra, y colocar la piedra en el fundamento, es decir, que se deben purgar del seno íntimo del corazón los pensamientos terrenales, y que se debe introducir en el fundamento de las buenas obras la fortaleza de la fe invicta. En este lugar, la profundidad de la tierra que debidamente cultivada debía recibir la semilla de la palabra, es la bondad del alma, ejercitada en las disciplinas celestiales, y regularmente instruida para escuchar y obedecer las palabras divinas. Los lugares pedregosos, que con una capa delgada de tierra pueden hacer germinar rápidamente la semilla recibida, pero no tienen la fuerza para fijar la raíz, son ciertamente aquellos corazones que, no educados en los estudios de la disciplina, ni suavizados por las pruebas de las tentaciones, se deleitan por un momento con la dulzura de la palabra escuchada y las promesas celestiales, pero en el tiempo de la tentación se apartan; porque cuando presentan la dulzura momentánea del oráculo celestial a la austeridad que les es inherente, como un lugar asignado a la semilla santa, cubren una gran cantidad de piedras con poca tierra. Por eso no pueden llegar al fruto de la justicia, porque tienen poco del deseo de salvación que concibe la semilla de vida, y mucho de la dureza nociva que se opone al fruto de la salvación.

Y decía: El que tiene oídos para oír, que oiga. Cuantas veces se interpone esta advertencia ya sea en el Evangelio o en el Apocalipsis de Juan, se insinúa que lo que se dice es místico y saludable para escuchar y aprender. Pues los oídos para oír son los oídos del corazón, y los sentidos interiores, los oídos para obedecer y hacer lo que se manda.

Pero a los que están fuera, todo se les hace en parábolas, para que viendo vean, y no vean; y oyendo oigan, y no entiendan; no sea que se conviertan, y se les perdonen los pecados. Es de notar en estas palabras del Señor que no solo lo que hablaba, sino también lo que hacía eran parábolas, es decir, signos de cosas místicas, cuando se dice que aquellos a quienes todo se hacía en parábolas, no podían llevar a la comprensión ni lo que veían ni lo que oían. Pues, ¿qué impedía a los que miraban entender sus hechos o caminos, si no quería que se entendiera espiritualmente algo más que lo que se mostraba a los ojos de la carne? Por tanto, a los que están fuera, y no se acercan a los pies del Señor para recibir de su enseñanza, todo se les hace en parábolas, tanto los hechos como las palabras del Salvador, porque ni en las virtudes que obraba, ni en los misterios que predicaba, pueden conocerlo como Dios. Y por eso no merecen alcanzar el perdón de los pecados que se obtiene por la gracia de su fe. Estos son los que están junto al camino, donde se siembra la palabra. Y cuando la oyen, enseguida viene Satanás y quita la palabra que fue sembrada en sus corazones, etc. En esta exposición del Señor se comprende toda la diferencia de aquellos que pudieron oír las palabras de salvación, pero no pueden llegar a la salvación. Pues hay quienes no se dignan recibir la palabra que oyen con ninguna fe, ningún entendimiento, ni siquiera con la ocasión de probar su utilidad. En cuyos corazones indisciplinados y duros, la palabra sembrada es enseguida arrebatada por los espíritus inmundos, como las aves del camino trillado arrebatan la semilla. Hay quienes prueban la utilidad de la palabra oída y saborean el deseo, pero para que no lleguen a lo que prueban, unos son aterrados por las adversidades de este camino, otros son retenidos por las prosperidades halagadoras. A los primeros el Señor los compara con la tierra pedregosa, a los segundos con la espinosa. Se exceptúan ciertamente los gentiles, que ni siquiera merecen oír las palabras de vida. Y no debe parecer extraño por qué el Señor compara las riquezas con espinas, cuando aquellas hieren y estas deleitan. Con razón se llaman espinas, porque con las punzadas de sus pensamientos laceran la mente. Y cuando arrastran hasta el pecado, como si infligieran una herida, hacen sangrar. Pero incluso dejando de lado las punzadas de los vicios, el deseo de riquezas devasta mucho la mente y no la deja estar segura. Pues cuando alguien vigila con ansiedad, con qué orden o arte adquirir lo que aún no tiene, con qué providencia conservar lo que ya ha adquirido, y finalmente con qué

gloria y dignidad disfrutar de la abundancia de lo adquirido: ¿cuántos estímulos de preocupaciones es necesario que ulceren la mente miserable a cada hora? Por eso, adecuadamente el Señor, al exponer las espinas, llamará a las riquezas, habiendo mencionado antes las aflicciones diciendo: "Y otros son los que son sembrados entre espinas, estos son los que oyen la palabra: y las aflicciones del siglo, y el engaño de las riquezas, y las demás concupiscencias que entran, ahogan la palabra: y se hace infructuosa". Las aflicciones (dice), del siglo, y el engaño de las riquezas. Pues a quien lo engaña el apetito superfluo de las riquezas, es necesario que enseguida lo aflijan las aflicciones de las preocupaciones continuas, acompañándolo o incluso precediéndolo. Pues, ¿qué hay más aflictivo que aquellos que, cuanto más tienen, más necesitan, y menos les parece que tienen para sí mismos? Según lo que un poeta, burlándose de los avaros, dice: "Crece el amor al dinero, cuanto más crece el mismo dinero". (Juvenal). ¿Y cuánto más felices no solo por el apetito de las verdaderas riquezas, sino también por el mismo desprecio de las falsas, que se confiesan verdaderamente como si no tuvieran nada, y poseyendo todo? Pero bien, después de haber dicho: "Y las aflicciones del siglo, y el engaño de las riquezas", añadió: "Y las demás concupiscencias". Pues la Escritura ordena: "Deseando la sabiduría, guarda los mandamientos, y Dios te la dará". Y de nuevo dice: "Bienaventurado el hombre que teme al Señor, en sus mandamientos se deleita en gran manera" (Salmo CXI). En cambio, quien, descuidando la sabiduría y despreciando los mandamientos del Señor, se desvía deseando las demás cosas, no puede recibir el fruto de la sabiduría, ni alcanzar el gozo de la verdadera bienaventuranza. Pues tales concupiscencias ahogan la palabra, porque con sus pensamientos importunos estrangulan la garganta de la mente. Y mientras no permiten que el buen deseo entre en el corazón, como si mataran la entrada del aliento vital. A quien, con justo juicio, le sucede que cuanto más desea las demás cosas, tanto más lejos está de aquel espíritu y deseo de los pobres, que desean disolverse y estar con Cristo (Filipenses I). Más bien, el miserable teme lo que realmente le sucederá, disolverse de esta vida y estar con el diablo.

Y estos son los que fueron sembrados en buena tierra, los que oyen la palabra y la reciben y dan fruto, uno treinta, otro sesenta, y otro ciento. La buena tierra, es decir, la conciencia fiel de los elegidos, hace todo lo contrario a los malos frutos de la tierra, porque recibe con gusto la semilla de la palabra que se le encomienda, y la conserva con constancia entre adversidades y prosperidades hasta los tiempos de los frutos. Da fruto, y produce uno treinta, otro sesenta, y otro ciento. Treinta, a saber, cuando insinúa en los corazones de los elegidos la fe en la santa Trinidad. Sesenta, cuando enseña la perfección de la buena obra. Pues porque en el número seis se completó el ornato del mundo, con razón se designa por este la buena obra. Ciento, cuando en todo lo que hacemos nos muestra que debemos buscar las recompensas en el reino celestial. Pues los cien que se transfieren al contar a la derecha, se ponen con razón en la significación de la bienaventuranza perpetua. Aunque treinta y sesenta aún se contienen en la mano izquierda, los cien pasan a la derecha. Pues aunque grande es la fe, que nos revela el conocimiento de nuestro Creador, grandes son las obras con las que la fe, para que no esté ociosa, se consuma, sin embargo, ambas son necesarias en esta vida, pero la recompensa de la fe y de las obras, que se ejercen por amor, debe esperarse en la vida futura.

Y les decía: ¿Acaso viene la lámpara para ser puesta debajo del celmín o debajo de la cama? ¿No es para ser puesta sobre el candelero? Porque había dicho antes a los apóstoles y a los que estaban con ellos: "A vosotros os es dado conocer el misterio del reino de Dios: pero a los que están fuera, todo se les hace en parábolas", ahora muestra que por ellos, en algún momento, el mismo misterio será revelado también a los demás, y el pecho de todos los que habrán de entrar en la casa de Dios será iluminado con las llamas de la fe. Con estas palabras también enseña típicamente la confianza en la predicación, para que nadie, por temor a los

inconvenientes carnales, oculte la luz del conocimiento que conoce. Pues con el nombre de celemín y cama, designa esta vida presente y la carne en la que vivimos; y con el nombre de lámpara, la palabra con la que somos iluminados. Pues porque el tiempo de nuestra vida está contenido bajo cierta medida de la providencia divina, con razón se compara al celemín. Y la cama, que es el cuerpo en el que temporalmente habitamos y descansamos, ¿quién no ve que puede ser llamada con razón? Por eso se dice a un sanado: "Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa" (Mateo IX). Lo cual es decir claramente: Levántate del cuerpo de la negligencia; y el cuerpo, en cuyos deseos yacías por mucho tiempo, levántalo diligentemente a los ejercicios de las buenas obras: y así entra en la casa de la eterna habitación, para recibir las recompensas de las buenas obras. Pues quien, por amor a esta vida temporal y a las seducciones carnales, oculta la palabra de Dios, como si cubriera la lámpara con el celemín o la cama, porque prefiere las concupiscencias de la carne a la manifestación de la verdad, que teme predicar. Pero pone la lámpara sobre el candelero, quien somete su cuerpo al ministerio de Dios, para que sea superior la predicación de la verdad, e inferior el servicio del cuerpo: pero por el mismo servicio del cuerpo brille más la doctrina, que se insinúa a los aprendices a través de los oficios corporales, es decir, a través de la voz y la lengua y los demás movimientos del cuerpo en las buenas obras. Por tanto, pone la lámpara sobre el candelero, cuando dice el Apóstol: "No lucho como quien golpea el aire, sino que castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre: no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo sea descalificado" (I Corintios IX).

Porque no hay nada oculto que no se manifieste: ni nada escondido, sino para que salga a la luz. No os avergoncéis, dice, del Evangelio de Dios, sino que entre las tinieblas de los perseguidores, levantad la luz de la palabra sobre el candelero de vuestro cuerpo, reteniendo firmemente en la mente aquel día de la retribución final, en el que el Señor iluminará las cosas ocultas de las tinieblas, y manifestará los pensamientos de los corazones. Entonces, para vosotros habrá alabanza de Dios, y para los adversarios de la verdad, pena eterna.

Si alguno tiene oídos para oír, que oiga. Si alguno tiene sentido para entender la palabra de Dios, no se aparte, no convierta su oído a fábulas, sino que preste diligentemente su oído para escudriñar lo que la verdad ha dicho, diligentemente sus manos para cumplir lo que ya ha entendido, diligentemente su lengua para predicar oportunamente e inoportunamente.

Y les decía: Mirad lo que oís. Con la medida con que midáis, se os medirá, y se os añadirá. Si con diligencia, dice, hacéis todo el bien que podéis, y os esforzáis por comunicarlo a los demás: la piedad divina estará presente para conferirnos, tanto en el presente, el sentido de captar cosas más altas, como el efecto de realizar cosas mejores; y en el futuro, sobre lo que podéis esperar, os añadirá verdaderamente los dones de la retribución eterna.

Porque al que tiene, se le dará. Y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Con toda, dice, intención, dad atención al recordar y escudriñar la palabra que oís: porque al que tiene amor por la palabra, se le dará también el sentido de entender lo que ama. Pero al que no tiene amor por oír la palabra, aunque parezca que se destaca por su ingenio natural o por el ejercicio de las letras, no gozará de ninguna dulzura de la verdadera sabiduría. Aunque esto parece dicho especialmente de los apóstoles, a quienes se les dio conocer el misterio del reino de Dios más por caridad y fe, y de los judíos infieles, que viendo en parábolas, no veían; y oyendo, no entendían; que perderían la letra de la ley en la que se gloriaban: sin embargo, también puede entenderse en general que a veces un lector ingenioso, por negligencia, se priva de la sabiduría que un lento de ingenio, pero estudioso, degusta esforzándose.

Y les decía: Así es el reino de Dios, como si un hombre esparciera semilla en la tierra y durmiera; y se levantara de noche y de día, y la semilla germinara y creciera sin que él lo supiera. Porque la tierra produce fruto por sí misma, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga. Y cuando el fruto se ha producido, inmediatamente mete la hoz, porque ha llegado el tiempo de la cosecha. El hombre esparce la semilla en la tierra cuando inserta en su corazón una buena intención. Y después de haber esparcido la semilla, duerme, porque ya descansa en la esperanza de la buena obra. Se levanta de noche y de día, porque progresa entre adversidades y prosperidades. Y la semilla germina y crece, sin que él lo sepa; porque incluso cuando aún no puede medir su crecimiento, la virtud concebida una vez se lleva al progreso. Y la tierra produce fruto por sí misma, porque con la gracia que la precede, la mente del hombre se eleva espontáneamente al fruto de la buena obra. Pero esta misma tierra produce primero hierba, luego espiga, luego grano lleno en la espiga. Producir hierba es tener aún la ternura de un buen comienzo. La hierba llega a ser espiga cuando la virtud concebida en el alma se lleva al progreso de la buena obra. Y el grano lleno en la espiga fructifica cuando la virtud progresa tanto que puede ser de obra robusta y perfecta. Y cuando el fruto se ha producido, inmediatamente mete la hoz, porque ha llegado el tiempo de la cosecha. Porque el Dios omnipotente, al producir el fruto, mete la hoz y corta su cosecha, porque cuando ha llevado a cada uno a las obras perfectas, corta su vida temporal con la sentencia emitida, para llevar su grano a los graneros celestiales. Por tanto, cuando concebimos buenos deseos, sembramos la semilla en la tierra. Pero cuando comenzamos a obrar rectamente, somos hierba. Y cuando crecemos hasta la perfección de la buena obra, llegamos a ser espiga. Cuando nos consolidamos en la perfección de esa misma operación, ya producimos grano lleno en la espiga. Por lo tanto, nadie se ve aún en la ternura de la mente en el buen propósito, porque el grano de Dios comienza desde la hierba para hacerse grano.

Y decía: ¿A qué compararemos el reino de Dios, o a qué parábola lo compararemos? Es como un grano de mostaza, que cuando se siembra en la tierra, es menor que todas las semillas que hay en la tierra. El reino de Dios es la predicación del Evangelio y el conocimiento de las Escrituras que conduce a la vida, y de la cual se dice a los judíos: Se os quitará el reino de Dios y se dará a una nación que produzca sus frutos. Por tanto, este reino es semejante a un grano de mostaza, que, según el Evangelio de Mateo, un hombre tomó y sembró en su campo (Mat. XIII). El hombre que siembra es entendido por muchos como el Salvador, que siembra en las almas de los creyentes. Por otros, el mismo hombre que siembra en la tierra o en su campo, es decir, en sí mismo y en su corazón. ¿Quién es este que siembra, sino nuestro sentido y alma? Que al recibir el grano de la predicación y fomentar la semilla con el rocío de la fe, hace que brote en el campo de su pecho.

Que cuando se siembra, dice, en la tierra, es menor que todas las semillas que hay en la tierra. Y cuando se siembra, crece y se hace mayor que todas las hortalizas, y hace grandes ramas, de modo que las aves del cielo pueden habitar bajo su sombra. La predicación del Evangelio es la más pequeña de todas las disciplinas.

Porque al principio de la doctrina no tiene la fe de la verdad, predicando al hombre Señor Dios muerto y el escándalo de la cruz. Compara esta doctrina con los dogmas de los filósofos, y sus libros y el esplendor de la elocuencia y la composición de los discursos, y verás cuán menor es que las demás semillas de la siembra del Evangelio. Pero cuando estas crecen, no muestran nada mordaz, nada vívido, nada vital. Todo brota flácido y marchito en hortalizas y hierbas, que se secan y caen. Pero esta predicación que parecía pequeña al principio, ya sea cuando se siembra en el alma del creyente o cuando se siembra en todo el mundo, no se levanta en hortalizas, sino que crece en un árbol, como se dice claramente en otros evangelistas. Por tanto, el grano de mostaza sembrado en la tierra o en el campo del Señor

asciende y se transforma de hortaliza en árbol, cuya naturaleza es superar en altura, amplitud y longevidad la naturaleza de todas las hierbas. Grande es la altura de este árbol, porque la predicación del Evangelio eleva las mentes de sus oyentes a desear las cosas celestiales. Se extiende con ramas, porque a través de los predicadores que nacen de sí misma, ha ocupado los confines del mundo entero. Sobresale en duración, porque la verdad que predica nunca será destruida por ningún fin. Bajo su sombra habitan las aves del cielo, porque las almas de los fieles que acostumbran volar hacia las cosas celestiales por deseo, y con el corazón elevado por encima de las codicias de las cosas temporales, según la voz del salmista: En la protección de las alas del Señor esperarán (Sal. XC). Por lo cual también la esposa en el Cantar de los Cantares, es decir, la Iglesia reunida de muchas almas santas, se gloria y dice: Bajo su sombra, a quien deseaba, me senté, y su fruto es dulce a mi paladar (Cant. II). Lo cual es decir abiertamente: Bajo la protección de aquel a quien deseaba ver, me sometí, despojada del consuelo de los demás, y la alegría de su vista y presencia es dulce a mi corazón, lo que me llevó a despreciar, incluso a aborrecer, todo lo que está fuera de él.

Y con muchas parábolas como estas les hablaba la palabra, según podían oír. Sin parábola no les hablaba. Pero en privado explicaba todo a sus discípulos. No se dice esto como si no hubiera hecho ningún discurso claro a las multitudes, sino que más bien, en cada discurso suyo se encuentra algo de parábolas entremezclado.

## LIBRO SEGUNDO.

Y les dijo aquel día cuando llegó la tarde: Pasemos al otro lado. Y dejando a la multitud, lo tomaron tal como estaba en la barca, y había otras barcas con él. En esta travesía, el Señor se digna mostrar ambas naturalezas de su misma persona, mientras él, que como hombre duerme en la barca, calma con su palabra la furia del mar como Dios. Según la alegoría, el mar que desea cruzar con los suyos se toma como el oscuro y amargo oleaje del presente siglo. La barca en la que sube se entiende mejor como el madero de su santísima pasión. Con cuyo beneficio, todos los fieles, ayudados, tras pasar las olas del mundo, llegan a la morada de la patria celestial, como a la estabilidad de una orilla segura. Pero las otras barcas que se dice que estaban con el Señor, y que no se dice que fueran llevadas a lo profundo ni que sufrieran alguna tempestad, significan sin duda a aquellos que, imbuidos de la fe de la cruz del Señor, aún no han sido golpeados por el torbellino de las tribulaciones, y solo conservan los misterios de la fe recibida en la paz de la Iglesia; o ciertamente aquellos que, después de frecuentes tormentas de tentaciones, disfrutaban de una cierta serenidad temporal de paz concedida. Porque es incierto si esas barcas fueron llevadas recientemente al puerto, o si después de experimentar los peligros del mar fueron devueltas al puerto. Por lo cual pueden designar correctamente a ambos, tanto a aquellos que aún no han sido probados por tentaciones, como a aquellos que, después de un examen frecuente de tribulaciones por Cristo, disfrutaban de la tranquilidad de las cosas con las tentaciones algo aplacadas.

Y se levantó una gran tormenta de viento, y las olas se lanzaban en la barca, de modo que la barca se llenaba. Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal. Mientras los discípulos navegaban, Cristo dormía: porque mientras los fieles pisan el mundo y meditan en su mente el descanso del reino futuro, y ya sea con el viento favorable del Espíritu Santo, o con el remo de su propio esfuerzo, arrojan con empeño los orgullos infieles del mundo tras de sí, de repente llega el tiempo de la pasión del Señor. Por lo cual se dice que esto ocurrió al caer la tarde, para que no solo el sueño del Señor, sino también la misma hora del ocaso del sol verdadero, significara su descenso. Pero al subir él a la popa de la cruz, donde tomaría el sueño de la muerte, las olas de los perseguidores blasfemos, excitadas por las tormentas

demoníacas, se levantan. Sin embargo, no se turba su paciencia, sino que se sacude la debilidad de los discípulos, tiemblan, se ponen en peligro.

Y lo despiertan, y le dicen: Maestro, ¿no te importa que perezcamos? Y despiertan al Señor los discípulos, para que no perezcan por la ferocidad de las olas mientras él duerme, porque habiendo visto su muerte, buscaban con grandes deseos su resurrección, no sea que si él permanecía más tiempo dormido en la muerte de la carne, su mente pereciera para siempre en la muerte espiritual. Por lo cual sigue bien:

Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo gran calma. Porque al levantarse reprendió al viento, porque celebrada la resurrección, abatió la soberbia del diablo, destruyendo por la muerte a aquel que tenía el imperio de la muerte. También mandó al mar que callara y devolvió la calma, porque la rabia insensata de los judíos, que moviendo la cabeza clamaban: Si es Hijo de Dios, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él (Mat. XXVII), la derribó superando la muerte y resucitando del sepulcro. Donde es de notar según la letra que todas las criaturas sienten al Creador. Porque a quienes se les increpa y se les manda, sienten al que manda. No por error de los herejes, que piensan que todo es animado, sino por la majestad del Creador. Porque lo que para nosotros es insensible, para él es sensible.

Y les dijo: ¿Por qué sois tan tímidos? ¿Aún no tenéis fe? Con razón se les reprende, que temían estando Cristo presente, cuando ciertamente quien se adhiere a él, no puede perecer. Lo cual es semejante a lo que después del sueño de la muerte, apareciendo a los discípulos, les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no creyeron a quienes lo habían visto resucitado (Marc. ult.). Y nuevamente les dijo: ¡Oh necios y tardos de corazón para creer en todo lo que hablaron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y así entrara en su gloria? (Luc. ult.). Como si dijera por la metáfora de la navegación: ¿No era necesario que Cristo se adormeciera, mientras las olas de todas partes azotaban la barca en la que dormía, y así, al despertar, calmando de inmediato las hinchadas olas, manifestara a todos el poder de su divinidad? Y temieron con gran temor, y se decían unos a otros: ¿Quién es este, que el viento y el mar le obedecen? Mateo escribe así: Y los hombres se maravillaron, diciendo: ¿Qué clase de hombre es este? etc. Por tanto, no eran los discípulos, sino los marineros y otros que estaban en la barca quienes se maravillaban, y dudaban de su persona, a quien el viento y el mar obedecían. Pero si alguien quisiera argumentar obstinadamente que los que se maravillaban eran los discípulos, responderemos que fueron llamados hombres correctamente, porque aún no conocían el poder del Salvador. Y también nosotros, cada uno de nosotros, cuando imbuidos con el signo de la cruz del Señor, disponemos a dejar el mundo, ciertamente subimos a la barca con Jesús, intentamos cruzar el mar. Pero aquel que no dormitará ni dormirá, guardando siempre a Israel, sin embargo, a menudo mientras navegamos, como entre los rugidos del mar, ha dormido, cuando creciendo entre los esfuerzos de las virtudes, ya sea por los espíritus inmundos, o por unos pocos hombres, o por el mismo ímpetu de nuestros pensamientos, el esplendor de la fe se oscurece, la altura de la esperanza se desvanece, la llama del amor se enfría. Pero entre tales tormentas es necesario que corramos a aquel piloto, que lo despertemos diligentemente, quien no sirve sino que manda a los vientos. Pronto calmará las tempestades, devolverá la tranquilidad, concederá el puerto de la salvación.

## CAPÍTULO V.

Y llegaron al otro lado del mar, a la región de los Gerasenos. Gerasa es una ciudad notable de Arabia, al otro lado del Jordán, junto al monte Galaad, que ocupó la tribu de Manasés no lejos

del lago de Tiberíades, en el que los cerdos fueron precipitados. Significa, sin embargo, la nación de los gentiles, que después del sueño de la pasión y la gloria de su resurrección, el Salvador se dignó visitar enviando predicadores. Por lo cual Gerasa, o Gergesinos (como algunos leen), se interpreta como expulsor de colonos, o, el extranjero que se acerca; es decir, insinuando que el pueblo gentil tanto ha expulsado de su corazón al enemigo que lo habitaba maliciosamente, como ha hecho cercano al que estaba lejos en la sangre de Cristo.

Y al salir él de la barca, inmediatamente le salió al encuentro de los sepulcros un hombre con un espíritu inmundo, que tenía su morada en los sepulcros. Este hombre que era atormentado por un espíritu inmundo, y que se encontraba furioso ante el Señor, pero pronto sería curado, tiene la figura del pueblo gentil, que hasta los tiempos de la encarnación del Señor, engañado por doctrinas demoníacas, adoraba ídolos como Dios. Que tenía su morada en los sepulcros, porque se deleitaba en obras muertas, es decir, en pecados. Porque, ¿qué son los cuerpos de los infieles, sino una especie de sepulcros de difuntos, en los que no habita la palabra de Dios, sino que el alma muerta por los pecados está encerrada?

Y nadie podía ya atarlo ni con cadenas, porque muchas veces había sido atado con grilletes y cadenas, y había roto las cadenas y destrozado los grilletes. Y nadie podía dominarlo. Las cadenas y los grilletes significan las leyes graves y duras de las naciones, con las cuales también en su república se cohiben los pecados. Y habiendo roto las cadenas (como escribe Lucas) era llevado por el demonio al desierto, que incluso después de transgredir esas leyes, era llevado por deseo a aquellos crímenes que ya excedían la costumbre común.

Y siempre, de noche y de día, estaba en los sepulcros y en los montes, clamando y hiriéndose con piedras. Siempre de noche y de día el endemoniado estaba furioso, porque la gentilidad, ya sea que sufriera adversidades de las cosas, o que alguna paz y prosperidad del mundo halagador le sonriera, no sabía cómo quitar de su cuello mental el yugo del servicio de los espíritus malignos, sino que yacía como en sepulcros por la fealdad de sus obras, vagaba por las cumbres de los montes por el hecho de la soberbia, y se hería a sí misma con palabras de infidelidad durísima, como si estuviera furiosa con piedras tomadas. Pero atestiguando Juan Bautista, el Señor levantó hijos a Abraham de las piedras, al convertir los duros corazones de los infieles a la gracia de la piedad.

Pero viendo a Jesús desde lejos, corrió y lo adoró, y clamando con gran voz dijo: ¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? ¡Cuánta es la locura de Arrio al creer que Jesús es una criatura y no Dios, a quien los demonios creen y tiemblan como Hijo del Dios Altísimo! ¡Qué impiedad de los judíos, al decir que él expulsaba demonios en el príncipe de los demonios, a quien los mismos demonios confiesan no tener nada en común con él! Quienes esto mismo, que entonces clamaban por el furor del endemoniado, no cesaron después de decir y confesar en los templos de los ídolos, que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios Altísimo, y que no tienen nada de paz o sociedad con él.

Te conjuro por Dios, que no me atormentes. Porque le decía: Sal, espíritu inmundo, del hombre. El enemigo de la salvación humana considera no un pequeño tormento para sí mismo cesar de dañar al hombre, y cuanto más tiempo solía poseerlo, tanto más difícilmente consiente en dejarlo.

Por lo cual es necesario esforzarse mucho para que, si alguna vez, como hombres, somos vencidos por el diablo, inmediatamente nos esforcemos por evitar sus lazos, no sea que si se resiste más tarde a sus fuerzas, alguna vez se expulse con más dificultad.

Y le preguntaba: ¿Cuál es tu nombre? Y le dice: Legión es mi nombre, porque somos muchos. No como ignorante pregunta el nombre, sino para que, confesada públicamente la peste que sufría furioso, brillara más la virtud del que cura. Pero también los sacerdotes de nuestro tiempo, que por la gracia del exorcismo saben expulsar demonios, suelen decir que los pacientes no pueden ser curados de otra manera, sino que, en la medida en que pueden saber, todo lo que han sufrido de los espíritus inmundos por la vista, el oído, el gusto, el tacto, o cualquier otro sentido del cuerpo o del alma, despiertos o dormidos, lo expongan confesando abiertamente.

Lo que decía el espíritu, Legión es mi nombre, porque somos muchos, significa que el pueblo de los gentiles no estaba sometido a un solo culto, sino a innumerables y diversos cultos de idolatría.

Contra lo cual está escrito, que la multitud de los creyentes era un solo corazón y una sola alma (Hech. IV). Por lo cual, bien en la construcción de Babilonia la unidad de las lenguas fue dividida por el espíritu de soberbia, en Jerusalén la variedad de lenguas fue unida por la gracia del Espíritu Santo. Y aquella confusión, esta visión de paz se interpreta, porque ciertamente a los elegidos en muchas lenguas y naciones una fe y piedad los confirma pacificando en todo el mundo; pero a los reprobos, más sectas que lenguas los disocian confundiendo.

Y le rogaba mucho que no los expulsara de la región. En el Evangelio de Lucas está escrito así: Y le rogaban que no les mandara ir al abismo. Sabían, por tanto, los demonios que alguna vez serían enviados al abismo por la venida del Señor, no adivinando ellos el futuro, sino recordando lo dicho por los profetas sobre ellos. Por lo cual, la gloria de la venida del Señor, que admiraban, temían que se dirigiera a su condenación.

Había allí cerca del monte un gran hato de cerdos pasciendo. Y los espíritus le rogaban, diciendo: Envíanos a los cerdos, para que entremos en ellos. Y Jesús se lo concedió de inmediato. Por eso permitió a los demonios lo que pedían, para que por la muerte de los cerdos se ofreciera a los hombres la ocasión de la salvación. Porque los pastores al ver esto, inmediatamente lo anuncian a la ciudad. Que se avergüence el maniqueo. Si las almas de los hombres y de las bestias son de la misma sustancia y del mismo autor, ¿cómo es que por la salvación de un solo hombre se ahogan dos mil cerdos? En cuya muerte, sin embargo, figurativamente se juzgan los hombres inmundos, sin voz y sin razón, que pastan en el monte de la soberbia, deleitándose en actos lodosos. A tales pueden los demonios dominar por los cultos de los ídolos. Porque a menos que alguien viva como un cerdo, el diablo no tendrá poder sobre él, o solo lo tendrá para probar, no para destruir.

Y saliendo los espíritus inmundos, entraron en los cerdos, y el hato se precipitó con gran ímpetu al mar, unos dos mil, y se ahogaron en el mar. Significa que ya clarificada la Iglesia, y liberado el pueblo de los gentiles del dominio de los demonios, realizan sus ritos sacrílegos en lo oculto, aquellos que no quisieron creer en Cristo, sumergidos en una curiosidad ciega y profunda. Y es de notar que los espíritus inmundos no irían a los cerdos, a menos que el mismo Salvador benigno se lo concediera a los que lo pedían, a quienes ciertamente podría relegar al abismo. Queriendo enseñarnos algo necesario, que sepamos que mucho menos pueden dañar a los hombres por su propio poder, quienes no pudieron ni siquiera a los animales cualesquiera. Pero esta potestad Dios bueno puede darnos con justicia oculta, no con injusticia.

Y los que los apacentaban huyeron, y lo anunciaron en la ciudad y en los campos. Que los pastores de los cerdos huyendo anuncien esto, significa que algunos incluso de los principales de los impíos, aunque huyan de la ley cristiana, sin embargo, predicán su poder entre las gentes con asombro y admiración.

Y salieron a ver qué había sucedido. Y llegaron a Jesús, y vieron al que había sido atormentado por un demonio sentado, vestido y en su sano juicio, y tuvieron miedo, etc. En el Evangelio de Lucas está escrito: Sentado a sus pies. Esto significa que la multitud, deleitada con su antigua vida, honra, pero no quiere sufrir la ley cristiana, diciendo que no pueden cumplirla, admirando sin embargo al pueblo fiel que ha sido sanado de su antigua vida perdida. Sentarse a los pies del Señor es, para aquel de quien han salido los demonios, observar con intención fija de mente las huellas de su Salvador que deben seguir. Volver a vestirse es recuperar, ya con mente sana, el estudio de las virtudes que los insensatos habían perdido. A esta figura se adapta bien la parábola del Señor, en la que el hijo pródigo y lujurioso, al regresar al padre, es vestido inmediatamente con la primera túnica y el anillo, insinuando claramente que cualquiera que se arrepienta de corazón por lo perdido, puede, con la gracia de Cristo, recuperar las primeras obras de justicia de las que había caído, junto con el anillo de la fe inviolada.

Y comenzaron a rogarle que se fuera de sus territorios. Los gerasenos, conscientes de su fragilidad, se juzgan indignos de la presencia del Señor, no comprendiendo la palabra de Dios, ni siendo capaces de soportar con mente aún débil el peso de la sabiduría. Lo mismo se lee que le sucedió a Pedro al ver el milagro de los peces: Y a la viuda de Sarepta, que sintió que su casa era bendecida por el bienaventurado Elías, no obstante, pensó que su presencia la agravaba, diciendo: ¿Qué tengo yo contigo, hombre de Dios? Has venido a mí para que se recuerden mis iniquidades y mates a mi hijo (1 Reyes 17).

Y cuando subía a la barca, comenzó a rogarle el que había sido atormentado por un demonio, que le permitiera estar con él; y no se lo permitió, sino que le dijo: Vete a tu casa, a los tuyos, y anúnciales cuán grandes cosas ha hecho el Señor por ti, y cómo ha tenido misericordia de ti. Esto puede entenderse correctamente a partir de aquella sentencia del Apóstol, cuando dice: Desearía partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedarme en la carne es más necesario por causa de vosotros (Filipenses 1); para que así cada uno entienda que después de la remisión de los pecados debe volver a una buena conciencia y servir al Evangelio, también por la salvación de los demás, para que luego descanse con Cristo, no sea que, al querer estar ya con Cristo prematuramente, descuide el ministerio de la predicación adaptado a la redención fraterna. Pero el hecho de que Mateo diga que dos fueron curados de la legión de demonios, mientras que Marcos y Lucas mencionan a uno, se entiende que uno de ellos era una persona más notable y famosa, a quien aquella región lamentaba especialmente, y por cuya salvación se esforzaba mucho. Queriendo significar esto, los dos evangelistas juzgaron que solo debía mencionarse a aquel cuya fama de este hecho se había extendido más ampliamente y con mayor claridad.

Pero también la suma de las alegorías concuerda, porque así como uno poseído por un demonio, así también dos expresan no inconvenientemente el tipo de pueblo gentil. Pues aunque Noé engendró tres hijos, solo la familia de uno fue acogida en posesión de Dios, de los otros dos, de diversas naciones que se entregaron a los ídolos, se engendraron pueblos.

Y vino uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y al verlo, se postró a sus pies, etc. En esta lectura, donde el jefe de la sinagoga pide salvar a su hija, pero mientras el Señor va a su

casa, una mujer con flujo de sangre se adelanta y obtiene la sanidad, y luego la hija del jefe de la sinagoga alcanza la salud deseada, más aún, es devuelta a la vida desde la muerte, se muestra la salvación del género humano, que al venir el Señor en la carne fue dispensada de tal manera que primero algunos de Israel vinieran a la fe, luego la plenitud de los gentiles entrara, y así todo Israel fuera salvo.

¿Quién, pues, es este jefe de la sinagoga que viene a rogar al Señor por su hija, sino Moisés mismo? De ahí que se le llame bien Jairo, es decir, iluminador o iluminado, porque recibió las palabras de vida para darnos, y por ellas ilumina a los demás, y él mismo fue iluminado por el Espíritu Santo, por el cual pudo escribir o enseñar consejos vitales.

Quien al ver a Jesús, se postró a sus pies, porque previendo en espíritu al Señor que vendría en la carne, se sometió con corazón humilde a su poder: a quien así, hacia el fin del siglo, reconoció que se encarnaría como hombre, sin dudar que existía como Dios eterno antes de todo siglo. Pues si la cabeza de Cristo es Dios, sus pies, ¿qué más apropiado que la humanidad asumida, con la que tocó la tierra de nuestra mortalidad, deben ser entendidos? Y postrarse el jefe de la sinagoga a los pies de Jesús, es reconocer al legislador con toda la progenie de los padres que el Mediador de Dios y de los hombres debe ser preferido en gloria de dignidad, y confesar con el Apóstol, que lo que es débil de Dios, es más fuerte que los hombres (1 Corintios 1).

Y le rogaba mucho, diciendo: Porque mi hija está en las últimas, ven, pon tus manos sobre ella, para que sea salva y viva. En el Evangelio de Lucas está escrito que era su única hija, de unos doce años, y que estaba muriendo. La hija del jefe de la sinagoga es la misma Sinagoga, que sola, compuesta por la institución legal, era como la única nacida de Moisés. Y esta, como en el duodécimo año de su edad, es decir, al acercarse el tiempo de la pubertad, estaba muriendo, porque educada noblemente por los profetas, después de haber llegado a los años de entendimiento, después de que debía engendrar una descendencia espiritual para Dios, de repente, consternada por la languidez de los errores, desesperadamente omitió entrar en los caminos de la vida espiritual, y si no se le socorría por Cristo, habría caído en una muerte horrible en todos los aspectos.

Y fue con él, y lo seguía una gran multitud: y lo apretaban. Al ir el Señor a sanar a la niña, es apretado por la multitud, porque al ofrecer consejos saludables a la gente judía, con los cuales levantar su conciencia enferma por los vicios, fue gravado por la costumbre nociva de los pueblos carnales.

Y una mujer que estaba en flujo de sangre desde hacía doce años. La mujer que fluía sangre, pero fue curada por el Señor, es la Iglesia congregada de los gentiles, que, contaminada por el flujo innato de las deleitaciones carnales, y ya había sido segregada del conjunto de los fieles, pero mientras la palabra de Dios decidía salvar a Judea, ella, con esperanza cierta, arrebató la salvación ya preparada y prometida a otros. Y es de notar que tanto la hija del jefe de la sinagoga tiene doce años, como esta mujer había estado fluyendo sangre durante doce años, es decir, en el mismo tiempo en que esta nació, aquella comenzó a enfermar.

Pues casi en la misma edad de este siglo, tanto la Sinagoga nació en los patriarcas, como la nación de los gentiles extranjeros comenzó a ser mancillada por la inmundicia de la idolatría en el mundo. Pues el flujo de sangre puede entenderse correctamente de dos maneras, es decir, tanto sobre la contaminación de la idolatría, como sobre aquellas cosas que se hacen por la delectación de la carne y la sangre.

Y había sufrido mucho de muchos médicos, y había gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, sino que iba peor. Entiende por médicos a los falsos teólogos, o a los filósofos y doctores de las leyes seculares, que, discutiendo sutilmente sobre las virtudes y los vicios, prometían dar a los mortales útiles institutos de vida y creencia, o ciertamente a los mismos espíritus inmundos, que, como si consultaran a los hombres, se imponían para ser adorados como dioses. A quienes, cuanto más gentilmente se dedicaba a escucharlos, tanto menos podía purgarse de la suciedad de su iniquidad. Pero cuando esta conoció que el pueblo judío estaba enfermo, y que el verdadero médico del cielo estaba presente, comenzó también a esperar y buscar el remedio de su enfermedad.

Cuando oyó hablar de Jesús, vino entre la multitud por detrás, y tocó su manto. Porque decía: Si toco aunque sea su manto, seré salva. Y enseguida se secó la fuente de su sangre. La Iglesia viene y toca al Señor, cuando se le acerca por la verdad de la fe. Pero viene por detrás, ya sea según lo que él mismo dice: Si alguno me sirve, sígame (Juan 12). Y en otro lugar se ordena: Caminarás tras el Señor tu Dios. O porque, no viendo al Señor presente en la carne, después de que ya se han cumplido los sacramentos de su encarnación, llega a la gracia de la fe y el conocimiento de él. Y así, al merecer ser salvada de los pecados por la participación de sus sacramentos, como por el toque de sus vestiduras, secó la fuente de su sangre.

La fuente de sangre es el origen del pecado. La fuente de sangre de cada uno es el principio de la inmunda cogitación, de la cual nace todo pecado. Pero el Señor, con las palabras evangélicas, no solo se preocupó por reprimir las obras y palabras malas, sino también por extirpar la raíz de las malas cogitaciones, cuando concedió que ambas fueran purificadas por los sacramentos evangélicos, como si hubiera infundido en sus vestiduras la virtud de secar la fuente obscena.

Y enseguida Jesús, conociendo en sí mismo la virtud que había salido de él, se volvió a la multitud y decía: ¿Quién ha tocado mis vestiduras? No pregunta para ser enseñado sobre lo que no sabe, sino para que se declare la virtud que bien conocía, o más bien que él mismo había dado, en la mujer, y al declararse y reconocerse la virtud de la fe, muchos lleguen a la salvación.

Y sus discípulos le decían: Ves a la multitud que te aprieta, y dices: ¿Quién me ha tocado? A quien la multitud que lo acompaña por todas partes aprieta, una sola mujer creyente toca al Señor, porque quien es gravado por las diversas herejías de los que se aglomeran desordenadamente, o por los perversos hábitos, solo es venerado con corazón fiel por la Iglesia católica. Pues así como algunos viendo no ven, y oyendo no oyen, así también tocando no tocan, quienes no tocan a Cristo con corazón simple, sino dudoso o simulado. Por eso a uno que amaba, pero aún no creía plenamente, le dice él mismo: No me toques. Porque aún no he subido a mi Padre (Juan 20). Diciendo abiertamente qué es tocarlo verdaderamente, creer que es igual al Padre.

Y miraba alrededor para ver a la que había hecho esto. El Señor no olvida a sus fieles, ni deja de mirar a los que esperan en él, sino que juzga dignos de su mirada y misericordia a todos los que merecen ser salvados. Este pobre clamó, y el Señor lo escuchó.

Pero la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que había sucedido en ella, vino y se postró ante él, y le dijo toda la verdad. He aquí a dónde tendía la pregunta del Señor, para que, confesando abiertamente la mujer la verdad de su larga enfermedad, su repentina credulidad, la divina propiciación, y la sanación concedida a ella, ella misma se confirmara más

ciertamente en la fe, y se ofreciera a muchos un ejemplo de salvación y vida. Finalmente, sigue.

Él le dijo: Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz, y queda sana de tu plaga. No dijo: Tu fe te salvará, sino te ha salvado. Porque en cuanto creíste, ya has sido salvada: Aún estaba él hablando, cuando vinieron al jefe de la sinagoga diciendo: Tu hija ha muerto, ¿por qué molestas más al maestro? Sanada la mujer del flujo de sangre, enseguida se anuncia que la hija del jefe de la sinagoga ha muerto, porque mientras la Iglesia, purificada de la mancha de los vicios, y por el mérito de la fe es llamada hija, inmediatamente la Sinagoga se disuelve en el luto de la perfidia y la envidia. De la perfidia, porque no quiso creer en Cristo. De la envidia, porque dolió que la Iglesia creyera. Pues está escrito en los Hechos de los Apóstoles: El siguiente sábado, casi toda la ciudad se reunió para oír la palabra del Señor. Pero viendo los judíos las multitudes, se llenaron de celos, y contradecían lo que Pablo decía, blasfemando (Hechos 13). Y lo que decían los mensajeros al jefe de la sinagoga, ¿Por qué molestas más al maestro? hoy se dice por aquellos que ven el estado tan desolado de la sinagoga, que no creen que pueda ser restaurado; por lo tanto, no consideran que deba suplicarse por su resurrección. Pero lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (Marcos 10); de ahí que sigue apropiadamente:

Pero Jesús, oyendo la palabra que se decía, dijo al jefe de la sinagoga: No temas, solo cree. El jefe de la sinagoga se toma como el conjunto de los doctores de la ley, de quienes el Señor dice: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos (Mateo 23). Que si él mismo quiere creer, también la Sinagoga sujeta a él será salva.

Y llegaron a la casa del jefe de la sinagoga, y vieron el tumulto, y a los que lloraban y se lamentaban mucho. Y alégrense, dice, todos los que esperan en ti, exultarán eternamente, y habitarás en ellos. Pero como la Sinagoga, por el mérito de la infidelidad, perdió esta alegría de la inhabitación del Señor, yace muerta entre los que lloran y se lamentan. Sin embargo, la piedad suprema no permite que perezca completamente, sino que más bien, hacia el fin del siglo, restaura a la salvación y vida sus restos según la elección de la gracia. De ahí que sigue apropiadamente:

Y entrando, les dijo: ¿Por qué os alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino que duerme. Para los hombres estaba muerta, quienes no podían resucitarla, para Dios dormía, en cuya disposición el alma recibida vivía, y la carne que iba a ser resucitada descansaba. De ahí que la costumbre cristiana ha prevalecido para que los muertos, que no se duda que resucitarán, sean llamados durmientes; como el Apóstol: No queremos, dice, que ignoréis, hermanos, acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los demás, que no tienen esperanza (1 Tesalonicenses 4). Pero también en parte de la alegoría, cuando el alma que pecare, esa morirá, sin embargo, aquella que el Señor previó que sería resucitada y vendría a la vida eterna, para nosotros puede decirse que estuvo muerta, pero para él que durmió no incongruentemente.

Y se burlaban de él. Pero él, echando fuera a todos, toma al padre y a la madre de la niña, etc. Porque preferían burlarse de la palabra del que resucita que creer, mercedamente son excluidos fuera, como indignos de ver el poder del que resucita y el misterio del que resucita. También se echa fuera a la multitud, para que la niña sea resucitada, porque si no se expulsa primero del corazón más secreto, la importuna multitud de preocupaciones seculares, el alma que yace muerta en su interior no resucitará. Pues mientras se dispersa en innumerables pensamientos de deseos terrenales, de ninguna manera se recoge para considerarse a sí misma.

Y tomando la mano de la niña, le dijo: Talita cumi, que se interpreta: Niña, a ti te digo, levántate. Que el lector diligente pregunte por qué el veraz evangelista, exponiendo lo dicho por el Salvador, intercaló de su propia cosecha: a ti te digo, cuando en el idioma sirio que puso no se dijo más que Niña, levántate.

A menos que tal vez, para expresar la fuerza de la orden del Señor, pensó que debía hacerlo, cuidando más de transmitir a los lectores el sentido del que habla que las mismas palabras.

Pues es familiar a los evangelistas y apóstoles, cuando toman testimonios del Antiguo Testamento, preocuparse más por poner el sentido profético que las palabras. Pero tomando el Señor la mano de la niña, la resucitó, porque a menos que primero sean purificadas las manos de los judíos, que están llenas de sangre, su sinagoga muerta no resucitará.

Y enseguida la niña se levantó y caminaba. Bien, se levantó y caminaba. Pues a quienquiera que la mano de la misericordia suprema toque para resucitarlo de la muerte de los pecados, no solo debe levantarse de las suciedades y letargo de los crímenes, sino también avanzar inmediatamente en buenas obras, es decir, según el salmista, caminando sin mancha, y ejerciendo obras de justicia.

Y se asombraron con gran asombro. Y les mandó estrictamente que nadie lo supiera. Y mandó que le dieran de comer. Para testimonio de la verdadera resurrección, mandó que se le diera de comer a la niña, para que no se pensara que lo que aparecía era una fantasía y no la verdad. Pero también si alguno ha resucitado de la muerte espiritual, es necesario que inmediatamente sea saciado con el pan celestial, y hecho partícipe del divino verbo y del altar sagrado. Pues según la interpretación moral, esos tres muertos que el Salvador resucitó en los cuerpos, significan tres tipos de resurrección de las almas. Pues algunos, al consentir en la mala delectación, solo con el pensamiento oculto del pecado, se causan la muerte a sí mismos. Pero tales, significando que el Salvador los vivifica, resucitó a la hija del jefe de la sinagoga, aún no sacada fuera, sino muerta en la casa, como quien tiene el vicio reinando secretamente en el corazón. Otros, no solo consintiendo en la delectación nociva, sino también ejecutando el mismo mal que les deleita, llevan su muerto como fuera de las puertas. Y demostrando que estos, si se arrepienten, pueden ser resucitados, resucitó al joven hijo de la viuda, sacado fuera de las puertas de la ciudad, y lo devolvió a su madre, porque la resipiscente alma de las tinieblas del pecado la restituye a la unidad de la Iglesia. Algunos, sin embargo, no solo pensando o haciendo cosas ilícitas, sino también con la misma costumbre de pecar, se corrompen como sepultándose. Pero tampoco para estos es menor la virtud y gracia del Salvador para levantarlos, si sin embargo hay pensamientos solícitos que vigilan por su salvación como devotas hermanas de Cristo. Pues para insinuar esto, resucitó a Lázaro, que llevaba cuatro días en el sepulcro, y con la hermana atestiguando que ya hedía, porque ciertamente la fama pésima suele acompañar a los actos nocivos. Pero es de notar que cuanto más grave es la muerte del alma que se avecina, tanto más necesario es que el fervor del penitente insista para que merezca resucitar. Pues los errores más leves y cotidianos pueden ser curados con el remedio de una penitencia más leve. Lo cual queriendo mostrar ocultamente el Señor, resucita a la que yace muerta en la habitación con una voz facilísima y brevísima, diciendo: Niña, levántate. A quien también, por la facilidad de resucitarla, había negado que estuviera muerta. Pero al joven muerto llevado fuera, lo corrobora con más palabras para que deba revivir, cuando dice: Joven, a ti te digo, levántate. Pero el muerto de cuatro días, para que pudiera evadir las largas ataduras del sepulcro opresor, Jesús gimió en espíritu, se turbó a sí mismo, derramó lágrimas, volvió a gemir, y clamó con gran voz: Lázaro, ven fuera. Y así finalmente el que estaba desesperado, disipado el peso de las

tinieblas, es devuelto a la vida y la luz. Pero también es de notar que porque la culpa pública requiere remedio público, pero los pecados leves pueden ser borrados con penitencia más leve y secreta, la niña que yace en la casa se levanta con pocos testigos, y a estos mismos se les ordena estrictamente que no lo manifiesten a nadie. El joven fuera de la puerta, acompañado y observado por mucha multitud, es resucitado. Lázaro, llamado del sepulcro, se hizo tan conocido por los pueblos, que por el testimonio de los que lo vieron, muchas multitudes con palmas salieron al encuentro del Señor, y muchos por él se apartaron de los judíos y creyeron en Jesús. Pero al cuarto muerto, el Señor lo oyó por el anuncio del discípulo, pero porque no había quienes rogaran por su resurrección, vivos: Deja, dice, que los muertos entierren a sus muertos (Lucas 9), es decir, que los malos agraven a los malos con alabanzas nocivas: y porque no hay justo que los corrija con misericordia, el aceite del pecador unja su cabeza.

## CAPÍTULO VI.

Y saliendo de allí, se fue a su patria, y lo siguieron sus discípulos; y llegado el sábado, comenzó a enseñar en la sinagoga. Y muchos al oírlo se admiraban de su doctrina, diciendo: ¿De dónde le vienen todas estas cosas? ¿Y qué sabiduría es esta que le ha sido dada, y qué obras tan poderosas se realizan por sus manos? Se refiere a su patria Nazaret, donde fue criado. Pero cuánta ceguera de los nazarenos, que a aquel a quien en sus palabras y hechos, si no hubieran sido altivos, podrían haber reconocido como Cristo, lo desprecian solo por conocer su origen. Refieren la sabiduría a la doctrina, y el poder a las curaciones y milagros que realizaba. Esta distinguida y hermosa diferencia la recuerda el Apóstol diciendo: Los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente un escándalo, y para los gentiles una necesidad. Pero para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios (I Cor. I). En esta sentencia, ciertamente, refirió el poder a las señales por los judíos, y la sabiduría a la doctrina por los griegos, es decir, los gentiles.

¿No es este el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago, José, Judas y Simón? ¿No están también sus hermanas aquí con nosotros? Y se escandalizaban de él. El escándalo y error de los judíos es nuestra salvación y la condenación de los herejes. Pues veían tanto al hombre Jesús Cristo, que lo llamaban carpintero, y según otro evangelista, hijo de carpintero; también testificaban que sus hermanos y hermanas estaban con ellos. Sin embargo, no deben ser considerados como hijos de José o María, según los herejes, sino más bien, según la costumbre de la Sagrada Escritura, deben ser entendidos como sus parientes, de la misma manera que Abraham y Lot son llamados hermanos, aunque Lot era hijo del hermano de Abraham. Y hay muchos ejemplos de este tipo.

No sin una disposición sacramental segura, el Señor, apareciendo en la carne, quiso ser considerado y llamado carpintero e hijo de carpintero: más bien, incluso por esto enseñó que era hijo de aquel que antes de los siglos creó el cielo y la tierra (Juan I). Pues aunque las cosas humanas no deben compararse con las divinas, el tipo es completo, porque el padre de Cristo obra con fuego y espíritu. Por eso su precursor dijo de él como hijo de carpintero: Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego (Mat. III). Él, que en la gran casa de este mundo fabrica vasijas de diversos tipos, más bien transforma las vasijas de ira en vasijas de misericordia, ablandándolas con el fuego de su espíritu: pero los judíos, ignorantes de este sacramento, desprecian las obras de la virtud divina por la contemplación de la descendencia carnal.

Y Jesús les decía que no hay profeta sin honra, sino en su patria, entre sus parientes y en su casa. Que el Señor Jesucristo es llamado profeta en las Escrituras, lo testifica Moisés, quien prediciendo su futura encarnación a los hijos de Israel, dijo: El Señor vuestro Dios os levantará un profeta de entre vuestros hermanos, como yo, a él escucharéis. No solo él, que es la cabeza y Señor de los profetas, sino también Elías, Jeremías y los demás profetas, fueron considerados menores en su patria que en ciudades extranjeras, porque es casi natural que los ciudadanos siempre envidien a sus conciudadanos. Pues no consideran las obras presentes del hombre, sino que recuerdan su frágil infancia, como si ellos mismos no hubieran llegado a la madurez a través de los mismos grados de edad.

Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que curó a unos pocos enfermos imponiéndoles las manos. Y se maravillaba de su incredulidad. No porque no pudiera hacer muchas obras poderosas incluso con ellos incrédulos, sino para no condenar a los ciudadanos incrédulos haciendo muchas. También puede entenderse de otra manera, que Jesús es despreciado en su casa y en su patria, es decir, entre el pueblo judío, y por eso hizo pocas señales allí, para que no quedaran completamente sin excusa.

Sin embargo, hace mayores señales diariamente entre los gentiles a través de los apóstoles, no tanto en la sanación de cuerpos, como en la salvación de almas. Que el Señor se dice que se maravilla de su incredulidad, no es que se maraville como si fuera algo inesperado e imprevisto, quien conoce todo antes de que suceda, así como tampoco comenzó a maravillarse de la fe del centurión como si fuera nueva y antes desconocida, cuando al oír las palabras de su piadosa confesión dijo: Porque ni en Israel he hallado tanta fe (Luc. VII), sino que quien conoce los secretos del corazón, lo que quiere mostrar a los hombres como digno de admiración, se muestra maravillado ante los hombres. Pues era admirable la fe del centurión, quien sin un maestro humano, sin las palabras de las Escrituras, sin oráculos de ángeles, solo con el sentido natural iluminado divinamente, reconoció por los milagros que aquel a quien conocía como hombre por las debilidades de la fragilidad humana, era verdaderamente Dios. Por el contrario, no menos admirable era la infidelidad de los nazarenos, quienes, abundando en maestros y en las palabras divinas en las que se predicaba la venida de Cristo, teniendo incluso presente a Cristo, quien les insinuaba su reconocimiento tanto con palabras como con señales, sin embargo, permanecían incrédulos. Pero en uno de ellos, se nota la ceguera admirable de los judíos, quienes ni quisieron creer a sus propios profetas sobre Cristo, ni a Cristo mismo nacido entre ellos. En el otro, se corona la fe de los gentiles, quienes, aunque nacido entre los judíos, pero expulsado, merecieron recibirlo como mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo, con los oráculos sagrados.

Y recorría las aldeas alrededor enseñando; y llamó a los doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, y les dio poder sobre los espíritus inmundos. El Señor, benigno y clemente maestro, no envidia a sus siervos y discípulos sus virtudes; y así como él había curado toda enfermedad y toda dolencia, también dio a sus apóstoles el poder de curar toda dolencia y toda enfermedad. Pero hay mucha diferencia entre tener y dar, donar y recibir. Este, lo que hace, lo hace con el poder del Señor; aquellos, si hacen algo, confiesan su debilidad y el poder del Señor, diciendo, como Pedro: En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda (Hech. III).

Y les mandó que no llevaran nada para el camino, sino solo un bastón. Ni alforja, ni pan, ni dinero en el cinto, sino calzados con sandalias, y que no llevaran dos túnicas. Tal debe ser la confianza del predicador en Dios, que aunque no provea para los gastos de la vida presente, sin embargo, sepa con certeza que no le faltarán. Para que, mientras su mente se ocupa en lo temporal, no provea menos a otros lo eterno. Se suele preguntar cómo Mateo y Lucas

mencionan que el Señor dijo a los discípulos que no llevaran bastón; mientras que Marcos dice: Y les mandó que no llevaran nada para el camino, sino solo un bastón. Esto se resuelve entendiendo que el bastón que según Marcos debe llevarse, y el que según Mateo y Lucas no debe llevarse, se dicen bajo diferente significado: así como se entiende de diferente manera la tentación, de la que se dice, Dios no tienta a nadie, y de otra manera se dice, El Señor vuestro Dios os prueba, para saber si lo amáis. Aquella es de seducción, esta de prueba. Por tanto, se debe entender que el Señor dijo a los apóstoles tanto que no llevaran bastón, como que no llevaran sino bastón. Pues cuando según Mateo les dijo: No poseáis oro, ni plata, etc.; inmediatamente añadió: Porque el obrero es digno de su alimento. De donde muestra suficientemente por qué no quiso que poseyeran y llevaran estas cosas. No porque no sean necesarias para el sustento de esta vida, sino porque así los enviaba, para mostrar que estas cosas les eran debidas por aquellos a quienes anunciaban el Evangelio creyendo. Sin embargo, está claro que el Señor no dio este mandato como si los evangelistas no debieran vivir de otra cosa que de lo que les proporcionaran aquellos a quienes anunciaban el Evangelio. De lo contrario, el apóstol habría actuado contra este mandato, quien se sustentaba con el trabajo de sus manos para no ser gravoso a nadie; pero dio el poder, en el que supieran que estas cosas les eran debidas. Cuando algo es mandado por el Señor, si no se hace, es culpa de desobediencia. Pero cuando se da poder, es lícito a cada uno no usarlo, y como ceder de su derecho. Así pues, ordenando el Señor lo que el apóstol dice que ordenó, que los que anuncian el Evangelio vivan del Evangelio, hablaba a los apóstoles para que seguros no poseyeran, ni llevaran lo necesario para esta vida, ni grande ni pequeño. Por eso añadió, Ni bastón, mostrando que a sus fieles les son debidas todas las cosas a sus ministros, sin requerir nada superfluo. Y al añadir, Porque el obrero es digno de su alimento, abrió y esclareció completamente de dónde hablaba de todas estas cosas. Por tanto, significó este poder con el nombre de bastón, cuando dijo que no llevaran nada para el camino, sino solo un bastón, para que se entienda que por el poder recibido del Señor (que se significó con el nombre de bastón) incluso lo que no se lleva, no faltará. Esto también debe entenderse de las dos túnicas, para que no se piense que debe llevarse otra además de la que se lleva puesta, preocupado de que sea necesaria, cuando por ese poder puede recibir. Por tanto, al decir Marcos que se calcen con sandalias o suelas, advierte que este calzado tiene alguna significación mística, para que el pie no esté ni cubierto ni desnudo en la tierra, es decir, que el Evangelio no se oculte, ni se apoye en comodidades terrenales.

Y al prohibir llevar o tener dos túnicas, sino más expresamente vestirlas, diciendo; y que no se vistan con dos túnicas, ¿qué les advierte, sino que no anden con duplicidad, sino con simplicidad? De otra manera. En las dos túnicas me parece que muestra un doble vestido, no que en lugares de Escitia, donde el frío es glacial, deba uno contentarse con una sola túnica; sino que en la túnica entendamos el vestido, para que no, vestidos de una cosa, guardemos otra por temor al futuro. Alegóricamente, sin embargo, por la alforja se designan las cargas del mundo, por el pan las delicias temporales, por el dinero en el cinto la ocultación de la sabiduría.

Porque quien tiene la palabra de sabiduría, pero descuida compartirla con el prójimo, es como quien tiene dinero guardado en el cinto: y está escrito: Sabiduría escondida y tesoro oculto, ¿qué utilidad hay en ambos? (Eclo. XLI). Por tanto, a los apóstoles no se les debe llevar alforja, ni pan, ni dinero en el cinto, porque quien ha recibido el oficio de doctor, no debe ser oprimido por las cargas de los negocios seculares, ni disolverse en deseos carnales, ni esconder el talento de la palabra que se le ha confiado bajo la ociosidad de una pereza lenta.

Y les decía: En cualquier casa en la que entréis, permaneced allí hasta que salgáis de allí. En Mateo está escrito así: En cualquier ciudad o aldea en la que entréis, averiguad quién en ella

es digno, y permaneced allí hasta que salgáis (Mat. X). Da un mandato general de constancia, para que guarden los derechos de la hospitalidad, mostrando que es ajeno al predicador del reino celestial andar de casa en casa, y perder los derechos de una hospitalidad inviolable. No sin razón, según Mateo, se decreta que se elija la casa en la que entren los apóstoles, para que no haya motivo de cambiar de hospitalidad y violar la relación de necesidad.

Y cualquiera que no os reciba, ni os escuche, al salir de allí sacudid el polvo de vuestros pies, en testimonio contra ellos. Se sacude el polvo de los pies en testimonio de su trabajo, que han entrado en la ciudad, y la predicación apostólica ha llegado hasta ellos. O se sacude el polvo, para que no reciban nada de ellos, ni siquiera lo necesario para el sustento, quienes han despreciado el Evangelio.

Y saliendo, predicaban que se arrepintieran, y expulsaban muchos demonios, etc. Dice el apóstol Santiago: ¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la Iglesia, y oren por él, ungiéndolo con aceite en el nombre del Señor. Y si está en pecados, le serán perdonados (Sant. V). De donde se evidencia que desde los mismos apóstoles se ha transmitido esta costumbre de la santa Iglesia, que los poseídos, o cualquier otro enfermo, sean ungidos con aceite, consagrado por la bendición pontifical.

Y oyó el rey Herodes (pues su nombre se había hecho manifiesto) y decían que Juan el Bautista había resucitado. Cuánta envidia de los judíos, que el furor de la malicia se levantó contra el Señor, se nos enseña en casi todos los lugares del Evangelio; pues creían que Juan, de quien se dijo que no hizo señal alguna, había podido resucitar de entre los muertos, sin que nadie lo atestiguara. Sin embargo, a Jesús, hombre aprobado por Dios con virtudes y señales (Hech. II), en cuya muerte temblaron los elementos, y cuya resurrección y ascensión, ángeles, apóstoles, hombres y mujeres proclamaban con entusiasmo; prefirieron creer que no había resucitado, sino que había sido robado en secreto.

Cuando decían que Juan había resucitado de entre los muertos, y por eso se realizaban en él obras poderosas e inesperadas, bien en todos los sentidos percibieron el poder de la resurrección, que los santos serán de mayor poder cuando resuciten de entre los muertos, que cuando aún estaban agobiados por la debilidad de la carne.

Pero también enseñaron que el milagro mismo de la resurrección no es increíble, porque lo creyeron espontáneamente sin que nadie se lo enseñara, quienes sin embargo demostraron con razón su ceguera e invidia al no haber creído en el Señor como algo creíble.

Al oír esto, Herodes dijo: A quien yo decapité, Juan, este ha resucitado de entre los muertos. Lucas escribió sobre esto así: Pero Herodes el tetrarca oyó todo lo que se hacía por él, y estaba perplejo, porque se decía por algunos que Juan había resucitado de entre los muertos; por otros, que Elías había aparecido, etc. (Luc. IX). Por tanto, se debe entender que, o después de esta perplejidad, confirmó en su mente lo que otros decían, cuando dijo: A quien yo decapité, Juan, este ha resucitado de entre los muertos. O estas palabras deben pronunciarse de manera que aún indiquen duda. Pues si dijera: ¿Acaso es este, o acaso es Juan el Bautista? no sería necesario advertir algo sobre la pronunciación, porque se entendería que duda y está perplejo. Ahora, porque faltan esas palabras, puede pronunciarse de ambas maneras, para que o lo tomemos como que lo dijo creyendo lo que otros decían, o aún (como Lucas menciona) dudando.

Porque Herodes mismo había enviado y arrestado a Juan, y lo había encadenado en la cárcel por causa de Herodías. La historia antigua narra que Felipe, hijo del mayor Herodes, bajo

quien el Señor huyó a Egipto, hermano de aquel Herodes bajo quien Cristo sufrió, había tomado por esposa a Herodías, hija del rey Aretas. Pero después, su suegro, surgidas ciertas disputas contra su yerno, se llevó a su hija, y en dolor por su primer marido, la unió en matrimonio con su enemigo. ¿Quién es este Felipe? El evangelista Lucas lo enseña más plenamente: En el año quince del imperio de César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, y Felipe su hermano tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide (Luc. III). Por tanto, Juan el Bautista, que vino en el espíritu y poder de Elías, con la misma autoridad con la que aquel reprendió a Acab y Jezabel, reprende a Herodes y Herodías por haber hecho un matrimonio ilícito, y que no es lícito tomar la esposa de su hermano mientras este vive, prefiriendo arriesgarse ante el rey, que por adulación olvidar los preceptos de Dios.

Y cuando llegó un día oportuno, Herodes hizo un banquete en su cumpleaños para los príncipes, etc. Solo Herodes y Faraón entre los mortales se leen que celebraron su cumpleaños con festividades alegres; pero ambos reyes, con un presagio infausto, mancharon su festividad con sangre. Sin embargo, Herodes con tanta mayor impiedad, cuanto que mató a un santo e inocente maestro de la verdad, y pregonero de la vida y del reino celestial, y esto por el deseo y petición de una bailarina, ni le avergonzó presentar la cabeza del asesinado ante los comensales. Pues Faraón no se lee que haya cometido tal vesania, sino que solo ordenó que un eunuco pecador fuera privado de la vida, por lo que, cuanto más se alejó del culto verdadero de la religión, tanto menos pecó en la violación de su festividad. Sin embargo, del ejemplo de ambos se prueba que es más útil para nosotros recordar más a menudo el día de nuestra futura muerte con temor y vivir castamente, que celebrar el día de nuestro nacimiento con lujuria. Pues el hombre nace para el trabajo en el mundo (Job V), y los elegidos pasan del mundo a través de la muerte hacia el descanso.

Y cuando entró la hija de Herodías y bailó, y agradó a Herodes. No se excusa a Herodes por haber cometido homicidio involuntariamente y a regañadientes por el juramento, porque tal vez juró para preparar las maquinaciones de la futura ejecución. De lo contrario, si dice que lo hizo por el juramento, si hubiera pedido la muerte de su padre o de su madre, ¿lo habría hecho o no? Lo que, por tanto, habría rechazado en sí mismo, debió despreciarlo también en el profeta.

Cuando salió, dijo a su madre: ¿Qué pediré? Y ella dijo: La cabeza de Juan el Bautista, etc. Herodías, temiendo que Herodes alguna vez recapacitara, o se hiciera amigo de su hermano Felipe, y que el matrimonio ilícito se disolviera con el repudio, aconseja a su hija que pida inmediatamente la cabeza de Juan en el mismo banquete, ¡digna obra de la danza, digno premio de sangre!

Y el rey se entristeció, pero por el juramento, y por los que estaban sentados a la mesa, no quiso contristarla, sino que envió a un verdugo y ordenó que trajeran su cabeza en un plato, etc. Es costumbre de las Escrituras que el historiador narre la opinión de muchos tal como se creía en ese tiempo por todos. Así como José es llamado padre de Jesús incluso por María misma, así ahora Herodes se dice entristecido, porque eso pensaban los que estaban a la mesa. Pues el disimulador de su mente y artífice homicida, mostraba tristeza en su rostro, cuando tenía alegría en su mente. Y excusa su crimen con un juramento, para que bajo la apariencia de piedad, se hiciera impío. Lo que añade: Y por los que estaban sentados a la mesa, quiere que todos sean cómplices de su crimen, para que en un banquete lujurioso e impuro, se presenten sangrientas viandas.

Y trajo su cabeza en un plato, y la dio a la muchacha, y la muchacha se la dio a su madre. Esto se hizo literalmente, pero nosotros hasta hoy vemos en la cabeza de Juan el profeta, que los judíos perdieron a Cristo, quien es la cabeza de los profetas. De otra manera: La decapitación de Juan insinúa la disminución de su fama, en la que Cristo era creído por el pueblo, así como la exaltación en la cruz del Señor Salvador designaba el progreso de la fe, porque él primero era considerado por las multitudes como profeta, el Señor de los profetas, y Cristo, el Hijo de Dios, fue reconocido por todos los fieles. Juan, por tanto, disminuido en la cabeza, el Señor fue exaltado en la cruz, porque, como el mismo Juan dijo, era necesario que él creciera, pero que Juan disminuyera. Aquel que era estimado como profeta debía ser conocido como Cristo, y aquel que por la sublimidad de sus virtudes era considerado Cristo, debía ser entendido como profeta de Cristo y precursor. Esto también está claramente señalado por la distinción del tiempo en que cada uno de ellos nació, porque Juan, quien debía disminuir, nació cuando la luz divina comienza a decrecer. Pero el Señor, que es la verdadera luz del mundo, en el tiempo del año en que el día comienza a crecer, nos mostró los dones luminosos de su nacimiento.

Al oír esto, sus discípulos vinieron, tomaron su cuerpo y lo pusieron en un sepulcro. Josefo narra que Juan fue llevado prisionero al castillo de Maqueronte y allí fue decapitado. La Historia Eclesiástica narra que fue sepultado en la ciudad de Sebaste, en Palestina, que antes se llamaba Samaria. Pero en el tiempo del emperador Juliano, envidiosos de los cristianos que frecuentaban su sepulcro con piadosa solicitud, los paganos invadieron el monumento, dispersaron los huesos por los campos, y nuevamente recogidos, los quemaron en el fuego, y de nuevo los dispersaron por los campos. En ese tiempo, había allí monjes de Jerusalén, que, mezclados con los paganos que recogían los huesos, reunieron la mayor parte de ellos y los llevaron a su padre Felipe en Jerusalén. Y él los envió al beato Atanasio, obispo de Alejandría, y allí fueron guardados hasta los tiempos de Teófilo, obispo de la misma ciudad, cuando, por orden del emperador Teodosio, todos los templos de los gentiles fueron destruidos. Entonces, purificado el templo de Serapis de sus impurezas, fueron llevados allí, y la basílica fue consagrada en honor de San Juan en lugar del templo de Serapis. Lee el undécimo libro de la Historia Eclesiástica.

Y los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. No solo lo que ellos mismos habían hecho y enseñado, los apóstoles lo relatan al Señor; sino también lo que Juan había sufrido mientras ellos estaban ocupados enseñando, o sus discípulos o los de Juan se lo relatan, como describe Mateo. De donde sigue:

Y les dijo: Venid aparte a un lugar desierto y descansad un poco, etc. No solo por la causa del descanso de ellos mismos: sino también por la gracia de la significación mística, porque, evidentemente, dejando Judea, que al no creer se había quitado la cabeza de la profecía, en el desierto de la Iglesia que no tenía marido, el verbo sería alimento para los creyentes, como si fuera a otorgarles un banquete de panes y peces. Allí, en efecto, los santos predicadores, que en Judea no creyente y contradictoria, por un tiempo eran oprimidos por la pesada carga de las tribulaciones, encontraron descanso por la gracia de la fe otorgada a los gentiles. Pero la necesidad de conceder descanso a los discípulos se muestra a continuación, cuando se dice:

Porque eran muchos los que iban y venían, y no tenían tiempo ni para comer. Donde se demuestra la gran felicidad de aquel tiempo por el trabajo de los que enseñaban y el estudio de los que aprendían, que ojalá regresara en nuestra era, para que tanta multitud de fieles oyentes no deje a los ministros de la palabra tiempo libre para cuidar del cuerpo. Pues a quienes se les niega la hora necesaria para cuidar del cuerpo: ¿cuánto menos tienen la facultad de estudiar las seducciones del alma o de la carne? Más bien, aquellos a quienes se

les exige oportunamente e inoportunamente la palabra de fe y el ministerio de salvación, su ánimo se enciende consecuentemente para siempre hacer y pensar en las cosas celestiales, para que no contradigan con hechos lo que enseñan con palabras.

Y subiendo a la barca, se fueron a un lugar desierto aparte. No solo los discípulos, sino que, tomando al Señor, subieron a la barca y buscaron un lugar desierto, como el evangelista Mateo lo demuestra claramente.

Y los vieron irse, y muchos los reconocieron, y corrieron a pie de todas las ciudades, etc. Al decirse que los precedieron a pie, se muestra que los discípulos con el Señor no llegaron navegando a otra orilla del mar o del Jordán, sino que, habiendo cruzado en barco algún estrecho o lago, llegaron a lugares cercanos de la misma región, a donde también los lugareños pudieron llegar a pie.

Y al salir, Jesús vio una gran multitud y se compadeció de ellos, porque eran como ovejas sin pastor, y comenzó a enseñarles muchas cosas. Cómo se compadeció de ellos, Mateo lo explica más plenamente diciendo: Y se compadeció de ellos, y sanó a sus enfermos. Esto es verdaderamente compadecerse de los pobres y de los que no tienen pastor, abrirles el camino de la verdad enseñando; y quitarles las molestias corporales curando; pero también animar a los hambrientos a alabar la generosidad suprema al alimentarlos. Lo que también los siguientes pasajes de esta lectura recuerdan que él hizo. Prueba la fe de las multitudes, y recompensada dignamente la fe probada. Pues al buscar la soledad, explora si se preocupan por seguirlo. Ellos, siguiéndolo, y no en bestias o en diversos vehículos, sino emprendiendo el camino del desierto con el propio esfuerzo de sus pies, muestran cuánta preocupación tienen por su salvación. De nuevo él, como poderoso y piadoso salvador y médico, al recibir a los fatigados, enseñar a los ignorantes, sanar a los enfermos, alimentar a los hambrientos, insinúa cuánto se deleita con la devoción de los creyentes. Según las leyes de la alegoría, Cristo, al buscar los desiertos de los gentiles, muchas multitudes de fieles, dejando las murallas de la antigua conversación, y despreciando la protección de varios dogmas, lo siguen. Y aquel que primero fue conocido en Judea como Dios, después de que los dientes de los judíos se convirtieron en armas y flechas, y su lengua en espada afilada (Salmo LVI), Dios fue exaltado sobre los cielos, y su gloria sobre toda la tierra.

Y cuando ya era tarde, se acercaron sus discípulos y le dijeron: El lugar es desierto, y ya ha pasado la hora. Despídelos para que vayan a las aldeas y pueblos cercanos y compren para sí mismos algo de comer. La hora avanzada se refiere al tiempo vespertino, según Lucas, quien dice: El día comenzaba a declinar, y los doce se acercaron a él y le dijeron: Despide a las multitudes, etc. (Lucas IX). Pero al declinar el día, el Salvador alimenta a las multitudes, porque ya sea al acercarse el fin de los tiempos, o cuando el sol de justicia se puso por nosotros, fuimos salvados de la larga plaga de inanición espiritual.

Y respondiendo, les dijo: Dadles vosotros de comer, etc. Provoca a los apóstoles a la fracción del pan, para que, al testificar ellos que no tienen, la magnitud del signo se haga más conocida: insinuando al mismo tiempo que diariamente por ellos nuestros corazones hambrientos deben ser alimentados, evidentemente cuando por sus ejemplos o escritos somos incitados a amar las cosas celestiales. Es de notar que el evangelista Juan, al escribir este milagro de los panes, menciona que la Pascua, la fiesta de los judíos, estaba próxima. Mateo y Marcos, sin embargo, recuerdan que esto ocurrió inmediatamente después de la muerte de Juan. De donde se deduce que Juan fue decapitado cuando se acercaba la misma festividad pascual, y al año siguiente, cuando de nuevo llegó el tiempo pascual, se completó el misterio de la pasión del Señor. Y por eso, en el libro de los Sacramentos, su natalicio está señalado el

cuarto día antes de las calendas de septiembre, y en el Martirologio, que está inscrito con los nombres de Eusebio y Jerónimo, se lee, el cuarto día antes de las calendas de septiembre, en la ciudad de Edesa, provincia de Fenicia, el natalicio de Juan Bautista, el día en que fue decapitado: no designa específicamente el día de su decapitación, sino más bien el día en que su cabeza fue encontrada en la misma ciudad de Edesa y depositada en la iglesia. Pues como atestiguan las Crónicas del conde Marcelino, en el tiempo del emperador Marciano, dos monjes orientales vinieron a adorar en Jerusalén y a ver los lugares santos; a quienes, asistiendo por revelación el mismo precursor del Señor, les ordenó que fueran a la antigua residencia del rey Herodes, buscaran allí su cabeza, y una vez encontrada, la depositaran con el debido honor. Que allí fue encontrada por ellos y tomada, pero no mucho después, por culpa de la negligencia, perdida, fue llevada a Edesa por otros, y en una cueva en una urna bajo tierra, fue guardada ignominiosamente por no poco tiempo, hasta que de nuevo el mismo Juan se mostró a sí mismo y su cabeza a un tal Marcelo, un religioso abad y presbítero, mientras habitaba en la misma cueva. La cual cabeza, se sabe, fue encontrada por el obispo Julioramo de la misma ciudad, a través del mencionado presbítero. Desde entonces, comenzó a celebrarse en la misma ciudad la decapitación del beato precursor, el mismo día (como creemos) en que la cabeza fue encontrada o elevada. De lo cual encontrarás escrito más extensamente en el mencionado libro de las Crónicas.

Y les dice: ¿Cuántos panes tenéis? Id y ved. Y cuando lo supieron, dijeron: Cinco, y dos peces. Por los cinco panes de los Apóstoles y los dos peces, se señala toda la escritura del Antiguo Testamento. Por los cinco panes, evidentemente, los cinco libros de la ley mosaica, en los cuales se dio a conocer al género humano el conocimiento de la eternidad divina, la creación del mundo, el curso del siglo que pasa, y la verdadera religión de servir a Dios. Por los dos peces, se figuran los salmos y los profetas, que alimentaban al pueblo instruido en la ley de Dios con la nueva dulzura de la gracia de la promesa de la encarnación del Señor. Con esta triple distinción de la Escritura sagrada, se nos enseña por la autoridad del Señor que se comprende toda la serie del antiguo instrumento. Pues apareciendo el Señor mismo después de la resurrección a los discípulos, dijo que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito en la ley, en Moisés, en los profetas y en los Salmos acerca de mí (Lucas XXIV). Y cuando les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras, y las entregaran entendidas espiritualmente a los oyentes fieles, como bendiciendo los panes apostólicos y los peces, y multiplicándolos con el don de la suavidad interior, mandó que se distribuyeran a las multitudes. Bien, según el Evangelio de Juan, se refiere que los panes que designan la ley eran de cebada, que es el alimento principalmente de los animales y de los rústicos siervos, porque a los que comienzan y aún no son perfectos oyentes, se les deben confiar preceptos más ásperos y como más toscos. Pues el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios (1 Cor. II). Y por eso el Señor, dando dones a cada uno según sus fuerzas, y siempre provocando a los más perfectos, primero alimenta a cinco mil con cinco panes, segundo a cuatro mil hombres con siete panes, tercero confía a los discípulos el misterio de su carne y sangre: finalmente da a los elegidos el gran don de comer y beber en su mesa en su reino.

Y les mandó que hicieran recostar a todos en grupos sobre la hierba verde. Y se recostaron en partes, de cien en cien, y de cincuenta en cincuenta. Las diversas disposiciones de los comensales designan las distintas congregaciones de las Iglesias en el mundo, que hacen una sola católica. A quienes bien el Señor mandó recostarse en grupos de cincuenta o de cien, para que evidentemente la multitud de fieles recibiera su alimento, tanto en lugares distintos como unida en costumbres. Pues el descanso del jubileo se contiene en el misterio del número cincuenta, y el cincuenta se duplica para llegar al cien. Porque primero se descansa de la obra

mala, para que después el alma descansa más plenamente en la contemplación, unos se recuestan de cincuenta en cincuenta; otros, de cien en cien, porque hay algunos que tienen descanso de obra de los actos malos, y hay algunos que ya tienen descanso de mente de los pensamientos perversos. Bien también se recostaron sobre la hierba verde. Pues está escrito, Toda carne es hierba (Isa. XL). Y aquellos que, recostados sobre la hierba verde, se alimentan de los alimentos del Señor, son los que, por el estudio de la continencia, pisoteando las seducciones de las concupiscencias carnales, dedican su esfuerzo a escuchar y cumplir las palabras de Dios.

Y tomando los cinco panes y los dos peces, mirando al cielo, bendijo, y partió, y dio a sus discípulos para que los pusieran delante de ellos, y dividió los dos peces entre todos. A las multitudes hambrientas el Salvador no crea nuevos alimentos, sino que, tomando los que tenían los discípulos, los bendice; porque viniendo en carne, no predicaba otras cosas que las que estaban predichas, sino que muestra cuán grávidos de misterios de gracia están los escritos de la ley y los profetas. Mira al cielo, para enseñar que allí debe dirigirse la mirada de la mente, allí debe buscarse la luz del conocimiento. Parte, y distribuye a los discípulos para que los pongan ante las multitudes, porque reveló los sacramentos de la profecía a los santos doctores que los predicarían por todo el mundo.

Y comieron todos y se saciaron, y recogieron las sobras de los fragmentos, doce cestas llenas, y de los peces. Lo que sobra a las multitudes, es recogido por los discípulos; porque los misterios más sagrados que no pueden ser captados por los rudos, no deben ser descuidados, sino que deben ser buscados por los perfectos. Pues por las doce cestas se figuran los apóstoles, y por los apóstoles todos los coros de doctores que los siguen, despreciados exteriormente por los hombres, pero llenos interiormente de las sobras del alimento saludable para alimentar los corazones humildes. Pues es sabido que con cestas se suelen realizar trabajos serviles, pero él mismo llenó las cestas con los fragmentos de pan, quien eligió las cosas débiles de este mundo para confundir a las fuertes.

Eran, sin embargo, los que comieron, cinco mil hombres. Porque cinco son los sentidos exteriores del hombre, los cinco mil hombres que siguieron al Señor designan a aquellos que, aún en el hábito secular, saben usar bien de las cosas exteriores que poseen. Que rectamente se alimentan de cinco panes, porque tales es necesario que sean instruidos aún con los preceptos legales. Pues los que renuncian completamente al mundo, y son cuatro mil, y alimentados con siete panes, es decir, sublimes en la perfección evangélica, y espiritualmente instruidos en la gracia interior.

Y enseguida obligó a sus discípulos a subir a la barca, para que lo precedieran al otro lado del mar hacia Betsaida, mientras él despedía a la multitud, etc. Por qué obligó a los discípulos a subir a la barca, y él mismo, después de despedir a la multitud, se fue al monte a orar, Juan lo declara claramente, quien, completada aquella celestial refección, inmediatamente añadió: Jesús, entonces, cuando supo que iban a venir para llevárselo y hacerlo rey, huyó de nuevo al monte él solo (Juan VI). Donde nos muestra un necesario ejemplo de vida, para que en los bienes que hacemos, evitemos la retribución del favor humano, y no nos desvíe la operación de las virtudes espirituales hacia la concupiscencia de las voluptuosidades temporales. A algunos, en efecto, les ha sucedido que, mientras por el mérito de una vida más sublime eran admirables en sus costumbres y considerados dignos de honor, al recibir dinero o propiedades, perdieron los rudimentos de la justicia comenzada, y al corromperse incautamente con las seducciones carnales y la avaricia, se convirtieron de nuevo, no solo en fastidio, sino también en odio para aquellos mismos que los honraban por sus buenas obras. Mucho menos peligroso es, en lo que hacemos rectamente, ser fatigados por la maldad de los

adversarios, que ser halagados por el favor de los que nos honran. Pues este último a menudo corrompe el ánimo más seguro, aquel siempre lo hace circunspecto y cauteloso. De donde el Señor, iniciando para nosotros el camino de vida que debemos seguir, cuando aquellos que admiraban sus virtudes querían hacerlo rey, huyó al monte a orar. Pero cuando aquellos que envidiaban sus virtudes disponían entregarlo a la muerte, se presentó dispuesto, y se ofreció a los furiosos para ser atado y crucificado, informándonos con un evidente ejemplo, para que estemos preparados para soportar las adversidades del mundo, cautos para declinar las blandicias cuando por casualidad se presenten: y para que no nos engañen, ablandándonos, las prosperidades del mundo, imploremos con frecuentes oraciones al Señor. Sin embargo, los discípulos precedían al Señor al otro lado del mar hacia Betsaida, que es en Galilea, ciudad de Andrés, Pedro y Felipe, apóstoles, cerca del lago de Genesaret, como encontramos en los libros de lugares. Donde con razón advierte, cómo dice Marcos, que después del milagro de los panes los discípulos vinieron al otro lado del mar hacia Betsaida, cuando parece decir Lucas que en los lugares de Betsaida se realizó aquel memorable milagro y la celestial refección. Pues dice: Tomándolos, se retiró aparte a un lugar desierto, que es Betsaida. Lo cual, cuando las multitudes lo supieron, lo siguieron, y los recibió (Lucas IX). Y lo demás que sigue, hasta completar la historia de la sagrada refección. A menos que tal vez entendamos que, al decir Lucas en un lugar desierto que es Betsaida, no se designa la vecindad de la ciudad misma, sino los lugares del desierto pertenecientes a ella. Pues Marcos dice claramente que lo precedieran a Betsaida: donde se sabe que están señalados los límites de la ciudad misma. Lucas, sin embargo, que no dice en un lugar desierto que es Betsaida, sino que es Betsaida, puede, a menos que me equivoque, entenderse correctamente, que no quiso referirse a la ciudad misma, sino al lugar desierto de ella, es decir, perteneciente a sus confines. Sin embargo, el Evangelista Juan narra que las multitudes comieron pan cerca de Tiberíades, y que los discípulos, subiendo a la barca, vinieron al otro lado del mar a Cafarnaúm, que ambas son ciudades en Galilea cerca del lago de Genesaret, que también se llama Tiberíades por la ciudad de Tiberíades.

Y cuando los hubo despedido, se fue al monte a orar. No todo el que ora, sube al monte; pues hay oración que hace pecado. Pero el que ora bien, el que busca a Dios orando, este, progresando de las cosas terrenales a las superiores, asciende a la cima de la preocupación más sublime. Pero el que, preocupado, suplica por las riquezas, o por el honor del mundo, o ciertamente por la muerte de un enemigo, él mismo, yaciendo en lo más bajo, envía a Dios oraciones viles. Sin embargo, el Señor ora, no para suplicar por sí mismo, sino para interceder por mí. Pues aunque todo lo ha puesto en poder del Hijo; el Hijo, sin embargo, para cumplir la forma del hombre, considera que debe suplicar al Padre por nosotros, porque es nuestro abogado. Pues el Apóstol dice: Tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo (1 Juan II). Si es abogado, debe interceder por mis pecados. No ora, por tanto, como débil, sino como piadoso. ¿Quieres saber que puede todo lo que quiere? Es tanto abogado como juez. En uno es el oficio de la piedad, en el otro es el signo del poder.

Y cuando llegó la tarde, la barca estaba en medio del mar, y él solo en tierra. Y viéndolos fatigados remando, pues el viento les era contrario. El trabajo de los discípulos remando, y el viento contrario a ellos, designa los diversos trabajos de la santa Iglesia, que entre las olas del mundo adverso y los soplos impuros de los espíritus, intenta llegar a la paz de la patria celestial, como a un puerto seguro de la costa. Donde bien se dice que la barca estaba en medio del mar, y él solo en tierra. Porque a veces la Iglesia, bajo tanta presión de los gentiles, no solo ha sido afligida, sino también mancillada, que (si fuera posible) su redentor parecería haberla abandonado por un tiempo. De ahí esa voz suya entre las olas y tormentas de las tentaciones, sorprendida y buscando con clamor gemebundo la ayuda de su protección. De

ahí, ¿por qué, Señor, te has alejado, desprecias en las oportunidades, en la tribulación (Salmo IX)? Que igualmente expone la voz del enemigo perseguidor, añadiendo en el salmo siguiente: Porque dijo en su corazón, Dios se ha olvidado; ha apartado su rostro para no ver hasta el fin (Ibid.). Pero él no olvida la oración de los pobres, ni aparta su rostro de los que esperan en él: más bien, ayuda a los que luchan con los enemigos para que venzan, y corona a los vencedores eternamente. De ahí que aquí también se diga abiertamente que los vio fatigados remando. En efecto, el Señor vio a los que trabajaban en el mar, aunque él estaba en tierra, porque aunque parezca diferir por un momento el prestar ayuda a los atribulados, no obstante, para que no desfallezcan en las tribulaciones, los fortalece con la mirada de su piedad, y a veces también con ayuda manifiesta, vencidas las adversidades, como si las olas fueran pisoteadas y calmadas, los libera, como aquí también se insinúa posteriormente cuando se dice:

Y cerca de la cuarta vigilia de la noche vino hacia ellos caminando sobre el mar. Las estaciones y vigiliat militares se dividen en espacios de tres horas. Cuando, por tanto, dice que el Señor vino a ellos en la cuarta vigilia de la noche, muestra que estuvieron en peligro toda la noche, y que al final de la noche se les brindó ayuda.

Trabajan, pues, durante todo el tiempo de la oscura noche, pero al acercarse el amanecer, y prometiendo el Lucero del alba la salida del sol y del día, viene el Señor, y caminando sobre el mar, comprime las hinchadas espaldas del mar. Porque cuando la fragilidad humana, cubierta de presiones, considera la pequeñez de sus fuerzas, no ve otra cosa en sí misma que las tinieblas de las angustias y el ardor de los enemigos que combaten. Pero cuando eleva su mente a la luz del auxilio supremo y a los dones de la retribución perpetua, es como si de repente, entre las sombras de la noche, viera surgir el Lucero del alba, que anuncia el día próximo. Pues el Lucero del alba, cuando más, se dice que ilumina tres horas de la noche, es decir, toda la vigilia matutina.

Y vendrá el Señor, quien, calmados los peligros de las tentaciones, otorgará plena confianza de libertad con su protección. Sigue:

Y quería pasar de largo. Pero ellos, al verlo caminar sobre el mar, pensaron que era un fantasma, y gritaron. Porque todos lo vieron y se turbaron. Aún los herejes piensan que el Señor era un fantasma, y que no asumió carne verdadera de la virgen. De hecho, Teodoro de Faran, antiguo obispo, escribió que el Señor no tenía peso corporal según la carne, sino que sin peso y cuerpo caminó sobre el mar. Pero la fe católica, por el contrario, proclama que él tiene peso según la carne, y carga corporal, y que con peso y carga corporal camina sobre las aguas sin hundir los pies. Pues Dionisio, ilustre entre los escritores eclesiásticos, en sus obras sobre los Nombres Divinos, habla de este modo: Ignoramos cómo de la sangre virginal se formaba por una ley distinta a la natural, y cómo, con los pies hundidos teniendo peso corporal y carga material, caminaba sobre la sustancia húmeda e inestable. Pero, ¿cómo quería el Señor pasar de largo, como si fueran extraños, a aquellos a quienes había venido a liberar del peligro de naufragio, sino para que, turbados y temerosos por un momento, pero liberados de inmediato, se asombraran más del milagro de su liberación, y dieran mayores gracias a su libertador? Porque también en las tempestades de las pasiones que se infligen por la constancia de la fe por los impíos, tal provisión a veces se muestra divinamente. Pues a menudo la piedad suprema parece haber abandonado a los fieles puestos en tribulación, de modo que se podría pensar que Jesús quería pasar de largo a los discípulos que trabajaban en el mar. De ahí también aquello en el salmista, de la Iglesia sudando en el combate del martirio: ¿Por qué me has olvidado, por qué me has rechazado, y por qué ando triste mientras me aflige el enemigo? Mientras se rompen todos mis huesos, etc. Pero dicen los enemigos

aterradores, ¿Dónde está su Dios? (Salmo XLII), como si amenazaran naufragio a los apóstoles cansados. Dice el mismo Dios de ellos: Cuando pases por las aguas, estaré contigo, y los ríos no te cubrirán. Cuando camines por el fuego, no te quemarás, y la llama no arderá en ti (Isaías XLIII). De ahí que aquí también se añada correctamente:

Y de inmediato les habló, y les dijo: Tened confianza, soy yo, no temáis. Y subió a ellos en la barca, y el viento cesó. La primera ayuda a los que tiemblan y están en peligro es expulsar el miedo infundido en sus corazones. La segunda es calmar las furias de las tempestades con la virtud de su presencia. Y no es de extrañar que, al subir el Señor a la barca, el viento cesara. Pues en cualquier corazón en el que Dios está presente por la gracia de su amor, pronto se calman todas las guerras de los vicios, del mundo adverso, o de los espíritus malignos.

Y más se asombraban dentro de sí. Pues no habían entendido lo de los panes. Porque su corazón estaba cegado. El Señor, en efecto, también en el milagro de los panes, mostró que era el creador de las cosas: y al caminar sobre las olas, enseñó que tenía un cuerpo libre de toda gravedad de pecados: y al calmar los vientos y apaciguar la furia de las olas, mostró que dominaba los elementos. Pero los discípulos, aún cardenales, no reconocen que él es Dios. Y aunque se asombraban de la magnitud de las virtudes, aún no podían reconocer en él la verdad de la majestad divina.

Cuando salieron de la barca, de inmediato lo reconocieron: Y recorriendo toda aquella región, comenzaron a llevar en camillas a los que estaban enfermos, donde oían que él estaba. Lo reconocieron por el rumor, no por el rostro: o ciertamente, por la magnitud de los signos que realizaba entre los pueblos, también era conocido por el rostro por muchos. Y mira cuánta es la fe de los hombres de la tierra de Genesaret, que no se contentan solo con la salud de los presentes, sino que envían a otras ciudades alrededor, para que todos corran al médico.

Y dondequiera que entraba, en aldeas o en villas, o en ciudades: ponían a los enfermos en las plazas, y le rogaban que al menos tocaran la orla de su manto. Y cuantos lo tocaban, quedaban sanos. Los que están enfermos, no toquen el cuerpo de Jesús, ni todo su manto, sino la orla extrema. Y cualquiera que la toque, será sanado. Entiende por la orla de su manto, el mandamiento mínimo, que quien lo transgrede, será llamado el menor en el reino de los cielos: o la asunción de la carne por la cual llegamos a la palabra de Dios, y después disfrutamos de su majestad.

## CAPÍTULO VII.

Y se acercan a él los fariseos, y algunos de los escribas que venían de Jerusalén. Y cuando vieron a algunos de sus discípulos comer pan con manos comunes (es decir, no lavadas), los criticaron. ¡Oh cuán verdadera es aquella confesión del Señor al Padre, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños! Los hombres de la tierra de Genesaret, que parecían menos instruidos, no solo vienen ellos mismos, sino que también traen a sus enfermos: incluso los llevan al Señor, para que al menos merezcan tocar su orla y así puedan ser salvados. Y por eso, de inmediato obtienen la recompensa de la salvación deseada. Pero los fariseos y escribas, que debían ser los maestros del pueblo, no acuden a escuchar la palabra, ni a buscar la curación, sino solo a mover disputas de cuestiones, acuden al Señor: y critican a aquellos por no lavarse las manos del cuerpo, en cuyas obras, que se hacen por las manos o por los demás miembros del cuerpo, no podían encontrar nada de impureza contaminante; cuando más bien debían culparse a sí mismos, que teniendo las manos lavadas con agua, llevaban la conciencia manchada de lividez. Pues los fariseos y

todos los judíos, si no se lavan las manos con frecuencia, no comen, siguiendo la tradición de los ancianos, y del mercado, si no se bautizan, no comen.

Es supersticiosa la tradición de los hombres, lavar con frecuencia las manos una vez lavadas para comer pan, y del mercado, si no se bautizan, no comer. Pero es necesaria la doctrina de la verdad, que ordena a aquellos que desean participar del pan de vida descendido del cielo, purificar sus obras con el lavado frecuente de limosnas, lágrimas y otros frutos de justicia, para que con corazón y cuerpo castos puedan comunicarse con los misterios celestiales. Es necesario limpiar las manchas que cada uno haya contraído por las preocupaciones de los negocios temporales, con la instancia subsiguiente de buenas pensamientos y acciones, si desea disfrutar de los banquetes de la interna refección. Pero los fariseos, tomando carnalmente las palabras espirituales de los profetas, que aquellos ordenaban sobre la purificación del corazón y de la obra, diciendo: Lavaos, sed limpios, y purificaos, los que lleváis los vasos del Señor (Isaías I), estos solo observaban el lavado del cuerpo.

En vano, pues, los fariseos, en vano todos los judíos lavan las manos, y del mercado se bautizan, mientras desprecian ser lavados en la fuente del Salvador. En vano guardan los bautismos de los vasos, quienes descuidan lavar las manchas de sus corazones y cuerpos: cuando es cierto que Moisés y los profetas, que ordenaron que los vasos del pueblo de Dios fueran lavados con agua, o purificados con fuego, o santificados con aceite por cualquier causa, no mandaron en esto la limpieza de las cosas materiales, sino más bien la purificación y santidad de las mentes y obras, y la salvación de nuestras almas.

Y le preguntaban los fariseos y escribas: ¿Por qué tus discípulos no andan conforme a la tradición de los ancianos, sino que comen pan con manos comunes? Admirable es la necedad de los fariseos y escribas. Acusan al Hijo de Dios, ¿por qué no guarda las tradiciones y preceptos de los hombres? Las manos, es decir, las obras, no son las manos del cuerpo, sino las del alma las que deben ser lavadas, para que en ellas se cumpla la palabra de Dios.

Y les decía: Bien hacéis nulo el mandamiento de Dios, para guardar vuestra tradición. Refuta la falsa calumnia con verdadera respuesta. Cuando (dice) vosotros, por la tradición de los hombres, descuidáis los preceptos del Señor, ¿por qué creéis que mis discípulos deben ser acusados, porque desprecian los mandatos de los ancianos para guardar las leyes de Dios?

Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre. Y el que maldiga a su padre o a su madre, muera. El honor en las Escrituras no se siente tanto en los saludos y oficios que se deben, como en la limosna y la entrega de dones.

Honra (dice el Apóstol) a las viudas que son verdaderamente viudas (I Tim. V). Aquí el honor se entiende como don. Y en otro lugar: Los presbíteros que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, especialmente los que trabajan en la palabra y doctrina del Señor (Ibid.). Y por este mandamiento se nos ordena no cerrar la boca al buey que trilla, para que el obrero sea digno de su salario (Ibid.).

Pero vosotros decís: Si un hombre dice a su padre o a su madre, corbán (que es don) cualquier cosa que de mí te aproveche. Y ya no le permitís hacer nada por su padre o su madre, etc. El Señor había ordenado, considerando las debilidades, edades o penurias de los padres, que los hijos honraran a sus padres incluso en el suministro de las necesidades de la vida. Esta ley de Dios, tan providente, queriendo los escribas y fariseos subvertir, para introducir la impiedad bajo el nombre de piedad, enseñaron a los hijos malvados que si alguien quiere ofrecer a Dios lo que debe ser ofrecido a los padres, que es el verdadero padre,

la ofrenda del Señor se anteponga a los dones de los padres. O ciertamente, los mismos padres, evitando lo que estaba consagrado a Dios, para no incurrir en el crimen de sacrilegio, se veían reducidos a la indignidad; y así sucedía que la ofrenda de los hijos, bajo la apariencia del templo y de Dios, se convertía en ganancias de los sacerdotes. Esta pésima costumbre de los fariseos venía de tal ocasión. Muchos, teniendo deudores, y no queriendo devolver lo prestado, lo delegaban a los sacerdotes, para que, cobrado el dinero, sirviera a los ministerios del templo y a sus usos. Pero también puede tener este breve sentido: El don que de mí es, te aprovechará. Obligáis, dice, a los hijos a que digan a sus padres: Cualquier don que iba a ofrecer a Dios, lo consumo en tus alimentos, y te aprovecha, oh padre y madre, para que ellos, temiendo recibir lo que veían consagrado a Dios, prefirieran llevar una vida pobre antes que comer de lo consagrado.

Y llamando de nuevo a la multitud, les decía: Oídmelos todos, y entended: Nada hay fuera del hombre que entrando en él pueda contaminarlo. Pero lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre. La palabra contamina, es propia de las Escrituras, y se usa en el lenguaje común. El pueblo judío, jactándose de ser parte de Dios, llama comunes a los alimentos que todos los hombres usan. Por ejemplo: carne de cerdo, ostras, liebres, y animales de este tipo, que no tienen la pezuña hendida, ni rumian, ni son escamosos en los peces. De ahí que en los Hechos de los Apóstoles esté escrito: Lo que Dios ha santificado, no lo llames común (Hechos X). Común, pues, lo que está abierto a los demás hombres, y como si no fuera parte de Dios, se llama inmundo. Nada hay (dice) fuera del hombre que entrando en él pueda contaminarlo. Pero lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre. Opondrá el lector prudente y dirá: Si lo que entra en la boca no contamina al hombre, ¿por qué no comemos de lo sacrificado a los ídolos? Y el Apóstol escribe: No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios (I Cor. X). Debe saberse, pues, que los mismos alimentos, como criaturas de Dios, son puros por sí mismos, pero la invocación de ídolos y demonios los hace impuros.

Y cuando entró en la casa, lejos de la multitud, sus discípulos le preguntaron sobre la parábola. Y les dijo: ¿Así también vosotros sois imprudentes? Lo que había sido dicho abiertamente, y era claro al oído, los apóstoles lo consideran dicho en parábola, y en cosa manifiesta buscan inteligencia mística. Y son reprendidos por el Señor por considerar dicho en parábola lo que claramente había hablado. De lo cual advertimos que es vicioso el oyente que quiere entender oscuramente lo manifiesto o lo dicho claramente de manera oscura.

¿No entendéis que todo lo que de fuera entra en el hombre no puede contaminarlo, porque no entra en su corazón, sino en el vientre y se expulsa al excusado purgando todos los alimentos? Todos los lugares de los Evangelios están llenos de escándalos para los herejes y perversos. Y de esta pequeña sentencia algunos calumnian que el Señor, ignorante de la disputa física, piensa que todos los alimentos van al vientre, y se digieren en el excusado, cuando inmediatamente los alimentos infundidos se distribuyen por los miembros y venas y médulas y nervios. De ahí que veamos a muchos que, por defecto del estómago, sufren vómito perpetuo, después de las cenas y comidas vomitan inmediatamente lo que han ingerido, y sin embargo son corpulentos, porque al primer contacto el alimento más líquido y la bebida se distribuyen por los miembros. Pero tales hombres, mientras quieren reprender la ignorancia de otro, muestran la suya. Aunque el humor más tenue y el alimento líquido, cuando ha sido cocido y digerido en las venas y miembros, desciende por los ocultos conductos del cuerpo, que los griegos llaman poros, a las partes inferiores, y va al excusado. Pero decía que lo que sale del hombre, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, proceden los malos pensamientos, adulterios, fornicaciones, homicidios, robos, avaricias, y demás. Del corazón, dice, salen los malos pensamientos. Por

tanto, el principal del alma no está, según Platón, en el cerebro, sino según Cristo en el corazón. Y deben ser reprendidos por esta sentencia, quienes piensan que las malas pensamientos son infundidas por el diablo, y no nacen de la propia voluntad. El diablo puede ser ayudante e incitador de los malos pensamientos, no puede ser autor. Pero si, siempre al acecho, inflama con sus estímulos la leve chispa de nuestros pensamientos, no debemos pensar que también escudriña los secretos del corazón, sino que, por el hábito y gestos del cuerpo, estima lo que interiormente pensamos. Por ejemplo, si nos ve mirar frecuentemente a una mujer hermosa, entiende que el corazón está herido por el dardo del amor.

Y de allí se levantó y fue a los confines de Tiro y Sidón. Dejando a los escribas y fariseos calumniadores, pasa a las partes de Tiro y Sidón, para curar a los tirios y sidonios.

Y entrando en una casa, no quiso que nadie lo supiera, y no pudo ocultarse. Con razón se pregunta cómo se dice que el Señor no quiso que nadie supiera su camino, y sin embargo no pudo ocultarse. ¿Qué es lo que él no pudo, quien incluso temporalmente entre los hombres, invisiblemente disponía con el Padre todo lo que se hacía afuera? ¿O por qué razón se debe pensar que entró en los confines de Tiro y Sidón, sino para liberar a la hija de la sirofenicia del demonio, y por la fe de la mujer gentil, reprochar la perfidia de los escribas y fariseos? Pero se debe sentir fiel y piadosamente que en esto no se hizo lo que él no quiso, sino que se mostró a los fieles que seguían su camino lo que principalmente deben querer en los bienes que hacen. Pues entrando en la casa, ordenó a los discípulos que no revelaran a nadie en la región desconocida quién era. Sin embargo, él mismo publicó su entrada a la mujer gentil, a quienes él quiso prudentemente, él mismo encendió su corazón con un impulso invisible para buscar de él la salvación, para que con su ejemplo aprendieran a quienes confería la gracia de sanar a los enfermos, a evitar, cuanto pudieran, la gloria del favor humano en la exhibición de los milagros, y sin embargo no cesar de la obra de virtud piadosa, cuando esto lo mereciera justamente la fe de los buenos, o la incredulidad de los malos lo obligara necesariamente.

Y no pudo, dice, ocultarse. Pues una mujer, tan pronto como oyó hablar de él, cuya hija tenía un espíritu inmundo, entró y se postró a sus pies. Era una mujer gentil, de origen sirofenicio. Típicamente, esta mujer gentil, pero que viene con fe al Señor, representa a la Iglesia reunida de entre los gentiles. Ella ruega al Señor por su hija endemoniada, así como por sus pueblos que aún no creen, para que también ellos sean liberados de los engaños del diablo, suplicando a la piedad celestial. Bien se dice, según Mateo, que salió de sus confines, y en este Evangelista se refiere que entró al Señor y se postró a sus pies, para que de la afirmación de ambos se deduzca que solo aquellos que fiel y rectamente oran por los errantes, son los que abandonan las antiguas moradas de su infidelidad y se trasladan con piadosa devoción a la casa del Señor, es decir, la Iglesia. Y le rogaba, dice, que expulsara al demonio de su hija. Él le dijo: Deja que primero se sacien los hijos. Como si dijera más claramente: Queda por venir que también vosotros, que sois de los gentiles, obtengáis la salvación; pero primero es necesario que los judíos, que por el mérito de la antigua elección suelen ser considerados con el nombre de hijos de Dios, sean alimentados con el pan celestial, y así finalmente se ministren los alimentos de vida a los gentiles.

No es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros. Pero ella respondió y le dijo: Sí, Señor. Porque también los perritos comen de las migajas de los niños. Admirable bajo la persona de la mujer cananea se predica la fe, paciencia y humildad de la Iglesia. Fe, con la que creyó que su hija podía ser sanada. Paciencia, con la que, despreciada tantas veces (como escribe Mateo), persevera en sus súplicas. Humildad, con la que se compara no a los perros, sino a los perritos. Sé, dice, que no merezco el pan de los hijos, ni puedo tomar los alimentos

enteros, ni sentarme a la mesa con el padre; pero me contento con las sobras de los perritos, para que con la humildad de las migajas alcance la grandeza del pan entero. Admirable conversión de las cosas, Israel, que antes era hijo, no perros, por la diversidad de la fe se cambia el orden de los nombres. De ellos se dice después: Me rodearon muchos perros (Salmo XXI). Y: Mirad a los perros, mirad a los malos obreros, mirad la mutilación (Filipenses III). De nosotros, convertidos del ladrido de la blasfemia de la contradicción a la gracia de la piedad, él mismo dice en otro lugar: Y tengo otras ovejas que no son de este redil, y a ellas debo traer, y oirán mi voz (Juan X). Es de notar ciertamente que habla mística, creyendo la mujer de entre los gentiles, porque los perritos comen bajo la mesa de las migajas de los niños. La mesa, en efecto, es la Sagrada Escritura, que nos ministra el pan de vida. De aquí dice la Iglesia: Preparaste una mesa ante mí en presencia de mis enemigos (Salmo XXII). Las migajas de los niños son los misterios internos de las Escrituras, con los que suelen ser alimentados los corazones humildes. De los cuales en otro lugar se promete a la santa Iglesia, diciendo el Profeta del Señor: Él pone paz en tus fronteras, y te sacia con lo mejor del trigo (Salmo CXLVII). No comen, pues, costras, sino migajas del pan de los niños los perritos, porque convertidos a la fe, los que eran despreciados entre los gentiles, no buscan la superficie de la letra en las Escrituras, sino la médula de los sentidos espirituales, con la que puedan progresar en buenas obras. Y esto bajo la mesa de los señores, mientras, humildemente sometidos a la palabra del sagrado discurso, se someten a cumplir todos los deberes de su corazón y cuerpo, para que con razón se levanten a esperar las recompensas prometidas por el Señor en los cielos.

Y le dijo: Por esta palabra, vete. El demonio ha salido de tu hija. Por la humilde y fiel palabra de la madre, el demonio dejó a la hija. Donde se da ejemplo de catequizar y bautizar a los infantes, porque evidentemente por la fe y confesión de los padres en el bautismo, los pequeños son liberados del diablo, quienes aún no pueden por sí mismos entender o hacer algo bueno o malo.

Y saliendo de los confines de Tiro, vino por Sidón al mar de Galilea, entre los confines de Decápolis. Decápolis es (como lo prueba el mismo nombre) una región de diez ciudades más allá del Jordán al oriente, cerca de Hippo, Pella y Gadara, frente a Galilea. Lo que se dice, pues, que el Señor vino al mar de Galilea, entre los confines de Decápolis, no significa que él entró en los mismos confines de Decápolis. Pues no se dice que haya cruzado el mar, sino más bien que llegó hasta el mar, y llegó al mismo lugar que miraba los confines de Decápolis, situados lejos más allá del mar.

Y le traen un sordo y mudo; y le rogaban que le impusiera la mano. Es sordo y mudo quien ni tiene oídos para escuchar las palabras de Dios, ni abre la boca para hablar, a quienes es necesario que aquellos que ya han aprendido a hablar y escuchar las palabras divinas por largo uso, ofrezcan al Señor para que los sane, para que aquellos a quienes la fragilidad humana no puede, él los salve con la diestra de su gracia.

Y tomándolo aparte de la multitud, puso sus dedos en sus oídos. La primera puerta de la salvación es que el Señor, tomando al enfermo, lo saque aparte de la multitud. Pues tomando al enfermo, lo saca aparte de la multitud, cuando iluminando con la visita de su piedad la mente enferma por los pecados, lo aparta de las costumbres habituales de la conversación humana, y lo incita a seguir los caminos de sus preceptos. Pone sus dedos en sus oídos, cuando por los dones del Espíritu Santo abre los oídos del corazón para entender y recibir las palabras de salvación. Pues el mismo Señor testifica que el Espíritu Santo es llamado el dedo de Dios, cuando dice a los judíos: Si yo expulso los demonios con el dedo de Dios, ¿en qué los expulsan vuestros hijos? (Lucas XI). Lo que otro Evangelista exponiendo dice: Si yo

expulso los demonios en el Espíritu de Dios (Mateo XII). Con este dedo, ciertamente, también los magos en Egipto fueron superados por Moisés, diciendo: Este es el dedo de Dios (Éxodo VIII); y la ley fue escrita en tablas de piedra, porque por el don del Espíritu Santo somos defendidos de las insidias de los hombres o de los espíritus malignos, y somos instruidos en el conocimiento de la voluntad divina. Los dedos de Dios, pues, puestos en los oídos de aquel que iba a ser sanado, son los dones del Espíritu Santo, con los que revela los corazones que se habían desviado del camino de la verdad, para escuchar y aprender el conocimiento de la salvación. Y porque la confesión debe seguir a la luz de la verdad conocida, se añade apropiadamente:

Y escupiendo, tocó su lengua. Pues el Señor escupiendo toca la lengua del enfermo, cuando instruye las bocas de los catecúmenos para la confesión de la fe. Pues el escupitajo del Señor designa el sabor de la sabiduría, que, según el sabio, dice: Yo salí de la boca del Altísimo, primogénita (Eclesiástico XXIV). Por lo cual en otro lugar, mezclando su escupitajo con tierra, el ciego de nacimiento es iluminado. Pues el escupitajo que descende de la cabeza del Señor designa su naturaleza divina, que es de Dios; la porción de tierra con la que mezcló el mismo escupitajo, designa la humana que fue asumida de los hombres. Y por el medicamento compuesto de su escupitajo y tierra abrió los ojos del ciego de nacimiento, porque el género humano, por la confesión de ambas naturalezas suyas, lo sacó de las tinieblas innatas de sus errores. Escupiendo, pues, el Señor, toca la lengua del mudo para que pueda hablar, cuando con el contacto de su piedad instruye las bocas que han estado mudas por mucho tiempo para proferir palabras de sabiduría. Bien se añade:

Y mirando al cielo, gimió; y le dijo: Effeta, que es, ábrete. Pues miró al cielo, para enseñar que de allí se debe buscar el habla para los mudos, el oído para los sordos, la curación para todas las enfermedades. Pero gimió, no porque él necesitara pedir algo con gemido al Padre, quien con el Padre concede todo a los que piden, sino para darnos ejemplo de gemir, cuando invocamos los auxilios de la piedad celestial, ya sea por nuestros errores o por los de nuestros prójimos. Lo que dijo: Effeta, es decir, ábrete, se refiere propiamente a los oídos. Pues los oídos deben ser abiertos para escuchar, y la lengua debe ser liberada de las ataduras de su lentitud para que pueda hablar; por lo cual se añade:

Y al instante fueron abiertos sus oídos, y se desató el lazo de su lengua, y hablaba correctamente. Donde ambas naturalezas del único y mismo mediador entre Dios y los hombres están claramente distinguidas. Pues mirando al cielo como hombre, gime para orar a Dios, pero al instante con una sola palabra, como poderoso en majestad divina, cura. Bien se dice de aquel a quien el Señor abrió los oídos y desató el lazo de su lengua, que hablaba correctamente. Pues solo aquel habla correctamente, ya sea confesando a Dios o predicando a otros, a quien la gracia divina abre el oído para que pueda escuchar y obedecer los mandamientos celestiales, a quien el Señor instruye la lengua con el toque de la sabiduría, que él mismo es, para hablar. Tal persona puede decir con el salmista: Señor, abrirás mis labios, y mi boca proclamará tu alabanza (Salmo L). Y con Isaías: El Señor me dio lengua de sabios, para saber sostener con la palabra al que está cansado. Me despierta mañana tras mañana, me despierta el oído para que escuche como un discípulo (Isaías L).

Y les mandó que no lo dijeran a nadie. Pero cuanto más les mandaba, tanto más lo proclamaban, y más se maravillaban diciendo: Todo lo ha hecho bien, hace oír a los sordos y hablar a los mudos. Si sabía que ellos, como aquel que conocía las voluntades presentes y futuras de los hombres, tanto más lo proclamarían cuanto más les mandaba que no lo proclamaran, ¿por qué les mandaba esto, sino para mostrar a los perezosos cuánto más

diligente y fervorosamente deben proclamarlo aquellos a quienes manda que proclamen, cuando aquellos que eran prohibidos no podían callar?

## CAPÍTULO VIII.

En aquellos días, de nuevo, cuando había una gran multitud, y no tenían qué comer, convocando a sus discípulos, les dijo: Tengo compasión de la multitud, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer, etc. Y en esta lectura debe considerarse la operación distinta de la divinidad y la humanidad en nuestro mismo Redentor; y el error de Eutiques, que presume dogmatizar una sola operación en Cristo, debe ser expulsado lejos de los confines cristianos. Pues, ¿quién no ve que esto de que el Señor se compadece de la multitud, para que no desfallezca por el hambre o el trabajo del largo camino, es un afecto y compasión de la fragilidad humana? Pero lo que de siete panes y pocos pececillos sació a cuatro mil hombres, es obra de la virtud divina. Místicamente, este milagro designa que no podemos atravesar ilesos el camino del presente siglo, a menos que la gracia de nuestro Redentor nos alimente con el alimento de su palabra. Pero típicamente, la diferencia entre esta refección y aquella de los cinco panes y dos peces es que allí se señaló que la letra del Antiguo Testamento está llena de gracia espiritual, aquí se muestra que la verdad y gracia del Nuevo Testamento debe ser ministrada a los fieles. Ciertamente, ambas refecciones se celebraron en el monte, como declara la narración de otros evangelistas, porque la Escritura de ambos Testamentos, correctamente entendida, nos manda la altura de los preceptos celestiales y de las recompensas: ambos proclaman con voz concordante la altura de Cristo, que es el monte de la casa del Señor en la cima de los montes. Pues quien edifica sobre sí la ciudad o casa del Señor, es decir, la Iglesia en lo alto de las buenas obras, y la exhibe manifiesta a todas las naciones, él mismo la alimenta, apartada de las bajas deleitaciones, con el pan del cielo, y con el empeño del alimento espiritual dado, la enciende al apetito de la suavidad celestial.

Tengo compasión, dice, de la multitud, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer. Y si los despido en ayunas a sus casas, desfallecerán en el camino. ¿Por qué la multitud sostuvo al Señor durante tres días? Mateo lo explica más plenamente, quien dice: Y subiendo al monte, se sentó allí. Y se acercaron a él grandes multitudes que tenían consigo mudos, ciegos, cojos, débiles, y muchos otros, y los echaron a sus pies, y los sanó (Mateo XV). La multitud, pues, sostiene al Señor durante tres días por la sanación de sus enfermos, cuando los elegidos, iluminados por la fe de la santa Trinidad, suplican al Señor con perseverante insistencia por sus pecados y los de los suyos, es decir, por las enfermedades del alma. También la multitud sostiene al Señor durante tres días, cuando la multitud de fieles, apartándose de los pecados que ha cometido por penitencia, se convierte al Señor en obra, en palabra y en pensamiento. A estos el Señor no quiere despedirlos en ayunas a sus casas, para que no desfallezcan en el camino, porque evidentemente los pecadores convertidos desfallecen en el camino de la vida presente, si en su conciencia son dejados sin el alimento de la doctrina santa. Para que no se cansen, pues, en el camino de esta peregrinación, deben ser alimentados con la sagrada admonición. Muy digna de consideración es la piadosa sentencia que procede de la boca de la verdad, donde se dice:

Pues algunos de ellos han venido de lejos. Hay quien, sin haber experimentado fraude ni corrupción carnal, se apresuró al servicio de Dios todopoderoso. Este no vino de lejos, porque por su incorruptibilidad e inocencia estaba cerca. Otro, sin haberse manchado con impureza ni delitos, solo experimentó el matrimonio, y se convirtió al ministerio espiritual. Tampoco este vino de lejos, porque al usar la unión permitida no erró por lo ilícito. Otros, sin embargo, después de los pecados de la carne, otros después de falsos testimonios, otros después de

robos cometidos, otros después de injurias y violencias infligidas, otros después de homicidios perpetrados, regresan a la penitencia y se convierten al servicio de Dios todopoderoso. Estos, evidentemente, vienen de lejos al Señor. Pues cuanto más ha errado alguien en la mala obra, tanto más se ha alejado del Señor todopoderoso. Den, pues, alimentos también a aquellos que vienen de lejos, porque a los pecadores convertidos se les deben proporcionar los alimentos de la doctrina santa, para que en Dios recuperen las fuerzas que perdieron en los vicios. También los judíos que creyeron en Cristo vinieron a él de cerca, porque estaban instruidos en las letras de la ley y los profetas sobre él. Pero los creyentes de entre los gentiles vinieron de lejos a Cristo, porque no estaban advertidos por ningún monumento de las páginas sagradas sobre su fe.

Y les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos dijeron: Siete. Bien se ponen en el misterio del Nuevo Testamento siete panes, en el cual la gracia septiforme del Espíritu Santo se revela más plenamente a todos los fieles y se les da lo que deben creer. Tampoco se dice que fueran de cebada, como aquellos cinco, de los cuales fueron saciados cinco mil hombres, para que no se ocultara de nuevo, como en la ley, el alimento vital del alma con sacramentos corporales. Pues la médula de la cebada está cubierta por una cáscara muy tenaz.

Y mandó a la multitud que se recostara sobre la tierra. Antes, en la refección de los cinco panes, la multitud se recostaba sobre la hierba verde, ahora, donde va a ser alimentada con siete panes, se le manda recostarse sobre la tierra, porque por la Escritura de la ley se nos manda pisotear y reprimir los deseos de la carne. Pues toda carne es hierba, y toda su gloria como flor de hierba (I Pedro I). En el Nuevo Testamento, sin embargo, se nos manda también abandonar la misma tierra y las facultades temporales. O ciertamente porque el monte en el que la multitud era alimentada con los panes del Señor significa la altura (como dijimos antes) de nuestro Redentor, allí se alimenta sobre la hierba, aquí se le manda recostarse sobre la tierra. Pues allí la altura de Cristo, por los hombres carnales y la Jerusalén terrenal, está cubierta por la esperanza y el deseo carnal; aquí, sin embargo, removida toda codicia carnal, la firmeza de la esperanza permanente, como la solidez del mismo monte, sin hierba interpuesta, contenía a los comensales del Nuevo Testamento.

Y tomando los siete panes, dando gracias, los partió, y los daba a sus discípulos para que los pusieran, y los pusieron a la multitud. El Señor, tomando los panes, los daba a los discípulos, para que ellos, recibidos, los pusieran a la multitud, porque dando los dones de la ciencia espiritual a los apóstoles, quiso que por su ministerio se distribuyeran los alimentos de vida a su Iglesia por todo el mundo. Pero que partió los panes que iba a dar a los discípulos, designa la apertura de los sacramentos, con los que el mundo iba a ser alimentado para la salvación eterna. Pues cuando el mismo Señor dice: Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre lo conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo (Mateo XI), ¿qué sino el pan de vida nos demostró que iba a ser abierto por él mismo, al cual no podíamos penetrar por nosotros mismos para ver sus interioridades? A quienes el profeta, lamentando la miserable hambre de algunos, decía: Los niños pidieron pan, y no había quien se lo partiera (Lamentaciones IV). Lo cual es decir con otras palabras: Los indoctos buscaron el alimento de la palabra de Dios, para fortalecerse y ser alimentados para la virtud de la buena obra, y no había, faltando los maestros, quien les abriera los arcanos de las Escrituras, y los instruyera en el camino de la verdad. Pero tomando los panes para partíroslos, el Señor da gracias, para mostrar cuánto se alegra por la salvación del género humano, y para enseñarnos a dar siempre gracias a Dios, cuando con el pan terrenal alimentamos el cuerpo, o con la gracia celestial, concedida por la bondad divina, alimentamos el alma.

Y tenían pececillos, y también los bendijo y mandó que se pusieran. Si en los siete panes se designa la Escritura del Nuevo Testamento, en cuya lectura encontramos por la gracia del Espíritu Santo las delicias internas de las mentes, ¿qué sino los santos de aquel tiempo, en el que se compuso la misma Escritura, o de quienes la misma Escritura contiene la fe, vida y pasiones, se entiende en los pececillos que el Señor bendiciendo mandó poner a la multitud? Que, rescatados de los turbulentos mares de este siglo, y consagrados por la bendición divina, nos proporcionaron la refección interna, para que no desfallezcamos en el curso de este mundo pasajero, con el ejemplo de su vida o muerte.

Y comieron y se saciaron. Comen de los panes del Señor y de los peces, y se sacian, quienes escuchando las palabras de Dios y contemplando los ejemplos, se apresuran a ser excitados y levantarse al progreso de una vida más correcta. A quienes se les aplica adecuadamente aquello del salmista: Comerán los pobres y se saciarán, y alabarán al Señor los que lo buscan. Vivirá su corazón para siempre (Salmo XXI). Lo cual es decir abiertamente: Escucharán los humildes la palabra de Dios y la harán, y referirán todo lo que hacen bien a la alabanza no suya, sino del dador supremo. Por lo cual merecidamente llegarán a la vida eterna del hombre interior, como saciados con el pan de vida. A quienes, por el contrario, se les reprocha a los oyentes tardos por el profeta: Comisteis, y no os saciasteis. Pues comen y no se sacian, quienes degustan el pan de la palabra de Dios escuchando, pero no haciendo lo que escuchan, no reciben de estas cosas nada de la dulzura interna con la que su corazón se confirme en el vientre de la memoria.

Y recogieron lo que había sobrado de los fragmentos, siete canastas. Lo que sobraba después de que las multitudes se saciaran, los apóstoles lo recogen y llenan siete canastas, porque son preceptos de perfección más elevados, o más bien exhortaciones y consejos, que la multitud general de fieles no puede alcanzar cumpliendo y observando. La ejecución de estos preceptos corresponde propiamente a aquellos que, llenos de mayor gracia del Espíritu Santo, trascienden la conversión general del pueblo de Dios en la sublimidad de la mente y la obra. A estos se les dice: Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes (Mateo XIX), etc. Por eso se recuerda bien que las canastas, en las que se guardan los fragmentos de los alimentos del Señor, eran siete, debido a la gracia septiforme del espíritu. Pues las canastas suelen tejerse con junco y hojas de palma, y con razón se colocan en la significación de los santos. El junco, de hecho, suele crecer sobre las aguas, y la palma adorna la mano victoriosa. Y los elegidos se comparan correctamente con los recipientes de junco, cuando colocan la raíz del corazón en la misma fuente de la vida, para que no se seque por el amor a la eternidad. También se asemejan a los tejidos con hojas de palma, cuando en la memoria defectuosa de la retribución eterna retienen en su corazón puro. Y bien se narra que la multitud, aunque no podía contener las sobras del banquete del Señor, sin embargo, comió y se sació. Porque hay algunos que, aunque no pueden dejar todo lo suyo, ni cumplir con lo que se dice de las vírgenes: El que pueda recibirlo, que lo reciba (Mateo XIX), y otras cosas semejantes, sin embargo, hambrientos y sedientos de justicia se sacian, cuando al escuchar los mandamientos de la ley de Dios, llegan a la vida eterna.

Eran, sin embargo, los que comieron como cuatro mil, y los despidió. Bien cuatro mil, para que incluso con el número enseñaran que habían sido alimentados con los alimentos evangélicos.

Y subiendo inmediatamente a la barca con sus discípulos, vino a las regiones de Dalmanuta. Por esto leemos en Mateo: Y despidiendo a la multitud, subió a la barca, y vino a los confines

de Magedán (Mateo XV). No hay duda de que es el mismo lugar bajo ambos nombres. Pues muchos códices no tienen, incluso según Marcos, sino Magedán.

Y salieron los fariseos y comenzaron a discutir con él, pidiéndole una señal del cielo, tentándolo. Así buscan una señal, como si lo que habían visto no fueran señales. Pero se muestra qué buscan, cuando se dice: Buscando de él una señal del cielo. O deseaban que, al modo de Elías, descendiera fuego de lo alto, o que, a semejanza de Samuel, en tiempo de verano tronaran los truenos, relampaguearan los relámpagos, cayeran lluvias, como si no pudieran también calumniar eso, y decir que sucedió por pasiones ocultas y varias del aire. Pero tú, que calumnias lo que ves con los ojos, tocas con la mano, sientes con utilidad, ¿qué harás con lo que venga del cielo? Sin duda responderás que también los magos en Egipto hicieron muchas señales del cielo. O ciertamente buscan una señal del cielo, para que quien alimentó a muchas multitudes de hombres por segunda vez con pocos panes, ahora, a ejemplo de Moisés, con el maná enviado del cielo y esparcido por todas partes, alimente a todo el pueblo por mucho tiempo. Lo que en el Evangelio de Juan leemos que las multitudes buscaron de él después del alimento de los panes, diciendo: ¿Qué señal haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Qué obras? Nuestros padres comieron el maná en el desierto (Juan VI), como está escrito: Les dio a comer pan del cielo (Ibid.).

Y gimiendo en su espíritu, dijo: ¿Por qué esta generación busca una señal? En verdad os digo, no se dará señal a esta generación. Él, que antes daba gracias a la multitud creyente que iba a ser alimentada con un beneficio celestial, ahora gime y se entristece por la petición insensata de los fariseos que no creen y lo tientan, porque llevando la verdadera naturaleza humana, los verdaderos afectos de la naturaleza humana, así como se alegra por la salvación de los hombres, también se duele y gime por sus errores. Por eso, en otro lugar, cuando muchos fueron llevados a la salvación por la predicación de los apóstoles, está escrito de él: En esa misma hora se regocijó en el Espíritu Santo, y dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los pequeños (Lucas X). Y cuando iba a reprender la traición de Judas, se turbó en su espíritu, como escribe Juan, y protestó, y dijo: En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me entregará (Juan XIII). Pero lo que dice: Si se dará señal a esta generación, significa que no se dará, según aquello en el salmo: Una vez juré por mi santidad, si miento a David (Salmo LXXXVIII), es decir, no mentaré a David. Finalmente, San Agustín, hablando de la concordancia de los evangelistas, testifica que está escrito así en Marcos: Y no se le dará señal. Por lo tanto, no se dará señal a aquella generación, es decir, a los que tientan al Señor y rechazan sus palabras. Tal señal como la que los que tentaban buscaban, es decir, del cielo. Sin embargo, a estos les daba muchas señales celestiales en la tierra. Pero a la generación de los que buscan el don, de los que buscan el rostro del Dios de Jacob, les mostraba una señal del cielo, cuando, ante la vista de los apóstoles, ascendió al cielo, cuando, enviando desde lo alto el Espíritu, llenó la Iglesia primitiva, cuando a la imposición de manos de los apóstoles en Samaria, Cesarea, Éfeso, y en muchas otras ciudades y lugares, ministró la gracia del Espíritu Santo a los creyentes.

Y dejándolos, subió de nuevo a la barca y se fue al otro lado del mar. Y se olvidaron de llevar panes, y no tenían consigo en la barca más que un pan. Alguien podría preguntar y decir cómo no tenían panes, si, inmediatamente después de llenar las siete canastas, subieron a la barca y llegaron a los confines de Magedán, y allí escuchan mientras navegan que deben cuidarse de la levadura de los fariseos y saduceos. Pero la Escritura testifica que se olvidaron de llevarlos consigo. Que al ir a navegar al otro lado del mar se olvidaron de llevar provisiones consigo, es indicio de cuán poco cuidado tenían de la carne en lo demás, en los que la misma necesidad de reponer el cuerpo, que naturalmente está en todos los mortales,

había sido superada por la intención de acompañar al Señor. Pero un solo pan que tenían consigo en la barca, mística y evidentemente designa al mismo pan de vida, al Señor Salvador. Por cuyo amor, porque siempre se alimentaban interiormente en el corazón, menos se preocupaban por el pan terrenal, con el que se suele alimentar el cuerpo.

Y les ordenaba diciendo: Mirad y guardaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes. La levadura de los fariseos es anteponer las tradiciones humanas a los decretos de la ley divina, o ciertamente predicar la ley con palabras, pero contradecirla con hechos. Su levadura es tentar al Señor, y no creer en su doctrina ni en sus obras, sino pedir con insultos otras cosas en las que deban creer. La levadura de Herodes es el adulterio, el homicidio, la temeridad al jurar, la simulación de la religión, y lo que es la cabeza y origen de todos los crímenes, el odio y la persecución contra Cristo y su precursor y primer pregonero del reino celestial. De la levadura de ambos también el Apóstol no prohíbe diciendo: Así que celebremos la fiesta, no con la levadura vieja, ni con la levadura de malicia y maldad, sino con los ázimos de sinceridad y verdad (I Cor. V).

Y discutían entre sí, diciendo: Porque no tenemos panes. Y conociéndolo Jesús, les dijo: ¿Por qué discutís que no tenéis panes? ¿Todavía no comprendéis ni entendéis? ¿Aún tenéis endurecido vuestro corazón? ¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís, ni recordáis cuando partí los cinco panes entre los cinco mil, y cuántas cestas de fragmentos recogisteis? etc. Por ocasión del precepto que el Salvador había dado diciendo: Guardaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes, les enseña qué significan los cinco panes y los siete, o los pececillos, o los cinco mil hombres y los cuatro mil que fueron alimentados en el desierto. Lo cual, aunque la magnitud de los signos sea evidente, sin embargo, otra cosa se demuestra con la inteligencia espiritual. Pues si la levadura de los fariseos y saduceos, y la levadura de Herodes no significa pan corporal, sino tradiciones perversas y dogmas heréticos, ¿por qué los alimentos con los que se nutrió el pueblo de Dios no significan la verdadera doctrina íntegra? Tal levadura, que debe evitarse por todos los medios, la tuvieron Marción y Valentín, y todos los herejes. La levadura tiene esta fuerza, que si se mezcla con la harina, lo que parecía pequeño crece a mayor tamaño, y arrastra toda la mezcla a su sabor. Así también la doctrina herética, si lanza aunque sea una pequeña chispa en tu pecho, en breve crecerá una gran llama, y atraerá hacia sí toda la posesión del hombre. Esto es de lo que también habla el Apóstol: Un poco de levadura leuda toda la masa (Gálatas V).

Y llegaron a Betsaida, y le trajeron un ciego, y le rogaban que lo tocara. Todos los males que son curados por el Señor son signos de males espirituales por los cuales el alma, por el pecado, se acerca a la muerte eterna. Así como en el sordo y mudo sanado por el Señor se insinúa la sanación de la mente de aquellos que no sabían ni escuchar la palabra de Dios ni hablar, y pronto en la alimentación de la multitud hambrienta que había seguido al Señor se figura la dulzura con la que suele nutrir los corazones de los que lo aman y lo buscan, así en este ciego curado gradualmente por el Señor se designa la iluminación de los corazones necios, y de los que se desvían lejos del camino de la verdad. Rogaban, pues, que lo tocara, sabiendo que el toque del Señor, así como podía limpiar al leproso, también podía iluminar al ciego. Tocamos al Señor cuando nos adherimos a él con fe íntegra y sincera. Ese toque es para nosotros sumamente saludable, como aprendemos del ejemplo de la mujer que tocó con audacia feliz el borde de su manto. El Señor nos toca cuando ilumina nuestra mente con el soplo de su espíritu, y nos enciende en el conocimiento de nuestra propia debilidad y en el esfuerzo por la buena acción.

Y tomando de la mano al ciego, lo sacó fuera de la aldea. Tomó de la mano al ciego, para fortalecerlo en la ejecución de la buena obra que por la prolongada oscuridad del corazón no

conocía. Lo sacó fuera de la aldea, para que, separado de la vida vulgar, buscara con corazón diligente la voluntad de su Creador, por la cual mereciera ser iluminado. Pues quien desee ver la luz de la eternidad, no debe seguir los ejemplos de las multitudes, sino siempre la guía de su Redentor.

Y escupiéndolo en sus ojos, le impuso las manos, y le preguntó si veía algo. Y mirando, dijo: Veo a los hombres como árboles que caminan. Luego le impuso de nuevo las manos sobre los ojos, y comenzó a ver, y fue restaurado de modo que veía claramente todas las cosas. Por eso el Señor cura a este gradualmente y no de repente, cuando con una sola palabra, si quisiera, podría haberlo curado, para mostrar la magnitud de la ceguera humana que suele llegar a la luz de la visión divina paso a paso y a través de ciertos grados de progreso, o para darnos frecuentes indicios de su gracia, por la cual ayuda a cada uno de los incrementos de nuestra perfección para que puedan avanzar y no decaer. Del escupitajo de la boca del Señor, que designa la gracia de su espíritu, se ha dicho a menudo. Del toque de sus manos, que insinúan la virtud de su ayuda, no hay duda. Pues el escupitajo procede de dentro de la cabeza del Señor; las manos son miembros del cuerpo colocados exteriormente. Escupiéndolo, pues, en los ojos del ciego, el Señor le impone sus manos para que vea, porque la ceguera del género humano la limpió tanto por los dones invisibles de la piedad divina como por los sacramentos exhibidos externamente de la humanidad asumida. Pero primero, el que era curado veía a los hombres como árboles que caminan, es decir, viendo la forma de los cuerpos entre sombras, pero sin poder discernir, con la vista aún nublada, los lineamientos de los miembros, como suelen aparecer los árboles densos a los que los miran de lejos, o ciertamente en la luz nocturna, de modo que no es fácil distinguir si es un árbol o un hombre. Porque el primer acceso de la virtud para cualquiera es observar la vida y las costumbres de los demás hombres, para que imite cualquier bien que vea en alguna parte, y evite y deteste cualquier mal. Pero quien es tan necio, y está deprimido por la oscuridad de mucho tiempo, que aún no sabe discernir entre el bien y el mal, la fe y la infidelidad, las obras sinceras de piedad y la simulación de justicia, ve a los hombres que caminan como árboles, porque ve las obras de la multitud sin la luz de la discreción. ¿Y qué les queda a tales personas, sino que la dignación divina, que le otorgó el cuidado de observar la conducta de los hombres, también le conceda el don de discernir cuál es la vida de los hombres que debe seguirse, de quién debe escucharse la doctrina? Por eso se dice apropiadamente que con la segunda imposición de sus manos el Señor le devolvió la luz para ver claramente todas las cosas. Pues ve claramente todas las cosas quien fue ciego, cuando el que mereció ser iluminado interiormente aprendió manifiestamente cómo debe creerse, cómo debe vivirse, qué premios deben esperarse en el futuro por la fe en la verdad y la operación de la justicia.

Y lo envió a su casa diciendo: Ve a tu casa: y si entras en la aldea, no digas nada a nadie. Que le ordenara ir a su casa, mística y evidentemente amonesta a todos los que son iluminados con el conocimiento de la verdad, para que regresen a su corazón, y consideren con mente diligente cuánto se les ha dado, y respondan con ejecución digna de obras a los beneficios conferidos. Que le ordenara guardar en silencio su sanación, como a muchos otros que sanó, les da ejemplo a los suyos, para que no busquen el favor del pueblo por las cosas admirables que hacen, sino que se contenten con agradar a los divinos aspectos donde también queda la recompensa de las obras.

Y salió Jesús y sus discípulos a las aldeas de Cesarea de Filipo. Este Felipe es el hermano de Herodes de quien hablamos antes, tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide, quien en honor a Tiberio César llamó Cesarea de Filipo, que ahora se llama Paneas, y está en la provincia de Fenicia; imitando a Herodes su padre, quien en honor a Augusto César llamó Cesarea, que antes se llamaba Torre de Estratón, y construyó Libias más allá del Jordán en

nombre de su hija. Este es el lugar de Cesarea de Filipo, donde el Jordán nace a los pies del Líbano, y tiene dos fuentes, una llamada Jor, y la otra Dan, que juntas forman el nombre del Jordán.

Y preguntaba en el camino a sus discípulos diciendo: ¿Quién dicen los hombres que soy yo? Y ellos le respondieron diciendo: Algunos, Juan el Bautista; otros, Elías; otros, uno de los profetas. Bien el Señor, al explorar la fe de los discípulos, primero pregunta la opinión de los hombres, para que la confesión de ellos no parezca probada por el conocimiento de la verdad, sino firmada por la opinión del pueblo, ni se piense que creen sin haber comprobado, sino que dudan como Herodes de lo que han oído. Por eso, a Pedro que lo confiesa como Cristo, según Mateo, le dice: Porque carne y sangre no te lo revelaron (Mateo XVI), es decir, la doctrina humana no te enseñó la verdad de la fe. Bien también los que llevan una opinión diversa sobre el Señor son llamados con el nombre de hombres. Pues los que conocen fiel y piadosamente la verdad de su poder, merecen no ser llamados hombres, sino dioses. Como fueron los apóstoles, lo muestra el Señor con su segunda pregunta. Pues sigue:

Entonces les dice: Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo? Atiende, lector prudente, que de las palabras siguientes y del contexto del discurso los apóstoles no son llamados hombres, sino dioses. Pues cuando dijo: ¿Quién dicen los hombres que soy yo?, añadió: Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo? A aquellos, porque son hombres, opinan cosas humanas, vosotros, que sois dioses, ¿quién pensáis que soy yo?

Respondiendo Pedro, dijo: Tú eres el Cristo. Aunque los demás apóstoles lo sabían, Pedro respondió antes que los demás. Así que abarcó todo, quien expresó tanto la naturaleza como el nombre, en el que está la suma de las virtudes. ¿Acaso nosotros discutimos cuestiones sobre la generación de Dios? Cuando Pablo indicó que no sabía nada sino a Cristo Jesús, y a este crucificado, Pedro no pensó que debía confesarse nada más que a Cristo, el Hijo de Dios, nosotros, ¿cuándo y cómo nació, y cuánto es, lo investigamos con la contemplación de la debilidad humana? Por lo tanto, el fin de mi fe es Cristo, el fin de la fe es el Hijo. No me es lícito conocer la serie de la generación, no me sea lícito, sin embargo, desconocer la fe de la generación.

Y les ordenó severamente que no dijeran a nadie de él. Y comenzó a enseñarles que era necesario que el Hijo del Hombre padeciera muchas cosas, y fuera rechazado por los ancianos, y por los sumos sacerdotes, etc. Por eso no quiso ser predicado antes de la pasión y resurrección, para que, completado después el sacramento de la sangre, más oportunamente dijera a los apóstoles: Id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Porque no sería útil que se le predicara públicamente, y se divulgara su majestad entre los pueblos, a quien poco después verían azotado y crucificado, padeciendo muchas cosas de los ancianos y escribas, y de los príncipes de los sacerdotes. Y es de notar que a quien debe padecer muchas cosas y ser muerto, y resucitar, lo llama Hijo del Hombre, porque, al padecer en la carne Cristo, permaneció impasible en su divinidad.

Y tomándolo Pedro, comenzó a reprenderlo. Cómo lo reprendió lo expone más claramente Mateo, diciendo: Y tomándolo Pedro, comenzó a reprenderlo diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera te sucederá esto (Mateo XVI). A menudo hemos dicho que Pedro era de un ardor excesivo y de un amor grandísimo hacia el Señor Salvador. Pues después de su confesión en la que dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente, y del premio del Salvador, al escuchar según Mateo: Bienaventurado eres, Simón hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos (Mateo XVI), de repente oye

del Señor que debe ir a Jerusalén, y allí padecer muchas cosas de los ancianos y escribas y príncipes de los sacerdotes, y ser muerto, y resucitar al tercer día: no quiere que se destruya su confesión, ni cree que sea posible que el Hijo de Dios sea muerto; y lo toma en su afecto, o lo lleva aparte, para no parecer que reprende al maestro en presencia de los demás condiscípulos. Y comenzó a reprenderlo con afecto de amor, y deseando decir: Señor, ten compasión de ti, o (como mejor se tiene en griego), Sé propicio a ti, Señor, no será esto; es decir, no puede ser, ni mis oídos admiten que el Hijo de Dios deba ser muerto.

Al volverse y ver a sus discípulos, reprendió a Pedro, diciendo: Apártate de mí, Satanás. Satanás se interpreta como adversario o contrario. Porque hablas cosas contrarias (dice) a mi voluntad, debes ser llamado adversario. Muchos piensan que no fue Pedro quien fue reprendido, sino el espíritu adversario que sugería al apóstol decir estas cosas. Pero a mí, el error del apóstol, viniendo del afecto de piedad, nunca me parecerá un incentivo del diablo. "Apártate, Satanás", se dice al diablo: "Apártate de mí". Pedro escucha: "Apártate de mí", es decir, sigue mi sentencia.

Porque no entiendes las cosas de Dios, sino las de los hombres. Es mi voluntad, y la del Padre, cuya voluntad he venido a hacer, morir por la salvación de los hombres. Tú, considerando solo tu voluntad, no quieres que el grano de trigo caiga en la tierra para que produzca muchos frutos.

Y llamando a la multitud con sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, etc. Después de mostrar a los discípulos el misterio de su pasión y resurrección, los exhorta junto con la multitud a seguir el ejemplo de su pasión. Y a todos los que sufren tribulación por él, promete la salvación de sus almas en el futuro, pero no a todos, sino a los más perfectos: cuán grande sería su sufrimiento y que resucitaría de entre los muertos, lo reveló. Aquí estableció la forma de enseñar a los ministros de la palabra, para que, considerando la capacidad de los oyentes, recuerden instruir a cada uno según su modo, y no confíen a oyentes débiles misterios más altos de lo que pueden comprender. Si alguno quiere (dice) venir en pos de mí, niéguese a sí mismo. Entonces nos negamos a nosotros mismos cuando evitamos lo que éramos por la antigüedad y nos esforzamos por lo que somos llamados por la novedad. Pensemos en cómo Pablo se negó a sí mismo, quien decía: "Vivo, pero ya no yo" (Gálatas II). Pues había muerto aquel feroz perseguidor, y había comenzado a vivir el piadoso predicador. Porque si él mismo fuera, ciertamente no sería piadoso. Pero quien niega que vive, diga de dónde es que clama las santas palabras a través de la doctrina de la verdad. Inmediatamente añade: "Cristo vive en mí" (Ibíd.). Como si dijera abiertamente: Yo ciertamente he muerto a mí mismo, porque no vivo carnalmente; pero, sin embargo, no estoy esencialmente muerto, quien vivo espiritualmente en Cristo. Diga, pues, la Verdad, diga: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo. Porque a menos que uno se aparte de sí mismo, no se acerca a aquel que está por encima de él. Ni puede alcanzar lo que está más allá de él, si no sabe matar lo que es. Pero ya quien se niega a los vicios, debe buscar las virtudes en las que crecer. Pues cuando se dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, inmediatamente se añade:

Y tome su cruz, y sígame. Porque de dos maneras se toma la cruz, cuando o bien el cuerpo es afligido por la abstinencia, o bien el alma es afligida por la compasión del prójimo. Pensemos cómo Pablo llevó su cruz de ambas maneras, quien decía: "Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo sea descalificado" (I Cor. IX). He aquí que en la aflicción del cuerpo hemos oído la cruz de la carne; ahora en la compasión del prójimo oigamos la cruz de la mente. Dice: "¿Quién se enferma, y yo no me enfermo?"

¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo?" (II Cor. XI). Pues el perfecto predicador, para dar ejemplo de abstinencia, llevaba la cruz en el cuerpo. Y porque en sí mismo llevaba los daños de la debilidad ajena, llevaba la cruz en el corazón.

Porque quien quiera salvar su alma, la perderá. Pero quien pierda su alma por mí y por el Evangelio, la salvará. Así se dice al fiel: Quien quiera salvar su alma, la perderá. Pero quien pierda su alma por mí y por el Evangelio, la salvará. Como si se dijera al agricultor: Si guardas el grano, lo pierdes; si lo siembras, lo renuevas. Porque ¿quién no sabe que el grano cuando se siembra desaparece de la vista, se pierde en la tierra? Pero de donde se pudre en el polvo, de allí reverdece en renovación. Porque la santa Iglesia tiene un tiempo de persecución y otro de paz, nuestro Redentor designó esos tiempos en sus preceptos. Pues en tiempo de persecución, se debe poner el alma. Pero en tiempo de paz, se deben romper los deseos terrenales que pueden dominar más. Por lo cual ahora se dice:

¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué dará el hombre a cambio de su alma? Cuando falta la persecución de los adversarios, el corazón debe ser custodiado con mucha más vigilancia. Pues en tiempo de paz, porque se permite vivir, también se permite ambicionar. Muchas veces vencemos la avaricia, pero aún nos impide que mantengamos las vías de la rectitud con menor custodia, la perfección. Pues a menudo despreciamos tener todas las cosas, pero aún nos detiene el uso de la vergüenza humana, para que la rectitud que guardamos en la mente, aún no podamos expresarla en la voz. Y tanto descuidamos la faz de Dios en defensa de la justicia, cuanto tememos las caras humanas contra la justicia. Pero a esta herida también se le aplica un medicamento adecuado, cuando el Señor dice:

Porque quien me confesare, y mis palabras, en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del Hombre lo confesará, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles. Pero he aquí que ahora los hombres dicen entre sí: Ya no nos avergonzamos del Señor y de sus palabras, porque lo confesamos abiertamente con la voz. A los cuales yo respondo que en este pueblo cristiano hay algunos que confiesan a Cristo porque ven que todos son cristianos. Por lo tanto, no basta la voz de la profesión para probar la fe, que es defendida de la vergüenza por la profesión de la generalidad. Y sin embargo, donde cada uno se interroga a sí mismo, para probarse verdaderamente en la confesión de Cristo, si ya no se avergüenza de su nombre, si ha sometido plenamente el pudor humano a la virtud de la mente. Ciertamente, en tiempo de persecución, los fieles podían avergonzarse de ser despojados de sus bienes, de ser depuestos de sus dignidades, de ser afligidos con azotes. Pero en tiempo de paz, porque estas persecuciones nos faltan, hay otro lugar donde podemos mostrarnos a nosotros mismos. A menudo tememos ser despreciados por los prójimos, nos desdeñamos de tolerar las injurias verbales. Si acaso surge una disputa con el prójimo, nos avergonzamos de ser los primeros en reconciliarnos. Pues el corazón carnal, mientras busca la gloria de esta vida, rechaza la humildad.

## LIBRO TERCERO.

### CAPÍTULO VIII.

Y les decía: En verdad os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que, etc. El Reino de Dios en este lugar se llama la Iglesia presente. Y porque algunos de los discípulos vivirían en el cuerpo hasta ver la Iglesia de Dios construida y erguida contra la gloria de este mundo, ahora se dice con una promesa consoladora: Hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que vean el Reino de Dios

viniendo con poder. Pero cuando el Señor daba tantos preceptos de la muerte que debía sufrir, ¿qué necesidad había de que de repente llegara a esta promesa? Si lo consideramos sutilmente, reconoceremos cuánta disposición de piedad se lleva a cabo. Pues a los discípulos rudos también se les debía prometer algo de la vida presente, para que pudieran ser más firmemente consolidados en la futura. Así al pueblo israelita, al ser liberado de la tierra de Egipto, se le promete la tierra de promisión, para que mientras sea llamado a los dones celestiales, sea persuadido por promesas terrenales. Por lo cual también se dice rectamente por el salmista: Les dio las tierras de las naciones, y poseyeron los trabajos de los pueblos, para que guardaran sus justificaciones, y buscaran su ley (Salmo CIV). Así, pues, en este lugar, la Verdad hablando a los discípulos rudos promete ver el Reino de Dios en la tierra, para que esto sea más fielmente esperado por ellos en el cielo. Pero si queremos entender el Reino de Dios en esta sentencia como la futura bienaventuranza en los cielos, también algunos de los presentes lo vieron en el monte no muchos días después. Lo cual ciertamente se hizo con una previsión piadosa, para que con la contemplación del gozo siempre permanente, aunque brevemente y por un momento, soportaran más fuertemente las adversidades del mundo pasajero. Con una palabra muy adecuada, testifica que los santos prueban la muerte, de quienes ciertamente la muerte del cuerpo es como un gusto, pero la vida del alma es verdaderamente poseída.

Y después de seis días, Jesús tomó a Pedro, a Santiago y a Juan, y los llevó a un monte alto aparte, solos, y se transfiguró delante de ellos. En el Evangelio de Lucas está escrito así: "Aconteció que después de estas palabras, casi ocho días después, tomó a Pedro, a Santiago y a Juan, y subió al monte a orar" (Lucas IX), y lo demás: Pero el octavo día, el Señor manifiesta a los discípulos la gloria prometida de la futura bienaventuranza, para que, mostrando la dulzura de la vida celestial, reanime los corazones de todos los que puedan oír esto, y enseñe que el verdadero gozo del tiempo de la resurrección vendrá en el número octavo de los días. Pues él mismo, el octavo día, es decir, después del sexto del sábado, porque subió a la cruz, y el séptimo del sábado en que reposó en el sepulcro, resucitó de entre los muertos, y nosotros después de las seis edades de este mundo en las que nos alegramos de sufrir y trabajar por el Señor, y el séptimo del sábado de las almas, que se lleva a cabo mientras tanto en otra vida, ciertamente resucitaremos en la octava edad. Pues lo que Mateo y Marcos dicen que el Señor se transfiguró después de seis días, no difiere ni en el orden del tiempo ni en la razón del misterio de Lucas, quien dice ocho días, porque aquellos solo ponen los días intermedios, por lo cual también mencionan absolutamente que sucedió después de seis días. Este añade el primero en que el Señor prometió esto, y el último en que cumplió su promesa. Por lo tanto, más moderadamente pone casi ocho días. Y en la razón mística, allí después de las seis edades del mundo, se designa que los santos descansarán de todo trabajo, aquí se designa que resucitarán en el tiempo octavo. Por lo cual, bellamente el sexto salmo se inscribe "Por la octava", cuyo inicio es: "Señor, no me reprendas en tu ira", porque ciertamente durante las seis edades en las que se permite trabajar, se debe insistir en las oraciones, para que en el tiempo octavo de la retribución no seamos reprendidos por el juez airado. Lo cual el mismo Señor quiso enseñarnos en este lugar, mostrando con el ejemplo de su oración, de quien según Lucas se dice que "subió al monte a orar". Pues subió al monte para orar y transfigurarse, para mostrar que aquellos que esperan el fruto de la resurrección, que desean ver al rey en su hermosura, deben habitar con la mente en las alturas y dedicarse a las oraciones continuas. Solo lleva consigo a tres discípulos, o porque "muchos son llamados, pero pocos elegidos" (Mateo XX), o porque aquellos que ahora guardan con mente incorrupta la fe de la santa Trinidad con la que han sido imbuidos, entonces merecen alegrarse con la visión eterna de ella.

Y se transfiguró (dice) delante de ellos, y sus vestiduras se hicieron resplandecientes, muy blancas como la nieve. El Salvador transfigurado no perdió la sustancia de la verdadera carne, sino que mostró la gloria de la futura resurrección, tanto suya como nuestra. Tal como apareció entonces a los apóstoles, así aparecerá a todos los elegidos después del juicio. Pues en ese tiempo será visto en la forma de siervo tanto por los buenos como por los malos, para que los impíos puedan reconocer al juez a quien despreciaron, los judíos a quien negaron, los soldados a quien crucificaron, Pilato y Herodes a quien juzgaron. Pero las vestiduras del Señor, correctamente se entienden como sus santos, según el testimonio del Apóstol que dice: "Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido" (Gálatas III). Las cuales vestiduras, mientras el Señor estaba en la tierra, parecían despreciadas y similares a las de los demás; pero cuando él sube al monte, resplandecen con un nuevo brillo, porque ahora, ciertamente, somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él. Porque le veremos tal como es (I Juan III). Por lo cual bien se añade de esas vestiduras: "Cuales ningún batanero en la tierra puede hacer tan blancas". Pues aquel que en este lugar debe entenderse como batanero, a quien el salmista penitente suplica: "Lávame más y más de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado" (Salmo L). No puede dar a sus fieles en la tierra la claridad que les está reservada en los cielos.

Y se les apareció Elías con Moisés, y estaban hablando con Jesús. Moisés y Elías, de quienes leemos que uno murió y el otro fue arrebatado al cielo, vistos en majestad con el Señor (como escribe Lucas) significan la futura gloria de todos los santos en él. Quienes ciertamente en el tiempo del juicio, o bien serán encontrados vivos en la carne, o bien, habiendo probado la muerte hace tiempo, serán resucitados y juntos reinarán con él. Pues atestiguando el Apóstol: "Los muertos en Cristo resucitarán primero; luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos, seremos arrebatados juntamente con ellos para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor" (I Tes. IV). De otra manera. Moisés y Elías, es decir, el legislador y el eminente de los profetas, aparecen y hablan con el Señor que viene en la carne, para mostrar que él es aquel a quien todas las oráculos de la ley y los profetas prometieron. Pero aparecen no en lo bajo, sino en el monte con él, porque ciertamente solo aquellos que trascienden con la mente los deseos terrenales perciben la majestad de la Sagrada Escritura, que se cumple en el Señor. De hecho, los hijos de Israel vieron a Moisés, pero no merecen seguirlo cuando sube a Dios en las alturas, y al regresar a ellos no lo ven sin velo. Conocieron a Elías, pero solo Eliseo contempla el triunfo del que asciende con los hijos de los profetas. Porque muchos leemos por todas partes las palabras de la Escritura; pero cuán alta resplandece en los misterios de Cristo, muy pocos más perfectos lo entienden.

Y respondiendo Pedro dijo: Maestro, bueno es que estemos aquí. Hagamos tres tiendas, una para tí, una para Moisés y una para Elías. Porque no sabía lo que decía. Pues estaban atemorizados. ¡Oh cuánta felicidad estar presente perpetuamente en la visión de la deidad entre los coros de ángeles, si solo la humanidad transfigurada de Cristo, y la compañía de dos santos vista por un momento deleita tanto, que Pedro quiere detenerlos con su servicio para que no se vayan, quien aunque por el asombro de la fragilidad humana no sepa lo que dice, el afecto innato en él da indicio! Pues no sabía lo que decía, quien olvidó que el Reino de Dios fue prometido a los santos por el Señor, no en algún lugar de la tierra, sino en los cielos. Ni recordó que él y sus coapóstoles aún rodeados de carne mortal, no podían entrar en el estado de vida inmortal, al cual había excedido con la mente, que en la casa del Padre que está en los cielos, necesariamente no hay casa hecha por manos. Pero aún se nota la impericia, quienquiera que desee hacer tres tiendas para la ley, los profetas y los evangelios, cuando estos no pueden separarse entre sí, teniendo una sola tienda, es decir, la Iglesia de Dios.

Y se hizo una nube que los cubría. Quien buscó una tienda material, recibió el cobijo de la nube, para que aprenda que en la resurrección no serán los santos protegidos por el abrigo de casas, sino por la gloria del Espíritu Santo. De la cual el salmista: "Pero los hijos de los hombres esperarán bajo la protección de tus alas" (Salmo XXXV). Y en su Apocalipsis Juan: "Y no vi templo en ella, porque el Señor Dios Todopoderoso es su templo, y el Cordero" (Apoc. XXI).

Y vino una voz de la nube diciendo: Este es mi Hijo amado, escuchadlo. Porque preguntaron imprudentemente, por eso no merecen la respuesta del Señor; sino que el Padre responde por el Hijo, para que se cumpla la palabra del Señor. "Yo no doy testimonio de mí mismo, sino que el Padre que me envió, él da testimonio de mí" (Juan V). También se oye la voz del Padre hablando desde el cielo, que da testimonio del Hijo, y enseña a Pedro, quitado el error, la verdad: más bien en Pedro a los demás apóstoles. Este es (dice) mi Hijo amado; a él se debe hacer la tienda, a él se debe obedecer. Este es el Hijo, ellos son siervos, Moisés y Elías. También ellos deben preparar con vosotros en los interiores de su corazón una tienda para el Señor. Este lugar del Evangelio concuerda ciertamente con las palabras del mismo Moisés, quien dando testimonio de la encarnación del Señor decía: "Un profeta os levantará el Señor vuestro Dios de entre vuestros hermanos: a él escucharéis como a mí mismo, conforme a todo lo que os hable. Y sucederá que toda alma que no escuche a ese profeta, será exterminada del pueblo" (Deut. XVIII). A quien, pues, Moisés predijo que cuando viniera en la carne, debía ser escuchado por toda alma que quisiera salvarse, a este ya venido en la carne Dios Padre mostró a los discípulos que debían escuchar, y con voz celestial lo señaló como su Hijo. Y como insinuando más claramente la fe de su venida a ellos: Este hombre (dice) este es aquel, a quien este Moisés os prometió muchas veces que nacería en el mundo. A sus palabras, conforme al precepto del mismo Moisés, escuchad vosotros, y ordenad a todos los verdaderos amantes que escuchen. Y es de notar que así como al Señor bautizado en el Jordán, así también en el monte glorificado se declara el misterio de toda la santa Trinidad. Porque ciertamente la gloria de él que confesamos creyendo en el bautismo, en la resurrección la alabaremos viéndola. Ni en vano el Espíritu Santo aquí en la nube luminosa, como lo menciona otro evangelista, allí aparecía en forma de paloma, porque quien ahora guarda con corazón sencillo la fe que ha recibido, entonces contemplará con la luz de la visión abierta lo que había creído, y será protegido para siempre por la misma gracia con la que será iluminado.

Y al instante, mirando alrededor, no vieron a nadie más, sino a Jesús solo con ellos. Donde comenzó a designarse al Hijo, inmediatamente los siervos se fueron, para que no se pensara que la voz del Padre fue enviada a ellos. De otra manera, cuando se hizo la voz sobre el Hijo, se encontró él solo, porque cuando se manifieste a los elegidos, será Dios todo en todos; más bien él mismo con los suyos uno en todo Cristo, es decir, la cabeza con el cuerpo resplandecerá. Por la cual unidad decía en otro lugar: "Y nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre, que está en el cielo" (Juan III).

Y descendiendo ellos del monte, les mandó que no contaran a nadie lo que habían visto, hasta que el Hijo del Hombre resucitara de entre los muertos. La premeditación del reino futuro, y la gloria del triunfo fue mostrada en el monte. No quiere, pues, que esto se predique entre los pueblos, para que no sea increíble por la magnitud del asunto, y después de tanta gloria, la cruz siguiente no sea un escándalo para las almas.

Y le preguntaban diciendo: ¿Por qué dicen los fariseos y los escribas que es necesario que Elías venga primero? La tradición de los fariseos, según el profeta Malaquías, quien es el

último de los doce, es que Elías vendrá antes del advenimiento del Salvador, y volverá el corazón de los padres hacia los hijos, y el de los hijos hacia los padres, y restaurará todo a su estado antiguo. Por lo tanto, los discípulos piensan que esta es la transformación de gloria que habían visto en el monte, y dicen: Si ya has venido en gloria, ¿cómo es que tu precursor no aparece? Especialmente porque habían visto a Elías retirarse. Pero cuando los escribas añaden y dicen: que es necesario que Elías venga primero, al decir primero muestran que, a menos que Elías haya venido, no habrá un segundo advenimiento del Salvador.

Él, respondiendo, les dijo: Elías, cuando venga, primero restaurará todo. Restaurará todo, ciertamente aquello que el profeta predijo diciendo: He aquí, yo os envío al profeta Elías, antes de que venga el día del Señor, grande y terrible, y convertirá el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia sus padres (Malaquías IV). Restaurará también aquello que debe a la muerte, y que ha postergado viviendo mucho tiempo. Esto también el Señor aquí lo insinuó, cuando inmediatamente añadió:

Y cómo está escrito acerca del Hijo del Hombre, que debe sufrir mucho y ser despreciado. Es decir, así como los profetas escribieron mucho sobre la pasión de Cristo de muchas maneras, así también Elías, cuando venga, sufrirá mucho, siendo despreciado por los impíos. Restaurará, por lo tanto, todo, primero a saber, los corazones de los hombres de esa era, instruyéndolos para creer en Cristo, y resistir la perfidia del Anticristo; luego él mismo pondrá su alma por el martirio de la fe en Cristo. De lo cual se narra más plenamente en el Apocalipsis con lenguaje místico.

Pero os digo que Elías ya vino, y le hicieron todo lo que quisieron, como está escrito de él. El mismo que vendrá en el segundo advenimiento del Salvador según la fe del cuerpo, ahora vino a través de Juan en virtud y espíritu. Le hicieron todo lo que quisieron, es decir, lo despreciaron y lo decapitaron.

Y al llegar a sus discípulos, vio una gran multitud alrededor de ellos, y a los escribas discutiendo con ellos. Y de inmediato toda la gente, al verlo, se asombró y se llenó de temor. Y corriendo, lo saludaban. Debe notarse en todos los lugares la diferencia de mente entre los escribas y la multitud. Porque estaba la multitud con los discípulos, y también los escribas; pero, al llegar el Señor, de inmediato toda la multitud se asombró y se llenó de temor, y corriendo lo saludaban. No se narra que los escribas le mostraran devoción, fe, humildad y reverencia. Pero lo que la multitud o los escribas discutían con los discípulos del Señor, el evangelista no lo dice. Sin embargo, puede (si no me equivoco) entenderse adecuadamente que la cuestión se planteó sobre por qué ellos, siendo discípulos del Salvador, no podían salvar al endemoniado que estaba en medio de ellos. Lo cual puede inferirse de las palabras siguientes del Evangelio, cuando se dice:

Y les preguntó: ¿Qué discutís entre vosotros? Y respondiendo uno de la multitud, dijo: Maestro, traje a mi hijo a ti, que tiene un espíritu mudo; que dondequiera que lo toma, lo sacude, y echa espuma, y rechina los dientes, y se seca. Y dije a tus discípulos que lo echaran fuera, y no pudieron. Sin embargo, debe notarse que siempre los lugares son congruentes con los hechos. En el monte el Señor ora, se transfigura, revela a los discípulos los secretos de su majestad. Descendiendo a lo más bajo, es recibido por la multitud, es tocado por el llanto de los miserables. Arriba revela a los discípulos los misterios del reino, abajo reprocha a las multitudes por los pecados de incredulidad. Arriba revela la voz del Padre a aquellos que podían seguirlo; abajo expulsa los espíritus malignos de aquellos que eran atormentados. Quien también ahora, según la calidad de los méritos, a unos eleva, a otros no deja de descender. Pues a los carnales aún y principiantes, como buscando lo más bajo, los conforta,

enseña, castiga. Pero a los perfectos cuya conversación está en los cielos, los glorifica elevándolos más alto, los instruye más libremente sobre las cosas eternas, y a menudo enseña cosas que las multitudes ni siquiera pueden escuchar. Pero este endemoniado, a quien el Señor sanó descendiendo del monte, Marcos lo menciona como sordo y mudo, mientras que Mateo lo menciona como lunático. Significa, sin embargo, aquellos de quienes está escrito: El necio cambia como la luna. Que nunca permanecen en el mismo estado, ahora cambiados a estos, ahora a aquellos vicios, crecen y decrecen. Que son mudos, no confesando la fe: sordos, ni siquiera escuchando de alguna manera la palabra de la verdad. Espuman cuando se consumen con necedad. Porque es propio de los necios y de los que languidecen y son torpes dejar salir espuma de saliva de la boca. Rechinan los dientes, cuando arden con furia de ira. Se secan, cuando languidecen por la pereza del ocio, y, no fortalecidos por la industria de la virtud, viven débilmente. Pero lo que dice: Y dije a tus discípulos que lo echaran fuera, y no pudieron, acusa secretamente a los apóstoles, cuando la imposibilidad de curar a veces no se refiere a la debilidad de los que curan, sino a la fe de aquellos que deben ser curados, diciendo el Señor: Hágase contigo según tu fe (Mateo II).

Él, respondiendo, les dijo: ¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os soportaré? No porque haya sido vencido por el tedio, manso y humilde, que no abrió su boca como cordero ante el que lo trasquila, ni estalló en palabras de furia, sino que a semejanza de un médico, si ve al enfermo comportarse contra sus preceptos, dice: ¿Hasta cuándo vendré a tu casa? ¿Hasta cuándo perderé la industria de mi arte, ordenando yo algo y tú haciendo otra cosa? Sin embargo, no está enojado con el hombre sino con el vicio, y por un hombre reprende a los judíos por su incredulidad, de modo que inmediatamente añadió:

Traedlo a mí. Y se lo trajeron. Y cuando lo vio, inmediatamente el espíritu lo convulsionó, y cayendo en tierra, se revolcaba echando espuma. El espíritu convulsiona y derriba al niño traído al Señor, porque a menudo cuando intentamos convertirnos al Señor después de los pecados, somos atacados por mayores y nuevas insidias del antiguo enemigo. Lo cual el astuto adversario hace ciertamente para infundir odio a la virtud, o para vengar la injuria de su expulsión. De ahí que (para pasar de la especie al género) en los comienzos de la santa Iglesia infligía tantas y tan graves luchas de persecuciones, porque dolía que a su reino se le hubiera infligido de repente una pérdida de almas.

Y preguntó a su padre: ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? Y él dijo: Desde la infancia. Y muchas veces lo ha echado en el fuego y en el agua para destruirlo. Que se avergüence Juliano, quien se atreve a decir que todos los hombres nacen en la carne sin ninguna mancha de pecado, y tan inocentes en todo como fue Adán cuando fue creado. ¿Qué tenía este niño para ser atormentado desde la infancia por un demonio tan amargo, si no estaba atado por ningún vínculo de pecado original, a quien consta que no podía tener aún ningún pecado propio? Que confiese el católico, porque nadie nace libre de la culpa de la primera transgresión, e invoque la gracia de Dios, por la cual sea liberado del cuerpo de muerte por Jesucristo nuestro Señor. Que entienda el escriba docto en el reino de los cielos, que en este endemoniado curado por el Señor está designada la salvación de todos los fieles, que vienen al mundo atados por la culpa del pecado original, y que no son salvados sino por la fe y la gracia de un solo Redentor, Jesucristo. Pero lo que se dijo: Y muchas veces lo ha echado en el fuego y en el agua, designa los mayores crímenes de la locura humana. Porque el ardor del fuego debe referirse al fervor de la ira. El agua a los placeres de la carne, que suelen disolver la mente con delicias. O ciertamente el endemoniado es llevado al fuego, donde los corazones de los adúlteros están encendidos, y al agua que suele extinguir la caridad.

Pero si puedes hacer algo, ayúdanos, ten compasión de nosotros. Jesús le dijo: Si puedes creer, todo es posible para el que cree. El Señor da una respuesta adecuada al que pide. Porque él dijo: Si puedes hacer algo, ayúdanos. Y el Señor: Si puedes, dice, creer, puedo compadeciéndome ayudaros, porque la fe no fingida merece obtener todo lo que pide saludablemente. A quien, por el contrario, el leproso que clamaba con fe: Señor, si quieres, puedes limpiarme (Lucas V), recibió una respuesta adecuada a su fe: Quiero, sé limpio (Ibid.).

E inmediatamente el padre del niño exclamando con lágrimas decía: Creo, Señor, ayuda mi incredulidad. Nadie se convierte en perfecto de repente: sino que en la buena conversación cada uno comienza desde lo más pequeño, para llegar a lo grande. Porque hay principios de virtud, hay progreso, hay perfección. Porque si la misma fe no se llevara a su perfección por ciertos grados: este, interrogado si creía, no respondería: Creo, Señor, ayuda mi incredulidad. Porque si creía, ¿por qué decía incredulidad? Pero si sabía que tenía incredulidad, ¿cómo creía? Pero porque por la inspiración oculta de la gracia la fe crece en grados de sus méritos: al mismo tiempo, el que aún no creía perfectamente, simultáneamente creía y era incrédulo.

Y cuando Jesús vio que la multitud se agolpaba, reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu sordo y mudo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él. La reprensión del Señor es la virtud del imperio divino. Pero no reprendió al niño que sufría violencia, sino al demonio que la infligía. Porque quien desea corregir al pecador debe exterminar el vicio increpándolo y execrándolo, pero al hombre amándolo debe restaurarlo. Pero el Señor que expulsa al espíritu inmundo del hombre, al mismo tiempo le ordena que no entre más en él. Porque verdaderamente es liberado de la dominación demoníaca aquel que evita volver a los pecados de los cuales una vez fue limpiado por el arrepentimiento.

Y clamando y desgarrándolo mucho, salió de él. El espíritu inmundo, al salir del hombre, lo desgarró, y con un clamor furioso aterroriza a los que miran. Porque a menudo el diablo, cuando es expulsado del corazón, genera en él tentaciones más agudas de las que antes había excitado, cuando lo poseía en paz.

Y quedó como muerto; de modo que muchos decían que estaba muerto. Pero Jesús, tomándolo de la mano, lo levantó y se levantó. A quien el impío enemigo, ya obligado a huir, derribó y lo hizo parecer muerto, este piadoso Salvador lo levantó con el toque de su suave mano derecha. Quien como Dios verdadero demostró serlo por el poder de salvar, así también mostró haber tenido verdadera naturaleza de carne por el modo del toque humano. Porque el insensato Maniqueo niega que verdaderamente estuviera revestido de carne: pero él, al levantar, limpiar, iluminar a tantos enfermos con su toque, condenó su herejía incluso antes de que naciera.

Y cuando entró en la casa, sus discípulos le preguntaron en privado: ¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera? Y les dijo: Este género no puede salir sino con oración y ayuno. Mientras enseña a los apóstoles cómo debe ser expulsado el demonio más malvado, instruye a todos para la vida, para que sepamos que las tentaciones más graves, ya sean de espíritus inmundos o de hombres, deben ser superadas con ayunos y oraciones. También la ira del Señor, cuando se enciende en venganza de nuestros crímenes, puede ser aplacada con este remedio singular. Pero el ayuno es general no solo de alimentos, sino también de abstenerse de todas las seducciones carnales, más bien de contenerse de todas las pasiones de los vicios. Así también la oración general no está solo en las palabras con las que invocamos la clemencia divina, sino también en todas las cosas que hacemos con devoción de fe en servicio de nuestro Creador, como testifica el apóstol que dice: Siempre gozosos, orad sin

cesar (I Tesalonicenses V). Porque, ¿cómo puede alguien invocar a Dios con palabras en todas las horas y momentos sin cesar? Pero entonces oramos sin cesar, cuando solo hacemos obras que nos recomiendan a la piedad de nuestro Creador. Con este ayuno, y con esta oración, con la ayuda del Señor, venceremos y rechazaremos todas las insidias del antiguo enemigo.

## CAPÍTULO IX.

Y partiendo de allí, pasaban por Galilea, y no quería que nadie lo supiera. Pero enseñaba a sus discípulos, y les decía: Porque el Hijo del Hombre será entregado en manos de los hombres y lo matarán. Y muerto, al tercer día resucitará. Siempre mezcla lo próspero con lo triste, para que cuando de repente vengan, no aterricen a los apóstoles, sino que sean soportados por mentes preparadas. Porque si los entristece que será muerto, debe alegrarlos que al tercer día resucitará.

Pero no entendían esta palabra, y temían preguntarle. Esta ignorancia de los discípulos no nace tanto de la lentitud de su ingenio como del amor al Salvador, que aún carnales e ignorantes del misterio de la cruz, no podían creer que aquel a quien conocían como verdadero Dios, moriría. Y porque solían escucharlo hablar a menudo en figuras, horrorizados por el evento de su muerte, incluso en lo que hablaba abiertamente sobre su entrega y pasión, querían que figuradamente significara otra cosa.

Y llegaron a Cafarnaúm. Y cuando estaban en casa, les preguntó: ¿Qué discutíais en el camino? Pero ellos callaban. Porque en el camino habían discutido entre sí quién de ellos sería el mayor. De ahí parece haber surgido la disputa de los discípulos sobre el primado, porque habían visto a Pedro, Santiago y Juan llevados aparte al monte, y se les había confiado allí algún secreto. Pero también a Pedro, según lo que narra Mateo, se le habían prometido las llaves del reino de los cielos, y que la Iglesia del Señor sería edificada sobre la roca de la fe de la cual él mismo había tomado su nombre. Por lo tanto, discutían si esos tres eran preferidos a los demás, o si Pedro era preferido a todos los apóstoles.

Y sentándose, llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero entre vosotros, será el último de todos y el servidor de todos. Y tomando a un niño, lo puso en medio de ellos. Y abrazándolo, les dijo: Quien reciba a uno de estos niños en mi nombre, me recibe a mí. Viendo el Señor las intenciones de los discípulos, cura el deseo de gloria con la enseñanza de la humildad, y enseña que no se debe buscar el primado: primero con la simple exhortación de la humildad, y luego con el ejemplo de la inocencia infantil. Porque lo que dice: Quien reciba a uno de estos niños en mi nombre, me recibe a mí; o simplemente muestra que los pobres de Cristo deben ser recibidos por aquellos que quieren ser mayores, por su honor, o ciertamente sugiere que ellos mismos deben ser como niños en malicia, para que conserven la simplicidad sin arrogancia, la caridad sin envidia, la devoción sin ira. Pero lo que abraza al niño, significa que los humildes son dignos de su abrazo y amor, y que tales, cuando hayan cumplido lo que ordenó: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mateo XI), pueden con razón gloriarse y decir: Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará (Cantar de los Cantares II). Pero cuando dijo: Quien reciba a uno de estos niños, añadió: en mi nombre, para que, a saber, la forma de virtud que la naturaleza guía al niño a observar, ellos mismos la sigan por el nombre de Cristo, con la ayuda de la industria de la razón. Pero porque enseñaba que él mismo era recibido en los niños, a saber, como cabeza en sus miembros, para que no se pensara que esto era solo lo que parecía, añadió y dijo:

Y quien me reciba a mí, no me recibe a mí, sino al que me envió. Deseando ser creído tal y tan grande como es el Padre. Porque tanto no hay diferencia entre mí y él, que quien me reciba a mí, recibe también al que me envió.

Respondió Juan diciendo: Maestro, vimos a uno que echaba fuera demonios en tu nombre, que no nos sigue, y se lo prohibimos. Juan, amando al Señor con devoción especial, y por lo tanto digno de ser amado, pensó que debía excluirse del beneficio a aquel que no usara el oficio, pero se enseña que nadie debe ser apartado del bien que tiene en parte, sino que debe ser más bien incitado a aquello que aún no tiene. Porque sigue: Pero Jesús dijo: No se lo prohibáis; porque nadie hay que haga milagro en mi nombre, y pueda luego hablar mal de mí. Porque el que no es contra vosotros, es por vosotros. Enseñado por esta sentencia, dice el Apóstol: Pero sea por pretexto, o sea por verdad, Cristo es anunciado, y en esto me gozo, y me gozaré (Filipenses I). Pero aunque él se goce, incluso de aquellos que anuncian a Cristo no sinceramente, y tales a veces haciendo señales en el nombre de Cristo por la salvación de otros se consideran que no deben ser prohibidos; sin embargo, a ellos mismos por tales señales, no se les da seguridad de su conciencia, sino que más bien en aquel día cuando digan: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchas maravillas? (Mateo VII) Recibirán la respuesta: Nunca os conocí; apartaos de mí, todos los que obráis iniquidad (Ibid.). Por lo tanto, en los herejes y malos católicos no debemos detestar y prohibir los sacramentos comunes, en los cuales están con nosotros, y no están contra nosotros, sino las divisiones de paz contrarias a la verdad, por las cuales están contra nosotros, y no siguen al Señor con nosotros.

Porque cualquiera que os dé un vaso de agua fría en mi nombre, porque sois de Cristo, de cierto os digo que no perderá su recompensa (Salmo CXL). Leemos en el profeta David: Para excusar excusas en pecados, que muchos presentaban como justas ocasiones de sus pecados, para que lo que pecan por voluntad, parezca que pecan por necesidad. El Señor, escudriñador del corazón y de los riñones, que contempla los pensamientos futuros en cada uno, había dicho: Quien reciba a un niño en mi nombre, me recibe a mí. Alguien podría alegar y decir: La pobreza me prohíbe, la escasez me retiene, para que no pueda ser hospitalario. Y esta excusa la disuelve con un precepto muy leve, para que ofrezcamos un vaso de agua, y este fría, según Mateo, con todo el ánimo. Fría, dice, agua, no caliente, para que no se busque también en la caliente la ocasión de la pobreza y la escasez de leña. Algo similar también el Apóstol a los Gálatas ordena, Comunicad el que es enseñado en la palabra con el que enseña, en todas las cosas buenas (Gálatas VI). Y exhorta a los discípulos a los refrigerios de los maestros. Y porque cualquiera podría alegar pobreza, y eludir el precepto, antes de que lo proponga, resuelve la cuestión inminente diciendo: No os engaños; Dios no puede ser burlado. Porque lo que el hombre siembre, eso también segará (Ibid.).

Y cualquiera que escandalizare a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera si se le atase una piedra de molino al cuello y se le arrojase al mar. Aunque esta sentencia puede ser general contra todos los que escandalizan a alguien, sin embargo, según la consecuencia del discurso, también puede entenderse dicha contra los apóstoles, quienes, disputando entre sí sobre quién de ellos era el mayor, parecían contender mutuamente por la dignidad. Y si hubieran permanecido en este vicio, podrían haber perdido a aquellos a quienes llamaban a la fe, por su escándalo, al ver a los Apóstoles pelear entre sí por el honor. Pero lo que dijo: Mejor le fuera si se le atase una piedra de molino al cuello, habla según el rito de la provincia, donde la pena para los crímenes mayores entre los antiguos judíos era ser sumergidos en el mar con una piedra atada. Y en verdad es mejor terminar la vida corporal, aunque sea con una pena temporal por atroz que sea, que merecer la muerte eterna del alma

por dañar a un hermano. Con razón, quien puede ser escandalizado es llamado pequeño. Porque quien es grande, cualquiera que sea lo que vea o sufra, no se aparta de la fe. Pero quien es pequeño de ánimo y débil, busca ocasiones para escandalizarse. Por eso, debemos especialmente cuidar a los que son pequeños en la fe, para que no se ofendan por nuestra causa y se aparten de la fe, y caigan de la salvación. Es de notar que en nuestra buena obra, a veces debemos evitar el escándalo del prójimo, y a veces debemos despreciarlo por completo. En cuanto podamos evitar el escándalo del prójimo sin pecado, debemos hacerlo. Pero si el escándalo surge de la verdad, es más útil permitir que nazca el escándalo que abandonar la verdad. Asimismo, por la piedra de molino se expresa el ciclo y el trabajo de la vida secular, y por el profundo del mar, se designa la condenación extrema. Por tanto, quien ha sido llevado a la apariencia de santidad, pero destruye a los demás con su palabra o ejemplo, ciertamente era mejor que la muerte lo atara a las acciones terrenales bajo un hábito exterior, que mostrar a los demás en culpa imitable en los oficios sagrados. Porque, sin duda, si cayera solo, de alguna manera la pena del infierno lo atormentaría más tolerablemente.

Y si tu mano te escandaliza, córtala. Mejor te es entrar manco en la vida, que teniendo dos manos ir al infierno, al fuego inextinguible. Porque antes había enseñado a no escandalizar a los que creen en él, ahora consecuentemente advierte cuánto debemos cuidarnos de aquellos que intentan escandalizarnos, es decir, empujarnos al pecado con su palabra o ejemplo. Llama mano nuestra a un amigo necesario, cuyo trabajo y ayuda diaria necesitamos. Pero si tal persona quiere dañarnos en la causa del alma, debe ser excluida de nuestra sociedad, no sea que si queremos tener parte con el perdido en esta vida, perezcamos con él en la futura. Lo que se añade:

Donde su gusano no muere, y el fuego no se apaga. En el gusano se designa la putrefacción del infierno, así como en el fuego el ardor, o el gusano dice la tardía penitencia de los crímenes, que nunca cesará de morder la conciencia de los afligidos en los tormentos: para que el fuego sea el castigo que arde externamente, el gusano el dolor que acusa internamente.

Y si tu pie te escandaliza, córtalo. Mejor te es entrar cojo en la vida eterna, que teniendo dos pies ser arrojado al infierno de fuego inextinguible, etc. En el pie, como en la mano, enseña que los queridos e incorregibles deben ser alejados de nosotros, no sea que por la inmundicia de aquellos a quienes no podemos corregir, también nosotros, contaminados, perezcamos. Pero la mano por la obra necesaria para nosotros, el pie son llamados tales por el ministerio y el curso acomodados a nuestros usos.

Y si tu ojo te escandaliza, sácalo. Mejor te es entrar tuerto en el reino de Dios, que teniendo dos ojos ser arrojado al infierno de fuego. En el ojo también, por el escándalo que se debe arrancar, se designan nuestros amigos carnalmente, pero espiritualmente adversarios. Pero cuando necesitamos su consejo y previsión, y ellos buscan engañarnos con un consejo perverso y desviarnos al camino del error, debemos omitir completamente su sociedad. Escándalo es una palabra griega, que podemos decir tropiezo o caída y golpe del pie. Algunos dicen que escándalo en griego, en latín es escrúpulo. Por tanto, escandaliza al hermano quien le da ocasión de caída con palabra o hecho menos recto. También puede decirse simplemente: Si alguien nos parece tan necesario como la mano, el pie y el ojo, útil y solícito y agudo para ver, pero nos causa escándalo y por la disonancia de costumbres nos arrastra al infierno, ni siquiera así debemos usar y ser sostenidos por sus comodidades temporales con peligro de nuestras almas. Porque el Señor mencionó por tercera vez el gusano y el fuego eterno, queda por decir cómo podemos evitar el hedor del gusano y el tormento del fuego. Sigue:

Porque todos serán salados con fuego, y toda víctima será salada con sal. El hedor de los gusanos suele nacer de la corrupción de la carne y la sangre. Por eso la carne fresca se condimenta con sal, para que, al secarse la humedad sanguínea, no puedan engendrar gusanos. La carne y la sangre crean gusanos, porque el deleite carnal, al que no resiste el condimento de la continencia, genera a los lujuriosos un castigo eterno. Quien desee evitar su hedor, debe esforzarse por restringir tanto el cuerpo con la sal de la continencia como la mente con el condimento de la sabiduría de la mancha del error y los vicios. Es admirablemente dicho: Porque todos serán salados con fuego. Porque lo que se sala con sal, aleja la putrefacción de los gusanos. Pero lo que se sala con fuego, es decir, se condimenta con sales de fuego, no solo aleja toda contaminación de gusanos, sino que también consume la carne misma que así se sala. Lo que solía hacerse en las víctimas que se quemaban en el altar, lo declaran las leyes divinas, donde en toda víctima y sacrificio se ordena ofrecer sal. La sal, por tanto, designa la dulzura de la sabiduría, el fuego la gracia del Espíritu Santo. Y todos serán salados con fuego, porque todo elegido debe ser purgado de la corrupción de la concupiscencia carnal con la sabiduría espiritual, para que pueda hacerse apto para los altares divinos. Por eso, bien, cuando dijo, Porque todos serán salados con fuego, añadió: Y toda víctima será salada con sal. Porque verdaderamente es víctima del Señor quien consagra su cuerpo y alma a Dios limpiándolos de vicios por amor del Espíritu Santo. Y no solo tal víctima es salada con sal, sino también consumida por el fuego, cuando no solo se aleja la contaminación del pecado, sino que también se quita de la mente de los elegidos el deleite mismo de la vida presente que está en la carne, y se suspira con mente atenta por la vida futura. ¿No era una víctima salada con fuego sagrado quien decía: Nuestra conversación está en los cielos (Fil. III)? De donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo, quien transformará el cuerpo de nuestra humillación configurado al cuerpo de su gloria (Ibid.). Porque quienes con la esperanza certísima de la futura inmortalidad contemplaban el cuerpo de su fragilidad como ya reformado a semejanza de la resurrección del Señor, vivían como víctimas consagradas a Dios por el fuego espiritual incluso en el presente, según aquello del mismo apóstol: Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios (Rom. XV). También podemos entender correctamente lo que se dijo: Porque todos serán salados con fuego. Y toda víctima será salada con sal (Marc. IX), que el altar de Dios es el corazón de los elegidos, y los sacrificios que deben ofrecerse en este altar son las buenas obras de los fieles: En todos los sacrificios debe ofrecerse sal, porque no hay obra buena que no sea purgada por la sal de la sabiduría de toda corrupción de vana alabanza y de otros pensamientos perversos o superfluos. Pues el cuidado de la continencia castiga las seducciones carnales. Pero el fuego que consume los sacrificios en el altar es ciertamente aquel del que Juan dice: Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego (Ibid. III); por el cual nuestras buenas obras, para que puedan ser comenzadas o perfeccionadas, son ayudadas, o ciertamente el fuego de la tribulación por el cual la paciencia de los fieles es ejercitada para que puedan tener una obra perfecta. Por tanto, todos serán salados con fuego, y la víctima será salada con sal (Ibid. IX), porque todo fiel que quiere evitar el gusano del tormento eterno, debe ser castigado por el fuego de la gracia espiritual o de las tribulaciones que vienen de fuera, para que pueda hacerse un sacrificio digno de Dios. Este lugar se refiere a lo anterior, donde se ordenó arrancar los miembros que escandalizan: porque también esto es ser salado con fuego, es decir, ser ejercitado por tentaciones, negar a los prójimos y queridos por amor de Cristo.

Buena es la sal. Pero si la sal se vuelve insípida, ¿con qué la sazonaréis? Es bueno escuchar frecuentemente la palabra de Dios, sazonar los secretos del corazón con la sal de la sabiduría espiritual, o incluso hacerse sal de la tierra con los apóstoles, es decir, ser suficiente para imbuir las mentes de aquellos que aún piensan en lo terrenal. Pero si alguien, una vez

refrescado con el condimento de la verdad, vuelve a la apostasía, ¿con qué otro maestro se corrige, quien rechazó la dulzura de la sabiduría que él mismo gustó, ya sea aterrorizado por las adversidades del mundo o atraído por las prosperidades? A quien le conviene adecuadamente aquello del hombre sabio: ¿Quién curará al encantador mordido por la serpiente? Con esta sentencia, se cree con razón que se designa especialmente a los socios de Judas Iscariote y a él mismo, quien, corrompido por la avaricia, no dudó en perder el grado de apóstol y entregar al Señor. Pero porque hay algunos a quienes, mientras una mayor ciencia los eleva, los separa de la sociedad de los demás, y como cuanto más saben, más lejos de la virtud de la concordia se desvarían, se añade correctamente:

Tened sal en vosotros, y tened paz entre vosotros. Porque la sabiduría de la palabra se designa por la sal. Por tanto, quien se esfuerza por hablar sabiamente, tema grandemente que su elocuencia confunda la unidad de los oyentes. Porque la sal sin paz no es un don de virtud, sino un aumento de condenación. Porque cuanto mejor sabe alguien, tanto peor peca. Y por eso merecerá inexcusablemente el castigo, quien prudentemente, si hubiera querido, pudo evitar el pecado.

## CAPÍTULO X.

Y levantándose de allí, vino a los confines de Judea más allá del Jordán. Hasta aquí el evangelista Marcos ha narrado lo que el Señor hizo y enseñó en Galilea. Aquí comienza a narrar lo que hizo y enseñó en Judea, o lo que padeció. Y primero, más allá del Jordán al oriente, luego también al oeste del Jordán, cuando vino a Jericó, Betania y Jerusalén. Pues aunque toda la provincia de los judíos se llama generalmente Judea para distinguirla de otras naciones, más especialmente su región meridional se llama Judea, para distinguirla de Samaria, Galilea, Decápolis y otras regiones de la misma provincia.

Y se reunieron de nuevo las multitudes a él, y como solía, de nuevo les enseñaba. Y acercándose los fariseos, le preguntaban si es lícito al hombre repudiar a su mujer, tentándole. Y aquí se debe notar la diferencia de intenciones entre las multitudes y los fariseos. Estas se reúnen para ser enseñadas y para que sus enfermos sean sanados, como el evangelista Mateo menciona claramente. Aquellos se acercan para tentar y engañar al Salvador y maestro de la verdad. Y no es de extrañar. Pues a estos los trajo la devoción de la piedad, a aquellos el aguijón de la envidia. Preguntan, por tanto, si es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa, para atraparlo con un silogismo capcioso, y cualquiera que sea su respuesta, quede expuesto a la trampa. Si dice que la mujer debe ser repudiada por cualquier causa y que se pueden tomar otras, parecerá enseñar lo contrario de lo que predica la castidad. Pero si responde que no debe ser repudiada por cualquier causa, será tenido como culpable de sacrilegio y de actuar contra la doctrina de Moisés y de Dios a través de Moisés. Por tanto, el Señor modera su respuesta de tal manera que pasa la trampa, aduciendo la Escritura santa en testimonio, y oponiendo la ley natural y la primera sentencia de Dios a la segunda, que no fue concedida por la voluntad de Dios, sino por la necesidad de los pecadores.

¿Qué os mandó Moisés? Ellos dijeron: Moisés permitió escribir carta de divorcio y repudiar. A los cuales Jesús respondiendo dijo: Por la dureza de vuestro corazón os escribió esto, etc. Lo que dice es de esta manera. ¿Acaso puede Dios ser contrario a sí mismo, para que antes ordene una cosa y rompa su sentencia con un nuevo mandato? No debe pensarse así. Pero Moisés, al ver que por el deseo de segundas esposas, que fueran más ricas, más jóvenes o más hermosas, las primeras esposas eran asesinadas o llevaban una mala vida, prefirió permitir la discordia que dejar que los odios y homicidios persistieran y se perpetraran. Y considera que

no dijo, por la dureza de vuestro corazón os permitió Dios, sino Moisés; para que, según el Apóstol, sea consejo del hombre, no mandato de Dios.

Pero desde el principio de la creación, Dios los hizo varón y hembra. Esto está escrito en el principio del Génesis. Y al decir varón y hembra, muestra que deben evitarse los segundos matrimonios. Pues no dijo varón y hembras, que era lo que se buscaba con el anterior repudio, sino varón y hembra, para que se unieran en el consorcio de una sola esposa.

Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer. Igualmente dice, Se unirá a su mujer, no a sus mujeres.

Y serán dos en una sola carne. Así que ya no son dos, sino una sola carne. El premio de las bodas es que de dos se haga una sola carne. La castidad unida al espíritu se convierte en un solo espíritu.

Lo que Dios unió, no lo separe el hombre. Lo que Dios unió, haciendo una sola carne del hombre y la mujer, esto el hombre no puede separar, a menos que quizás solo Dios. El hombre separa cuando, por el deseo de una segunda esposa, repudia a la primera. Dios separa, quien también había unido, cuando por consenso, por el servicio de Dios, ya que el tiempo es corto, tenemos esposas como si no las tuviéramos.

Y en casa, de nuevo sus discípulos le preguntaron sobre lo mismo. Y les dijo: Cualquiera que repudie a su mujer y se case con otra, comete adulterio contra ella. Y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio. En Mateo está escrito más plenamente: Cualquiera que repudie a su mujer, salvo por fornicación, y se case con otra, comete adulterio (Mat. V). Por tanto, hay una sola causa carnal, la fornicación: una espiritual, el temor de Dios, para que la esposa sea repudiada, como se ha leído que muchos lo hicieron por causa de la religión. Pero no hay causa alguna prescrita por la ley de Dios para que, viviendo la que fue dejada, se tome otra.

Y le ofrecían niños para que los tocara. Pero los discípulos reprendían a los que los ofrecían. No porque no quisieran que fueran bendecidos por la voz y la mano del Salvador, sino porque, aún no teniendo una fe plena, pensaban que él se cansaba por la importunidad de los que los ofrecían.

Cuando Jesús lo vio, se indignó y les dijo: Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de Dios. Significativamente dijo, de los tales es, no de estos, para mostrar que no es la edad la que reina, sino las costumbres; y a aquellos que tengan una inocencia y simplicidad similar, se les promete la recompensa. También el apóstol concuerda con esta sentencia: Hermanos, no seáis niños en el entendimiento, sino en la malicia sed como niños, pero en el entendimiento sed perfectos.

En verdad os digo, quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él. Así como un niño no persiste en la ira, no recuerda el daño, no se deleita al ver a una mujer hermosa, no piensa una cosa y dice otra; así también vosotros, a menos que tengáis tal inocencia y pureza de ánimo, no podréis entrar en el reino de los cielos. De otra manera, se nos manda recibir el reino de Dios, es decir, la doctrina del Evangelio, como niños, porque así como un niño al aprender no contradice a los maestros, ni compone razones y palabras contra ellos resistiendo, sino que recibe fielmente lo que se le enseña, y obedece y descansa con temor; así también nosotros debemos hacer en obedecer simple y sin ninguna retractación las palabras del Señor.

Y abrazándolos y poniendo las manos sobre ellos, los bendecía. Abrazando bendice a los niños, para significar que los humildes de espíritu son dignos de su bendición, gracia y amor.

Y cuando salía para seguir su camino, corriendo uno se arrodilló ante él y le preguntó, etc. Creo que este buscador de la vida eterna había oído del Señor que solo aquellos que quisieran ser como niños son dignos de entrar en el reino de los cielos, y por eso, preocupado por un trato más seguro, desea que se le exponga no en parábolas, sino abiertamente, con qué méritos de obras puede conseguir la vida eterna.

Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino solo Dios. Porque lo había llamado maestro bueno, y no había confesado que era Dios o el Hijo de Dios, aprende que aunque un hombre sea santo, en comparación con Dios no es bueno, de quien se dice: Confesad al Señor porque es bueno (Sal. CV). Pero el único Dios bueno no debe entenderse solo el Padre, sino también el Hijo que dice: Yo soy el buen pastor (Juan X); y también el Espíritu Santo, porque el Padre dará el Espíritu bueno a los que le pidan (Luc. XI), es decir, la misma Trinidad una e indivisible, Padre, Hijo y Espíritu Santo, solo y único Dios, es bueno. Por tanto, el Señor no niega ser bueno, sino que significa ser Dios; no niega ser maestro bueno, sino que testifica que ningún maestro es bueno sin Dios.

Esta es la castidad de la inocencia infantil que se nos propone imitar, si queremos entrar en el reino de Dios. Es de notar que la justicia de la ley, guardada en su tiempo, no solo confería los bienes de la tierra, sino también la vida eterna a sus cultivadores.

Y él respondiendo dijo: Maestro, todo esto he guardado desde mi juventud, etc. No se debe pensar que este hombre, con el voto de tentar (como algunos pensaron), preguntó al Señor, o que mintió sobre su vida, cuando decía que había guardado los mandamientos de la ley, sino que confesó simplemente cómo había vivido. Porque si fuera culpable de la culpa de la mentira o la simulación, no se diría que Jesús, mirando los secretos de su corazón, lo amó. Porque el Señor ama a aquellos que guardan los mandamientos de la ley, aunque sean menores, pero no obstante, lo que en la ley era menos, a aquellos que desean ser perfectos, se les muestra, porque no vino a abolir la Ley o los Profetas, sino a cumplir. A lo cual ciertamente pertenece lo que aquí se añade consecuentemente.

Vete, vende todo lo que tienes y da, etc. Cualquiera que desee ser perfecto debe vender lo que tiene, y no vender solo una parte como Ananías y Safira, sino venderlo todo, y cuando lo haya vendido, darlo todo a los pobres, y así prepararse un tesoro en el reino de los cielos. Pero esto no es suficiente para la perfección, a menos que, después de despreciar las riquezas, siga al Salvador, es decir, dejando el mal, haga el bien. Pues es más fácil despreciar el dinero que la voluntad. Muchos dejan las riquezas, pero no siguen al Señor. Sigue al Señor quien es su imitador y camina por sus huellas. Porque quien dice que cree en Cristo, debe caminar como Él caminó.

El que se entristeció por la palabra se fue apenado. Pues tenía muchas posesiones. Esta es la tristeza que lleva a la muerte. Y se da la causa de la tristeza, que tenía muchas posesiones, es decir, espinas y abrojos que ahogaron la semilla del Señor.

Y mirando alrededor, Jesús dijo a sus discípulos: ¡Cuán difícil es para los que tienen riquezas entrar en el reino, etc.! Está claro que quienes aquí se dedican a multiplicar riquezas, desprecian buscar las alegrías de la otra vida: pero hay mucha diferencia entre tener dinero y amar el dinero. Muchos que tienen no aman, muchos que no tienen aman. Otros tienen y

aman. Otros ni tienen ni aman las riquezas del mundo, y su estado es más seguro, porque pueden decir con el Apóstol: El mundo está crucificado para nosotros, y nosotros para el mundo (Gál. V). Por eso Salomón no dice, quien tiene, sino quien ama las riquezas, no obtendrá fruto de ellas (Ecl. V). Y el mismo Señor, al ver a los discípulos asombrados por las palabras de esta sentencia, añadió explicando:

Hijitos, ¡cuán difícil es para los que confían en las riquezas entrar en el reino de Dios! Aquí se debe notar que no dijo, cuán imposible, sino cuán difícil es. Porque lo que es imposible, no puede hacerse en absoluto. Lo que es difícil, puede hacerse con esfuerzo. Pues puede hacerse, pero con gran esfuerzo, con la ayuda de la gracia de Dios, para que los que tienen dinero, o confían en el dinero, despojados de las ataduras de la avaricia, entren por la puerta del reino celestial: Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, etc. (Mat. XIX). Si es más fácil que un camello, con sus enormes miembros, pase por el estrecho ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios, entonces ningún rico entrará en el reino de Dios. ¿Y cómo es que en el Evangelio Mateo, Zaqueo y José, o en el Antiguo Testamento muchos ricos entraron en el reino de Dios? A menos que, tal vez, aprendieron, inspirados por el Señor, a tener las riquezas como nada o a dejarlas de todo corazón. ¿Acaso David confiaba en las riquezas de su reino? quien canta de sí mismo: Porque soy único y pobre (Sal. XXIV); y exhorta a otros, Si las riquezas abundan, no pongáis el corazón en ellas (Sal. LXI). Creo que no se atrevió a decir, no las recibáis. ¿Es creíble que Abraham prefiriera su sustancia al Señor, por quien no dudó en sacrificar a su único heredero? En un sentido más profundo, es más fácil que Cristo sufra por los amantes del mundo que los amantes del mundo puedan convertirse a Cristo. Pues quiso que se entendiera que se refería a sí mismo con el nombre de camello, quien voluntariamente soportó las cargas de nuestra debilidad con humildad. ¿En quién se entiende más claramente que en Él lo que está escrito: Cuanto más grande eres, humíllate en todo (Ecl. III)? Por la aguja significa las punzadas, por las punzadas los dolores sufridos en la pasión. Por lo tanto, llama al ojo de la aguja las angustias de la pasión. Con la cual, como si remendara las vestiduras de nuestra naturaleza desgarrada, se dignó recuperarla; para que, después de la caída, reformados mejor, nos regocijemos en el testimonio del Apóstol que dice: Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido (Gál. III).

Quienes se admiraban más, decían entre sí: ¿Y quién podrá salvarse? ¿A qué se refiere esta respuesta cuando la multitud de pobres, que puede salvarse con la pérdida de los ricos, es incomparablemente mayor, sino porque entendieron que todos los que aman las riquezas, incluso si no pueden obtenerlas, se cuentan entre los ricos?

Y mirándolos, Jesús dijo: Para los hombres es imposible, pero no para Dios. Porque todas las cosas son posibles para Dios. No debe entenderse que los codiciosos y soberbios, que son significados con el nombre de aquel rico, entrarán en el reino de los cielos con sus codicias y soberbia: sino que es posible para Dios, que por su palabra, como vemos que ha sucedido y sucede diariamente, se conviertan de la codicia de lo temporal al amor de lo eterno, y de la perniciosa soberbia a la humildad más saludable.

Pedro comenzó a decirle: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. Gran confianza, Pedro era pescador, no era rico, buscaba el sustento con su mano y arte, y sin embargo habla con confianza, Lo hemos dejado todo. Y porque no basta solo con dejar, añade lo que es perfecto: Y te hemos seguido. Hemos hecho lo que mandaste, ¿qué nos darás como recompensa?

Respondiendo Jesús, dijo: En verdad os digo: No hay nadie que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos, o tierras por mí y por el Evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo, casas, y hermanos, y hermanas, y madres, y hijos, y tierras, con persecuciones, y en el siglo venidero la vida eterna. Algunos, por ocasión de esta sentencia, dogmatizan la fábula judía de mil años después de la resurrección de los justos, cuando todo lo que hemos dejado por Dios nos será devuelto con creces, además de serenos dada la vida eterna. Y no ven los necios que, aunque en lo demás la promesa sea digna, en las esposas, según otros evangelistas, aparece la torpeza de cien, especialmente cuando el Señor testifica que en la resurrección no se casará, y que lo que se haya dejado por Él se recibirá en este tiempo con persecuciones. Las cuales, ciertamente, los milenaristas afirman que estarán completamente ausentes en sus mil años, al igual que otras cosas contrarias. Por lo tanto, este es el sentido: Quien por el Evangelio de Cristo haya dejado lo carnal, recibirá bienes espirituales: que en comparación y por su mérito serán como si un pequeño número se comparara con un número de cien. Porque ciertamente, de los hermanos y compañeros de su propósito, que se le unirán con un vínculo espiritual, recibirá incluso en esta vida una caridad mucho más grata. Lee los Hechos de los apóstoles, que la multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma, y todas las cosas eran comunes entre ellos, y no había entre ellos ningún necesitado (Hech. IV), quienes habían dejado lo suyo por el Señor. De los cuales también el Apóstol dice, Como si no tuviéramos nada, y poseyéndolo todo (II Cor. VI). Ciertamente, lo que dice, Recibirá cien veces más ahora en este tiempo, casas, y hermanos, y hermanas, y madres, y hijos, y tierras con persecuciones (Mar. X), puede entenderse más profundamente por significación. Pues el número cien, trasladado de la izquierda a la derecha, aunque parece tener la misma figura en el giro de los dedos que tenía el diez en la izquierda, sin embargo, crece enormemente en magnitud de cantidad. Porque, evidentemente, todos los que desprecian lo temporal por el reino de Dios, incluso en esta vida llena de persecuciones, degustan con fe cierta la alegría de ese mismo reino, y en la expectativa de la patria celestial (que con razón se significa en la derecha) disfrutaban de la más sincera devoción de todos los elegidos. Pero porque muchos no consuman el estudio de las virtudes con la misma intención de piedad con la que comienzan, sino que, o bien se enfrían en el amor de las virtudes recibido, o bien recaen completamente en el lodazal de los crímenes, inmediatamente se introduce una sentencia terrible.

Pero muchos primeros serán últimos, y los últimos primeros. Mira a Judas convertido de apóstol en apóstata, y di que muchos primeros serán últimos; mira al ladrón en la cruz hecho confesor, y el mismo día en que fue crucificado por sus pecados, gozando en el paraíso con Cristo por la gracia de la fe, y di que los últimos serán primeros. Pero también vemos diariamente a muchos en el estado laico sobresalir en grandes méritos de vida, y a otros, fervientes en el estudio espiritual desde la primera edad, al final languidecer en la pereza, y en la necia inercia, completar en la carne lo que comenzaron en el espíritu.

Y estaban en el camino subiendo a Jerusalén, y Jesús iba delante de ellos, y se asombraban, y los que seguían tenían miedo. Los discípulos, mientras se dirigían a Jerusalén con el Señor, se asombraban y temían, porque recordaban su palabra en la que había predicho que sufriría mucho de los sumos sacerdotes y escribas, y que sería muerto, temiendo que ellos mismos fueran muertos con Él, o al menos que aquel cuya vida y enseñanza disfrutaban, cayera en manos de sus enemigos.

Y tomando de nuevo a los doce, comenzó a decirles lo que le iba a suceder. Porque he aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y escribas, y lo condenarán a muerte, y lo entregarán a los gentiles, y se burlarán de Él, y lo escupirán, y lo azotarán, y lo matarán, y al tercer día resucitará. Nuestro Redentor, previendo

que sus discípulos se perturbarían por su pasión, les predice mucho antes tanto el castigo de esa pasión como la gloria de su resurrección, para que cuando lo vieran morir (como había sido predicho), no dudaran de que también resucitaría. Donde también refuta claramente la locura de los paganos, que suelen burlarse de su cruz, cuando muestra el tiempo de su próxima pasión como si fuera presciente de lo futuro, y se dirige al lugar de la muerte como si fuera intrépido.

Y se acercan a Él Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, diciendo: Maestro, queremos que nos concedas lo que te pidamos. Y Él les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Y dijeron: Concédenos que nos sentemos uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu gloria. Mateo escribe que fue la madre de los hijos de Zebedeo quien pidió esto al Señor por ellos; pero Marcos, queriendo revelar el deseo y el consejo de ellos a los lectores, omite a la madre interviniente, y dice que ellos mismos piden, lo que sabía que había sido pedido por su madre a instancias de ellos. De hecho, el Señor, según ambos evangelistas, respondió no a la madre, sino a ellos:

No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Y ellos le dijeron: Podemos. No saben lo que piden, quienes buscan del Señor un asiento de gloria que aún no merecen. Ya les deleitaba la cumbre del honor, pero primero debían ejercitar el camino del trabajo. Deseaban reinar sublimemente con Cristo, pero primero debían sufrir humildemente por Cristo. Pues con el nombre de cáliz o bautismo, designa la pasión del martirio, con la que tanto Él como ellos debían ser consumados. Por eso en otro lugar habla de su pasión: Pero tengo un bautismo con que ser bautizado, y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla! (Luc. XII). Y acercándose a esa pasión, oraba diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí este cáliz (Mar. XIV).

Jesús les dijo: Ciertamente beberéis el cáliz que yo bebo, y con el bautismo con que yo soy bautizado seréis bautizados. Se pregunta, ¿cómo bebieron el cáliz del martirio los hijos de Zebedeo, es decir, Jacobo y Juan, o cómo fueron bautizados con el bautismo del Señor, cuando la Escritura narra que solo el apóstol Jacobo fue decapitado por Herodes; pero Juan terminó su vida por muerte natural? Pero si leemos las historias eclesiásticas, en las que se dice que él también fue arrojado en un caldero de aceite hirviendo por el martirio, y de allí salió como atleta de Cristo para recibir la corona, y fue inmediatamente exiliado a la isla de Patmos, veremos que no le faltó el ánimo para el martirio, y que Juan bebió el cáliz de la confesión, que también bebieron los tres jóvenes en el horno de fuego, aunque el perseguidor no derramó su sangre. Pero lo que añade:

Sentarse a mi derecha o a mi izquierda, no es mío darlo, sino a quienes está preparado, debe entenderse así: El reino de los cielos no es del que da, sino del que recibe. Porque no hay acepción de personas con Dios (Rom. II), sino que cualquiera que se muestre digno del reino de los cielos, recibirá lo que no está preparado para la persona, sino para la vida. Si, por lo tanto, sois tales que alcanzáis el reino de los cielos, que mi Padre ha preparado para los triunfadores y vencedores, también vosotros lo recibiréis. Asimismo, no es mío darlo a vosotros, sino a quienes está preparado. No es mío darlo a los soberbios, pues eso es lo que aún eran. Pero si queréis recibirlo, no seáis lo que sois. Está preparado para otros, y sed otros, y está preparado para vosotros. ¿Qué significa, sed otros? Primero humillaos, que ya queréis ser exaltados.

Y al oírlo los diez, comenzaron a indignarse contra Jacobo y Juan. Los diez apóstoles no se indignan con la madre de los hijos de Zebedeo, ni refieren la audacia de la petición a la mujer, sino a los hijos, que ignorando su medida, ardieron con una codicia desmedida. A quienes también el Señor había dicho: No sabéis lo que pedís.

Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son considerados gobernantes de las naciones, se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen autoridad sobre ellas. No será así entre vosotros, etc. El maestro humilde y manso, no reprende a los dos que piden con codicia desmedida, ni increpa a los otros diez por su indignación y envidia, sino que pone un ejemplo tal, que enseña que el mayor es el que es menor, y que aquel que es siervo de todos se convierte en señor. Por lo tanto, en vano aquellos buscaron desmedidamente, o estos se duelen por el deseo de los mayores, cuando a la cumbre de las virtudes no se llega por el poder, sino por la humildad. Finalmente, propone su propio ejemplo, para que si las palabras se desprecian, se avergüencen ante las obras. Y dice:

Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos. Nota que hemos dicho frecuentemente, que el que sirve es llamado Hijo del Hombre, y que da su vida en rescate por muchos; cuando tomó la forma de siervo, para derramar su sangre por el mundo. Y no dijo, dar su vida en rescate por todos, sino por muchos, es decir, por aquellos que quisieron creer.

Y llegaron a Jericó, y al salir de Jericó, él y sus discípulos, y una gran multitud, el hijo de Timeo, Bartimeo, ciego, estaba sentado junto al camino mendigando. Cuando oyó que era Jesús de Nazaret, comenzó a clamar, etc. Mateo en este lugar dice que dos ciegos sentados junto al camino clamaron al Señor y fueron iluminados. Lucas, sin embargo, al acercarse a Jericó, afirma que un ciego fue iluminado por él en el mismo orden. Donde nadie sabio debe pensar que los evangelistas escriben cosas contrarias entre sí, sino que uno escribe más plenamente lo que el otro omitió. Lo que Mateo relata, que el Señor iluminó a dos ciegos, Marcos prefirió mencionar a uno iluminado, aunque no niega que el otro estuviera presente, se debe entender que uno de ellos era muy conocido. Esto también se hace evidente porque Marcos menciona su nombre y el de su padre, lo cual no ocurre fácilmente en otros sanados por el Señor, excepto cuando también expresó el nombre de Jairo, el jefe de la sinagoga, cuya hija Jesús resucitó. En esto también se hace más evidente este sentido, porque aquel jefe de la sinagoga ciertamente era noble en ese lugar. Sin duda, Bartimeo, hijo de Timeo, caído de alguna gran felicidad, fue de una miseria muy conocida y famosa, quien no solo era ciego, sino que también estaba sentado mendigando. Por eso, Marcos quiso mencionar solo a él, cuya iluminación dio a este milagro una fama tan clara como lo era su conocida calamidad. Los ciegos que el Señor iluminó al clamar a él son personas ignorantes de la verdadera luz (que es Cristo), pero que, por su don, son movidos a reconocer y confesar su ceguera y a pedir la luz de la verdad. Jericó, que se dice que se interpreta como luna, significa el defecto de nuestra mutabilidad y mortalidad. Esto se aclaró especialmente en la parábola del Evangelio, donde un hombre descendiendo de Jerusalén a Jericó cayó en manos de ladrones, y herido por ellos y despojado, fue devuelto a la salud por la piadosa diligencia del samaritano, porque ciertamente el género humano, cayendo de la visión de la paz suprema en los deseos de este siglo con una mancha mortal, es llevado de regreso a la vida que había perdido errando por el Señor Salvador. Así que, acercándose el Señor a Jericó, devolvió la luz al ciego, porque viniendo en carne y acercándose a la pasión, llevó a muchos a la fe y a la confesión del conocimiento divino. No fue en los primeros tiempos de su encarnación, sino pocos años antes de sufrir, es decir, después de que comenzó a tener treinta años, que exhibió al mundo el ministerio de la palabra para que fuera iluminado. Pero también al salir de Jericó, iluminó a los ciegos: porque resucitando de entre los muertos y ascendiendo al cielo, envió el Espíritu Santo a los apóstoles, y los dispersó por el mundo para la iluminación de todos los pueblos. Que al acercarse a Jericó iluminó a uno, y al salir de Jericó a dos, esto indicó típicamente que antes de su pasión predicó solo a un pueblo, los judíos, pero después de su

resurrección y ascensión manifestó más claramente a través de los apóstoles tanto a los judíos como a los gentiles, y reveló los misterios de su divinidad eterna y de la humanidad que asumió. Que Marcos escriba que uno fue iluminado, se refiere especialmente a la salvación de los gentiles, quienes de todas maneras estaban alejados de la luz de la verdad. Y por eso, cuanto más famosa era la ceguera de su infidelidad, tanto más famosa se hizo la gracia del Salvador que los iluminó. Y bien Marcos, que escribía el Evangelio entre los gentiles, dice que uno fue iluminado, para que la figura de aquellos a quienes instruía en la fe correspondiera a la salvación. Mateo, sin embargo, que escribía su Evangelio para los creyentes de entre los hebreos, que también llegaría al conocimiento de los gentiles, correctamente dice que dos fueron iluminados, para enseñar que la misma gracia de la fe pertenece a ambos pueblos. Lo que también en la siguiente lectura sobre el asno, en el que el Señor se dignó sentarse, la Escritura evangélica se preocupó por mantener. Mateo, que evangelizaba a los fieles de entre los judíos, refiere que una asna y su pollino fueron llevados al Señor. Pero los otros tres evangelistas, que escribieron para la Iglesia reunida de las naciones, solo mencionan al asno llevado al Señor, omitiendo completamente a la madre. Porque aquellos simplemente figuran la fe de los gentiles; pero este se preocupó por insinuar en el orden próximo de su narración al pueblo gentil fiel nacido de la sinagoga fiel. Así que, al salir el Señor y sus discípulos y una gran multitud de Jericó, un ciego estaba sentado junto al camino mendigando; porque al ascender al cielo el Señor, y muchos fieles siguiéndolo, más bien todos los elegidos desde el principio del mundo, entrando con él por la puerta del reino celestial, pronto el pueblo de los gentiles, ciego por mucho tiempo por la perfidia, al oír la llegada del Salvador, comenzó también a tener esperanza de su salvación e iluminación. De quien se dice bien que estaba sentado junto al camino mendigando. Mendiga sentado junto al camino, quien aún no ha entrado en el camino de la verdad, aún no conociendo, pero con diligente intención e investigación de deseo saludable se esfuerza por llegar a esto, y persiste en investigar cuál es el verdadero culto de la religión. Lo que se declaró principalmente en la historia del centurión Cornelio, quien oraba al Dios que adoraba con frecuentes oraciones para que se dignara iluminarlo. ¿Qué es, entonces, oír al pasar, y al detenerse devolver la luz, sino que por su humanidad se compadeció, quien por el poder de su divinidad excluyó de nosotros las tinieblas de nuestra mente? Porque quien nació y sufrió por nosotros, quien resucitó y ascendió al cielo, como si Jesús hubiera pasado; porque esta acción es temporal. Pero al detenerse iluminó al ciego, porque no como aquella dispensación temporal, así la eternidad del Verbo pasa, que permaneciendo en sí misma renueva todas las cosas. Estar de pie para Dios es disponer todas las cosas mutables con pensamiento inmutable. Así que quien oyó las voces del que pedía al pasar, al detenerse devolvió la luz. Porque aunque por nosotros soportó cosas temporales, sin embargo, nos dio luz de donde no conoce el paso de la mutabilidad. Pero quien al Dios que adoraba, oraba con frecuentes oraciones para que se dignara iluminarlo.

Cuando oyó que era Jesús de Nazaret, comenzó a clamar y a decir: Hijo de David, Jesús, ten misericordia de mí. Y muchos le reprendían para que callara. Pero él clamaba mucho más diciendo: Hijo de David, ten misericordia de mí. Oyendo Jesús al ciego, le ruega que tenga misericordia de él, y no deja de clamar aunque muchos le prohíban. Porque el pueblo de los gentiles, al conocer la fama del nombre de Cristo, buscaba hacerse partícipe de él; muchos se oponían, primero los judíos, como leemos en los Hechos de los Apóstoles, luego también los gentiles con persecución más aguda y fuerte frecuentemente insistían, para que el mundo que iba a ser iluminado y sanado no invocara a Cristo; pero sin embargo, el furor insano de los que se oponían no podía privar de la salvación dispuesta a aquellos que estaban preordenados a la vida eterna.

Y Jesús, deteniéndose, mandó llamarlo. He aquí que se detiene quien antes pasaba. En esto el Señor nos insinúa algo que puede ser entendido útilmente sobre su humanidad y divinidad. Porque oyó al ciego clamar al pasar, pero al detenerse mostró el milagro de la iluminación. Y llaman al ciego, diciéndole: Ten ánimo: levántate, te llama. El Señor llama al ciego que clama a él, cuando al pueblo de los gentiles deseoso del conocimiento de la verdad, a través de los santos predicadores, les confía la palabra de fe. Quienes ciertamente llamando al ciego, le mandan tener ánimo, levantarse y venir al Señor, cuando predicando la palabra a los indoctos, les mandan tener esperanza de salvación y levantarse del letargo de los vicios, y a los estudios de las virtudes, por las cuales merezcan ser iluminados, se preparen, diciendo con el profeta: Acercaos a él, y seréis iluminados (Salmo XXXIII); y de nuevo: Despierta, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te iluminará Cristo (Efesios V). Y porque la primitiva Iglesia de los gentiles ardía con tanto deseo de la luz prometida en Cristo, que muchos, dejando las riquezas del mundo, seguían la vida evangélica desnudos, para merecer tener un tesoro eterno en los cielos, correctamente se añade sobre el ciego que va a ser iluminado:

Quien, arrojando su manto, se levantó y vino a él. Porque arroja su manto y se levanta para ser iluminado por Cristo, quien, desechando las ataduras del mundo, con paso expedito de mente se apresura al dador de la luz eterna.

Y respondiendo Jesús, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? El ciego le dijo: Rabboni, que vea. ¿Acaso quien podía devolver la luz ignoraba lo que quería el ciego? Pero quiere que se pida esto, lo que también nos prevé que pidamos, y que él conceda. Porque nos amonesta a la oración con insistencia y dice: Porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad antes que le pidáis (Mateo VI). Por eso requiere que se pida, para que el corazón se excite a la oración. Por lo cual el ciego añade de inmediato: Rabboni, que vea. He aquí que el ciego no pide oro al Señor, sino luz. Considera de poco valor buscar algo fuera de la luz, porque aunque el ciego pueda tener cualquier cosa, sin luz no puede ver lo que tiene. Imitemos, pues, a aquel a quien hemos oído salvado tanto de cuerpo como de mente. No busquemos riquezas falsas, ni dones terrenales, ni honores fugitivos del Señor, sino luz. Aquella luz que podemos ver con los ángeles solamente, que ni el principio inicia, ni el fin limita. A la cual ciertamente la fe es el camino. Por lo cual correctamente se responde de inmediato al ciego que va a ser iluminado.

Ve, tu fe te ha salvado. Y al instante, dice, vio, y le seguía en el camino. Ve y sigue, quien obra el bien que entiende. Ve, pero no sigue, quien entiende el bien, pero desprecia obrar bien. Porque sigue a Jesús el Señor, quien lo imita. Por eso dice: Si alguno me sirve, sígame (Juan XII). Consideremos, pues, por dónde camina, para que merezcamos seguirlo. He aquí que siendo Señor y creador de los ángeles, al asumir nuestra naturaleza que creó, vino al vientre de la virgen. Sin embargo, no quiso nacer en este mundo entre ricos, eligió padres pobres, por lo cual faltó el cordero que debía ofrecerse por él, su madre encontró pichones de palomas y un par de tórtolas para el sacrificio. Quiso prosperar en este mundo, soportó oprobios y burlas, escupitajos, azotes, bofetadas, corona de espinas, cruz. Y porque caímos del gozo interno por la delectación de las cosas corporales, mostró con cuánta amargura se regresa allí.

## CAPÍTULO XI.

Y cuando se acercaban a Jerusalén, y a Betania al monte de los Olivos, envía a dos de sus discípulos, y les dice: Id al pueblo que está frente a vosotros. Betania es una aldea o ciudad en la ladera del monte de los Olivos, a unos quince estadios de Jerusalén, como manifiesta el evangelista Juan, donde Lázaro fue resucitado de entre los muertos, cuyo sepulcro ahora

muestra una iglesia construida allí. Betania se dice que significa casa de obediencia. Y apropiadamente el Señor, al venir a Jerusalén y redimir al mundo con su sangre, primero elevó a Betania con la dignación de su presencia, y allí fue ungido con un crisma místico por una mujer devota, porque ciertamente muchos antes de su pasión, enseñando, hicieron de sí mismos una casa de obediencia para él, en la cual habitara por el Espíritu de gracia, y deleitado por su piadosa acción, él mismo fue como ungido con un unguento fragante. Por eso se dice que esta ciudad está situada en el monte de los Olivos, para designar que la Iglesia será salvada por la gracia de su Creador, quien nos refresca con la unción de los carismas espirituales y con la luz perpetua de la ciencia y la piedad. Por eso en otro lugar, cuando dijo: No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte, inmediatamente añadió: Ni encienden una lámpara y la ponen debajo de un celemín (Mateo V). Porque el mismo monte de los Olivos, es decir, el supremo distribuidor de las gracias espirituales, que exalta su ciudad para que resplandezca, también la unge con el óleo de la alegría para que pueda lucir y no desfallezca. Y porque no quiso que la misma luz se pusiera debajo de un celemín, envió a los discípulos al pueblo que estaba frente a ellos, es decir, destinó a los doctores para que penetraran evangelizando en los lugares incultos y bárbaros de todo el orbe, como si fueran las murallas de un pueblo opuesto. Correctamente, pues, se envían dos, ya sea por la ciencia de la verdad y la pureza de la operación, o por el sacramento de la doble caridad, a saber, de Dios y del prójimo, que debe ser predicado en todo el mundo.

Y al entrar inmediatamente en él, encontraréis un pollino atado sobre el cual nadie aún ha montado. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os dice: ¿Qué hacéis? Decid: Porque el Señor lo necesita, y enseguida lo dejará ir. Al entrar en el mundo, los santos predicadores encontraron al pueblo de las naciones enredado en las ataduras de la infidelidad. Porque cada uno estaba atado con las cuerdas de sus pecados; no solo de las naciones, sino también de los judíos. Porque todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios (Romanos III). Por eso bien en Mateo también se encuentra una asna atada con el pollino. La asna, que era de carga y domada, significa a la Sinagoga que llevaba el yugo de la ley, el pollino de la asna, lascivo y libre, significa al pueblo de las naciones. Sobre el cual nadie aún ha montado, porque ningún maestro racional había puesto el freno de la corrección, por el cual se le obligara a contener su lengua del mal o a ir por el estrecho camino de la vida, nadie había conferido al pueblo de las naciones las vestiduras de salvación con las cuales se calentara espiritualmente. Porque se sentaría sobre él un hombre, si alguien usando la razón corrigiera su necedad reprimiéndola. Por eso no sin razón pueden entenderse los dos discípulos destinados a presentar los animales al Señor como dos órdenes de predicadores, uno dirigido a los gentiles, otro a la circuncisión.

Y al ir, encontraron al pollino atado ante la puerta afuera en el cruce, y lo desatan. Bien se encuentra el pollino ante la puerta afuera en el cruce. Porque la puerta es él mismo quien dice: Yo soy la puerta de las ovejas. Por mí si alguno entra será salvo, y entrará y saldrá, y hallará pastos. De los cuales pastos de vida carecía este pollino, es decir, el pueblo de las naciones, cuando aún estaba atado fuera de esta puerta en el cruce. Y correctamente en el cruce, porque no seguía un camino cierto de vida y fe, sino que seguía errante muchos caminos dudosos de sectas.

Y algunos de los que estaban allí les decían: ¿Qué hacéis desatando al pollino? En el Evangelio de Lucas está escrito así: Fueron, pues, los que fueron enviados, y encontraron como él les había dicho, al pollino de pie. Y al desatarlo, los dueños de él les dijeron: ¿Por qué desatáis al pollino? Y apropiadamente. Porque tenía muchos dueños, porque no estaba dedicado a una sola doctrina y superstición, sino que, miserable, era llevado por el capricho de los espíritus inmundos a varios y diversos errores, yendo a ídolos mudos según era conducido. De hecho, por una cierta costumbre vernácula de la Escritura se dice común lo

que es inmundo. Como también a Pedro una voz del cielo le dice: Lo que Dios ha purificado, no lo lloames común (Hechos X). Porque quien es santo es solo de Dios, y no es común con nadie. Pero quien es pecador e inmundo, es de muchos. Porque muchos demonios lo poseen, y por eso se llama común.

Quienes les dijeron, como Jesús les había mandado, y los dejaron ir, y llevaron el pollino a Jesús. Quienes se oponían a desatar al pollino, al oír el nombre del Señor, se aquietan. Porque los maestros de los errores, que se oponían a los doctores que venían a la salvación de las naciones, defendían sus tinieblas hasta que, atestiguando los milagros, brilló la virtud del verdadero poseedor y Señor. Pero después de que apareció el poder de la fe del Señor, cediendo por todas partes las quejas de los adversarios, libremente se llevaba al grupo de creyentes al Dios que llevaba en su corazón.

Y ponen sobre él sus mantos, y se sentó sobre él. Los mantos de los apóstoles pueden entenderse como la doctrina de las virtudes, o la exposición de las Escrituras, o ciertamente las variedades de los dogmas eclesiásticos, con los cuales cubren aquellos corazones de los hombres antes desnudos y fríos, para que sean dignos de Cristo como jinete.

Muchos, además, tendieron sus mantos en el camino. Llevando al Señor el asno, muchos tienden sus mantos en el camino, porque los santos mártires, despojándose del vestido de su propia carne, preparan el camino con su sangre a los siervos más simples de Dios, para que puedan avanzar con paso seguro de mente hacia las murallas de la ciudad celestial a donde Jesús conduce. Asimismo, nuestro Salvador, montando el asno, se dirige a Jerusalén, cuando gobierna el alma de cada fiel, es decir, su jumento, llevándolo a la visión de la paz íntima. También monta el jumento cuando preside universalmente la santa Iglesia, y la enciende en el deseo de la paz suprema. Muchos, además, tienden sus mantos en el camino, porque dominan sus cuerpos por la abstinencia, para preparar el camino hacia la mente, o para ofrecer buenos ejemplos a los que los siguen.

Otros cortaban ramas de los árboles y las tendían en el camino. Y los que iban delante y los que seguían clamaban diciendo: ¡Hosanna, bendito el que viene en el nombre del Señor! Cortan ramas o ramos de los árboles, quienes en la doctrina de la verdad extraen palabras y sentencias de los Padres de su elocuencia, y las presentan en el camino de Dios al alma del oyente con humilde predicación. Pero los que iban delante y los que seguían clamaban diciendo: ¡Hosanna! Porque el pueblo judío precedió, y el gentil siguió. Y porque todos los elegidos, ya sea que pudieran estar en Judea, o que ahora están en la Iglesia, creyeron y creen en el Mediador de Dios y de los hombres, los que van delante y los que siguen clamaban ¡Hosanna! ¡Hosanna! en lengua latina significa salva nos. De él, sin embargo, buscaron la salvación tanto los anteriores como los presentes. Y confiesan bendito al que viene en el nombre del Señor, porque una es la esperanza, una es la fe de los pueblos que preceden y de los que siguen. Porque así como aquellos fueron sanados al ver su pasión y resurrección, así nosotros somos salvados por su pasión pasada y su resurrección que permanece en los siglos. Porque a quien nuestros antepasados del pueblo judío creyeron y amaron que vendría, a este creemos que ha venido y lo amamos, y nos encendemos con su deseo, para que lo contemplemos cara a cara.

Bendito el que viene en el reino de nuestro padre David, Hosanna en las alturas. Y entró en Jerusalén en el templo, etc. Leemos en el Evangelio de Juan que las multitudes, después de haber sido alimentadas con cinco panes y dos peces, quisieron llevarse a Jesús y hacerlo rey; pero para que no pudieran lograrlo, él se retiró al monte para orar. Ahora, sin embargo,

cuando viene a Jerusalén para sufrir, no rehúye a aquellos que lo proclaman rey, quienes lo conducen a la ciudad real con un cortejo glorioso y con himnos dignos del Hijo de Dios y del rey; no reprime las voces de aquellos que cantan que en él se restaurará el reino del patriarca David y se recuperarán los dones de la bendición antigua. ¿Por qué, entonces, lo que antes evitó huyendo, ahora lo acepta de buen grado, y el reino que no quiso recibir mientras vivía en el mundo, ahora que está a punto de salir del mundo por la pasión de la cruz, no niega recibirlo, sino para enseñar abiertamente que no es rey de un imperio temporal y terrenal, sino eterno en los cielos? A este reino ciertamente llegaría por el desprecio de la muerte, la gloria de la resurrección y el triunfo de la ascensión. De ahí que, después de la resurrección, apareciendo a los discípulos, diga: Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, y otras cosas del mismo lugar. Es digno de notar cuánta consonancia hay entre la multitud que alaba al Señor y la voz del ángel Gabriel que evangeliza a la Virgen Madre, quien dice: Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo. Y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre (Lucas I). El Señor recibió el trono o reino de David, para que el pueblo al que David una vez ofreció el gobierno de un reino temporal y ejemplos de justicia, y al que solían encender con los cánticos de himnos espirituales hacia la fe y el amor de su Creador, él mismo, con palabras, dones, hechos y promesas dignas de tan gran mediador entre Dios y los hombres, lo llamara al reino celestial e inmortal, y lo introdujera a la misma visión del Padre de Dios. En lo que se une: Hosanna en las alturas, es decir, salvación. Con lo cual se muestra claramente que la venida de Cristo no es solo la salvación de los hombres, sino de todo el mundo; uniendo lo terrenal con lo celestial, para que toda rodilla se doble ante él, de los celestiales, de los terrenales y de los infernales. Es digno de notar que Hosanna, palabra hebrea, está compuesta de dos, uno corrupto y otro íntegro. Pues salva o salva entre ellos se dice Osi, y anna es una interjección de súplica. Así como entre los latinos la interjección de dolor es heu, y la interjección de admiración es papae. Finalmente, en el salmo ciento dieciocho, donde los setenta intérpretes tradujeron Oh Señor, sálvame, en hebreo está escrito: Anna Adonai, osi anna. Lo cual nuestro intérprete Jerónimo, elucidando con más diligencia, lo tradujo así: Te ruego, Señor, salva, te ruego. Pues significa lo mismo Oh Señor, por la interjección de súplica, que te ruego, Señor, por la misma palabra de súplica. Hosanna, por lo tanto, significa salva, te ruego, consumida la letra i vocal, que termina la palabra anterior, cuando se dice perfectamente osi, por la virtud de la letra vocal con la que comienza la palabra siguiente anna. Lo que los métricos en el escaneo de versos llaman sinalefa, aunque ellos, escaneando la letra escrita, la omiten; pero en esta palabra Hosanna, la letra i ni siquiera se escribe, sino que, manteniendo el sentido de los hablantes, se elimina por completo.

Y entró en Jerusalén en el templo. Que al entrar en la ciudad primero fue al templo, nos muestra la forma de religión que debemos seguir. Para que cuando entremos en una villa o pueblo, o cualquier otro lugar donde haya una casa de oración consagrada a Dios, primero nos dirijamos a ella; y después de habernos encomendado al Señor mediante el estudio de las oraciones, entonces nos retiremos a realizar los negocios temporales por los que hemos venido. Sin embargo, al acercarse el tiempo de la pasión, el Señor quiso acercarse al lugar de la pasión, y permanecer allí cerca, donde en el tiempo establecido y predeterminado antes de los siglos pudiera ser encontrado por aquellos por quienes la misma pasión debía cumplirse. Con lo cual también daba a entender a todos los que escuchaban que no sufriría la muerte de mala gana, como pensaban los profanos, sino que la asumiría voluntariamente. Cuya hora, al acercarse, intrépido se dirigió al lugar donde había predicho que sufriría, tanto por sí mismo como por boca de sus profetas, mucho antes. Es digno de notar que esta entrada suya en Jerusalén se hizo cinco días antes de la Pascua, en la que había decidido cumplir el misterio de su sacrosanta pasión. Pues Juan narra que seis días antes de la Pascua vino a Betania,

donde se le hizo una cena, y mientras muchos estaban reclinados, María, la hermana de Lázaro, lo ungió con un unguento místico; y al día siguiente, montado en un asno, con una gran multitud que lo encontraba con palmas, vino a Jerusalén. Donde no debe pasarse por alto en silencio no solo la concordia en las cosas, sino también en los tiempos del Antiguo y Nuevo Testamento, de la sombra y la verdad, de la ley y el Evangelio. Pues está escrito en la ley, diciendo el Señor a Moisés y Aarón: Este mes será para vosotros el principio de los meses, será el primero de los meses del año. Hablad a toda la congregación de los hijos de Israel, y decidles: El décimo día de este mes, cada uno tomará un cordero por familias y casas. Y poco después: Y lo guardaréis hasta el día catorce de este mes, y lo inmolará toda la multitud de los hijos de Israel al atardecer (Éxodo XII). Por lo tanto, el décimo día del primer mes, se ordenó que el cordero que se inmolaría en la Pascua fuera introducido en la casa, porque también el Señor, el décimo día de ese mismo mes, es decir, cinco días antes de la Pascua, estaba por entrar en la ciudad donde iba a sufrir. Y así como el cordero elegido de todo el rebaño esperaba el día cierto de su sacrificio, así también el Señor, con todo el consejo de los ancianos y príncipes conspirando contra él, esperaba con certeza la hora en que se ofrecería a sí mismo por la salvación del mundo como ofrenda a Dios y sacrificio en olor de suavidad. El cordero era inmolado el día catorce del primer mes al atardecer, y el Señor, a la misma hora, comiendo el cordero con los discípulos, donde cumplió los decretos de la Pascua legal, salió con ellos inmediatamente al lugar de oración, donde, capturado por los judíos y atado, ya comenzaba los sacramentos de su bienaventurado sacrificio.

Y habiendo mirado todo alrededor, como ya era la hora de la tarde, salió a Betania con los doce. No lo hizo una sola vez; sino que durante todos los cinco días desde que había subido a Jerusalén hasta el tiempo de la pasión, solía hacer esto mismo, para que durante el día enseñara en el templo, y por las noches saliera a permanecer en el monte de los Olivos, como leemos en Lucas. Pues enseñando a los incrédulos, diligentemente cumplía el oficio de corrección. Pero permaneciendo entre los fieles, les mostraba benignamente la gracia de su bondad. Bien se dice que, habiendo mirado todo alrededor, salió a Betania. Pues el juez interno de todos examina los corazones, y cuando no encuentra en los que contradicen y resisten a la verdad dónde reclinarse su cabeza, se retira a los fieles, y se alegra de hacer su morada con el Padre en aquellos que obedecen a la palabra. Pues Betania significa casa de obediencia. También debe entenderse que el Señor fue de tal pobreza, y tan poco adulado por nadie, que en la gran ciudad no encontró ningún huésped, ninguna morada, sino que habitaba en el pequeño campo con Lázaro y sus hermanas. Pues su aldea es Betania.

Y al día siguiente, cuando salían de Betania, tuvo hambre. Tuvo hambre, ya sea mostrando la verdad de la carne humana, o deseando la salvación de los creyentes, anhelando la incredulidad de Israel.

Y viendo de lejos una higuera que tenía hojas, fue a ver si tal vez encontraba algo en ella. Y cuando llegó a ella, no encontró nada más que hojas. Pues no era tiempo de higos. Y respondiendo Jesús le dijo: Nunca más coma nadie fruto de ti para siempre. Así como el Señor solía decir muchas cosas en parábolas, también solía hacer algunas en parábolas. Pues, ¿qué razón había para que, teniendo hambre, buscara frutos en una higuera, cuyo tiempo aún no conocía ningún hombre, y condenara al árbol con la maldición de la esterilidad eterna porque no tenía fruto en ese tiempo, sino porque al pueblo, al que enseñaba con la palabra, también lo aterraba con este hecho, para que nadie, teniendo hojas y no teniendo fruto, es decir, mostrando palabras de justicia sin obras, mereciera ser cortado y arrojado al fuego? Pues cada árbol se conoce no por las flores, no por las hojas, sino por su fruto, es decir, cada hombre se prueba no por la estimación de la fama o la pompa de las palabras, sino por el testimonio de sus acciones. Por lo tanto, el Señor hambriento vio una higuera que tenía hojas,

y fue a buscar fruto en ella, y no encontró. Porque deseando la salvación del género humano, vio a Judea teniendo las palabras de la ley y los profetas, y vino a probar enseñando, corrigiendo, haciendo milagros, si tal vez podía encontrar en su corazón algún fruto de fe y vida. Pero porque la higuera fue encontrada teniendo hojas sin frutos, es condenada, porque Judea, que sonaba las palabras de la Escritura sin obras, es digna de ser castigada con venganza. Esto lo digo, no porque toda la Sinagoga haya sido rechazada, de la cual ciertamente consta que fue construida la Iglesia primitiva. Pero esa porción de la Sinagoga mereció ser condenada, que se negó a alimentar a Cristo hambriento con buenas obras, que prefirió ser cubierta con las hojas de las palabras espirituales que ser honrada con los frutos del Espíritu. A quienes él mismo dice en otro lugar: Yo voy, y me buscaréis, y en vuestro pecado moriréis (Juan V). Este lugar ciertamente concuerda con aquella parábola suya, donde dice: Un hombre tenía una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no encontró. Y dijo al viñador: He aquí, tres años son desde que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no encuentro. Córdala, ¿por qué ocupa también la tierra? Pero él, respondiendo, le dijo: Señor, déjala también este año, hasta que cave alrededor de ella y ponga estiércol. Y si da fruto, bien; y si no, la cortarás en el futuro (Lucas XIII). El viñador es el orden de los apóstoles y doctores espirituales que diligentemente llamaron a la Sinagoga al arrepentimiento para que no pereciera, y se esforzaron por suplicar al Señor por su salvación. Especialmente Santiago, el hermano del Señor, que fue puesto al frente de la Iglesia de Jerusalén. Pero porque aquella no consintió en dar fruto de obediencia ni en los edictos legales, ni en las protestas proféticas, ni en la misma gracia resplandeciente del Evangelio, permaneciendo como higuera estéril durante tres años, fue rechazada por el Señor, y subvertida con maldición eterna. Pues no solo fue rechazada de la suerte de los elegidos, sino que también fue cortada de la misma tierra que ocupaba en vano. Pero también tú, si no quieres oír en el juicio de Cristo: Apártate de mí, maldito, al fuego eterno, porque tuve hambre, y no me diste de comer (Mateo XXV), cuidate de ser un árbol estéril en esta vida, más bien ofrece al Cristo pobre y hambriento el fruto de la piedad que necesita.

Y llegan a Jerusalén. Y cuando entró en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo, y volcó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas. Lo que el Señor hizo maldiciendo la higuera infructuosa en figura, lo mostró más claramente echando a los impíos del templo. Pues el árbol no pecó en nada al no tener frutos cuando el Señor tenía hambre, cuyo tiempo aún no había llegado; pero los sacerdotes pecaban al llevar a cabo negocios seculares en la casa del Señor, y al no dar el fruto de piedad que debían, y que el Señor tenía hambre de encontrar en ellos. El Señor secó el árbol con una maldición, para que los hombres, viendo o escuchando esto, entendieran mucho más que serían condenados por el juicio divino si, sin el fruto de las obras, se jactaran solo del aplauso de un discurso religioso, o como del sonido y cobertura de hojas verdes. Pero porque no entendieron, en ellos ejerció consecuentemente la severidad de la merecida venganza. Y echó fuera los negocios de cosas humanas de aquella casa, en la que solo se debía llevar a cabo cosas divinas, ofrecer sacrificios y oraciones a Dios, leer, escuchar y cantar la palabra de Dios. Y ciertamente se debe creer que solo encontró que se vendían o compraban en el templo aquellas cosas que eran necesarias para el ministerio del mismo templo, según lo que leemos que sucedió en otra ocasión, cuando entrando en el templo encontró en él a los que vendían y compraban ovejas, bueyes y palomas. Pues ciertamente se debe creer que todo esto no se compraba de los lugareños sino para ser ofrecido en la casa del Señor por aquellos que venían de lejos. Si, por lo tanto, el Señor no quería que se vendieran en el templo ni siquiera aquellas cosas que quería que se ofrecieran en el templo, evidentemente por el afán de avaricia o fraude, que suele ser el crimen propio de los comerciantes, ¿con cuánta más severidad crees que castigaría si encontrara allí a algunos dedicados a la risa o al vano

discurso, o entregados a cualquier otro vicio? Pues si el Señor no permite que se lleven a cabo negocios temporales en su casa, que podrían llevarse a cabo libremente en otro lugar, ¿cuánto más merecen la ira celestial aquellos que, en lugar de llevar a cabo cosas que no se permiten en ningún lugar, las llevan a cabo en edificios consagrados a Dios? Pero porque el Espíritu Santo apareció en forma de paloma sobre el Señor, correctamente los dones del Espíritu Santo se significan por las palomas. ¿Y quiénes son hoy en el templo de Dios los que venden palomas, sino aquellos que en la Iglesia reciben un precio por la imposición de manos, por la cual ciertamente se da el Espíritu Santo desde el cielo? La paloma, por lo tanto, se vende cuando la imposición de manos, por la cual se recibe el Espíritu Santo, se ofrece a cambio de un precio. Pero nuestro Redentor derriba las sillas de los que venden palomas, porque destruye el sacerdocio de tales comerciantes. De ahí que los sagrados cánones condenan la herejía simoníaca, y ordenan que sean privados del sacerdocio aquellos que buscan un precio por otorgar órdenes. Por lo tanto, se derriba la silla de los que venden palomas, porque aquellos que venden la gracia espiritual, ya sea ante los ojos humanos o ante los ojos de Dios, son privados del sacerdocio.

Y no permitía que nadie llevase vasija alguna por el templo. Se refiere a las vasijas que introducían con el propósito de comerciar. De lo contrario, lejos esté que el Señor echara del templo las vasijas dedicadas a Dios, o prohibiera que se introdujeran en el templo, donde mostró el ejemplo de su futuro juicio; más bien elimina las vasijas inmundas y profanas del templo, y prohíbe que se introduzcan nuevamente, cuando no solo expulsa y destierra a todos los reprobos de la Iglesia, sino que también, para que no entren más a perturbar la Iglesia, los reprime con un castigo eterno. Pero también en el presente, esta es la verdadera casa del Señor, es decir, la purificación del corazón de los fieles, para que no solo los pecados que había sean eliminados por la compunción divina enviada, sino que también la gracia divina perseverante los ayude a que no vuelvan a repetirse.

Y enseñaba, diciéndoles: ¿No está escrito que mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Para todas, dice, no para una sola nación judía, ni en un solo lugar de la ciudad de Jerusalén, sino en todo el mundo, y no ya de toros, cabras y carneros, sino de oración.

Pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Pues ciertamente no era dudoso que los que residían en el templo para recibir dones, buscaran lesiones de algunos que no daban. Por lo tanto, la casa de oración se había convertido en cueva de ladrones, porque solían estar en el templo para perseguir corporalmente a los que no daban dones, o para matar espiritualmente a los que daban. También el templo y la casa de Dios es la misma mente y conciencia de los fieles, que si alguna vez en la lesión del prójimo produce pensamientos perversos, es como si residieran en una cueva de ladrones. Y matan a los que caminan simplemente, cuando clavan espadas en aquellos que no son culpables de ninguna lesión. Pues la mente de los fieles ya no es casa de oración, sino cueva de ladrones, cuando, dejando la inocencia y la simplicidad de la santidad, intenta hacer aquello con lo que puede dañar a los prójimos.

Y por la mañana, al pasar, vieron la higuera seca desde las raíces. No solo las ramas o los troncos de la higuera infructuosa, sino también la misma raíz, al secarse, mostró la sentencia de reprobación divina en ella. Y Juan dice que el hacha está puesta a la raíz de los árboles (Mateo III). Por lo tanto, la higuera se secó desde las raíces, para mostrar que la nación impía no debía ser corregida temporalmente o en parte por los ataques de los extranjeros, y luego, con el Señor teniendo misericordia, después de haber hecho penitencia, ser restaurada a la libertad antigua, como a menudo se refiere en la historia sagrada; sino que debía ser golpeada con una condenación eterna, se secó desde las raíces, para mostrar que el pueblo impío no solo sería despojado de la gloria humana exterior, sino también del favor divino interior. Pues

perdió tanto la salvación y la vida que podía recibir en los cielos, como la patria que ya había recibido en la tierra.

Y respondiendo Jesús, les dijo: Tened fe en Dios. En verdad os digo, que cualquiera que diga a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que lo que dice se hará, le será hecho. Los gentiles que escribieron maldiciones contra la Iglesia suelen reprochar a los nuestros que no tienen plena fe en Dios, porque nunca han podido trasladar montañas. A estos se les debe responder que no todo lo que se ha hecho en la Iglesia está escrito, como también nuestra Escritura testifica sobre los hechos del mismo Cristo, nuestro Dios y Señor. Por lo tanto, también esto podría haberse hecho, que una montaña fuera quitada de la tierra y arrojada al mar, si la necesidad lo hubiera requerido. Como leemos que se hizo por las oraciones del bienaventurado padre Gregorio de Neocesarea, obispo del Ponto, un hombre de méritos y virtudes excepcionales, para que una montaña se moviera en la tierra tanto como los habitantes de la ciudad necesitaban. Pues queriendo construir una Iglesia en un lugar adecuado, vio que era más estrecho de lo que la situación requería, porque de un lado estaba limitado por una roca del mar y del otro por una montaña cercana, fue de noche al lugar, y de rodillas rogó al Señor de su promesa, que moviera la montaña más lejos según la fe del que pedía. Y al amanecer, al regresar, encontró que la montaña había dejado tanto espacio a los constructores de la iglesia como necesitaban. Por lo tanto, este hombre, o cualquier otro de igual mérito, podría haber obtenido del Señor, por el mérito de la fe, que incluso una montaña fuera quitada y arrojada al mar. Sin embargo, porque a veces el diablo se significa con el nombre de montaña, evidentemente por la soberbia con la que se levanta contra Dios y quiere ser semejante al Altísimo, la montaña es quitada de la tierra por el mandato de aquellos que son fuertes en la fe, y arrojada al mar, cuando al predicar la palabra los doctores santos, el Espíritu inmundo es expulsado del corazón de aquellos que están predestinados a la vida, y se le permite ejercer la locura de su tiranía en las mentes turbulentas y amargas de los infieles. No porque antes no hubiera tenido allí también su sede y reino, sino porque se ensaña tanto más ferozmente contra aquellos a quienes puede, cuanto más se duele de haber sido expulsado por la herida de los piadosos. A lo cual es semejante aquello del Apocalipsis: Y el segundo ángel tocó la trompeta, y como una gran montaña ardiendo en fuego fue arrojada al mar (Apoc. VIII). Pues al tocar el ángel la trompeta, la montaña ardiendo en fuego fue arrojada al mar, porque, al predicar la palabra el doctor de la verdad, el antiguo enemigo, encendido por las llamas de la envidia, se acercó para corromper más gravemente las almas de los perversos, para vengar su expulsión de los fieles en los infieles.

Y cuando estéis de pie para orar, perdonad si tenéis algo contra alguien, para que también vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone vuestros pecados, etc. Se debe notar la distinción de los que suplican. Quien tiene una fe perfecta, que obra por el amor, ese al orar, o incluso al mandar, puede trasladar montañas espirituales. Como hizo Pablo con el mago Elimas, a quien privó de los ojos y de su arte nefanda. Como con la pitonisa en Filipos, de la cual expulsó el espíritu maligno, una montaña ciertamente muy soberbia. Pero esa misma montaña arrojada al mar, cuánto fuego furibundo le trajo, lo enseñó inmediatamente la persecución de los gentiles contra él. Pero aquellos que aún no pueden ascender a la cumbre de tal perfección, pidan que se les perdonen los pecados, para que merezcan entrar en la vida eterna, y sin duda obtendrán lo que piden, si primero perdonan a los que pecan contra ellos. Pero si desprecian hacer esto, no solo no pueden hacer virtudes orando, sino que tampoco pueden obtener el perdón de sus propios pecados.

Y cuando estaba caminando en el templo, se acercan a él los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos, y le dicen: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te dio esta autoridad para hacer esto? De diversas maneras traman la misma calumnia que antes, cuando dijeron: En Beelzebú, príncipe de los demonios, expulsa los demonios. Pues cuando dicen, ¿Con qué autoridad haces estas cosas? dudan de la autoridad de Dios, y quieren que se entienda que lo que hace es del diablo. Añadiendo también: ¿Quién te dio esta autoridad? niegan manifiestamente al Hijo de Dios, a quien piensan que no hace señales con sus propias fuerzas, sino con fuerzas ajenas.

Pero Jesús respondiendo les dijo: Os haré una pregunta, y respondedme, y os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres? Respondedme. El Señor podría haber refutado la calumnia de los tentadores con una respuesta abierta, pero prudentemente pregunta, para que sean condenados por su propio silencio o sentencia.

Pero ellos pensaban entre sí diciendo: Si decimos, del cielo, nos dirá: ¿Por qué entonces no le creísteis? Pues a quien confesáis que tuvo profecía del cielo, me dio testimonio, y de él oísteis con qué autoridad hago estas cosas.

Si decimos de los hombres, tememos al pueblo. Porque todos tenían a Juan por un verdadero profeta. Vieron, pues, que cualquiera de estas respuestas los haría caer en una trampa, temiendo la lapidación, pero temiendo más la confesión de la verdad.

Y respondiendo dicen a Jesús: No sabemos. Y respondiendo Jesús les dijo: Ni yo os digo con qué autoridad hago estas cosas. No os digo lo que sé, porque no queréis confesar lo que sabéis. Justamente rechazados, ciertamente se fueron confundidos. Y se cumplió lo que en el salmo dice Dios Padre por el profeta: Preparé una lámpara para mi Cristo, es decir, el mismo Juan. A sus enemigos los vestiré de confusión (Sal. CXXXI). Se debe notar que por dos razones principalmente se debe ocultar el conocimiento de la verdad a los que preguntan. Cuando, a saber, el que pregunta, o es menos capaz de entender lo que pregunta, o por odio o desprecio de la misma verdad es indigno de que se le deba revelar lo que pregunta. Por una de estas razones el Señor dice: Aún tengo muchas cosas que deciros, pero no las podéis llevar ahora. Por la otra razón mandó a los discípulos: No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos.

## CAPÍTULO XII.

Y comenzó a hablarles en parábolas: Plantó un hombre una viña, y la cercó con un seto, y cavó un lagar, y edificó una torre. Este hombre que plantó la viña es el mismo que en otra parábola contrató obreros para su viña. Quien plantó la viña de la que Isaías habla plenamente en un cántico, al final diciendo: La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel. Y en el salmo, Trasplantaste una viña de Egipto, expulsaste a las naciones y la plantaste. Y la cercó con un seto, ya sea el muro de la ciudad o la ayuda de los ángeles. Y cavó en ella un lagar, ya sea el altar o aquellos lagares de los que tres salmos llevan el título, el octavo, el ochenta y el ochenta y tres. Y edificó una torre, sin duda el templo del que se dice por Miqueas: Y tú, torre del rebaño, hija de Sion.

Y la arrendó a labradores. A quienes en otro lugar llamó obreros de la viña, que fueron contratados a la primera, tercera, sexta y novena hora. Y se fue lejos, no por cambio de lugar. Pues, ¿de dónde puede estar ausente Dios, que llena todas las cosas? Y quien dice por

Jeremías: ¿Soy yo un Dios de cerca, y no de lejos? dice el Señor. Pero parece alejarse de la viña, para dejar a los viñadores el libre albedrío de obrar.

Y envió a los labradores en el tiempo un siervo, para que de los labradores recibiera del fruto de la viña. Pero ellos, tomándolo, lo golpearon y lo dejaron ir vacío. Bien puso el tiempo de los frutos, no la cosecha. Pues no hubo fruto del pueblo contumaz, no se encontró cosecha de esta viña, aunque se buscara con frecuencia y diligencia. El siervo que fue enviado primero se entiende como el legislador Moisés, quien durante cuarenta años continuos buscó algún fruto de la ley que había dado, de los cultivadores, pero lo dejaron ir vacío después de golpearlo. Pues irritaron a Moisés en el campamento, y a Aarón, el santo del Señor. Y Moisés se afligió por ellos, porque exacerbaron su Espíritu. Y este mismo siervo declara abiertamente lo que piensa del fruto de esta viña, diciendo en un cántico: Porque la viña de Sodoma es su viña, y su rama de Gomorra. Su uva es uva de hiel, y racimo de amargura en ellos, el furor de los dragones es su vino, y el furor de las áspides es incurable (Deut. XXXII).

Y de nuevo envió a ellos otro siervo, y a este lo hirieron en la cabeza y lo trataron con desprecio. El otro siervo significa al rey profeta David y a los demás salmistas, que fueron enviados después de Moisés, para que con la modulación de los salmos y la dulzura de la cítara, despertaran a los cultivadores de la viña al ejercicio de las buenas obras. Pues el mismo David, que elevaba el corazón del pueblo a desear las cosas celestiales, entre los ritos de las víctimas carnales, estableció que las alabanzas del Señor se cantaran continuamente con suave melodía. Pero a este también lo hirieron en la cabeza con desprecio, porque despreciando los cánticos de los salmistas que llamaban a la alabanza del Señor, rechazaron al mismo que había brillado como cabeza de la salmodia en el Espíritu Santo y fuente, David. Pues diciendo: ¿Qué parte tenemos en David, o qué herencia en el hijo de Isaí? (III Reyes XII), cambiaron su reino con una estirpe ignoble, y su religión con impiedad. Sin embargo, él oraba por esta viña, que, trasplantada de Egipto, había protegido con su sombra los montes de Palestina, para que no fuera exterminada de raíz: Señor Dios de los ejércitos, vuélvete ahora, mira desde el cielo, y ve, y visita esta viña, y dirige la que plantó tu diestra (Sal. LXXIX). Donde también expuso quién es ese hombre que plantó esta viña, a saber, el Señor Dios de los ejércitos.

Y de nuevo envió a otro, y a este lo mataron, y a muchos otros, a algunos golpeándolos, a otros matándolos. Entiende al tercer siervo con sus compañeros como el coro de los profetas, que con continuas advertencias convocaron al pueblo, y predijeron los males que se avecinaban a esta viña. Pero, ¿a qué profeta no persiguieron? Y mataron a los que anunciaban la venida del Señor Salvador (Hechos VII). Y todos estos dijeron mucho sobre la esterilidad de esta viña, pero basta con poner el lamento de un solo Jeremías. Yo te planté como una viña escogida, toda semilla verdadera, ¿cómo te has convertido en una viña extraña y perversa? (Jer. II). Estos tres grados de siervos pueden comprender la figura de todos los doctores bajo la ley, como el Señor manifiestamente pronuncia en otro lugar, diciendo: Porque es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos acerca de mí (Luc. XXIV).

Aún teniendo un hijo amado, lo envió a ellos el último, diciendo: Respetarán a mi hijo. Lo que dice: Respetarán a mi hijo, no proviene de la ignorancia. ¿Qué puede ignorar el padre de familia, que en este lugar se entiende como Dios Padre? Pero siempre se dice que Dios duda, para que se reserve al hombre la libre voluntad. Preguntemos a Arrio y a Eunomio. He aquí que se dice que el Padre ignora, y modera su sentencia, y en cuanto a nosotros, se prueba que ha mentado. Lo que respondan por el Padre, entiéndanlo por el Hijo, que dice ignorar el día de la consumación.

Pero los labradores dijeron entre sí: Este es el heredero, venid, matémoslo, y la herencia será nuestra. El Señor prueba manifiestamente que los príncipes de los judíos no crucificaron al Hijo de Dios por ignorancia, sino por envidia. Pues entendieron que este era a quien se le dijo: Pídeme, y te daré las naciones por herencia (Sal. II). Y por eso, como si consultaran entre sí, decían: He aquí que todo el mundo va tras él. Y si lo dejamos así, todos creerán en él (Juan XII). La herencia del Hijo es la Iglesia, dada a él de todas las naciones, que no le fue dejada por el Padre al morir, sino que él mismo la adquirió maravillosamente con su muerte, y la poseyó resucitando. Pero esta, al matarlo, los malos labradores intentaron arrebatar, cuando crucificando a él, los judíos intentaron extinguir la fe que es por él, y más bien preferir su propia justicia que es de la ley, e intentar injertar a las naciones para ser instruidas.

Y tomándolo, lo mataron, y lo echaron fuera de la viña. Nota su pertinaz malicia, que ni siquiera al Señor crucificado y resucitado de entre los muertos quisieron creer a la predicación de los apóstoles, sino que como un cadáver vil lo arrojaron. Porque en cuanto a ellos, excluyéndolo de sus dominios, lo dieron a las naciones para ser recibido.

¿Qué hará, pues, el Señor de la viña? Vendrá y destruirá a los labradores, y dará la viña a otros. Este versículo el Señor lo explicó inmediatamente en Mateo, diciendo: Por tanto os digo que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a una nación que produzca sus frutos (Mat. XXI). Lo cual también había mostrado figuradamente, cuando en ejemplo de los judíos incrédulos maldijo a la higuera infructuosa. Que, por el contrario, después creyentes, ya sean de los judíos o de los gentiles, comparó a un árbol fructífero y excelente, diciendo: Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto (Juan XV). Pero cuando dijo que viniendo el Señor de la viña después de la perdición de los malos labradores, daría la viña a otros, afirmó inmediatamente que esto mismo había sido divinamente procurado, añadiendo:

¿Ni siquiera habéis leído esta Escritura: La piedra que desecharon los edificadores, esta ha venido a ser cabeza del ángulo? De parte del Señor ha sido hecho esto, y es maravilloso a nuestros ojos. ¿Cómo, dice, se cumplirá esta profecía, que dice que la piedra desechada por los edificadores será puesta en la cabeza del ángulo, sino porque Cristo, rechazado por vosotros y muerto, será predicado a los gentiles que creerán, para que como piedra angular una a dos en sí mismo, y de ambos pueblos edifique una sola ciudad de fieles, un solo templo? Pues a los mismos maestros de la Sinagoga que antes llamó labradores, ahora llama edificadores. Porque quienes debían cultivar al pueblo sometido a ellos como una viña para que diera frutos de vida, también se les mandaba construir y adornar esta como una casa digna de ser habitada por Dios. Por lo cual también el Apóstol escribiendo a los fieles, dice: Sois labranza de Dios, edificio de Dios (I Cor. III). Pero quienes negaban devolver el fruto de la viña de Dios como los peores labradores, los mismos como malos albañiles se esforzaban por sustraer la piedra preciosa y escogida que debía ser puesta ya sea en los cimientos o en el ángulo, es decir, intentaban arrebatar la fe de Cristo a sus oyentes.

Y buscaban prenderle, y temieron a la multitud. Porque entendieron que contra ellos había dicho esta parábola, y dejándole se fueron. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas, como si el Señor mintiera contra ellos, buscaban matarlo. Pero al buscar esto mismo, enseñaban que eran verdaderas las cosas que había dicho. Pues él es el heredero, cuya injusta muerte decía que sería vengada por el Padre. Aquellos malos labradores, que al querer matar al Hijo de Dios se retrasaron por un poco de tiempo por temor humano, hasta que llegara su hora, nunca pudieron ser contenidos por el amor divino. En sentido moral, ciertamente, a cada uno de los fieles cuando se le confía el misterio del bautismo para que lo ejerza obrando,

se le alquila como una viña para que la cultive. Se envía un siervo, otro, y un tercero, para que reciban del fruto, cuando se lee la ley, la salmodia, la profecía, cuya advertencia sigue obrando bien. Pero el siervo enviado es despreciado o golpeado y expulsado, cuando la palabra escuchada es despreciada, o (lo que es peor) incluso blasfemada. El heredero enviado además (en cuanto a él) es matado, quien también pisotea al Hijo de Dios, y hace afrenta al espíritu de gracia, por el cual fue santificado. Al perder al mal cultivador, la viña será dada a otro, cuando el don de la gracia que el soberbio despreció, enriquecerá a cualquiera humilde. Pero también esto que los príncipes de los sacerdotes, escribas y ancianos al buscar poner mano en Jesús, son retenidos por temor a la multitud, se realiza diariamente en la Iglesia, cuando cualquiera que solo de nombre es hermano, la unidad de la fe y paz eclesiástica que no ama, por la multitud de buenos hermanos que cohabitan, o se avergüenza, o teme atacar. Pero como el Señor dice del avestruz más tonto de las aves, cuando llegue el momento, levanta sus alas en alto, porque al perseguir a la Iglesia se alegrará de tenerla como el Señor crucificado y expuesto.

Y envían a él algunos de los fariseos y herodianos, para atraparlo en su palabra. Llama herodianos a los soldados de Herodes el tetrarca, quien también estaba entonces en Jerusalén, y en despreciar y ridiculizar al Señor consentía con Pilato y los judíos, como testifica el evangelista Lucas. Buscando, pues, los sumos sacerdotes, escribas y ancianos prender al Señor, temieron a la multitud. Y por eso, como no podían por sí mismos, intentaban hacerlo por manos del poder terrenal, para que parecieran inmunes de su muerte. Pues recientemente bajo César Augusto, Judea había sido sometida a los romanos, cuando en todo el mundo se celebró el censo, y se había hecho tributaria, y había en el pueblo una gran sedición, diciendo unos que por la seguridad y tranquilidad, por la cual los romanos luchaban por todos, se debían pagar tributos; pero los fariseos, que se jactaban de su justicia, por el contrario, insistían en que el pueblo de Dios, que pagaba diezmos, y daba primicias, y las demás cosas que están escritas en la ley, no debía estar sujeto a leyes humanas. La llama de esta sedición creció tanto, que después de la resurrección del Señor, insistiendo los romanos, prefirieron perder su patria, su nación, y su reino, incluso aquel augusto templo con su religión, y la misma luz, que pagar tributos.

Quienes viniendo le dicen: Maestro, sabemos que eres veraz, y no te importa nadie. Pues no miras la apariencia del hombre, sino que enseñas el camino de Dios en verdad. ¿Es lícito dar tributo al César, o no daremos? La pregunta halagadora y fraudulenta provoca al que responde, para que tema más a Dios que al César, y diga que no se deben pagar tributos, para que inmediatamente los herodianos que escuchan lo prendan como autor de sedición contra los romanos.

Pero él, sabiendo su astucia, les dijo: ¿Por qué me tentáis? Traedme un denario para que lo vea. Y ellos se lo trajeron. La sabiduría siempre actúa sabiamente, para que los tentadores sean refutados por sus propias palabras: Traedme, dice, un denario. Este es el tipo de moneda que se contaba por diez monedas, y tenía la imagen del César.

Y les dijo: ¿De quién es esta imagen y la inscripción? Aquellos que piensan que la pregunta del Salvador es por ignorancia y no por disposición, aprendan de este lugar que Jesús ciertamente podría saber de quién era la imagen en la moneda: pero pregunta para responder adecuadamente a su discurso. Ellos dijeron: Del César. Respondiendo Jesús, les dijo: Dad, pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Lo que dijo: Dad al César lo que es del César, la moneda, el tributo y el dinero; y lo que es de Dios, a Dios, entendamos las décimas, primicias, ofrendas y sacrificios. Así como Él mismo paga tributos por Él y por

Pedro, y a Dios le dio lo que es de Dios, haciendo la voluntad del Padre. De otra manera: Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Así como el César exige de nosotros la impresión de su imagen, así también Dios, para que así como a aquel se le devuelve la moneda, así a Dios se le devuelva el alma iluminada y sellada con la luz de su rostro. De donde el salmista: Está sellada, dice, en nosotros la luz de tu rostro, Señor (Salmo IV).

Esta luz es también todo el hombre, y el verdadero bien, que no se ve con los ojos sino con la mente. Dijo sellada en nosotros, como un denario se sella con la imagen del rey. Pues el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, la cual corrompió pecando. Su bien, por tanto, es verdadero y eterno si al renacer es sellado.

Y se maravillaban de Él. Quienes debieron creer por tanta sabiduría, se maravillaron, porque su astucia para tender trampas no encontró lugar. Y, como escribe Mateo, dejándolo, se fueron, llevando consigo la incredulidad junto con el milagro.

Y vinieron a Él los saduceos, que dicen que no hay resurrección. Había dos herejías entre los judíos, una de los fariseos y otra de los saduceos. Los fariseos preferían la justicia de las tradiciones y observancias que ellos llaman deuterosis, de donde también eran llamados separados por el pueblo. Los saduceos, que se interpretan como justos, también reclamaban para sí lo que no eran. Los primeros creían en la resurrección del cuerpo y del alma, y confesaban ángeles y espíritus, mientras que los segundos, según los Hechos de los Apóstoles, negaban todo.

Y le preguntaban diciendo: Maestro, Moisés nos escribió que si el hermano de alguien muere y deja esposa, y no deja hijos, tome su hermano a la esposa de él y levante descendencia a su hermano. Había, pues, siete hermanos, y el primero tomó esposa, y murió sin dejar descendencia, etc. Quienes no creían en la resurrección de los cuerpos, juzgando que las almas perecen con los cuerpos, inventan correctamente esta fábula que acusa de delirio a quienes afirman la resurrección de los cuerpos. Sin embargo, puede suceder que esto realmente haya ocurrido alguna vez en su pueblo.

En la resurrección, pues, cuando resuciten, ¿de quién de ellos será esposa? Pues los siete la tuvieron por esposa. Oponen la torpeza de la fábula para negar la verdad de la resurrección; pero mística y espiritualmente, estos siete hermanos que murieron sin hijos corresponden a todos los reprobos, que a lo largo de esta vida del siglo, que se desarrolla en siete días, son estériles en buenas obras. A quienes, arrebatados por una muerte miserable, al final, también la misma vida mundana, que ellos llevaron sin fruto de obra vital, pasará como una esposa infecunda.

Y respondiendo Jesús, les dijo: ¿No es por esto que erráis, no conociendo las Escrituras ni el poder de Dios? Erran porque no conocen las Escrituras. Y porque ignoran las Escrituras, consecuentemente no conocen el poder de Dios, es decir, a Cristo, que es el poder de Dios y la sabiduría de Dios (I Cor. I).

Porque cuando resuciten de entre los muertos, ni se casarán ni se darán en matrimonio, sino que serán como los ángeles en los cielos. La costumbre latina no responde al idioma griego. Casarse propiamente se dice de las mujeres, y los hombres toman esposas. Pero entendamos simplemente que se ha dicho casarse de los hombres, y ser casados de las mujeres. Si en la resurrección no se casarán ni se darán en matrimonio, resucitarán, pues, cuerpos que pueden casarse y ser casados. Nadie dice de una piedra o un árbol, y de estas cosas que no tienen miembros genitales, que no se casan ni se dan en matrimonio, sino de aquellos que, aunque

pueden casarse, por alguna razón no se casan. Pero lo que se añade: Sino que son como los ángeles en los cielos, se promete una conversación espiritual. Son como los ángeles en los cielos, quienes renovados por la gloria de la resurrección, sin temor a la muerte, sin mancha de corrupción, sin acto de estado terrenal, disfrutaban de la visión perpetua de Dios. A la cual es necesario que quien desee ascender a la igualdad de dignidad angélica, ahora condescendiendo piadosamente con los hermanos más pequeños.

En cuanto a los muertos, que resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, en el pasaje de la zarza, cómo le dijo Dios: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Para comprobar la verdad de la resurrección, pudo haber usado ejemplos mucho más manifiestos, de los cuales está también aquel: Resucitarán los muertos, y resurgirán los que están en los sepulcros. Y en otro lugar: Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se levantarán, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión eterna (Dan. XII). Se pregunta, pues, qué quiso decir el Señor al presentar este testimonio, que parece ambiguo, o no se refiere suficientemente a la verdad de la resurrección. Arriba dijimos que los saduceos, que no confesaban ni ángeles, ni espíritu, ni resurrección de los cuerpos, también predicaban la destrucción de las almas. Estos solo aceptaban los cinco libros de Moisés, rechazando las profecías de los profetas. Por tanto, era insensato presentar testimonios de allí, cuya autoridad no seguían. Para probar la eternidad de las almas, pone el ejemplo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. E inmediatamente añade:

No es Dios de muertos, sino de vivos. Para que, al probar que las almas permanecen después de la muerte (pues no podría ser que Él fuera Dios de aquellos que no existieran), consecuentemente se introdujera también la resurrección de los cuerpos, que junto con las almas hicieron el bien o el mal.

Y se acercó uno de los escribas que había oído a aquellos discutir. Y viendo que les había respondido bien, le preguntó cuál era el primer mandamiento de todos. Jesús le respondió que el primer mandamiento de todos es: Escucha, Israel, el Señor tu Dios, el Señor es uno. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el primer mandamiento. Y el segundo es semejante a este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Dice que el primer y mayor mandamiento de todos es este, que antes de todo debemos colocar en lo más íntimo de nuestro corazón, como el único fundamento de la piedad. Lo cual demostró más claramente en la conclusión, cuando dijo: No hay otro mandamiento mayor que estos. Por tanto, el primer y mayor mandamiento de todos es el conocimiento y la confesión de la unidad divina con la ejecución de buenas obras. Y la buena obra se perfecciona en el amor a Dios y al prójimo. Que brevemente el Apóstol recomienda con otras palabras, diciendo: Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor (Gál. V).

Y el escriba le dijo: Bien, maestro, has dicho la verdad, porque uno es Dios, y no hay otro fuera de Él. Y que sea amado con todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma y con toda la fuerza, y amar al prójimo como a uno mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios. Se muestra por esta respuesta del escriba que a menudo entre los escribas y fariseos se debatía gravemente cuál era el primer o mayor mandamiento de la ley divina, algunos alabando las ofrendas y sacrificios, otros prefiriendo con mayor autoridad las obras de fe y amor, porque muchos de los padres antes de la ley, sin ninguna costumbre de víctimas y sacrificios, solo por la fe que obra por el amor, agradaron a Dios, y fueron tenidos en el más alto lugar ante Él; pero nadie jamás, sin fe y amor, solo por holocaustos y sacrificios, se encontró que agradara a Dios. En esta sentencia también se declaró que este escriba había estado.

Jesús, viendo que había respondido sabiamente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios. No estaba lejos del reino de Dios, porque se probó que era partidario de aquella sentencia que es propia del Nuevo Testamento y de la perfección evangélica. Por lo cual es necesario investigar más cuidadosamente cómo dice Mateo que este escriba o doctor de la ley (como él lo llama) tentó al Señor, preguntándole sobre el primer o mayor mandamiento, a quien según este evangelista el Señor asegura que no está lejos del reino de Dios, cuando consta que aquellos que buscan la sabiduría tentando no pueden encontrarla, y por tanto tampoco pueden acercarse a la puerta del reino celestial que solo se abre a los sabios. Porque dice la Escritura: Y en la simplicidad del corazón buscadlo, porque se encuentra por aquellos que no lo tientan (Sab. I). A menos que digamos que, aunque se acercó para tentar al Señor, al escuchar su respuesta, corregido, inmediatamente regresó a la gracia de la piedad; y a quien antes pensaba engañar tentando, después reconoció que debía seguir abrazándolo. O ciertamente no tomemos la tentación misma como mala, como si quisiera engañar al enemigo, sino más bien cauta, como si quisiera experimentar más al desconocido. Porque no en vano está escrito: El que fácilmente cree, será disminuido de corazón (Ecli. XIX).

Y nadie se atrevía ya a preguntarle. Los fariseos y saduceos, y los demás príncipes de los judíos buscando ocasión de calumnia, y encontrar alguna palabra que se prestara a sus insidias, porque fueron refutados en sus discursos, ya no preguntan, sino que lo entregan abiertamente a la potestad romana. De lo cual entendemos que los venenos de la envidia pueden ser superados, pero difícilmente se aquietan.

Y respondiendo Jesús, decía enseñando en el templo: ¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David? Pues el mismo David dice en el Espíritu Santo: Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Pues el mismo David lo llama Señor, ¿y cómo es su hijo? La pregunta de Jesús nos beneficia hasta hoy contra los judíos. Y estos que confiesan que el Cristo ha de venir, afirman que es un hombre simple y santo del linaje de David. Preguntemos, pues, a ellos, enseñados por el Señor, si es un hombre simple, y solo hijo de David, ¿cómo lo llama David su Señor, no por error incierto, ni por voluntad propia, sino en el Espíritu Santo? No se les reprende porque digan que es hijo de David, sino porque no creen que es Hijo de Dios: pues Él mismo es Señor de David, siendo Dios antes de los tiempos, y apareció como hijo de David, hombre al final del tiempo naciendo. Pero que el Padre le someta a los enemigos, no significa la debilidad del Hijo, sino la unidad de naturaleza, porque en uno actúa el otro. Pues también el Hijo somete a los enemigos al Padre, porque glorifica al Padre sobre la tierra.

Y les decía en su doctrina: Guardaos de los escribas que quieren andar con vestiduras largas, y ser saludados en las plazas, y sentarse en las primeras sillas en las sinagogas, y ocupar los primeros asientos en los banquetes. Andar con vestiduras largas significa salir al público vestidos con ropas más elegantes, en lo cual, entre otras cosas, se describe que pecó aquel rico que banqueteaba espléndidamente cada día. Sin embargo, es de notar que no prohíbe ser saludados en las plazas, ni sentarse o reclinarsse en los primeros lugares a aquellos a quienes esto les corresponde por orden de oficio, sino que enseña que aquellos que aman indebidamente estas cosas, ya sea que las tengan o no, deben ser evitados por todos los fieles como impropios, reprendiendo justamente el ánimo, no el grado: aunque tampoco carece de culpa si los mismos participan en litigios en las plazas, quienes desean ser llamados maestros en la cátedra de Moisés en la sinagoga. Por dos razones, ciertamente, se nos manda atender a los que desean la vana gloria, estimando que las cosas que hacen son buenas y deben hacerse, o nos inflamamos de emulación, alegrándonos en vano de ser alabados en los bienes que simulan.

Que devoran las casas de las viudas con pretexto de largas oraciones, estos recibirán mayor condenación. No solo dice, recibirán condenación, sino que añade mayor, para insinuar que también aquellos que oran de pie en las esquinas para ser vistos por los hombres merecen condenación, pero que aquellos que hacen esto más largamente como si fueran más religiosos, no solo buscan alabanzas de los hombres, sino también dinero, deben ser castigados con un juicio más severo. Porque hay quienes, simulando ser justos y de gran mérito ante Dios, no dudan en recibir dinero de los más humildes y turbados por la conciencia de sus pecados, como si fueran sus defensores en el juicio; y aunque las manos extendidas del pobre suelen ayudar con oraciones, ellos, para quitarle al pobre su dinero, pasan la noche en oraciones. A quienes no sin razón les corresponde la maldición de Judas: Cuando sea juzgado, salga condenado, y su oración se convierta en pecado (Salmo CVIII). Pues sale condenado cuando es juzgado, y recibe su oración en pecado, quien habiendo sido tenido en gran estima por los hombres, en el juicio divino se descubre que no solo no puede interceder por otros, sino que ni siquiera sus propios méritos le bastan, más bien paga las penas de las mismas oraciones con las que había engañado el juicio humano.

Y sentado Jesús frente al arca del tesoro, observaba cómo la multitud echaba dinero en el arca del tesoro. Porque en griego φυλάττειν significa guardar, y gaza en lengua persa significa riquezas, el arca del tesoro suele llamarse el lugar donde se guardan las riquezas. Con este nombre se llamaba tanto al arca en la que se reunían las ofrendas del pueblo para las necesidades del templo, como a los pórticos donde se guardaban. Tienes un ejemplo de los pórticos en el Evangelio. Estas, dice, palabras habló Jesús en el arca del tesoro, enseñando en el templo (Juan VIII). Tienes del arca en el libro de los Reyes: Y Joiada el sacerdote tomó un arca del tesoro, y abrió un agujero en la parte superior y la puso junto al altar a la derecha de los que entraban en la casa del Señor. Y los sacerdotes que guardaban las puertas echaban en ella todo el dinero que se traía al templo del Señor. Y cuando veían que había mucho dinero en el arca del tesoro, subía el escriba del rey y el sacerdote, vaciaban y contaban el dinero que se encontraba en la casa del Señor (IV Reyes XII). Así que el Señor, que había advertido que se guardaran de los que desean el primado y la vana gloria, que había predicho que las oraciones simuladas recibirían mayor condenación, también distingue con cierto juicio a los que llevan dones a la casa del Señor, para retribuir a cada uno según su corazón y sus obras, porque de la misma manera siempre en la Iglesia el mismo juez interno no cesa de actuar.

Y muchos ricos echaban mucho. Pero vino una viuda pobre, y echó dos moneditas, que son un cuadrante. Los calculadores llaman cuadrante a la cuarta parte de cualquier cosa, ya sea de lugar, tiempo o dinero. Quizás, pues, en este lugar significa la cuarta parte de un siclo, es decir, cinco óbolos.

Y llamando a sus discípulos, les dijo: En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos los que han echado en el arca del tesoro. Este lugar nos indica moralmente que es aceptable a Dios cualquier cosa que ofrezcamos con buen ánimo, quien no pesa la sustancia de los oferentes, sino la conciencia, ni considera cuánto se ofrece en su sacrificio, sino de cuánto se ofrece. Según las leyes de la alegoría, los ricos que echaban ofrendas en el arca del tesoro representan a los judíos orgullosos de la justicia de la ley, mientras que la viuda pobre representa la simplicidad de la Iglesia. Que correctamente se llama pobre, porque ha rechazado el espíritu de soberbia o las concupiscencias de las cosas temporales, como riquezas del mundo. Viuda, porque su esposo sufrió la muerte por ella, y ahora en los recintos del cielo, oculto a sus ojos, vive como en parte de otra región. Esta echa en el arca del tesoro dos moneditas, porque en la presencia de la Majestad divina, donde se guardan las ofrendas de nuestra operación devota como en cierto número escritas y consignadas, lleva ya sea el

amor a Dios y al prójimo, o los dones de su fe y oración. Que considerando su propia fragilidad, son moneditas, pero por el mérito de su piadosa intención, aceptadas, superan todas las obras de los judíos soberbios.

Porque todos echaron de lo que les sobraba. Pero esta, de su pobreza, echó todo lo que tenía, todo su sustento. El judío echa de su abundancia en los dones de Dios quien, presumiendo de su propia justicia, ora así: Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, etc. (Lucas XVIII). Pero la Iglesia echa todo su sustento en los dones de Dios, porque entiende que todo lo que vive no es mérito suyo, sino don divino, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador (Ibid.). Y de nuevo: Mi fortaleza la guardaré para ti, porque tú eres mi Dios, mi defensor, mi Dios; su misericordia me precederá (Salmo LVIII).

## LIBRO CUARTO.

### CAPÍTULO XIII.

Y cuando salía del templo, le dijo uno de sus discípulos: Maestro, mira qué piedras y qué edificios. Y respondiendo Jesús, le dijo: ¿Ves todas estas grandes edificaciones? No quedará piedra sobre piedra que no sea destruida. Según la historia, el sentido es manifiesto. Pero al salir el Señor del templo, todos los edificios de la ley y la composición de los mandamientos fueron destruidos de tal manera que nada pudo ser cumplido por los judíos; y al ser quitada la cabeza, todos los miembros se golpean entre sí. Y porque, fundada la fe en las naciones, y la Iglesia de Cristo, Judea iba a pagar las penas dignas de su perfidia, el Señor, después de alabar la devoción de la Iglesia en la pobre viuda, sale del templo, y predice su futura ruina y que los edificios entonces admirables no mucho después serían arrasados. Divinamente se dispuso que, revelada por el mundo la gracia de la fe evangélica, el mismo templo que una vez fue augusto con sus ceremonias fuera quitado, para que nadie, aún pequeño y lactante en la fe, si viera que permanecían aquellas cosas hechas por los santos profetas, instituidas por el Señor, admirando lo secular sagrado, poco a poco cayera de la sinceridad de la fe que está en Cristo Jesús al judaísmo carnal. Previendo, pues, Dios nuestra debilidad, y deseando multiplicar su Iglesia, hizo que todo eso fuera subvertido y completamente quitado, para que cesando la sombra y el tipo, la misma verdad ya declarada por el mundo sostuviera la palma más verdadera.

Y cuando se sentó en el monte de los Olivos frente al templo, le preguntaron en privado Pedro, Santiago, Juan y Andrés: Dinos cuándo sucederán estas cosas, y qué señal habrá cuando todas estas cosas comiencen a cumplirse. Porque mientras algunos alababan las construcciones del templo, el Señor había respondido abiertamente que todo esto sería destruido, los discípulos en secreto preguntan sobre el tiempo y las señales de la destrucción predicha. El Señor se sienta en el monte de los Olivos frente al templo, mientras discute sobre la ruina del templo y la destrucción de la nación, para que incluso la posición de su cuerpo concuerde con las palabras que habla, designando místicamente que, permaneciendo en paz en los santos, detesta la locura de los soberbios. ¿Quién no ve que el monte de los Olivos designa la fructífera altura de la santa Iglesia, que el Señor siempre se deleita en habitar? Porque evidentemente ese monte no solía tener árboles infructuosos y un bosque estéril, sino que solía producir olivos, con los cuales se alimenta la luz para repeler las sombras de la noche, se curan las enfermedades y se otorga descanso a los cansados. Todo esto se prueba que ocurre especialmente en la Iglesia cuando dice: Pero yo, como un olivo fructífero en la casa del Señor, esperaré en la misericordia de mi Dios (Salmo LI).

Y respondiendo Jesús, comenzó a decirles: Mirad que nadie os engañe. Porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: Yo soy, y engañarán a muchos. Muchos, ante la inminente destrucción de Jerusalén, surgieron como líderes que decían ser cristos, y afirmaban que el tiempo de la libertad estaba ya muy cerca. Muchos en la Iglesia, incluso en los tiempos de los apóstoles, surgieron como herejes que, entre muchas otras cosas contrarias a la verdad, predicaban que el día del Señor estaba cerca. A quienes el Apóstol condena en la Epístola a los Tesalonicenses. Muchos en nombre de Cristo vinieron como anticristos, de los cuales el primero es Simón el Mago: a quien, como leemos en los Hechos de los Apóstoles, escuchaban todos los que estaban en Samaria, desde el menor hasta el mayor, diciendo: Este es el poder de Dios que se llama grande, porque durante mucho tiempo los había enloquecido con sus artes mágicas (Hechos VIII).

Pero cuando oigáis de guerras y rumores de guerras, no os alarméis. Porque es necesario que suceda, pero aún no es el fin. Las guerras pertenecen a los enemigos, las sediciones a los ciudadanos. Ambas cosas, desde el tiempo de la pasión del Señor, han abundado en el pueblo judío, que eligió para sí a un ladrón sedicioso en lugar de al Salvador Cristo. Pero con la llegada de estas cosas, los apóstoles son advertidos de no asustarse, de no abandonar Jerusalén y Judea, porque evidentemente el fin no es inmediato, sino que debe diferirse hasta el año cuarenta, es decir, la desolación de la provincia, y seguir el último exterminio de la ciudad y el templo.

Se levantará nación contra nación, y reino contra reino, y habrá terremotos en diversos lugares, y pestilencias y hambres. Esto es el principio de los dolores. En el Evangelio de Lucas está escrito: Y habrá grandes terremotos en diversos lugares, y pestilencias y hambres (Lucas XXI). Sin embargo, se sabe que esto ocurrió antes de los últimos y más amargos dolores, con los cuales toda la provincia fue devastada, o más bien borrada, es decir, en el tiempo de la sedición judía, literalmente. Pero el reino contra reino, y la pestilencia de aquellos cuyo discurso se extiende como cáncer, y el hambre de oír la palabra de Dios, y la conmoción de toda la tierra, y la separación de la verdadera fe, se puede entender más en los herejes, que, luchando entre sí, hacen la victoria de la Iglesia. Pero que con razón Jerusalén y toda la provincia de los judíos debieron sufrir tantas adversidades, el Señor lo manifiesta añadiendo cuando dice:

Mirad por vosotros mismos, porque os entregarán a los concilios, y en las sinagogas seréis azotados, y estaréis ante reyes y gobernadores por causa de mí, para testimonio a ellos. Porque esta era la única o la mayor causa de la destrucción de la nación judía, porque después de la muerte del Señor Salvador, también atormentaba con impía crueldad a los heraldos y confesores de su nombre y fe.

Y es necesario que primero se predique el Evangelio de Dios a todas las naciones. Esto se ha cumplido, como atestiguan las historias eclesiásticas, en las cuales se relata que todos los apóstoles, mucho antes de la destrucción de la provincia de Judea, fueron dispersados por todo el mundo para predicar el Evangelio, excepto Santiago Zebedeo y Santiago el hermano del Señor, quienes primero derramaron su sangre en Judea por la palabra del Evangelio. Porque el Señor sabía que los corazones de los discípulos se afligirían por la destrucción y perdición de su nación, los consuela con esto, para que sepan que, aunque los judíos sean rechazados, no les faltarán compañeros de gozo y del reino celestial, sino que muchos más de todas las naciones del mundo serán reunidos que los que perecerán de Judea.

Y cuando os lleven entregándoos, no os preocupéis de antemano por lo que habéis de decir, sino lo que os sea dado en aquella hora, eso hablad. Porque no sois vosotros los que habláis,

sino el Espíritu Santo. Cuando por causa de Cristo somos llevados ante los jueces, solo debemos expresar nuestra voluntad por Cristo. Sin embargo, es Cristo mismo quien habita en nosotros, quien habla, y se ministra la gracia del Espíritu Santo al responder.

El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo, y los hijos se levantarán contra los padres y los matarán. Y seréis odiados por todos por causa de mi nombre. Pero el que, etc. Esto lo hemos visto suceder frecuentemente en las persecuciones, y no hay afecto fiel entre aquellos cuya fe es diversa.

Pero cuando veáis la abominación de la desolación, de pie donde no debe, el que lea entienda. Por lo que dice Marcos: De pie donde no debe, en Mateo está escrito: De pie en el lugar santo (Mateo XXIV); que significa lo mismo, porque evidentemente en el lugar santo no debe estar la abominación de la desolación. Cuando se nos llama a la comprensión, se muestra que lo dicho es místico. Puede entenderse simplemente como el Anticristo, o la imagen de César que Pilato puso en el templo, o la estatua ecuestre de Adriano, que estuvo mucho tiempo en el mismo lugar del santo de los santos. La abominación también se llama ídolo según la antigua Escritura. Y por eso se añade, de la desolación, porque en el templo desolado y desierto se colocó un ídolo.

Entonces los que estén en Judea huyan a los montes. Y el que esté en el tejado, no descienda a la casa, ni entre a tomar algo de su casa. Y el que esté en el campo, no vuelva atrás a tomar su manto. Se sabe que esto se hizo literalmente cuando, con la guerra romana acercándose y el exterminio de la nación judía, advertidos por un oráculo, todos los cristianos que estaban en la provincia se alejaron, como narra la Historia eclesiástica, y sentados más allá del Jordán, permanecieron por un tiempo en la ciudad de Pella bajo la protección del rey Agripa de los judíos, de quien se hace mención en los Hechos de los Apóstoles, quien con la parte de los judíos que quería obedecerle, siempre vivía sometido al imperio romano. Según los sentidos espirituales, cuando veamos la abominación de la desolación de pie donde no debe, es decir, herejías y crímenes reinando entre aquellos que parecían estar consagrados a los misterios celestiales, cuando veamos a los que obran iniquidad, hablan mentira, hombres de sangre y engaño que el Señor abominará, perturbando la paz de los fieles, entonces cualquiera que persista en Judea, es decir, en la confesión de la verdadera fe, no debe ser esclavizado por actos terrenales y débiles, sino que debemos ascender tanto más alto al culmen de las virtudes cuanto más vemos a muchos seguir los amplios y errantes caminos de los vicios. Entonces el que esté en el tejado, es decir, el que excediendo en ánimo lo carnal, vive espiritualmente como en aire libre, no descienda a los actos bajos de la conversación anterior, ni repita los deseos del mundo y de la carne que había dejado. Nuestra casa debe entenderse como este mundo, o la misma carne en la que vivimos, de la cual dice el Apóstol: Porque sabemos que si nuestra casa terrenal de este tabernáculo se deshace, tenemos una edificación de Dios (I Cor. V). Y el que trabaja en la Iglesia, y como Pablo y Apolo planta y riega (I Cor. III), no mire la esperanza secular, a la que renunció, ni presuma imprudentemente retomar las ataduras de la vida pasajera, de las que ya se había despojado para seguir a Cristo desnudo.

¡Ay de las que estén encintas y de las que críen en aquellos días! ¡Ay de las que estén encintas y de las que críen en la presente cautividad, cuyas manos o vientres, cargados con el peso de los hijos, no poco impiden la necesidad de huir! Lee la historia de los Reyes, donde la esposa de Jonatán, al evitar el mal de la cautividad con una fuga apresurada, recibió a su hijo caído en su regazo, lisiado para siempre.

Orad, pues, para que no suceda en invierno. En Mateo está escrito: Orad para que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado. Si queremos entenderlo sobre la cautividad de

Jerusalén, cuando fue capturada por Tito y Vespasiano, deben orar para que su huida no sea en invierno ni en sábado, porque en uno la dureza del frío impide ir a la soledad y esconderse en los montes y desiertos; en el otro, es transgresión de la ley si quieren huir, o muerte inminente si se quedan. Pero si se entiende sobre la consumación del mundo, esto ordena que no se enfríe nuestra fe y caridad en Cristo, ni nos adormezcamos ociosos en el sábado de las virtudes en la obra de Dios. Esta locución del Señor se refiere en parte a la cautividad judía que fue hecha por los romanos, y en parte al día del juicio. Pues también en Mateo se lee que los discípulos preguntaron al Señor, cuando iba a decir esto: Dinos cuándo serán estas cosas y qué señal habrá de tu venida y del fin del mundo.

Porque aquellos días serán de tribulación tal, cual no ha habido desde el principio de la creación que Dios hizo hasta ahora, ni la habrá. Esto se refiere propiamente a los tiempos del Anticristo, cuando no solo se infligirán tormentos más frecuentes que antes a los fieles, sino que (lo que es más grave) la operación de señales también acompañará a los que infligen tormentos: como testifica el Apóstol, quien dice: Cuyo advenimiento es según la operación de Satanás, con toda seducción, señales y prodigios de mentira (II Tes. II). Pues cuántos milagros, cuántas virtudes hicieron a menudo los santos mártires ante los perseguidores, y sin embargo, no quisieron creer ni cesar de perseguir. ¿Quién, pues, se convertirá a la fe siendo incrédulo, cuando ya no teme ni se conmueve la fe del que ya cree, cuando el perseguidor de la piedad se convierte también en operador de virtud, y el mismo que inflige tormentos para que se niegue a Cristo, provoca con milagros para que se crea en el Anticristo? ¿Qué refugio, pues, qué esperanza quedará para los elegidos, sino que la gracia suprema que otorga la virtud de la paciencia a los piadosos, quite más rápidamente el poder de perseguir y tribular a los impíos? Por lo cual, con piedad providente, se añade.

Y si el Señor no hubiera acertado aquellos días, no se salvaría ninguna carne. Pero por causa de los elegidos que él eligió, acertó los días. Porque esta tribulación, cuanto más grave es en el peso de las presiones que las que precedieron, tanto más moderada será en la brevedad del tiempo. Pues se cree que durante tres años y medio, según se puede conjeturar de la profecía de Daniel y el Apocalipsis de San Juan, atacará a la Iglesia por todo el mundo.

Y entonces si alguno os dijere: He aquí está el Cristo, o he allí, no lo creáis. Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán señales y prodigios para seducir, si fuera posible, aun a los elegidos. Algunos refieren esto al tiempo de la cautividad judía, donde muchos diciendo ser cristos, arrastraban tras de sí a multitudes engañadas del pueblo. Pero es de notar que en aquel sitio miserable y desdichado de la ciudad no había ningún fiel, a quien debiera hacerse la exhortación divina de no seguir a los maestros perversos: sino que todos por igual, tanto los menores como los mayores, tanto los sitiados como los sitiadores, permanecían ajenos a Cristo. Por lo cual es mejor entenderlo de los herejes, que viniendo contra la Iglesia, mentían diciendo ser cristos. De los cuales el primero fue Simón el Mago, y el último, mayor que los demás, es el Anticristo.

Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas del cielo caerán. Las estrellas en el día del juicio parecerán oscuras, no porque disminuya su luz, sino por la superveniente claridad de la verdadera luz, es decir, del sumo juez, cuando venga en su majestad, y la del Padre, y de los santos ángeles; aunque nada impide entender que verdaderamente el sol y la luna con las demás estrellas sean privados de su luz por un tiempo, como se sabe que sucedió con el sol en el tiempo de la pasión del Señor. Pues la luna en aquel tiempo, estando llena, se ocultaba bajo la tierra. Por lo cual la profecía de Joel aún no se ha cumplido completamente, quien después de decir: El sol se convertirá en tinieblas, añadió: Y la luna en sangre, antes que venga el día grande y

manifiesto del Señor (Joel II). Y lo que hablando del día del juicio dice Isaías: Y se avergonzará la luna y se confundirá el sol, cuando el Señor de los ejércitos reine en el monte Sion y en Jerusalén, y sea glorificado en presencia de sus ancianos (Isaías XXIV). Pero después de pasado el día del juicio y resplandeciendo la gloria futura de la vida, cuando haya un cielo nuevo y una tierra nueva, entonces sucederá lo que el mismo profeta dice en otro lugar: Y la luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol será siete veces mayor, como la luz de siete días.

Y las virtudes que están en los cielos se moverán. ¿Qué maravilla que los hombres, que son terrestres por naturaleza y sentido, se perturben ante este juicio, cuya visión pueden temer incluso las virtudes de los cielos, es decir, las potestades angélicas? También lo atestigua el bienaventurado Job, quien dice: Las columnas del cielo tiemblan y se estremecen a su mandato (Job XXVI). ¿Qué harán, pues, las tablas, cuando tiemblan las columnas? ¿Qué sufre la vara del desierto, cuando se sacude el cedro del paraíso?

Y entonces enviará a sus ángeles, y reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo. De los cuatro vientos, dice, de los cuatro climas del mundo, Oriente, Occidente, Norte y Sur. Y para que nadie piense que los elegidos serán reunidos solo de las cuatro regiones de la tierra, y no más bien de todos sus confines y regiones interiores, añadió apropiadamente: Desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo, es decir, desde los extremos de los confines de la tierra en línea recta, hasta los últimos límites de ella, donde a los que miran de lejos el círculo del cielo parece unirse a la tierra. Ningún elegido, pues, quedará en aquel día que no salga al encuentro del Señor que viene al juicio en el aire, ya sea encontrado aún vivo en el cuerpo, o resucitado de la muerte a la vida. También los reprobos vienen al juicio, algunos encontrados aún vivos en el cuerpo, otros resucitados de la muerte a la vida. Pero con la diferencia, evidentemente, de que los justos son reunidos en el gozo de su Señor; pero sus enemigos, después de realizado el juicio, serán dispersados y perecerán de la presencia de Dios.

De la higuera aprended la parábola: cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, etc. Bajo el ejemplo del árbol, enseñó la venida de la consumación. Como, dice, cuando los brotes en el árbol de la higuera están tiernos, y el brote estalla en flor, y la corteza produce hojas, entendéis la llegada del verano, y la entrada del favonio y la primavera; así cuando veáis todas estas cosas que están escritas, no penséis que ya está la consumación del mundo, sino que vienen como preludios y precursores para mostrar que está cerca y en las puertas. Pero esta fructificación de la higuera puede entenderse más profundamente según los sentidos místicos, a saber, sobre el estado de la Sinagoga, que una vez, cuando el Señor vino a ella, porque no tenía el fruto de la justicia, en aquellos que entonces eran incrédulos, fue condenada a eterna esterilidad. Pero porque dijo el Apóstol, que la ceguera en parte ha sucedido a Israel, hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado, y así todo Israel será salvo (Rom. XI). Cuando llegue este tiempo, para que, quitada la ceguera prolongada de la incredulidad, todo Israel reciba la luz y la salvación, ¿qué sino que el árbol de la higuera, estéril durante mucho tiempo, dará el fruto que había negado? según lo que dice el bienaventurado Job: El árbol tiene esperanza, si es cortado, volverá a brotar, y sus ramas crecerán. Si su raíz envejece en la tierra, y su tronco muere en el polvo, al olor del agua brotará, y hará copa, como cuando fue plantado por primera vez. Cuando veas esto hecho, no dudarás que el día del último juicio, y el verano de la verdadera paz y luz, está cerca.

Amén, os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda. Con el término generación se puede referir a toda la humanidad o específicamente a los judíos. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Debemos entender que el cielo que pasará no es el etéreo o sideral, sino el aéreo, del cual se habla cuando se menciona a las aves del cielo y las nubes del cielo, como lo atestigua Pedro al decir: "Los cielos existían desde antes y la tierra, formada del agua y por medio del agua, subsistía por la palabra de Dios; por lo cual el mundo de entonces pereció inundado por agua. Pero los cielos que ahora existen y la tierra están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos" (II Pedro III), enseñando claramente que no serán otros cielos los que perecerán por el fuego, sino los mismos que perecieron por el agua, es decir, estos espacios vacíos y nebulosos del aire ventoso. Pues no se puede creer que el agua del diluvio, que solo superó quince codos por encima de las cimas de las montañas, haya llegado más allá de los confines del aire y el éter. Sin embargo, hasta donde pudo llegar, también llegará el fuego del juicio, según la sentencia del bienaventurado Pedro. Si el cielo y la tierra pasarán, se puede cuestionar cómo dice el Eclesiastés: "Una generación pasa y otra generación viene, pero la tierra permanece para siempre" (Eclesiastés I). Pero con razón se dice que el cielo y la tierra pasan en la forma que ahora tienen, aunque subsisten sin fin en su esencia. Porque la figura de este mundo pasa (I Corintios VII). Y al ángel en Juan: "Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva" (Apocalipsis XXI); que no serán otros creados, sino estos mismos renovados. Por lo tanto, el cielo y la tierra pasan y serán, porque se purifican del aspecto que ahora tienen por el fuego, y sin embargo, siempre se mantienen en su naturaleza. Por eso también se dice por el salmista: "Los cambiarás, y serán cambiados" (Salmo CI). Esta última transformación suya nos la anuncian ahora las vicisitudes, que alternan incesantemente para nuestro uso. Pues la tierra se debilita de su aspecto invernal por la sequedad, y reverdece con la humedad primaveral. El cielo se cubre diariamente con la oscuridad de la noche y se renueva con la claridad divina. De aquí, pues, cada fiel debe deducir que estas cosas perecen y, sin embargo, se renuevan por la innovación, que ahora se constata que se reparan continuamente como si fuera por defecto.

Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre. Ario y Eunomio se alegran, como si la ignorancia del maestro fuera la gloria de los discípulos, y dicen: "No puede ser igual quien sabe y quien ignora". Pero si Jesús hizo todos los tiempos, es decir, el Verbo de Dios (pues todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada, y en todos los tiempos también está el día del juicio), ¿cómo puede ignorar una parte de lo que conoce en su totalidad? Por lo tanto, se debe dar una razón de por qué se dice que ignora. El apóstol escribió sobre el Salvador: "En quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento" (Colosenses II). ¿Por qué escondidos? Después de la resurrección, interrogado por los apóstoles sobre el día del juicio, respondió más claramente: "No os corresponde a vosotros saber los tiempos o las sazones que el Padre ha puesto en su sola potestad" (Hechos I). Cuando dice "no os corresponde saber", muestra que él sabe, pero no conviene que los apóstoles lo sepan, para que siempre inciertos sobre la venida del Juez, vivan cada día como si fueran a ser juzgados en ese día. Además, el siguiente discurso del Evangelio hace que se entienda lo mismo. Enseñando también que solo el Padre lo sabe, en el Padre comprende al Hijo. Porque todo padre es el nombre del hijo.

Mirad, velad y orad. Porque no sabéis cuándo será el tiempo. Como un hombre que se fue de viaje, dejó su casa y dio autoridad a sus siervos, etc. El Señor muestra claramente por qué dijo: "Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre". Porque no conviene que los apóstoles lo sepan, para que en la incertidumbre de la expectativa siempre crean que él vendrá, aunque no sepan cuándo vendrá. Y no dijo, porque no sabemos

a qué hora vendrá el Señor, sino que no sabéis. Y habiendo dado el ejemplo del padre de familia, enseña más claramente por qué calla el día de la consumación, diciendo:

Velad, pues; porque no sabéis cuándo vendrá el Señor, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer. No sea que, viniendo de repente, os encuentre durmiendo. Pero el hombre que se fue de viaje y dejó su casa, sin duda es Cristo, quien después de la resurrección ascendió victorioso al Padre, dejando corporalmente la Iglesia: a la cual, sin embargo, nunca desamparó de la protección de su presencia divina, permaneciendo en ella todos los días hasta la consumación del siglo. Porque el lugar de la carne es propiamente la tierra, que como llevada a tierras extrañas, fue colocada en el cielo por nuestro Redentor. Y dio a sus siervos la autoridad de cada obra: porque a sus fieles, concedida la gracia del Espíritu Santo, les otorgó la facultad de servir con buenas obras. También mandó al portero que velara: porque ordena a los pastores y rectores espirituales que dediquen una cuidadosa vigilancia al cuidado de la Iglesia que se les ha confiado.

Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: Velad. No solo los apóstoles y sus sucesores, los rectores de la Iglesia, sino que todos somos mandados a velar. Todos debemos guardar diligentemente las puertas de nuestros corazones, para que el enemigo antiguo no irrumpa sugiriendo el mal. Debemos prevenir cuidadosamente que el Señor no nos encuentre dormidos cuando venga. Porque cada uno dará cuenta a Dios por sí mismo. Y vela quien mantiene abiertos los ojos de su mente a la vista de la verdadera luz. Vela quien guarda obrando lo que cree. Vela quien aleja de sí las tinieblas de la pereza y la negligencia. Por eso Pablo dice: "Despertad, justos, y no pequéis" (I Corintios XV). Y nuevamente dice: "Ya es hora de levantarnos del sueño" (Romanos XIII).

#### CAPÍTULO XIV.

Era la Pascua, y los ázimos después de dos días. Pascua, que en hebreo se dice phase, no se nombra por la pasión como muchos piensan, sino por el paso, porque el exterminador, al ver la sangre en las puertas de los israelitas, pasó de largo y no los hirió, o el mismo Señor, brindando ayuda a su pueblo, pasó por encima. De cuyo sacramento del vocablo el evangelista Juan da una explicación más sublime al decir: "Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre" (Juan XIII). Donde declara claramente que el día de esta solemnidad fue llamado mística y legalmente paso, porque el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, en él, estaba a punto de pasar de este mundo, o de llevarnos a nosotros con un paso saludable, como si nos sacara de la servidumbre egipcia. Según la escritura del Antiguo Testamento, hay una diferencia entre la pascua y los ázimos, que la pascua es solo el día en que se sacrificaba el cordero al atardecer, es decir, el decimocuarto día de la luna del primer mes. El decimoquinto día de la luna, cuando salieron de Egipto, seguía la festividad de los ázimos, que se celebraba durante siete días, es decir, hasta el vigésimo primer día del mismo mes al atardecer. Sin embargo, los evangelistas suelen usar indistintamente el día de los ázimos por la Pascua, y por los días de los ázimos la Pascua. Porque Marcos dice: "Era la Pascua y los Ázimos después de dos días" (Marcos XIV). Lucas dice: "El día de la fiesta de los ázimos, que se llama Pascua" (Lucas XXII). También Juan, cuando el primer día de los ázimos, es decir, el decimoquinto día de la luna, se realizaba el acto, dice: "Y ellos no entraron en el pretorio, para no contaminarse, sino para comer la pascua" (Juan XVIII). Lo hicieron porque también se mandó celebrar el día de la pascua con panes ázimos, y nosotros, como haciendo una pascua perpetua, siempre se nos manda pasar de este mundo. Pues en un solo día se inmolaba el cordero al atardecer, y seguían siete días de ázimos, porque Cristo Jesús, habiendo padecido una vez por nosotros en la plenitud de los tiempos en la carne, nos mandó vivir durante todo el tiempo de este siglo

(que se realiza en siete días) "en los ázimos de sinceridad y verdad" (I Corintios V), y siempre con todo esfuerzo, nos exhorta a huir de los deseos terrenales como si fueran ataduras de Egipto, y a emprender un camino de virtudes como si fuera una soledad apartada de la conversación mundana.

Y buscaban los sumos sacerdotes y los escribas cómo prenderle con engaño y matarle. Decían, sin embargo, No en la fiesta, para que no se produzca un tumulto en el pueblo. Quienes debían preparar las víctimas para la Pascua cercana, limpiar las paredes del templo, barrer los pavimentos, limpiar los vasos, y purificarse según el rito de la ley para ser dignos de comer el cordero, se reúnen para tramar cómo matar al Señor, no temiendo la sedición, como demuestra el simple discurso, sino cuidando que no fuera arrebatado de sus manos con la ayuda del pueblo.

Y estando en Betania, en casa de Simón el leproso, y recostado. A punto de sufrir por todo el mundo, y redimir a todas las naciones con su sangre, se queda en Betania en la casa de la obediencia, que una vez fue de Simón el leproso; no porque permaneciera leproso en ese tiempo, sino porque antes era leproso, y después fue limpiado por el Salvador, permaneciendo el nombre anterior para que apareciera la virtud del que cura. Pues también en el catálogo de los apóstoles, Mateo es llamado publicano con su antiguo vicio y oficio, aunque ciertamente dejó de ser publicano. Algunos quieren entender a Simón el leproso como la parte del pueblo que creyó en el Señor y fue curada por él. Simón también se llama obediente.

Vino una mujer con un frasco de alabastro de perfume de nardo puro y caro, y rompiendo el frasco, lo derramó sobre su cabeza. Esta mujer era María Magdalena, hermana de Lázaro, a quien Jesús resucitó de entre los muertos, como Juan lo menciona claramente, quien también testifica que esto ocurrió seis días antes de la pascua, el día antes de que, montado en un asno, entrara en Jerusalén con palmas y alabanzas de las multitudes. Ella es la misma, no otra, que una vez (como escribe Lucas) siendo aún pecadora, vino y lavó los pies del Señor con lágrimas de penitencia, y los ungió con el unguento de una piadosa confesión, y porque amó mucho, obtuvo del piadoso juez el perdón de muchos pecados. Ahora, justificada y hecha familiar del Señor, no solo ungió sus pies (como narra Juan), sino también su cabeza (como testifican Mateo y Marcos) con el santo óleo. El alabastro es un tipo de mármol blanco, con manchas variadas, que se suele cavar para hacer frascos de perfume, porque se dice que conserva muy bien los perfumes sin corromperse. Se encuentra alrededor de Tebas en Egipto, y en Damasco en Siria es más blanco que los demás, pero el más excelente es el de la India. El nardo es un arbusto aromático, con una raíz pesada (dicen) y gruesa, pero corta y negra, frágil aunque grasa, con un aroma que recuerda al laurel o al ciprés, de sabor áspero, con una hoja pequeña y densa, cuyos extremos se extienden en espigas. Por eso, los perfumistas celebran las espigas y las hojas del nardo por su doble virtud. Y esto es lo que dice Marcos: "Perfume de nardo puro y caro". Porque evidentemente el perfume que María trajo al Señor no solo estaba hecho de la raíz del nardo, sino que, para que fuera más precioso, también se había enriquecido con la adición de sus espigas y hojas, acumulando así la gracia de su aroma y virtud. Los fisiólogos dicen del nardo que es el principal entre los perfumes. Por eso, con razón, fue ofrecido para la unción de la cabeza y los pies del Señor. Hay muchos tipos de nardo, pero todos son más débiles excepto el de la India, que es el más caro. Místicamente, esta devoción de María sirviendo al Señor representa la fe y piedad de la santa Iglesia, que habla en el cántico del amor diciendo: "Mientras el rey estaba en su reclinitorio, mi nardo dio su fragancia" (Cantar de los Cantares I). Estas palabras, que una vez cumplió literalmente con las manos de María, no deja de cumplirlas espiritualmente cada día en todos sus miembros, que se glorían difundidos por todo el mundo, y dicen: "Gracias a Dios, que siempre nos lleva

en triunfo en Cristo Jesús, y manifiesta por medio de nosotros el olor de su conocimiento en todo lugar. Porque somos el buen olor de Cristo para Dios" (II Corintios II). Cuando confiesa, alaba y proclama con digna reverencia el poder de su virtud divina, que es una con el Padre, ciertamente unge su cabeza con un perfume precioso. Cuando, por otro lado, contempla con igual reverencia los misterios de su humanidad asumida, unta con el nardo fiel y verdadero los pies del Señor, porque venera con piadosa predicación y devotos servicios aquella naturaleza suya con la que se dignó tocar la tierra, es decir, vivir entre los hombres.

Pero había algunos que se indignaban entre sí, y decían: ¿Por qué se ha hecho este desperdicio de perfume? Porque este perfume podría haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres. Marcos también habla de esto, al igual que Mateo, usando una sinécdoque, es decir, usando el número plural por el singular. Pues Juan, hablando más claramente, testifica que Judas dijo esto, y lo hizo por avaricia, porque era ladrón y tenía la bolsa, y llevaba lo que se echaba en ella. También se puede entender que otros discípulos lo sintieron o lo dijeron, o que fueron persuadidos por Judas al decirlo, y que Mateo y Marcos expresaron la voluntad de todos incluso con palabras, pero Juan quiso mencionar solo a aquel cuya costumbre de robar creyó que debía ser revelada por esta ocasión. Lo que sigue:

Y murmuraban contra ella, no creo que se refiera a los buenos y diligentes apóstoles de Cristo; sino más bien a aquel bajo el número plural, que no se adhirió fielmente ni al Señor ni a sus discípulos, ni tuvo cuidado de los pobres.

Pero Jesús dijo: Dejadla. ¿Por qué la molestáis? Ha hecho una buena obra conmigo. Porque siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis, podréis hacerles bien; pero a mí no siempre me tendréis. Surge otra cuestión, ¿por qué Jesús después de la resurrección dijo a los discípulos: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo XXVIII); y ahora dice, "Pero a mí no siempre me tendréis". Pero me parece que en este lugar habla de la presencia corporal: porque de ninguna manera estará con ellos después de la resurrección como ahora en toda convivencia y familiaridad. De lo cual el apóstol, recordando, dice: "Y si conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así" (II Corintios V).

Ella ha hecho lo que pudo; se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura. Lo que vosotros pensáis que es un desperdicio de perfume, es un oficio de sepultura. Y no es de extrañar que me haya dado el buen olor de su fe, cuando yo estoy a punto de derramar mi sangre por ella.

Amén, os digo, dondequiera que se predique este Evangelio en todo el mundo, también se contará lo que ha hecho esta mujer en memoria de ella. Observa el conocimiento de las cosas futuras, que a punto de sufrir en pocos días, sabe que su Evangelio será celebrado en todo el mundo. Sin embargo, es de notar que así como María obtuvo gloria en todo el mundo, dondequiera que la santa Iglesia se haya difundido, por el servicio que ofreció al Señor con piadosa devoción, así, por el contrario, aquel que no temió desacreditar su servicio con una lengua temeraria, fue infamado con la nota de perfidia, y con razón se hizo odioso a Dios y a los hombres. Pero el Señor, recompensando el bien con digna alabanza, pasó en silencio las futuras injurias del impío.

Y Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los sumos sacerdotes para entregarles a Jesús. ¡Infeliz Judas! El daño que creía haber sufrido por el derramamiento del perfume, quiere compensarlo con el precio del maestro, y no exige ya una suma fija, para que al menos la

traición parezca lucrativa, sino que, como si entregara un esclavo vil, lo puso en poder de los compradores para que dieran cuanto quisieran. Lo que dijo, "Fue a los sumos sacerdotes para entregarle", muestra que no fue invitado por los príncipes, ni obligado por necesidad alguna, sino que por su propia voluntad de mente perversa tomó el consejo.

Al oírlo, se alegraron y prometieron darle dinero. Y buscaba cómo entregarlo oportunamente. Muchos hoy aborrecen el crimen de Judas, que vendió a su Señor y maestro, su Dios, por dinero, como algo inmenso y nefando, pero no lo evitan. Pues cuando por mujeres dicen falso testimonio contra cualquiera, ciertamente porque niegan la verdad por dinero, venden a Dios por dinero. Porque él dijo: "Yo soy la verdad". Cuando manchan la sociedad de la fraternidad con alguna peste de discordia, traicionan al Señor, porque "Dios es amor". Quienes, por tanto, desprecian los mandatos de la caridad y la verdad, traicionan a Dios, que es caridad y verdad, especialmente cuando no pecan por debilidad o ignorancia, sino que, a semejanza de Judas, buscan la oportunidad de cómo, en ausencia de testigos, cambiar la verdad por mentira, la virtud por crimen.

Y el primer día de los ázimos, cuando sacrificaban la pascua, le dicen sus discípulos: ¿Dónde quieres que vayamos y preparemos para que comas la pascua? Llama primer día de los ázimos al decimocuarto día del primer mes, cuando solían inmolar la pascua, es decir, sacrificar el cordero al atardecer. Lo que el apóstol explica, diciendo: "Porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada" (I Corintios V). Quien, aunque fue crucificado al día siguiente, es decir, el decimoquinto día de la luna, sin embargo, en esta noche en que se inmolvaba el cordero, entregó a sus discípulos los misterios de su carne y sangre para ser celebrados, y siendo apresado y atado por los judíos, consagró el comienzo de su inmólación, es decir, de su pasión.

Y envía a dos de sus discípulos y les dice: Id a la ciudad y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua. Es un indicio de la presciencia divina, porque hablando con los discípulos sabe lo que sucederá en otro lugar. Y es apropiado que a los discípulos que preparan la pascua, les salga al encuentro un hombre que lleva un cántaro, o según otro evangelista, una jarra de agua, para mostrar que el misterio de esta pascua es para la perfecta ablución de todo el mundo. Pues el agua representa el lavacro de la gracia, y el cántaro la fragilidad de aquellos por quienes esa gracia iba a ser ministrada al mundo. Por eso dicen: "Pero tenemos este tesoro en vasos de barro" (II Corintios IV). Preparan, pues, la pascua los discípulos donde se lleva el cántaro de agua, para insinuar que ha llegado el tiempo en que la sangre típica del verdadero Pascua sea quitada del umbral y de los postes, y el bautismo del vivificante manantial sea consagrado para quitar los pecados del mundo.

Siganlo, y dondequiera que entre, digan al dueño de la casa: El Maestro dice: ¿Dónde está mi sala, donde pueda comer la Pascua con mis discípulos? Consulten tanto al portador de agua como al dueño de la casa, se han omitido palabras, para que a todos los que deseen celebrar la verdadera Pascua, es decir, ser instruidos en los sacramentos de Cristo y recibirlo en la hospitalidad de su mente, se les dé la señal de la oportunidad.

Y él les mostrará un gran cenáculo preparado, y allí preparen para nosotros, etc. El gran cenáculo es la ley espiritual, que saliendo de las estrecheces de la letra, recibe al Salvador en un lugar elevado. Porque quien aún guarda la letra que mata, quien no entiende en el cordero más que un animal, ciertamente celebra menos la Pascua: porque aún no ha aprendido a comprender la majestad del espíritu en las palabras de Dios. Pero quien haya seguido al portador de agua, es decir, al heraldo de la gracia, a la casa de la Iglesia, este, trascendiendo

la superficie de la letra por el espíritu iluminador, prepara en el alto aposento de la mente la comida para Cristo, porque reconoce que todos los sacramentos de la Pascua, o los demás decretos de la ley, son sus sacramentos.

Y al llegar la tarde, vino con los doce. Y mientras estaban sentados y comían, Jesús dijo: En verdad les digo que uno de ustedes me traicionará, el que come conmigo. Quien había predicho su pasión, también predice sobre el traidor, dando lugar al arrepentimiento, para que al entender que sus pensamientos y los secretos de su conciencia eran conocidos, se arrepintiera de su acción. Y sin embargo, no lo señala específicamente, para que al ser acusado abiertamente no se volviera más impudente. Deja el crimen en el número, para que el consciente haga penitencia.

Entonces ellos comenzaron a entristecerse, y a decirle uno por uno: ¿Acaso soy yo? Y ciertamente los once apóstoles sabían que no pensaban nada de eso contra el Señor, pero creían más al Maestro que a sí mismos; y temiendo su fragilidad, tristes preguntaban sobre un pecado del que no tenían conciencia.

Él les dijo: Uno de los doce que moja conmigo la mano en el plato. ¡Oh, maravillosa potencia del Señor! Primero había dicho, uno de ustedes me traicionará, el traidor persiste en el mal, lo acusa más claramente, y sin embargo no designa su nombre propiamente. Judas, mientras los demás se entristecen y retiran la mano, y prohíben los alimentos a su boca, con la temeridad e impudencia con la que iba a traicionar al Maestro, también mete la mano con el Maestro en el plato, para que su audacia mintiera sobre su buena conciencia.

Y el Hijo del Hombre va, como está escrito de él. Pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Ni corregido la primera ni la segunda vez se retira de la traición, sino que la paciencia del Señor alimenta su impudencia, y atesora para sí ira en el día de la ira. Predice el castigo, para que a quien no venció la vergüenza, lo corrijan los suplicios anunciados. Pero también hoy y por siempre ¡ay de aquel hombre que se acerca maligno a la mesa del Señor, que con insidias en su mente, que con el corazón contaminado por algún crimen, no teme participar de las sagradas ofrendas de los misterios de Cristo! Porque también él, a ejemplo de Judas, entrega al Hijo del Hombre, no a los judíos pecadores, pero sí a los pecadores, es decir, a sus miembros, a quienes presume profanar ese inestimable e inviolable sacramento del cuerpo y sangre del Señor. Vende a Dios, quien, descuidando su temor y amor, se convence de amar y cuidar las cosas terrenales y caducas, incluso criminales, en lugar de él.

Hubiera sido mejor para él no haber nacido ese hombre. No se debe pensar que existía antes de nacer, porque no puede ser bien para nadie, excepto para quien ha existido. Pero se dice simplemente, que es mucho mejor no existir, que existir mal.

Y mientras comían, Jesús tomó el pan, y bendiciendo lo partió, y les dio, y dijo: Tomen, esto es mi cuerpo. Terminados los solemnes ritos de la antigua Pascua, que se celebraban en conmemoración de la antigua liberación del pueblo de Dios de Egipto, pasó a lo nuevo que quería que la Iglesia frecuentara en memoria de su redención, para que en lugar de la carne y sangre del cordero, sustituyera el sacramento de su cuerpo y sangre, y mostrara que él mismo era: A quien el Señor juró y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Salmo CIX). Él mismo parte el pan que ofrece a los discípulos, para mostrar que la fractura de su cuerpo no vendría sin su voluntad y disposición, sino como dice en otro lugar, que tiene poder para poner su vida, y poder para volver a tomarla. Ese pan, por la certeza del sacramento, lo bendijo antes de partirlo, porque la naturaleza humana que asumió

para sufrir, él mismo junto con el Padre y el Espíritu Santo la llenó con la gracia de la virtud divina. Bendijo el pan y lo partió, porque se dignó someter a la muerte al hombre asumido, de modo que demostrara que en él verdaderamente residía el poder de la inmortalidad divina, y por eso enseñara que debía ser resucitado rápidamente de la muerte.

Y tomando el cáliz, dando gracias, se lo dio, y todos bebieron de él. Al acercarse a la pasión, se dice que tomó el pan y dio gracias. Da gracias, quien recibe los azotes de la iniquidad ajena. Y quien no mostró nada digno de castigo, humildemente bendice en el castigo, para mostrar así, qué debe hacer cada uno en el castigo de su propia culpa, si él soporta con ecuanimidad los azotes de la culpa ajena; para mostrar así qué debe hacer el súbdito en la corrección, si en el castigo da gracias al Padre igual.

Y les dijo: Esta es mi sangre del nuevo testamento, que será derramada por muchos. Porque el pan confirma el cuerpo, el vino produce la sangre en la carne: esto se refiere mística al cuerpo de Cristo, aquello alude a la sangre. Pero porque también nosotros en Cristo, y Cristo en nosotros debe permanecer, el vino del cáliz del Señor se mezcla con agua. Porque según el testimonio de Juan, las aguas son los pueblos. Y ni el agua sola, ni el vino solo, así como tampoco el grano de trigo solo sin la mezcla y confección del agua se puede ofrecer a nadie como pan, para que tal ofrenda no signifique que la cabeza debe ser separada de los miembros, y que Cristo pudo sufrir sin el amor de nuestra redención, o que nosotros sin su pasión podemos ser salvados y ofrecidos al Padre. Pero lo que dice: Esta es mi sangre del nuevo testamento (Mateo XXVI), se refiere a la distinción del antiguo testamento, que fue dedicado con la sangre de machos cabríos y becerros, diciendo el legislador al rociar: Esta es la sangre del testamento que Dios ha mandado para ustedes (Hebreos IX). Porque es necesario que las copias de las cosas verdaderas sean purificadas con estas, pero las celestiales mismas con mejores sacrificios que estos; según lo que el Apóstol, distinguiendo entre la ley y el Evangelio a lo largo de toda la epístola a los Hebreos, declara con una exposición bellísima y una razón plena.

En verdad les digo, que ya no beberé del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios. La vid o viña del Señor ha sido llamada la Sinagoga, y toda la Escritura dispersa, y más claramente Isaías en el cántico sobre ella cantado: La viña, dice, del Señor de los ejércitos es la casa de Israel (Isaías V). De la cual el Señor bebía por mucho tiempo, aunque muchos sarmientos se convirtieron en amargura de vid extraña, porque aunque muchos en ese pueblo se desviaban del camino recto de la fe, no faltaron muchos durante todo el tiempo de la ley, cuyas piadosas intenciones y máximas virtudes deleitaban a Dios. Pero al sufrir en la carne el Señor y resucitar de entre los muertos, fue tiempo de que cesara aquella observancia legal y figurativa, y que las cosas que se realizaban según la letra, se mantuvieran mejor en el nuevo testamento, trasladadas al sentido espiritual, con la ayuda de la gracia del Espíritu Santo. Por lo tanto, yendo a la pasión, el Señor dice: Ya no beberé del fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios. Como si dijera abiertamente: No me deleitaré más en las ceremonias carnales de la Sinagoga, en las que también estos sagrados del cordero pascual ocuparon un lugar principal. Vendrá el tiempo de mi resurrección, vendrá aquel día, cuando yo, puesto en el reino de Dios, es decir, elevado a la gloria de la vida inmortal, me llenaré de nuevo gozo con ustedes, de la fuente de la gracia del espíritu regenerado por la salvación de ese mismo pueblo.

Y dicho el himno, salieron al monte de los Olivos. Esto es lo que leemos en el salmo: Comerán los pobres y se saciarán, y alabarán al Señor los que lo buscan (Salmo XXI). Pero también puede entenderse el himno que el Señor, según Juan, cantaba dando gracias al Padre, en el que, elevando los ojos hacia arriba, oraba por sí mismo, por los discípulos, y por

aquellos que creerían por sus palabras. Y bellamente, a los discípulos imbuidos de los sacramentos de su cuerpo y sangre, y encomendados al Padre con el himno de piadosa intercesión, los lleva al monte de los Olivos, para que tipológicamente nos señale que por la aceptación de sus sacramentos, y por la ayuda de su intercesión, debemos ascender a los dones más altos de las virtudes y a los carismas del Espíritu Santo, con los que seamos unguidos en el corazón.

Y Jesús les dijo: Todos se escandalizarán en esta noche. Predice lo que van a sufrir, para que cuando lo sufran, no desesperen de la salvación, sino que haciendo penitencia sean liberados. Y añadió significativamente en esta noche se escandalizarán, porque así como los que se embriagan, se embriagan de noche, así también los que sufren escándalo, lo soportan en la noche y en las tinieblas. Pero digamos: La noche pasa, el día se acerca (Romanos XIII).

Porque está escrito: Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas. Esto está escrito con otras palabras en el profeta Zacarías; y, si no me equivoco, se dice de parte del profeta a Dios: Hierre al pastor, y se dispersarán las ovejas (Zacarías XIII). También en el salmo sesenta y ocho, que es cantado todo por el Señor, se dice en consonancia con este sentido: Porque a quien tú heriste, ellos persiguieron. El buen pastor es herido, para que ponga su vida por sus ovejas, y de muchos rebaños errantes se haga un solo rebaño y un solo pastor.

Pero Pedro le dijo: Aunque todos se escandalicen, yo no. No es temeridad ni mentira, sino fe del apóstol Pedro, y ardiente afecto hacia el Señor Salvador.

Y Jesús le dijo: En verdad te digo que tú hoy, en esta noche, antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces. Y Pedro prometía por el ardor de su fe, y el Salvador como Dios conocía el futuro. Y nota que Pedro niega en la noche, y niega tres veces. Pero después de que el gallo cantó, y al disminuir las tinieblas, se anunció la luz cercana, se volvió y lloró amargamente, lavando con lágrimas las manchas de la triple negación. No se debe pensar que es contrario lo que dice Marcos: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces, los otros evangelistas simplemente dijeron: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Toda la negación de Pedro es una triple negación. En la misma permaneció en la negación, en el ánimo y propósito de la mentira, hasta que, advertido de lo que se le había predicho, se sanó con amargo llanto y dolor del corazón. Pero toda esta, es decir, la triple negación, si comenzara después del primer canto del gallo, parecería que tres dijeron falsamente que el Señor dijo que antes que el gallo cantara, Pedro lo negaría tres veces. De nuevo, si toda la triple negación se hubiera completado antes de que el gallo comenzara a cantar, Marcos sería descubierto diciendo superflamente de parte del Señor: En verdad te digo que tú en esta noche antes que el gallo cante dos veces me negarás tres veces. Pero porque antes del primer canto del gallo comenzó esa triple negación, aquellos tres no atendieron cuándo la completaría Pedro, sino cuántas veces sería, cuándo comenzaría, es decir, que sería triple antes del canto del gallo, aunque en su ánimo y antes del primer canto del gallo toda pueda entenderse. Porque aunque con palabras de negación comenzó antes del primer canto, pero antes del segundo canto del gallo se completó toda esa triple negación, sin embargo, por la afección del ánimo y el temor de Pedro antes del primer canto toda fue concebida. Y no importa cuántos intervalos de tiempo se enunció con triple voz, cuando su corazón incluso antes del primer canto del gallo la poseía toda, tan grande era el temor que había absorbido, que podía negar al Señor, no solo una vez, sino dos y tres veces interrogado, para que más correctamente y con más atención, así como ya ha adulterado a una mujer en su corazón quien la ha mirado para codiciarla, así Pedro, cuandoquiera que expresara con palabras el temor, que tan vehemente había concebido en su ánimo, que podía perdurar hasta la tercera

negación del Señor, toda la triple negación debe atribuirse a ese tiempo, cuando lo invadió el temor suficiente para la triple negación.

Y llegan a un lugar llamado Getsemaní. Hasta hoy se muestra el lugar de Getsemaní, donde el Señor oró, a los pies del monte de los Olivos, ahora con una iglesia construida encima. Getsemaní se interpreta como valle de los ricos o de las riquezas. Que no solo las palabras o acciones de nuestro Salvador, sino también los lugares y tiempos en los que obra y habla, están llenos de figuras místicas (como se ha dicho a menudo), cuando el Señor ora en el monte, como tácitamente nos advierte que solo se deben buscar en oración las cosas sublimes, y se debe suplicar por los bienes celestiales. Pero cuando ora en el valle, y esto en el valle de los ricos o de la riqueza, igualmente nos insinúa que siempre se debe mantener la humildad en las oraciones, y la riqueza interna de la devoción, para que nadie, al orar a Dios, se atreva a jactarse de sus méritos como el fariseo soberbio, sino que más bien proclame con humilde voz y mente: Dios, sé propicio a mí, pecador (Lucas XVIII). No teniendo un corazón seco de amor al prójimo, se arrodille para aplacar la gracia del Creador, como aquel que, no queriendo perdonar a su hermano los cien denarios que le debía, en vano pedía que le fueran perdonados los diez mil talentos por su señor. No teniendo un pecho ayuno del amor al Creador, pida en oración cualquier cosa temporal en lugar de su visión, siendo contado entre aquellos de los que él mismo dice: Porque ya recibieron su recompensa (Mateo VI). Porque poner la mente en lo bajo, ¿qué es sino una cierta sequedad del alma? Pero aquellos que ya se alimentan con el alimento de la íntima delectación por los deseos santos de las cosas celestiales, como si se engordaran con un alimento más abundante. Esta es la gordura con la que el salmista deseaba ser saciado, cuando decía: Como con grasa y grosura se saciará mi alma (Salmo LXII). En cuanto a la misma disposición de la pasión del Señor, apropiadamente oró en el valle de la riqueza, porque a través del valle de la humildad y la riqueza de la caridad sufrió la muerte por nosotros. Porque se humilló a sí mismo, hecho obediente al Padre hasta la muerte (Filipenses II). Y nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV).

Y toma consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, y comenzó a temer y a angustiarse. Y les dijo: Mi alma está triste hasta la muerte. Cristo teme, mientras Pedro no teme. Cristo teme; Pedro dice: Mi vida pondré por ti (Juan XIII). Cristo dice: Mi alma está turbada. Ambas cosas son verdaderas, y ambas llenas de razón, porque aquel que es inferior no teme, y aquel que es superior lleva el afecto del que teme. Porque como hombre ignora la violencia de la muerte. Pero este, como Dios en el cuerpo constituido, expone la fragilidad de la carne, para que se excluya la impiedad de aquellos que niegan el sacramento de la Encarnación. De hecho, dijo esto, y el maniqueo no creyó, Valentín negó, Marción juzgó un fantasma. Hasta el punto de que igualaba al hombre, que demostraba con la verdad del cuerpo, con el afecto, que decía: Pero no como yo quiero, sino como tú quieres (Mateo XXVI). Por lo tanto, asumió mi voluntad, asumió mi tristeza. Confidentemente nombro la tristeza, porque predico la cruz. Es mi voluntad, que dijo suya. Porque como hombre asumió mi tristeza, como hombre habló.

Y por eso dice: No como yo quiero, sino como tú quieres (Ibid.). Es mi tristeza, que asumió con mi afecto. Por lo tanto, dolió por mí, quien por sí mismo no tenía nada por lo que doler. Y separada la delectación de la divinidad eterna, se aflige por el tedio de mi debilidad. Mi alma está triste hasta la muerte. No es por la muerte que el Señor está triste, porque la condición del afecto corporal, no el temor de la muerte, lo ofende. Porque quien asumió el cuerpo, debía someterse a todo lo que es del cuerpo, para que tuviera hambre, sed, angustia, tristeza. Pero la divinidad no puede ser cambiada por estos afectos.

Permanezcan aquí, y velen. Y habiendo avanzado un poco, cayó sobre la tierra. Lo que ordena, permanezcan aquí, y velen, no prohíbe el sueño, cuyo tiempo no era inminente en el peligro, sino el sueño de la infidelidad y la pereza de la mente. Pero habiéndoles dado el mandato de que permanecieran y velaran con él, avanzando un poco, cayó sobre su rostro, y mostró la humildad de la mente con el hábito del cuerpo.

Y oraba para que si fuera posible pasara de él la hora, y decía: Abba, etc. ¿Qué era esa voz, sino el sonido de nuestra debilidad? Muchos aún débiles se entristecen por la muerte futura; pero tengan un corazón recto, eviten la muerte cuanto puedan; pero si no pueden, digan lo que el mismo Señor, no por sí mismo, sino por nosotros dijo. ¿Qué dijo? Padre, si es posible, pase de mí este cáliz. He aquí tienes la voluntad humana expresada. Ve ya el corazón recto.

Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú. No he venido —dice— a hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió (Juan V). Dijo su voluntad, la que temporalmente tomó de la virgen; pero la voluntad de aquel que lo envió, señalando, evidentemente, aquella que eternamente tuvo en común con el Padre. Ora para que pase la copa, para mostrar verdaderamente que también era hombre. Pero recordando también para qué fue enviado, cumple la dispensación para la cual fue enviado, y clama: Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú. Si la muerte muere, sin que yo muera, según la carne, que pase, dice, esta copa. Pero como esto no se hará de otra manera, dice: No lo que yo quiero, sino lo que tú. Y al invocar al Padre con el doble nombre de Abba Padre, muestra que él es el Dios y Salvador de ambos pueblos, el judío y el gentil. Pues abba significa lo mismo que padre. Pero abba es hebreo, padre es griego y latino. Así, para enseñar que ambos pueblos creerían en él, y que ambos lo invocarían, él mismo lo invoca primero en ambas lenguas. Él es el buen pastor, que, dando su vida por sus ovejas, hace de los dos rebaños un solo redil. Por eso, con la voz de ambos rebaños, pide la ayuda del Padre, para que nosotros, informados por su ejemplo, cuando sintamos que se avecinan adversidades, invoquemos a Dios Padre, los hebreos como Abba, y busquemos con una devoción de fe y caridad el auxilio celestial. De ahí que el doctor egregio, tomando la forma de enseñar del Señor, así se dirige a sus oyentes: Habéis recibido el Espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos: Abba Padre (Rom. VIII). Abba, ciertamente, para aquellos que del pueblo israelita, nosotros Padre, que de las naciones hemos venido a la fe de Cristo.

Y viniendo, los encontró durmiendo, y dijo a Pedro: Simón, ¿duermes? ¿No pudiste velar una hora? Aquel que antes había dicho: Aunque todos se escandalicen, yo nunca me escandalizaré, ahora no puede vencer el sueño por la magnitud de la tristeza.

Velad y orad, para que no entréis en tentación. Es imposible que el alma humana no sea tentada. Por eso, en la Oración Dominical decimos: Y no nos dejes caer en la tentación (Mat. VI); la cual no podemos soportar: no rechazando completamente la tentación, sino suplicando fuerzas para soportar en las tentaciones. Por lo tanto, en el presente no dice: Velad y orad, para que no seáis tentados, sino, para que no entréis en tentación. Esto es, para que la tentación no os supere finalmente, y os mantenga en sus redes. Por ejemplo, el mártir, que derramó su sangre por la confesión del Señor, fue tentado, pero no fue atrapado en las redes de la tentación. Pero quien niega, cae en las trampas de la tentación.

El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil. Esto se dice contra los temerarios, que piensan que pueden lograr todo lo que creen. Así que, tanto como confiamos en el ardor de la mente, tanto temamos la fragilidad de la carne. Pero, sin embargo, según el Apóstol, mortifiquemos las obras de la carne con el espíritu. Este pasaje también es contra los

eutiquianos, que dicen que en el mediador entre Dios y los hombres, nuestro Señor y Salvador, hubo una sola operación, una sola voluntad. Pues cuando dice: El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil, muestra dos voluntades: la humana, que es de la carne, y la divina, que es de la deidad. Donde la humana, por la debilidad de la carne, rehúsa la pasión. Pero la divina es la más dispuesta. Porque temer en la pasión es de la fragilidad humana; pero aceptar la dispensación de la pasión es de la voluntad y virtud divina.

Y nuevamente, yendo, oró diciendo las mismas palabras; y regresando de nuevo, los encontró durmiendo. Ora solo por todos, así como sufre solo por todos. Pero los ojos de los apóstoles languidecían y se oprimían, con la negación cercana.

Y vino por tercera vez, y les dijo: Dormid ya, y descansad; basta, etc. Cuando dijo: Dormid ya, y descansad, y añadió: Basta, y luego añadió: Viene la hora, he aquí que el Hijo del Hombre será entregado, y lo demás, ciertamente se entiende que después de lo que se les dijo, Dormid y descansad, el Señor guardó silencio un poco para que se hiciera lo que había dicho antes, y luego añadió: He aquí que se acerca la hora, o viene la hora. Por eso, después de esas palabras se puso basta, es decir, que ya es suficiente lo que habéis descansado. Pero como no se menciona la interposición del silencio del Señor, por eso se restringe el entendimiento, para que en esas palabras se requiera otra pronunciación.

Levantaos, vamos. He aquí que el que me traiciona está cerca. Después de haber orado por tercera vez, y de haber ordenado corregir el temor de los apóstoles con el arrepentimiento que seguía, seguro de su pasión, se dirige a los perseguidores, y se ofrece a ser matado, y dijo a los discípulos: Levantaos, vamos. He aquí que el que me traiciona está cerca. No nos encuentre como temerosos y vacilantes, vayamos voluntariamente a la muerte, para que vean la confianza y el gozo de quien va a sufrir.

El traidor les había dado una señal, diciendo: A quien yo bese, etc. Impudente y malvada confianza, llamar maestro y darle un beso a quien traicionaba. Sin embargo, aún tiene algo de la vergüenza del discípulo, ya que no lo entregó abiertamente a los perseguidores, sino por la señal del beso. Pero el Señor recibió el beso del traidor, no para enseñarnos a simular, sino para no parecer que huía del traidor, y también cumpliendo aquello de David: Con los que odian la paz, yo era pacífico (Sal. CXIX).

Uno de los que estaban allí, sacando una espada, hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja. Pedro hizo esto, como declara el evangelista Juan, con el mismo ardor de mente con que había hecho las demás cosas. Pues sabía cómo Finees, castigando a los sacrílegos, recibió la recompensa de la justicia del sacerdocio perpetuo. Lucas añade que el Señor, tocando la oreja del siervo, lo sanó. Nunca, pues, el Señor olvida su piedad, que ni siquiera permite que sus enemigos sean heridos. Ellos infligen la muerte al justo, él sana las heridas de los perseguidores. Enseñando místicamente que incluso aquellos que en su consentimiento a su muerte contrajeron la herida del alma, si hicieran frutos dignos de arrepentimiento, podrían merecer la salvación.

Y respondiendo Jesús, les dijo: ¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y palos para prenderme, etc.? Es necio, dice, buscar con espadas y palos a quien se entrega voluntariamente a vuestras manos; y en la noche, como si se ocultara y evitara vuestros ojos, investigarlo por medio de un traidor, quien enseña diariamente en el templo. Pero por eso os reunís contra mí en las tinieblas, porque vuestro poder está en las tinieblas.

Entonces sus discípulos, dejándolo, huyeron todos. Se cumple la palabra del Señor que había dicho, que todos los discípulos se escandalizarían de él en esa misma noche. Pues aunque la multitud, permitiéndolo a petición del Señor, huyó, como escribe Juan, sin embargo, mostraban el miedo y la timidez de su mente, que estaban más dispuestos a buscar refugio en la huida que a tener la confianza de sufrir con Cristo.

Un joven lo seguía, envuelto en una sábana sobre su desnudez, y lo agarraron. Pero él, dejando la sábana, huyó desnudo de ellos. Lo que dice envuelto en una sábana sobre su desnudez, se entiende sobre el cuerpo, es decir, sobre el cuerpo desnudo, porque no tenía otra prenda que solo la sábana. Pero el evangelista no dice quién fue este joven. Quienquiera que fuera, demuestra que en él permaneció un amor mayor por el Señor que en los demás, quien, mientras ellos ya huían, él, hasta que fue capturado por los enemigos, no dejó de seguirlo, atado por el vínculo de la caridad. Aunque aún no tenía una caridad perfecta, quien pudo huir del acompañamiento del Salvador incluso cuando fue capturado. Porque así como la perfecta caridad echa fuera el temor (1 Juan IV), así el temor que asedia la mente, acusa una caridad imperfecta.

Pero es de notar con más atención que el evangelista, al escribir sobre este joven, no dice que huyó del acompañamiento, o que huyó de seguir al Señor, sino que, dejando la sábana, huyó desnudo de ellos. Huyó de los enemigos, cuya presencia y hechos detestaba; no huyó del Señor Salvador y maestro suyo, cuyo amor, aunque ausente en cuerpo, guardó fijo en su corazón. Ni nada impide entender que este joven fue Juan, el discípulo amado por el maestro más que los demás. Pues también que él era joven en ese tiempo, su larga vida en la carne después de estos eventos lo indica. Podría haber sucedido que, escapando de las manos de los que lo agarraban por un momento, pronto, retomando su vestimenta, regresara, y bajo la incierta luz de la noche se mezclara con las turbas que llevaban a Jesús, como uno de ellos, hasta que llegara al atrio del sumo sacerdote al que era conocido. Según lo que él mismo menciona en su Evangelio. Así como Pedro, quien lavó la culpa de la negación con lágrimas de arrepentimiento, y con la confesión del amor del Señor la erradicó por completo, mostró la recuperación de aquellos que caen en el martirio, así también los demás discípulos, que al huir anticiparon el momento de la captura, enseñan la cautela de huir a aquellos que se sienten menos capaces de soportar los sufrimientos. A quienes es mucho más seguro buscar refugio en escondites, que exponerse al peligro de los combates. Así también este joven que, dejando la sábana, huyó desnudo de los impíos, designa tanto la obra como el ánimo de aquellos que, para estar más seguros de los ataques de los enemigos, aprenden a desechar todo lo que parecen poseer en este mundo, y a servir desnudos al Señor, en lugar de adherirse a las cosas del mundo y dar a los adversarios materia para tentar y apartar de Dios: según el ejemplo del bienaventurado José, quien, dejando su manto en manos de la adúltera, saltó fuera, prefiriendo servir a Dios desnudo, que, vestido con las codicias del mundo, servir a la meretriz.

Y llevaron a Jesús al sumo sacerdote. El sumo sacerdote significa a Caifás, quien (como escribe el evangelista Juan) era el sumo sacerdote de ese año. De quien también testifica José que compró el sumo sacerdocio sin mérito de dignidad al príncipe romano. No es de extrañar, pues, que un sumo sacerdote injusto juzgue injustamente.

Pero Pedro lo siguió de lejos, etc. Con razón lo seguía de lejos, quien ya estaba próximo a negarlo. Pues no podría negar, si se hubiera adherido cercano a Cristo. Sin embargo, en esto es digno de nuestra mayor admiración, porque no abandonó al Señor incluso cuando tenía miedo. Porque lo que teme, es de la naturaleza; lo que sigue, es de devoción; lo que niega, es de error; lo que se arrepiente, es de fe. De otra manera: que Pedro siga al mismo Señor de

lejos hacia la pasión, significaba que la Iglesia seguiría, es decir, imitaría la pasión del Señor, pero de manera muy diferente. Porque la Iglesia sufre por sí misma, pero él por la Iglesia.

Y se sentaba con los servidores, y se calentaba al fuego. Hay un fuego de amor, y hay un fuego de codicia. De este se dice: Fuego vine a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que arda? (Luc. XII). De aquel: Todos adulteran, como horno sus corazones (Ose. VII). Este, descendiendo sobre los creyentes en el cenáculo de Sion, les enseñó a alabar a Dios en diversas lenguas. Aquel, encendido materialmente en el atrio de Caifás por instigación del maligno espíritu, armaba las lenguas nocivas de los infieles para negar y blasfemar al Señor. Porque lo que dentro de la casa del príncipe de los sacerdotes la sinagoga maligna llevaba a cabo, ese fuego encendido fuera en el atrio entre los fríos de la noche, lo prefiguraba típicamente. Cualquiera, pues, que extingue en sí el incendio vicioso y nocivo, puede decir con el profeta al Señor: Porque he sido como un odre en el hielo, no he olvidado tus justificaciones (Sal. CXVIII). Pero en quienes las turbias corrientes de vicios han sofocado la llama de la caridad, oyen del Señor: porque la iniquidad ha abundado, el amor de muchos se enfriará (Mat. XXIV). En este frío, el apóstol Pedro, por un momento, deseaba calentarse como con las brasas de los servidores de Caifás, porque buscaba el consuelo del bien temporal en la compañía de los infieles. Pero no tardó, mirado por el Señor, dejó el fuego de los malvados en el cuerpo, y la infidelidad en el corazón. Y, después de la resurrección del Señor, recreado por el fuego santo, purgó completamente el exceso de la triple negación con la triple confesión de amor. Entonces, en efecto, completada aquella memorable captura de peces, cuando vino al Señor con sus discípulos, viendo pronto las brasas puestas, y el pez encima y el pan, inflamó en lo más profundo de su corazón las brasas del amor.

Y algunos levantándose, daban falso testimonio contra él, diciendo: Porque nosotros le oímos decir: Yo destruiré este templo hecho por manos, y en tres días edificaré otro no hecho por manos. ¿Cómo son falsos testigos, si dicen lo que leemos que el Señor dijo? Pero es falso testigo quien no entiende las palabras en el mismo sentido en que se dicen. El Señor había hablado del templo de su cuerpo. Pero incluso en las mismas palabras calumnian, y añadiendo o cambiando pocas cosas, hacen una calumnia aparentemente justa. El Salvador había dicho: Destruid este templo. Ellos cambian y dicen: Yo destruiré este templo hecho por manos. Vosotros, dice, destruid, no yo. Porque es ilícito que nos inflijamos la muerte a nosotros mismos. Luego ellos cambian: y en tres días edificaré otro no hecho por manos, para que parezca que lo dijo propiamente del templo judío. Pero el Señor, para mostrar que era un templo vivo y respirante, había dicho: Y yo lo levantaré en tres días. Es diferente edificar que levantar.

Y levantándose el sumo sacerdote en medio, interrogó a Jesús diciendo: ¿No respondes nada a lo que estos te acusan? Pero él callaba, y no respondía nada. La ira precipitada e impaciente, no encontrando lugar para la calumnia, expulsa al pontífice de su trono, para mostrar la locura de su mente con el movimiento de su cuerpo. Cuanto más Jesús callaba ante los falsos testigos y sacerdotes impíos, indignos de su respuesta, tanto más el pontífice, superado por la furia, lo provoca a responder, para encontrar cualquier ocasión de acusarlo. Sin embargo, Jesús calla. Pues sabía, como Dios, que cualquier cosa que respondiera, sería torcida para la calumnia.

Nuevamente el sumo sacerdote lo interrogaba, y le dice: ¿Eres tú el Cristo, el hijo del Dios bendito? Jesús le dijo: Yo soy. En Mateo está escrito que al preguntarle y conjurarlo el pontífice si era el Cristo, respondió: Tú lo has dicho (Mat. XXVI). Por lo cual Marcos pone: Yo soy, para mostrar que tanto vale lo que Jesús le dice: Tú lo has dicho, como si dijera: Yo soy.

Y veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha del poder, y viniendo con las nubes del cielo. Si, pues, para ti en Cristo, oh judío, pagano, y hereje, el desprecio, la debilidad y la cruz son afrenta, ve que por estas cosas el Hijo del Hombre estará sentado a la derecha de Dios Padre, y nacido hombre del parto de la virgen, vendrá en su majestad del cielo con las nubes. Por eso también el Apóstol, cuando describió la abyección de la cruz, diciendo que se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, añadió y dijo: Por lo cual Dios lo exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (Filip. II).

Pero el sumo sacerdote, rasgando sus vestiduras, dijo: ¿Qué necesidad tenemos aún de testigos? Habéis oído la blasfemia. La misma rabia que lo había expulsado del trono sacerdotal, lo provoca a rasgar sus vestiduras. Rasga sus vestiduras, para mostrar que los judíos han perdido la gloria sacerdotal, y tienen vacante la sede del pontífice. Pero también es costumbre judía, cuando oyen algo de blasfemia y como contra Dios, rasgar sus vestiduras. Lo cual también leemos que Pablo y Bernabé hicieron cuando en Licaonia se les honraba con culto de dioses. Pero Herodes, porque no dio honor a Dios, sino que accedió al favor desmedido del pueblo, fue inmediatamente herido por un ángel. Pero en un misterio más profundo, se hizo que en la pasión del Señor el pontífice de los judíos rasgara sus propias vestiduras, mientras que la túnica del Señor, ni siquiera por los mismos soldados que lo crucificaron, pudo ser rasgada. Se figuraba que el sacerdocio de los judíos, por los crímenes de sus pontífices, sería rasgado, y completamente disuelto de su estado de integridad; pero la solidez de la santa Iglesia universal, que suele llamarse la vestidura de su Redentor, nunca podrá ser rota. Más bien, aunque los judíos, los gentiles, los herejes, los malos católicos desprecien la humildad del Señor Salvador, su castidad inviolada permanecerá hasta la consumación del siglo, en aquellos que encuentre fuera de la elección.

Y comenzaron algunos a escupirle, y a cubrir su rostro, y a golpearlo con puñetazos, y a decirle: Profetiza. Y los servidores lo golpeaban con bofetadas. Se cumplió en este lugar la profecía que dice: Di mis mejillas a los que me golpeaban, y mi rostro no aparté de la confusión de los escupitajos (Isa. L). Pero quien entonces fue golpeado con puñetazos o bofetadas de los judíos, es golpeado también ahora con las blasfemias de los falsos cristianos.

Quien entonces fue escupido con las salivas de los infieles, ahora hasta por los que se dicen fieles de nombre es deshonorado y provocado con insultos. Pero le cubrieron el rostro, no para que él no vea sus crímenes, sino para ocultar de ellos mismos, como hicieron una vez con Moisés, la gracia de su conocimiento. Porque si creyeran a Moisés, quizás creerían también al Señor. Ese velo permanece hasta hoy sobre su corazón no revelado. Pero para nosotros que creemos en Cristo ha sido quitado. Pues no en vano al morir él, el velo del templo se rasgó por la mitad, y las cosas que durante todo el tiempo de la ley habían estado ocultas, y habían sido escondidas al Israel carnal, fueron reveladas a los adoradores del Nuevo Testamento los arcanos del santo de los santos. Lo que dicen: Profetiza, y según otros evangelistas: Profetiza quién es el que te golpeó; lo hacen como en burla de él, quien quiso ser tenido por profeta por los pueblos. Pero él, disponiendo lo que sufre, todo lo hace por nosotros, como Pedro exhorta: Cristo, habiendo padecido en la carne, armémonos con el mismo pensamiento, y preparémonos para soportar por su nombre los insultos de las burlas.

Y mientras Pedro estaba abajo en el atrio, vino una de las criadas del sumo sacerdote. Y cuando vio a Pedro calentándose, mirándolo, dijo: Tú también estabas con Jesús Nazareno,

etc. ¿Qué significa que primero lo traiciona una criada, cuando los hombres ciertamente podrían haberlo reconocido mejor? A menos que sea para que también este sexo se viera implicado en la muerte del Señor y este mismo sexo fuera redimido por la pasión del Señor. Y por eso una mujer es la primera en recibir el misterio de la resurrección y guarda los mandamientos para borrar el antiguo error de la transgresión. Y salió fuera del atrio, y el gallo cantó. Sobre este canto del gallo, los demás evangelistas guardan silencio, pero no niegan que haya sucedido, así como otros pasan en silencio sobre muchas cosas que otros narran.

De nuevo, cuando la criada lo vio, comenzó a decir a los que estaban alrededor: Este es uno de ellos. Pero él negó de nuevo. No se debe creer que esta sea la misma que lo acusó antes. Porque Mateo dice muy claramente: Al salir él por la puerta, lo vio otra, y dijo a los que estaban allí (Mat. XXVI), etc. En esta negación de Pedro aprendemos que no solo se niega a Cristo quien dice que él no es Cristo, sino también aquel que, siendo cristiano, niega serlo. Sin embargo, el Señor no le dijo a Pedro: negarás ser mi discípulo, sino: Me negarás. Por lo tanto, lo negó a él mismo cuando negó ser su discípulo.

Y poco después, los que estaban allí dijeron de nuevo a Pedro: Verdaderamente tú eres uno de ellos. Pues también eres galileo. No porque los galileos hablaran un idioma diferente al de los habitantes de Jerusalén, que ambos eran hebreos, sino porque cada provincia y región tiene sus propias características, y no puede evitar el acento vernáculo. Por eso, en los Hechos de los Apóstoles, cuando aquellos en quienes había descendido el Espíritu Santo hablaban en las lenguas de todas las naciones, entre otros que habían venido de diferentes partes del mundo, también se dice que aquellos que habitaban en Judea dijeron: ¿No son todos estos que hablan galileos? ¿Y cómo los oímos cada uno en nuestra lengua en la que nacimos? (Hech. II). Y Pedro, hablando a los hermanos en Jerusalén, dijo: Y se hizo conocido por todos los que habitan en Jerusalén, de modo que ese campo fue llamado en su lengua Haceldama (Hech. I). ¿Por qué en su lengua, sino porque los galileos pronunciaban ese nombre de manera diferente a los de Jerusalén?

Pero él comenzó a maldecir y a jurar: No conozco a este hombre de quien habláis. Y enseguida el gallo cantó de nuevo. La Escritura suele designar el sacramento de las causas por el estado de los tiempos. Por eso Pedro, que negó en medio de la noche, se arrepintió al canto del gallo. Quien también, después de la resurrección del Señor, bajo la luz del día, profesó amarlo tres veces, a quien había negado tres veces. Porque ciertamente lo que erró en las tinieblas del olvido, lo corrigió con el recuerdo de la luz esperada, y con la presencia adquirida de esa misma verdadera luz, levantó completamente todo lo que había vacilado. Creo que este gallo debe entenderse como algún doctor que nos despierta cuando estamos caídos, y nos reprende cuando estamos somnolientos, diciendo: Despertad, justos, y no pequéis.

Y Pedro se acordó de la palabra que Jesús le había dicho: Antes de que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces. Y comenzó a llorar. ¡Cuán nocivas son las conversaciones de los malvados! El mismo Pedro, entre los infieles, negó conocer al hombre a quien entre sus compañeros ya había confesado como Hijo de Dios. Pero ni siquiera retenido en el atrio de Caifás podía hacer penitencia. Salió fuera, como narran otros evangelistas, para que, separado del consejo de los impíos, lavara con lágrimas libres las manchas de la negación temerosa.

CAPÍTULO XV.

Y enseguida, al amanecer, los sumos sacerdotes, con los ancianos y los escribas y todo el consejo, hicieron un plan, ataron a Jesús, lo llevaron y lo entregaron a Pilato. No solo fue llevado a Pilato, sino también a Herodes, para que ambos se burlaran del Señor. Y observa la diligencia de los sacerdotes en el mal. Velaron toda la noche para cometer un homicidio, y lo entregaron atado a Pilato. Pues tenían esta costumbre, que a quien habían condenado a muerte, lo entregaban atado al juez. Sin embargo, es de notar que no lo ataron por primera vez entonces, sino que, como declara Juan, lo ataron inmediatamente después de haber sido capturado de noche en el huerto, y así lo llevaron primero a Anás.

Y Pilato le preguntó: ¿Eres tú el rey de los judíos? Pilato no preguntó por otro crimen que si era el rey de los judíos, y los judíos son acusados de impiedad, porque ni siquiera falsamente pudieron encontrar algo que objetar al Salvador.

Pero él, respondiendo, le dijo: Tú lo dices. Respondió de tal manera que decía la verdad, y su palabra no podía ser objeto de calumnia. Y observa que respondió a Pilato, quien a regañadientes emitía la sentencia, pero no quiso responder a los sacerdotes y príncipes, juzgándolos indignos de su palabra.

Pilato, sin embargo, le preguntó de nuevo, diciendo: ¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan. Pero Jesús no respondió nada más. Aunque es un pagano quien condena a Jesús, remite la causa al pueblo judío: Mira de cuántas cosas te acusan. Jesús no quiso responder, para que, al diluir la acusación, no fuera liberado por el gobernador, y la utilidad de la cruz no se pospusiera.

Pero los sumos sacerdotes incitaron a la multitud para que les soltara más bien a Barrabás. Hasta hoy persiste en los judíos su petición, que con tanto esfuerzo lograron. Porque, habiéndoseles dado la opción, eligieron a un ladrón en lugar de Jesús, a un asesino en lugar del Salvador, a un arrebatador de vida en lugar del dador de vida, y con razón perdieron la salvación y la vida, y se sometieron tanto a robos y sediciones, que perdieron su patria y reino, que amaron más que a Cristo, y hasta ahora no han merecido recuperar la libertad que vendieron, ya sea del alma o del cuerpo.

Pilato, sin embargo, respondiendo de nuevo, les dijo: ¿Qué queréis, pues, que haga con el rey de los judíos? Pero ellos volvieron a gritar: Crucificalo. Pilato les decía: ¿Qué mal ha hecho? Pilato dio muchas oportunidades para liberar al Salvador: primero comparándolo con un ladrón justo, luego preguntando: ¿Qué queréis, pues, que haga con el rey de los judíos? Y cuando respondieron: Crucificalo, no accedió de inmediato, sino que, según la sugerencia de su esposa, quien le había mandado, como escribe Mateo: No tengas nada que ver con ese justo (Mat. XXVII), él mismo respondió seriamente: ¿Qué mal ha hecho? Al decir esto, Pilato absolvió a Jesús.

Pero ellos gritaban más: Crucificalo. Para que se cumpliera lo que había dicho en el Salmo veintiuno: Me rodearon muchos perros, la congregación de malignos me cercó (Sal. XXI); y aquello de Jeremías: Mi heredad se me ha vuelto como un león en la selva, dieron su voz contra mí (Jer. XII). También Isaías, en esta misma sentencia, dice: Y esperé que hicieran juicio, pero hicieron iniquidad y no justicia, sino clamor (Is. V).

Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás y entregó a Jesús, después de haberlo azotado, para que fuera crucificado. Pero Jesús, azotado, debe entenderse que fue por el mismo Pilato. Pues Juan escribe claramente: Clamaron de nuevo todos diciendo: No a este, sino a Barrabás. Y Barrabás era un ladrón. Entonces Pilato tomó a Jesús y lo azotó (Juan

XVIII). Y luego añade: Y los soldados, tejiendo una corona de espinas, la pusieron sobre su cabeza, etc. (Juan XIX). Esto lo hizo y se cree que lo entregó a los soldados para que se burlaran de él, para que, saciados de sus penas y oprobios, dejaran de desear su muerte. Esto se hizo para que, como estaba escrito: Muchas son las heridas de los pecadores (Sal. XXXI), al ser él azotado, nosotros fuéramos liberados de los azotes, diciendo la Escritura: El azote no se acercará a tu morada (Sal. XC).

Los soldados lo llevaron al atrio del pretorio, y convocaron a toda la cohorte, y lo vistieron de púrpura, y le pusieron una corona tejida de espinas, y comenzaron a saludarlo: Salve, rey de los judíos. Los soldados, porque había sido llamado rey de los judíos, y esto le habían objetado los escribas y sacerdotes, que usurpaba el poder en el pueblo israelita, lo hicieron burlándose, para que, despojado de sus vestiduras anteriores, lo vistieran de púrpura, que usaban los antiguos reyes, para que en lugar de una diadema le pusieran una corona de espinas, en lugar de un cetro real le dieran una caña, como escribe Mateo, y lo adoraran como a un rey. Pero entendamos todo esto de manera mística. Pues así como Caifás dijo: Conviene que un hombre muera por todos (Juan XVIII), sin saber lo que decía (Luc. IX); y lo que hicieron, aunque lo hicieron con otra intención, sin embargo, nos otorgaban sacramentos a nosotros que creemos. Es de notar que por lo que dice Marcos: Y lo vistieron de púrpura, Mateo lo pone así: Y desnudándolo, le pusieron encima un manto escarlata (Mat. XXVII). Donde se entiende que lo que Mateo dice: Le pusieron encima un manto escarlata, es lo que Marcos dice, Lo vistieron de púrpura. Pues ese manto escarlata fue usado por los que se burlaban como si fuera púrpura real, y es una especie de púrpura roja muy similar al escarlata. También puede ser que Marcos mencione la púrpura que tenía el manto, aunque fuera escarlata. Misticamente, en la púrpura con la que el Señor fue vestido, se insinúa su misma carne que expuso a las pasiones. De la cual la profecía había dicho antes: ¿Por qué, pues, es rojo tu vestido, y tus vestiduras como las de los que pisan en el lagar? (Is. LXIII). En la corona de espinas que llevaba, se muestra la asunción de nuestros pecados, por la cual se dignó hacerse mortal, según el testimonio de su precursor: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Juan I). Pues el mismo Señor testifica que las espinas suelen ponerse en significación de los pecados, cuando decía al primer hombre caído en pecado: Tu tierra te producirá espinas y cardos (Gen. III). Lo cual es decir claramente: Tu conciencia no dejará de producirte punzadas y agujones de vicios. Lo que, según el Evangelio de Lucas, el Señor es vestido de blanco ante Herodes, y en los demás evangelistas se dice que fue burlado por los soldados de Pilato bajo un hábito escarlata o púrpura, al comparar ambas narraciones, en una se expresa la inocencia y castidad de la humanidad asumida, y en la otra la verdad de la pasión por la cual habría de llegar a la gloria del reino inmortal, y que se nos abre para entrar. Pues así como la púrpura imita el color de la sangre que fue derramada por nosotros, así también insinúa el hábito del reino al que entró después de la pasión y que se nos abre para entrar. Pero como dice el Apóstol: Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido (Gál. III); e Isaías al Señor sobre todos los elegidos: Con estos te vestirás como con un ornamento (Is. XII), puede en este hábito doble del Señor, que a los enemigos les parecía deshonoroso, pero que por elección del mismo Señor es gloriosísimo, designarse muy apropiadamente toda la multitud de sus elegidos, que se distingue en los venerables mártires y el resto del pueblo fiel. Pues se viste de blanco cuando se rodea de la confesión pura de los justos.

Se viste de púrpura o escarlata cuando se gloria en el triunfo de los mártires victoriosos.

Y le golpeaban la cabeza con una caña, y le escupían. Y, arrodillándose, lo adoraban. Esto lo hicieron entonces los soldados de Pilato, y hasta hoy lo hacen los herejes y paganos, soldados del diablo, por supuesto. Porque, ya que la cabeza de Cristo es Dios, golpean su cabeza

quienes niegan que él sea verdadero Dios. Y porque la Escritura suele escribirse con una caña, es como si golpearan la cabeza de Cristo con una caña quienes, contradiciendo su divinidad, intentan confirmar su error con la autoridad de la Sagrada Escritura. Escupen en su rostro quienes, desde la ceguera interna de su mente, rechazan su presencia de gracia con palabras execrables, y niegan que Jesucristo haya venido en carne.

Y ciertamente los soldados, como si él mismo hubiera dicho falsamente que era Dios, se burlaban adorándolo. Pero hay quienes hoy, lo que es de mayor locura, lo adoran con fe cierta como verdadero Dios, pero con actos perversos pronto desprecian sus palabras como fabulosas, y posponen las promesas de su reino a las tentaciones temporales.

Y lo sacan para crucificarlo. Y obligaron a un tal Simón de Cirene, que pasaba, viniendo del campo, padre de Alejandro y Rufo, a que llevara su cruz. Este Simón parece haber sido de gran reputación entonces, ya que también se mencionan a sus hijos como ya conocidos por todos por su nombre. Pero debe evitarse que a alguien le parezca contradictorio lo que escribe Juan, que el mismo Señor llevó su cruz; mientras que los demás evangelistas refieren que este Simón de Cirene la llevó.

Primero fue llevada por el Señor, y luego se impuso a Simón, a quien al salir encontraron por casualidad. Y esto en un orden muy adecuado de misterio. Porque ciertamente él sufrió por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus pasos.

Y porque se dice que este Simón no era de Jerusalén, sino de Cirene (pues Cirene es una ciudad de Libia, como leemos en los Hechos de los Apóstoles), por él se designan correctamente los pueblos gentiles, que antes eran extranjeros y ajenos a los pactos, ahora, obedeciendo, son ciudadanos y domésticos de Dios, y, como se dice en otro lugar, Herederos de Dios, coherederos con Cristo (Rom. VIII). Por lo cual, adecuadamente, Simón significa obediente, Cirene, heredero. No debe pasarse por alto que se dice que el mismo Simón venía del campo. Pues campo en griego se dice *πάρος*. De ahí que llamemos paganos a aquellos que vemos ajenos a la ciudad de Dios, y como si fueran extraños a la conversación urbana. Pero Simón, saliendo del campo, lleva la cruz detrás de Jesús, cuando el pueblo de las naciones, dejando los ritos paganos, abraza obedientemente las huellas de la pasión del Señor.

Y lo llevan al lugar de Gólgota, que se interpreta como el lugar de la Calavera. Fuera de la puerta de la ciudad hay lugares donde se decapitan a los condenados, y han tomado el nombre de Calvaria, es decir, de decapitados. Por eso el Señor fue crucificado allí, para que donde antes era el área de los condenados, se levantaran los estandartes del martirio.

Y así como por nosotros se hizo maldición de la cruz, y fue azotado y crucificado; así por la salvación de todos es crucificado como un malhechor entre malhechores.

Y le daban a beber vino mezclado con mirra, y no lo aceptó. Dios habla a Jerusalén: Yo te planté como mi verdadera viña; ¿cómo te has vuelto en amargura una vid extraña? (Jer. II). La vid amarga hizo vino amargo: que se le da al Señor Jesús, para que se cumpla lo que está escrito: Me dieron hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre (Sal. LXVIII). Pero lo que se dice: Y no lo aceptó, o según Mateo: Cuando lo probó, no quiso beber (Mat. XXVII), esto indica que probó ciertamente la amargura de la muerte por nosotros, pero resucitó al tercer día.

Porque lo que dice Marcos: no lo aceptó, se entiende: no lo aceptó para beber. Pero lo probó, como testifica Mateo, para que lo que dice Mateo, No quiso beber, sea lo que Marcos dice No

lo aceptó, pero calló que lo probó. Pero también lo que dice Marcos, Vino mezclado con mirra, se debe entender que Mateo dijo con hiel mezclado (Mat. XXVII). Pues puso hiel por amargura. Y el vino mezclado con mirra es muy amargo, aunque puede ser que se haya hecho muy amargo con hiel y mirra.

Y crucificándolo, dividieron sus vestiduras, echando suertes sobre ellas, para ver qué se llevaría cada uno. Esto lo expone más plenamente el evangelista Juan: que los soldados, dividiendo las demás en cuatro partes, según su número, echaron suertes sobre la túnica, que era sin costura, tejida de arriba abajo.

La vestidura cuatripartita del Señor figuró su Iglesia cuatripartita, es decir, extendida por todo el orbe (que consta de cuatro partes) de la tierra, y distribuida equitativamente, es decir, concordemente, en todas esas partes. La túnica sorteada, sin embargo, significa la unidad de todas las partes, que se mantiene con el vínculo de la caridad. Pues si la caridad, según el Apóstol, tiene un camino más excelente, y sobrepasa el conocimiento, y es sobre todo mandamiento, con razón la vestidura que la significa se dice tejida de arriba. En la suerte, sin embargo, ¿qué se recomienda sino la gracia de Dios? Pues así llega a todos en uno, cuando la suerte agradó a todos, porque también la gracia de Dios llega a todos en unidad. Y cuando se echa la suerte, no se atribuye a la persona o méritos de cualquiera, sino que se cree en el juicio oculto de Dios. Y porque, como dice el Apóstol, nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, para que no sirvamos más al pecado (Rom. VI), mientras nuestras obras procuran que el cuerpo del pecado sea destruido, y mientras el hombre exterior se corrompe para que el interior se renueve de día en día, es tiempo de cruz. Estas son también buenas obras, sin embargo, aún laboriosas, cuya recompensa es el descanso. Pero se dice, Gozosos en la esperanza (Rom. XII), para que trabajemos con alegría en los trabajos por el descanso futuro. Esta alegría significa la anchura de la cruz en el madero transversal donde se fijan las manos. Pues por las manos entendemos las obras, por la anchura la alegría del que obra, porque la tristeza causa angustias. Por la altura, sin embargo, a la que se une la cabeza, la expectativa de la retribución de la justicia sublime de Dios que dará a cada uno según sus obras (Mat. XVI), a estos según la tolerancia de la buena obra, gloria y honor, y a los que buscan la incorrupción, vida eterna. Por lo tanto, también la longitud, en la que se extiende todo el cuerpo, significa la misma tolerancia, de donde se llaman longánimes a los que toleran. La profundidad, sin embargo, que está fijada en la tierra, prefigura el secreto del sacramento. Recuerdas, si no me equivoco, que las palabras del Apóstol se explican en esta designación de la cruz, donde dice: Arrraigados y cimentados en amor, para que podáis comprender con todos los santos cuál es la longitud, la anchura, la altura y la profundidad (Efes. III).

Eran alrededor de las nueve de la mañana cuando lo crucificaron. Algunos piensan que el Señor fue crucificado a la tercera hora, y que desde la sexta hasta la novena hora hubo oscuridad, de modo que se entienden consumidas tres horas desde que fue crucificado hasta que se hicieron las tinieblas. Y esto podría entenderse correctamente, si Juan no dijera que Pilato se sentó en el tribunal alrededor de la sexta hora, en el lugar llamado Lithostrotos, en hebreo Gabbatha (Juan XIX). Sigue diciendo: Era la preparación de la Pascua, alrededor de la sexta hora. Y dice a los judíos: He aquí vuestro rey, etc. Si, pues, fue entregado a los judíos para ser crucificado mientras Pilato estaba sentado en el tribunal alrededor de la sexta hora, ¿cómo fue crucificado a la tercera hora, como algunos han entendido erróneamente las palabras de Marcos? Ya había dicho Marcos: Y crucificándolo, dividieron sus vestiduras. Si, pues, quiso recordar el tiempo del hecho, bastaría con decir: Era la tercera hora; ¿por qué añadió: Y lo crucificaron, sino porque quiso significar algo recapitulando, que se encontraría

al buscarlo, cuando la Escritura misma se leía en aquellos tiempos en que toda la Iglesia sabía a qué hora el Señor fue colgado en el madero, de donde podría corregirse este error o refutarse la mentira? Pero como sabía que el Señor fue crucificado por los soldados y no por los judíos, quiso mostrar ocultamente que más bien lo crucificaron aquellos que clamaron para que fuera crucificado, que aquellos que prestaron servicio a su príncipe según su oficio. Se entiende, pues, que fue la tercera hora cuando los judíos clamaron para que el Señor fuera crucificado. Y se demuestra muy verazmente que entonces lo crucificaron cuando clamaron, especialmente porque no querían parecer que lo habían hecho, y por eso lo entregaron a Pilato, lo cual sus palabras indican suficientemente según Juan. Lo que, pues, más querían evitar que se viera que habían hecho, esto Marcos muestra que lo hicieron a la tercera hora, indicando muy verazmente que más fue la lengua de los judíos la que mató al Señor que las manos de los soldados.

Y estaba escrito el título de su causa: Rey de los Judíos. El título colocado sobre su cruz, en el que estaba escrito: Rey de los Judíos, muestra que ni matándolo pudieron lograr que no lo tuvieran como rey, quien con poder manifiesto y eminente les será devuelto según sus obras. Por eso se canta en el salmo: Yo he sido constituido rey por él sobre Sion, su monte santo (Salmo II). Quien, siendo a la vez rey y pontífice, al ofrecer al Padre la excelsa ofrenda de su carne en el altar de la cruz, también mostró el título de la dignidad real que poseía, para insinuar a todos los que quisieran leer, esto es, oír y creer, que por el patíbulo de la cruz no perdió su imperio, sino que más bien lo confirmó y fortaleció.

Y con él crucifican a dos ladrones, uno a su derecha y otro a su izquierda. Los ladrones que fueron crucificados con el Señor a ambos lados, significan a aquellos que, bajo la fe y confesión de Cristo, emprenden el combate del martirio o cualquier institución de mayor continencia. Pero quienes hacen esto solo por la gloria eterna y celestial, ciertamente son designados con el mérito y la fe del ladrón de la derecha. Pero quienes, ya sea por el deseo de alabanza humana o por cualquier intención menos digna, renuncian al mundo, no sin razón imitan la mente y los actos del blasfemo y ladrón de la izquierda.

De los cuales dice el Apóstol: Si entregara mi cuerpo para ser quemado, si diera todas mis posesiones para alimentar a los pobres, si pareciera hacer muchas otras obras de piedad o haber recibido dones de gracia espiritual, pero no tengo caridad, de nada me sirve (1 Cor. XIII). Bienaventurados los que dejan lo suyo por el Señor y por el Evangelio. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo V).

De igual manera, los sumos sacerdotes burlándose decían entre sí con los escribas: A otros, etc. Incluso sin quererlo, los escribas y sacerdotes confiesan que salvó a otros. Así que vuestra propia sentencia os condena. Porque quien salvó a otros, ciertamente si quisiera, podría salvarse a sí mismo.

Cristo, rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos. Promesa fraudulenta. ¿Qué es más, descender de la cruz aún vivo o resucitar del sepulcro muerto? Resucitó, y no creéis; por lo tanto, incluso si descendiera de la cruz, de igual manera no creeríais.

Y los que estaban crucificados con él le injuriaban. ¿Cómo es que los que estaban crucificados con él le injuriaban, cuando uno de ellos le injurió, según el testimonio de Lucas, y el otro lo reprendió y creyó en Dios? A menos que entendamos que Mateo y Marcos, al resumir brevemente, usaron aquí el número plural en lugar del singular, como leemos en la

Epístola a los Hebreos que se dice en plural: Cerraron bocas de leones (Hebreos XI), cuando se entiende que se refiere solo a Daniel. Y se dice en plural: Fueron aserrados (Ibid.), cuando se dice que solo Isaías fue aserrado. ¿Qué hay más común, por ejemplo, que alguien diga: Y los campesinos me insultan, incluso si solo uno insulta? Entonces sería contrario a lo que Lucas manifestó sobre uno, si ellos hubieran dicho que ambos ladrones injuriaron al Señor, cuando no se podría entender uno bajo el número plural. Pero cuando se dice ladrones, o, los que estaban crucificados con él, y no se añade ambos, no solo si ambos lo hubieran hecho podría decirse esto, sino también porque uno lo hizo, pudo significarse de manera usual con el número plural. Pero lo que Lucas testimonia, que un ladrón blasfemó al Señor diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros (Lucas XXIII), mientras que el otro lo reprendió con justa invectiva y suplicó al Señor con fe diciendo: Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino (Ibid.), lo vemos hasta hoy en la Iglesia, cuando, tocados por las aflicciones mundanas, los verdaderos y falsos cristianos, aquellos que llevan los sacramentos de la pasión del Señor con mente fingida, desean ser liberados por el Señor para los gozos de esta vida presente. Pero quienes con intención sencilla no se glorían sino en la cruz de nuestro Señor con el Apóstol, desean más bien ser liberados de las presentes tribulaciones, para encomendar su espíritu en manos de su creador, y desean ser partícipes del reino celestial con él. Por eso, bien aquel que con fe dudosa suplicó al Señor fue completamente despreciado por el Señor, y no fue considerado digno de ninguna respuesta. Pero las súplicas de aquel que buscaba de él la salvación eterna, el Señor se dignó recibirlas con piadosa escucha. Porque, sin duda, quienes en las tribulaciones solo buscan consuelos temporales del Señor, se privan tanto de los gozos temporales como de los eternos. Pero quienes verdaderamente suspiran por los bienes de la patria celestial, a estos, sin ninguna duda, Cristo, en su misericordia, les concede llegar.

Y cuando llegó la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. La luz clarísima del mundo retiró sus rayos, para no ver al Señor colgando, ni que los impíos blasfemadores disfrutaran de su luz. Y es de notar que el Señor fue crucificado a la sexta hora, es decir, cuando el sol se alejaba del centro del mundo; y al amanecer, es decir, cuando el sol ya estaba saliendo, celebró los misterios de su resurrección. Señaló con el estado del tiempo lo que mostró con el efecto de su obra. Porque murió por nuestros pecados y resucitó por nuestra justificación. Pues también está escrito sobre Adán pecando que oyó la voz del Señor Dios paseándose en el paraíso al fresco de la tarde (Génesis III). A la tarde, ciertamente con la luz de la fe inclinada; al fresco, con el fervor de la caridad enfriándose. Se le oía pasearse, porque se había alejado del hombre pecador. Por lo tanto, el orden de la razón, más bien de la piedad divina, exigía que en el mismo momento del día en que entonces había cerrado a Adán transgresor, ahora el Señor abriera al ladrón penitente la puerta del paraíso, y a la hora en que el primer Adán, pecando, había traído la muerte a este mundo, a la misma hora el segundo Adán destruyera la muerte muriendo.

Y a la hora novena Jesús clamó con gran voz, diciendo: Heloi, Heloi, lama sabacthani, que se interpreta, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Usó el principio del salmo veintiuno. Lo que se lee en medio del versículo: Mira en mí, es superfluo. Pues en hebreo se lee: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? No te asombres de la humildad de las palabras, de las quejas del abandonado, cuando, conociendo la forma de siervo, ves el escándalo de la cruz. Pues así como tener hambre, sed y cansancio no eran propios de la divinidad, sino pasiones corporales, así también lo que se dice, ¿Por qué me has abandonado? era propio de la voz corporal, porque el cuerpo, según su naturaleza, no quiere de ninguna manera ser privado de la vida unida a él. Aunque el mismo Salvador decía esto, pero propiamente mostraba la fragilidad del cuerpo, permaneciendo la virtud y sabiduría de Dios.

Así que habla como hombre, llevando mis movimientos, lo que en los peligros pensamos que Dios nos abandona; como hombre se turba, como hombre llora, como hombre es crucificado.

Y algunos de los que estaban allí, al oírlo, decían: Mirad, llama a Elías. No todos, sino algunos. Creo que eran soldados romanos, que no entendían la propiedad del idioma hebreo, sino que, por lo que dijo Heloi, Heloi, pensaron que invocaba a Elías. Pero si quieres entender que fueron judíos quienes dijeron esto, también lo hacen a su manera habitual, para infamar al Señor con debilidad, que pide la ayuda de Elías.

Corriendo uno, empapó una esponja en vinagre, la puso en una caña y le dio de beber, diciendo: Dejad, veamos si viene Elías a bajarlo. La razón por la que se dio vinagre al Señor para beber, Juan lo muestra más plenamente, diciendo: Después, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, para que se cumpliera la Escritura, dice: Tengo sed. Había allí un vaso lleno de vinagre. Entonces, empaparon una esponja en vinagre, la pusieron en una caña de hisopo y se la ofrecieron a su boca. Vio, pues, que todo lo que debía hacerse estaba consumado antes de tomar el vinagre y entregar el espíritu, y para que también se cumpliera lo que dice: Y en mi sed me dieron a beber vinagre (Salmo CXVIII), dijo: Tengo sed. Como si dijera: Esto es lo que falta, dad lo que sois. Los judíos mismos eran el vinagre, degenerando del vino de los patriarcas y profetas; como de un vaso lleno, lleno de la iniquidad de este mundo, teniendo un corazón como una esponja, de alguna manera con cavernosos y tortuosos escondrijos fraudulentos. El hisopo, al que rodearon con la esponja llena de vinagre, siendo una hierba humilde y que purga al ganado, lo tomamos adecuadamente como la humildad de Cristo, a la que rodearon y pensaron que habían rodeado. De donde aquello en el salmo: Me rociarás con hisopo, y seré limpio (Salmo L); porque somos limpiados por la humildad de Cristo, ya que si no se hubiera humillado a sí mismo, hecho obediente al Padre hasta la muerte de cruz (Filipenses II), ciertamente su sangre no habría sido derramada para la remisión de los pecados, esto es, para nuestra limpieza. Por la caña, en la que se puso la esponja, se significa la Escritura, que se cumplía con este hecho. Así como se dice lengua, ya sea griega, latina o cualquier otra, significando el sonido que se emite con la lengua, así se puede decir caña a la letra que se escribe con caña. Pero más significativamente, decimos muy comúnmente los sonidos de la voz humana como lenguas; la escritura, sin embargo, que se diga caña, cuanto menos común, más mística es la figura.

Pero Jesús, dando un gran grito, expiró. Lo que el Señor dijo con este gran grito, Lucas lo señala claramente, diciendo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto, expiró (Lucas XXIII). Pero lo que escribe Juan, que cuando Jesús tomó el vinagre, dijo: Todo está consumado, e inclinando la cabeza entregó el espíritu (Juan XIX), entre lo que dijo: Todo está consumado, y lo que dijo: E inclinando la cabeza entregó el espíritu, se emitió aquel gran grito que Juan calló, pero que los otros tres mencionaron.

Y el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. Se rasga el velo del templo, para que el arca del testimonio y todos los sacramentos de la ley, que estaban cubiertos, aparezcan y pasen al pueblo de las naciones. Pues antes se había dicho: Dios es conocido en Judá, su nombre es grande en Israel (Salmo LXXVI). Pero ahora: Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra, dice, tu gloria (Salmo LXVI). Y en el Evangelio primero dijo: No vayáis por el camino de los gentiles (Mateo X). Pero después de su pasión: Id, dice, y enseñad a todas las naciones (Mateo XXVIII).

Viendo el centurión, que estaba frente a él, que así clamando había expirado, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios. Se expone claramente la causa del milagro del

centurión, que viendo al Señor expirar así, es decir, entregar el espíritu, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios. Pues nadie tiene poder para entregar el espíritu, sino quien es el creador de las almas. Y esto debe considerarse, que el centurión ante la cruz, en el mismo escándalo de la pasión, confiesa verdaderamente al Hijo de Dios, y Ario en la Iglesia predica una criatura. Por lo cual, mercedamente por el centurión se designa la fe de la Iglesia, que con el velo de los misterios celestiales, rasgado por la muerte del Señor, inmediatamente confirma a Jesús como verdadero hombre justo y verdadero Hijo de Dios, mientras la Sinagoga calla.

Había también mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaba María Magdalena, y María madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé. Y cuando estaba en Galilea, lo seguían y le servían. Llama a Jacobo el menor a Jacobo de Alfeo, quien también era llamado hermano del Señor, porque era hijo de María, tía del Señor, de quien Juan hace mención en su Evangelio, diciendo: Estaba junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María de Cleofás (Juan XIX). María de Cleofás parece llamarla por el padre, o por la relación. Era llamado menor Jacobo, para distinguirlo del mayor Jacobo, es decir, el hijo de Zebedeo, quien fue llamado entre los primeros apóstoles y elegido por el Señor. Era costumbre judía, y no se consideraba culpa según la antigua costumbre de la gente, que las mujeres de su sustancia proveyeran alimento y vestido a sus maestros; esto que podría causar escándalo entre las naciones, Pablo recuerda haberlo rechazado: ¿Acaso no tenemos derecho a llevar con nosotros hermanas mujeres, como hacen los demás apóstoles? (1 Cor. IX). Servían al Señor de su sustancia, para que cosechara sus bienes materiales, de quien ellas cosechaban los espirituales. No porque el Señor necesitara alimentos de las criaturas, sino para mostrar el tipo de los maestros, que deberían estar contentos con el sustento y el vestido de sus discípulos. Pero veamos qué compañeras tenía. A María Magdalena, de quien había expulsado siete demonios, y a María madre de Jacobo y de José, su tía, y a otras, que leemos en los otros Evangelios.

Y cuando ya era tarde, porque era la preparación, que es antes del sábado, vino José de Arimatea, noble consejero. Se le llama consejero porque es del orden del consejo y administra el oficio del consejo. También se le suele llamar curial, por procurar los deberes civiles. Arimatea es la misma Ramataim, ciudad de Elcana y Samuel en la región de Tamnitica cerca de Diospolis. Παρασκευή en griego, en latín se dice preparación. Con este nombre, los judíos que vivían entre los griegos llamaban al sexto día del sábado, porque en él solían preparar lo necesario para el descanso del sábado. Según lo que se ordenó sobre el maná: El sexto día recogeréis el doble, etc. Porque el hombre fue creado el sexto día, y toda la creación del mundo fue completada, y el séptimo día el creador descansó de su obra, por eso quiso llamar a este día sábado, es decir, descanso, correctamente el Salvador crucificado el mismo sexto día, cumplió el misterio de la restauración humana. Por eso, cuando tomó el vinagre, dijo: Todo está consumado, es decir, la obra del sexto día, que asumí para la restauración del mundo, ya está completamente cumplida. Descansando en el sepulcro el sábado, esperaba el evento de la resurrección que vendría el octavo día. Donde brilla el ejemplo de nuestra devoción y de la bienaventurada retribución, a quienes en esta sexta edad del mundo es necesario sufrir por el Señor, y como al mundo ser crucificados. En la séptima edad, es decir, cuando se paga la deuda de la muerte, los cuerpos en los sepulcros, pero las almas permanecen en paz secreta con el Señor, y después de las buenas obras es necesario descansar, hasta que, finalmente, en la octava edad, también los cuerpos mismos glorificados por la resurrección reciban con las almas la incorruptibilidad de la herencia eterna.

Vino, dice, José de Arimatea, noble consejero, que también esperaba el reino de Dios. Y audazmente entró a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Se alaba que este José, de gran dignidad

en el mundo, pero de mayor mérito ante Dios, existiera. Pues convenía que fuera tal quien sepultara el cuerpo del Señor, quien por la justicia de sus méritos fuera digno de tal ministerio, y por la nobleza del poder secular pudiera obtener la facultad de ministrar. Pues no cualquiera desconocido o mediocre podía acceder al gobernador y obtener el cuerpo del crucificado.

José compró una sábana, y bajándolo, lo envolvió en la sábana. Y con la simple sepultura del Señor se condena la ambición de los ricos, que ni siquiera en las tumbas pueden carecer de riquezas. Pero podemos entender espiritualmente que el cuerpo del Señor no debe ser envuelto en oro, ni en gemas, ni en seda, sino en lino puro, aunque también esto significa que quien envuelve a Jesús en una sábana limpia, lo recibe con mente pura. De aquí la costumbre de la Iglesia de que el sacrificio del altar no se celebre en seda, ni en tela teñida, sino en lino terrenal, como el cuerpo del Señor fue sepultado en una sábana limpia, según lo que leemos en los actos pontificales que fue establecido por el beato papa Silvestre.

Y lo puso en un sepulcro que había sido excavado en la roca, y rodó una piedra a la entrada del sepulcro. Del sepulcro del Señor cuentan, quienes en nuestra época vinieron de Jerusalén a Bretaña, que era una casa redonda excavada en la roca subyacente, de tal altura que un hombre de pie apenas podía tocar el techo con la mano extendida, que tenía una entrada por el Oriente, a la cual se rodó y colocó aquella gran piedra. En la parte norte del sepulcro, es decir, el lugar del cuerpo del Señor, fue hecho de la misma roca, teniendo siete pies de longitud, y sobresaliendo tres palmos más alto que el resto del pavimento. Este lugar no está cubierto por arriba, sino que está abierto por el lado sur, por donde se introducía el cuerpo. Se dice que el color de este sepulcro y del lugar es una mezcla de rojo y blanco.

María Magdalena y María de José miraban dónde lo ponían. En Lucas leemos que todos sus conocidos estaban de lejos y las mujeres que lo habían seguido. Así, mientras los conocidos de Jesús, después de depositar su cuerpo, regresaban a sus casas, solo las mujeres, que lo amaban más intensamente, siguieron el entierro, preocupándose por observar cómo era colocado, para poder ofrecerle en el momento adecuado el tributo de su devoción. Y hasta ahora, las santas mujeres en el día de la Parasceve, es decir, de la preparación, hacen lo mismo, cuando las almas humildes, y cuanto más conscientes de su fragilidad, más ardientes en el amor del Salvador, siguen diligentemente las huellas de su pasión en este mundo, donde se debe preparar el descanso futuro, y si acaso pueden imitar con piadosa curiosidad, consideran en qué orden se completó esa misma pasión.

## CAPÍTULO XVI.

Y cuando pasó el sábado, María Magdalena, María de Jacobo y Salomé compraron aromas para ir a unguir a Jesús. En el Evangelio de Lucas está escrito que regresando del sepulcro prepararon aromas y ungüentos, y guardaron silencio el sábado por el mandamiento. El mandamiento de la ley era que se guardara el silencio del sábado desde la tarde hasta la tarde; por eso las mujeres piadosas, después de sepultar al Señor, mientras era permitido trabajar, es decir, hasta la puesta del sol, estaban ocupadas preparando los ungüentos, como escribe Lucas. Y como entonces, por la estrechez del tiempo, no podían completar la obra, se apresuraron, una vez pasado el sábado, es decir, al ponerse el sol, cuando la licencia para trabajar había regresado, a comprar aromas, como refiere Marcos, para ir por la mañana a unguir su cuerpo. Pues no quisieron ir al sepulcro al atardecer del sábado, ya que la noche se aproximaba.

Y muy de mañana, el primer día de la semana, vienen al sepulcro, ya salido el sol. El primer día de la semana es el primer día después del sábado, es decir, de los días de descanso, que ahora el uso eclesiástico llama día del Señor por la resurrección del Salvador. Es lo mismo cuando leemos "uno de los sábados" o "uno de los días de descanso", que se guardaban en los sábados. Las santas mujeres, que habían seguido al Señor, vinieron al sepulcro con aromas, y al que habían amado en vida, también muerto le rinden homenaje con diligencia humana. Y nosotros, creyendo en aquel que murió, si, llenos del olor de las virtudes, buscamos al Señor con la reputación de buenas obras, ciertamente venimos a su sepulcro con aromas. Que las mujeres vinieran muy de mañana al sepulcro, ya salido el sol, es decir, cuando el cielo comenzaba a clarear por el Oriente, lo cual no sucede sino por la cercanía del sol naciente, según la historia, muestra el gran fervor de caridad por buscar y encontrar al Señor. Según el entendimiento místico, se nos da el ejemplo de ofrecer al Señor el olor de las buenas obras y la suavidad de las oraciones, con el rostro iluminado y disipadas las tinieblas de los vicios.

Y se decían unas a otras: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro? Y mirando, vieron que la piedra había sido removida. Era muy grande. Cómo la piedra fue removida por el ángel, Mateo lo expone suficientemente. Pero la remoción de la piedra insinúa misticamente la revelación de los sacramentos de Cristo, que estaban cubiertos por el velo de la letra legal. La ley fue escrita en piedra, cuyo velo, al ser removido, mostró la gloria de la resurrección, la abolición de la muerte antigua, y la vida eterna que debemos esperar, comenzó a ser predicada en todo el mundo.

Y entrando en el sepulcro, vieron a un joven sentado a la derecha, cubierto con una túnica blanca, y se asombraron. Entrando desde el Oriente en aquella casa redonda, que está excavada en la roca, vieron al ángel sentado en la parte sur de aquel lugar, donde había sido colocado el cuerpo de Jesús, pues esto estaba a la derecha. Porque ciertamente el cuerpo, que yacía supino con la cabeza hacia el ocaso, necesariamente tenía la derecha hacia el sur. Mateo escribe que primero vieron al ángel que removió la piedra de la entrada del sepulcro sentado sobre la misma piedra, quien les ordenó entrar al lugar donde el Señor había sido puesto, y ver que ya había resucitado de entre los muertos. Lucas escribe que al entrar en el sepulcro, encontraron dos ángeles de pie allí. Aquellas mujeres ven a los ángeles que vinieron con aromas, porque ciertamente aquellas mentes que avanzan hacia Dios con deseos santos, ven a los ciudadanos celestiales. Debemos notar qué significa que el ángel es visto sentado a la derecha. ¿Qué se significa por la izquierda sino la vida presente? ¿Y qué por la derecha sino la vida eterna? De donde está escrito: "Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará" (Cant. II). La Iglesia ha puesto la izquierda de Dios, es decir, la prosperidad de la vida presente, como bajo su cabeza, que presiona con la intención del amor supremo. Pero la derecha de Dios la abraza, porque está contenida con toda devoción bajo su eterna bienaventuranza. Porque nuestro Redentor ya había pasado la corrupción de la vida presente, el ángel que vino a anunciar su vida eterna, estaba sentado a la derecha. Apareció cubierto con una túnica blanca, porque anunció las alegrías de nuestra festividad. El candor de la vestidura anuncia el esplendor de nuestra festividad. ¿Nuestra, o suya? Pero para hablar con más verdad, digamos que tanto suya como nuestra. Aquella resurrección de nuestro Redentor fue nuestra festividad, porque nos devolvió a la inmortalidad, y fue la festividad de los ángeles, porque al llamarnos de nuevo a los cielos, completó su número. En su festividad y en la nuestra, el ángel apareció con vestiduras blancas, porque mientras somos llevados a lo alto por la resurrección del Señor, se reparan las pérdidas de la patria celestial. Pero ya escuchemos al que se dirige a las mujeres que vienen.

No os asustéis, buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado; ha resucitado, no está aquí. He aquí el lugar donde lo pusieron. No os asustéis, dice. Como si dijera abiertamente: Que teman

aquellos que no aman la llegada de los ciudadanos celestiales. Que teman aquellos que, oprimidos por deseos carnales, desesperan de poder alcanzar su compañía. Pero, ¿por qué teméis vosotras, que veis a vuestros conciudadanos? Por eso Mateo, describiendo la aparición del ángel, dice: "Su aspecto era como un relámpago, y su vestidura blanca como la nieve" (Mat. XXVIII). En el relámpago está el terror del miedo, en la nieve la suavidad del candor. Porque Dios todopoderoso es terrible para los pecadores y amable para los justos, el ángel testigo de su resurrección se muestra con el fulgor del rostro y el candor del hábito, para que de su misma apariencia aterre a los reprobos y acaricie a los piadosos. Buscáis a Jesús Nazareno. Jesús en latín se interpreta como salvador. Pero muchos podían ser llamados así entonces, no sustancialmente, sino nominalmente. Por eso se añade el lugar, para que se manifieste de qué Jesús se habla: Nazareno; y enseguida se añade la causa, crucificado, y añade, ha resucitado, no está aquí. No está aquí se dice por la presencia de la carne, que sin embargo no falta en ningún lugar por la presencia de la majestad.

Pero id y decid a sus discípulos y a Pedro que va delante de vosotros a Galilea. Debemos preguntarnos por qué, al nombrar a los discípulos, Pedro es designado por su nombre. Pero si el ángel no lo hubiera mencionado expresamente, quien había negado a su maestro, no se atrevería a venir entre los discípulos. Por eso es llamado por su nombre, para que no desespere por su negación. En esto debemos considerar por qué Dios todopoderoso permitió que aquel a quien había dispuesto preferir a toda la Iglesia, temiera la voz de una criada y negara a sí mismo. Lo reconocemos como un acto de gran piedad, para que quien iba a ser pastor de la Iglesia, aprendiera en su culpa cómo debía tener misericordia de los demás. Primero se lo mostró a sí mismo, y luego lo puso al frente de los demás, para que de su propia debilidad conociera cuán misericordiosamente debía soportar las debilidades ajenas. Bien se dice de nuestro Redentor: "Va delante de vosotros a Galilea, allí lo veréis, como os dijo". Galilea se interpreta como transmigración hecha. Ya nuestro Redentor había pasado de la pasión a la resurrección, de la muerte a la vida, del castigo a la gloria, de la corrupción a la incorruptibilidad. Y primero después de la resurrección es visto en Galilea por los discípulos, porque veremos su gloria de resurrección después de la alegría, si ahora migramos de los vicios a la altura de las virtudes. Por eso, el que es anunciado en el sepulcro, es mostrado en la transmigración, porque el que es conocido en la mortificación de la carne, es visto en la transmigración de la mente.

Pero ellas, saliendo del sepulcro, huyeron (pues las había invadido el temblor y el miedo) y no dijeron nada a nadie. Porque temían. Con razón nos sorprende cómo Marcos escribe: "Y no dijeron nada a nadie". Cuando Lucas dice: "Y regresando del sepulcro, anunciaron todas estas cosas a los once y a todos los demás". De manera similar Mateo: "Y salieron rápidamente del sepulcro, con temor y gran gozo, corriendo a anunciarlo a sus discípulos" (Mat. XXVIII). A menos que entendamos que no se atrevieron a decir nada a nadie de los mismos ángeles, es decir, responder a lo que habían oído de ellos; o ciertamente a los guardias que vieron yacentes. Pues aquella alegría que Mateo menciona, no se opone al temor del que habla Marcos. Debemos entender que ambos sentimientos se dieron en el ánimo de ellas, aunque Mateo no mencionara el temor.

Pero Jesús, resucitando de mañana el primer día de la semana, apareció primero a María Magdalena. Esta aparición del Señor, cómo y dónde fue hecha, Juan lo enseña plenamente. El Señor resucitó de mañana del sepulcro, en el que había sido depositado ya al anochecer, para que se cumpliera aquello del salmista: "Por la tarde durará el llanto, y por la mañana la alegría" (Sal. XXIX). Sepultado, pues, el sexto día de la semana, que se llama Parasceve, cerca de la hora vespertina, la noche siguiente y el día del sábado con la noche siguiente estuvo en el sepulcro, así al tercer día, es decir, de mañana resucitó el primer día de la

semana. No sin razón yacía en el sepulcro un día y dos noches, porque ciertamente unió la luz de su simple muerte a las tinieblas de nuestra doble muerte. Vino a nosotros, que estábamos retenidos en la muerte del espíritu y de la carne. Trajo una suya, es decir, la muerte de la carne, y liberó las dos nuestras que encontró. Si él hubiera asumido ambas, no nos habría liberado de ninguna. Pero asumió una misericordiosamente, y justamente condenó ambas. Su simple muerte la unió a nuestra doble, y sometió nuestra doble al morir.

Apareció, dice, primero a María Magdalena, de la cual había echado siete demonios. Ella, yendo, lo anunció a los que habían estado con él, que lloraban y se lamentaban. Así como al principio la mujer fue autora de la culpa para el hombre, y el hombre ejecutor del error, así ahora la que primero había traído y probado la muerte, primero vio la resurrección. Y para que no soportara el oprobio perpetuo entre los hombres, la que había transferido la culpa al hombre, transfirió también la gracia. Por eso, con razón, esta mujer que anunció primero a los hombres que lloraban y se lamentaban la alegría de la resurrección del Señor, se recuerda que fue curada de siete demonios, para que se señale que estaba llena de todos los vicios, pero que fue limpiada de todos ellos por el don divino, y donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. El número siete se suele poner místicamente por la universalidad. La que fue curada de siete demonios, es decir, liberada de todos los crímenes, vio primero al Señor resucitado de entre los muertos, para que nadie que se arrepienta dignamente desespere del perdón de sus faltas, viendo a aquella que había estado sometida a tantos y tan grandes vicios, ser promovida de repente al mérito de la fe y el amor, hasta el punto de que ella, antes que los mismos evangelistas y apóstoles de Cristo, anunciara el milagro de la resurrección realizada.

Y ellos, al oír que vivía y que había sido visto por ella, no creyeron. Que los discípulos tardaran en creer en la resurrección del Señor, no fue tanto su debilidad como nuestra (por así decirlo) futura firmeza. Pues la misma resurrección les fue mostrada con muchos argumentos mientras dudaban, que al leerla nosotros, ¿qué otra cosa hacemos sino ser fortalecidos por su duda? María Magdalena me prestó menos al creer más rápido que Tomás, que dudó por más tiempo. Pues él, al dudar, tocó las cicatrices de las heridas, y cortó de nuestro pecho la herida de la duda.

Después de esto, se mostró en otra forma a dos de ellos que iban caminando hacia una aldea. Y ellos, yendo, lo anunciaron a los demás, pero tampoco a ellos creyeron. Cómo sucedió esto, Lucas lo expone más ampliamente. Lo que dice Marcos, "se mostró en otra forma", Lucas lo dice más claramente, "porque sus ojos estaban retenidos para que no lo reconocieran, hasta que, llegando con él a la aldea a la que iban, y poniéndole la mesa como a un peregrino, finalmente lo reconocieron en la fracción del pan" (Luc. XXIV). Y como el mismo Lucas añade, "levantándose en esa misma hora, regresaron a Jerusalén. Y encontraron reunidos a los once y a los que estaban con ellos, diciendo que verdaderamente el Señor había resucitado y había aparecido a Simón. Y ellos contaron lo que había sucedido en el camino, y cómo lo habían reconocido en la fracción del pan" (Ibid.). Lo que dice Marcos, "lo anunciaron a los demás, pero tampoco a ellos creyeron", cuando Lucas dice que ya hablaban de que verdaderamente había resucitado y había aparecido a Simón, ¿qué debemos entender sino que había algunos allí que no querían creerlo? ¿A quién no le queda claro que Marcos omitió lo que Lucas narrando explicó? Es decir, lo que Jesús les había dicho antes de que lo reconocieran, y cómo lo reconocieron en la fracción del pan, cuando ciertamente tan pronto como dijo que se les había aparecido en otra forma yendo a la aldea, inmediatamente añadió: "Y ellos, yendo, lo anunciaron a los demás, pero tampoco a ellos creyeron". Como si pudieran anunciar a quien no habían reconocido, o pudieran reconocer a quien se les había aparecido en otra forma. ¿Cómo, pues, lo reconocieron para poder anunciarlo, Marcos sin duda lo omitió? Esto debe ser recordado para que nos acostumbremos a advertir el modo de

los evangelistas, omitiendo lo que no mencionan, y uniendo lo que mencionan, para que no surja error en aquellos que no tienen experiencia en esta consideración, pensando que no concuerdan entre sí.

Finalmente, se apareció a los once mientras estaban sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado. ¿Cómo "finalmente", como si ya no lo hubieran visto más? Pues lo último es que los apóstoles vieron al Señor en la tierra cuando ascendió al cielo, lo cual sucedió el cuadragésimo día después de su resurrección. ¿Acaso entonces iba a reprocharles que no habían creído a los que lo habían visto resucitado, cuando ya ellos mismos lo habían visto tantas veces después de la resurrección? Debemos entender que después de muchas demostraciones suyas, en las que durante cuarenta días se presentó a sus discípulos, también finalmente se apareció a los once mientras estaban sentados a la mesa, es decir, en el mismo cuadragésimo día. Y como ya iba a ascender al cielo, quiso reprocharles especialmente ese día que no habían creído a los que lo habían visto resucitado antes de que ellos mismos lo vieran, cuando ciertamente después de su ascensión, al predicar ellos el Evangelio, las naciones que no lo habían visto iban a creer. Después de aquel reproche, dice el mismo Marcos:

Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado. ¿No debían ser primero reprendidos ellos, que iban a predicar esto, que el que no crea será condenado, cuando ciertamente no creerá lo que no ha visto? Pero cuando se les dice: Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura, ¿acaso el santo Evangelio debía ser predicado a cosas insensatas o a animales brutos, para que se diga a los discípulos: Predicad a toda criatura? Pero con el nombre de toda criatura, puede designarse toda nación de gentiles. Antes se había dicho: No vayáis por el camino de los gentiles; ahora se dice: Predicad a toda criatura, para que la predicación de los apóstoles, rechazada primero por Judea, entonces nos sirviera de ayuda, cuando aquella, en su soberbia, la rechazó para testimonio de su condenación. El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado. Tal vez cada uno diga para sí mismo: Yo ya he creído, seré salvo. Dice la verdad, si mantiene la fe con obras. Pues la verdadera fe es la que no contradice con las costumbres lo que dice con palabras. De ahí que Pablo diga de algunos falsos fieles: "Confiesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan" (Tit. I). Aquí Juan dice: "El que dice que conoce a Dios y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso" (I Juan II). Pero cuando se dice: "El que no crea, será condenado", ¿qué decimos aquí de los niños que por su edad aún no pueden creer? Pues de los mayores no hay cuestión. En la Iglesia, pues, los niños creen en el Salvador por otros, así como de otros trajeron los pecados que les son remitidos en el bautismo.

Signos como estos seguirán a los que crean: En mi nombre expulsarán demonios, hablarán nuevas lenguas, tomarán serpientes, y si bebieren algo mortífero, no les hará daño. Sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán. ¿Acaso porque no hacemos estos signos, no creemos? Pero estos fueron necesarios al inicio de la Iglesia. Pues para que la fe creciera, debía ser alimentada con milagros. Porque también nosotros, cuando plantamos árboles jóvenes, los regamos hasta que vemos que han echado raíces en la tierra. Pero una vez que han echado raíces, el riego cesa. Por eso Pablo dice: Las lenguas son un signo no para los creyentes, sino para los incrédulos (I Cor. XIV). ¿No tenemos de estos signos y virtudes que considerar más profundamente? La Santa Iglesia ciertamente hace espiritualmente cada día lo que entonces hacía corporalmente a través de los apóstoles. Pues sus sacerdotes, cuando imponen las manos a los creyentes por la gracia del exorcismo, y niegan que el espíritu

maligno habite en sus mentes, ¿qué otra cosa hacen sino expulsar demonios? Y los fieles que ya abandonan las palabras seculares de la vida antigua, y pronuncian los santos misterios, narran las alabanzas y el poder de su Creador tanto como pueden, ¿qué otra cosa hacen sino hablar en nuevas lenguas? Los que, con sus buenas exhortaciones, eliminan la maldad de los corazones ajenos, levantan serpientes. Y cuando escuchan persuasiones perniciosas, pero no son llevados a malas acciones, lo que beben es ciertamente mortífero, pero no les hará daño. Cada vez que ven a sus prójimos debilitados en buenas obras, y acuden a ellos con toda su fuerza, y con el ejemplo de su acción fortalecen la vida de aquellos que titubean en su propia acción, ¿qué otra cosa hacen sino imponer las manos sobre los enfermos para que sanen? Estos milagros son tanto mayores cuanto más espirituales son. Son tanto mayores cuanto que a través de ellos no se levantan cuerpos, sino almas.

Y el Señor Jesús, después de haberles hablado, fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios. Debemos considerar qué significa lo que dice Marcos: Se sentó a la derecha de Dios, y Esteban dice: Veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre de pie a la derecha de Dios (Hechos VII). ¿Qué significa que Marcos lo ve sentado, pero Esteban lo ve de pie? Sabemos que sentarse es propio del que juzga, y estar de pie es propio del que lucha o ayuda. Porque nuestro Redentor, habiendo sido llevado al cielo, ahora juzga todo, y al final vendrá como juez de todos, Marcos lo describe sentado después de la ascensión, porque después de la gloria de su ascensión será visto como juez al final. Pero Esteban, en medio de la lucha, lo vio de pie, porque lo tenía como ayudador. Porque para que él venciera la incredulidad de los perseguidores en la tierra, la gracia de él luchó desde el cielo. Sigue:

Ellos, partiendo, predicaron en todas partes, cooperando el Señor, y confirmando la palabra con los signos que la seguían. ¿Qué debemos considerar en esto, qué debemos recordar, sino que el mandato fue seguido por la obediencia, y la obediencia por los signos? Entre los cuales es notable que Marcos, cuanto más tarde comenzó su Evangelio en comparación con los demás, tanto más lo extendió escribiendo hasta tiempos más lejanos. Pues ni de la natividad del Señor ni de su precursor, ni de la infancia o niñez de ninguno de ellos menciona algo, ni escribe más profundamente sobre la natividad del Salvador, excepto que al inicio de su Evangelio lo llama hijo de Dios, comenzó desde el inicio de la predicación evangélica, que fue hecha por Juan: y narrando llegó hasta el tiempo en que los apóstoles diseminaron la palabra del mismo Evangelio por todo el mundo. Queda ciertamente una cuestión no menor, cómo el mismo evangelista escribió que el ángel dijo a las mujeres: Id, decid a sus discípulos y a Pedro que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo, y sin embargo no relata en ningún lugar de su Evangelio que el Señor fue visto por los discípulos después de esto. Y de hecho Mateo dice que los discípulos fueron a Galilea, y allí vieron y adoraron al Señor, y recibieron de él el mandato de ir, enseñar, bautizar a todas las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Sin embargo, al examinar las escrituras de otros evangelistas, se enseña que fue visto por los discípulos muchas veces antes: especialmente el mismo día de su resurrección en Jerusalén, y en el pueblo de Emaús. ¿Por qué, entonces, predijo especialmente que iría delante de ellos a Galilea, y que allí sería visto por los discípulos, cuando no fue visto allí solamente, ni allí primero? Veamos, pues, por qué misterio, según Mateo y Marcos, resucitado, mandó así: Iré delante de vosotros a Galilea, allí me veréis. Lo cual, aunque se cumplió, sin embargo se cumplió después de mucho tiempo, cuando el mandato fue tal (aunque sin prejuicio de necesidad) que se esperaba que esto solo, o esto primero, debía haberse hecho. Sin duda, pues, ya que esta es una voz no del evangelista narrando que así fue hecho, sino del ángel por mandato del Señor y del mismo Señor, del evangelista narrando, pero así como fue dicho por el ángel y por el Señor, debe ser

entendido como dicho proféticamente. Galilea, de hecho, se interpreta como transmigración o revelación. Primero, según el significado de transmigración, ¿qué otra cosa se entiende,

Iré delante de vosotros a Galilea, allí le veréis, como os dijo, sino que la gracia de Cristo iba a transmigrar del pueblo de Israel a las naciones, a quienes los apóstoles predicando el Evangelio de ningún modo serían creídos, a menos que el mismo Señor preparara el camino en los corazones de los hombres? Y esto entendemos: Iré delante de vosotros a Galilea. Pero lo que con alegría se maravillan, superadas y vencidas las dificultades, al abrirse para ellos la puerta en el Señor por la iluminación de los fieles, esto se entiende: allí le veréis, es decir, allí encontraréis sus miembros. Allí reconoceréis su cuerpo vivo en aquellos que os reciban. Según aquello que Galilea se interpreta como revelación, ya no debe entenderse en la forma de siervo, sino en aquella en la que es igual al Padre, la cual prometió a sus amados en Juan, cuando dijo: Yo le amaré, y me manifestaré a él (Juan XIV). No ciertamente según lo que ya veían, y lo que incluso resucitado con cicatrices no solo mostró para ser visto, sino también para ser tocado después: sino según aquella luz inefable, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo: según la cual brilla en las tinieblas, y las tinieblas no lo comprendieron (Ibid.). Allí nos precedió, de donde viniendo a nosotros no nos precedió, y a donde precediéndonos no nos abandonó. Esa será la revelación, como la verdadera Galilea, cuando seremos semejantes a él, allí le veremos tal como es. Esa será también la transmigración más bienaventurada de este mundo a aquella eternidad, si abrazamos sus preceptos de tal manera que merezcamos ser agregados a su derecha. Entonces los de la izquierda irán al fuego eterno, pero los justos a la vida eterna. De aquí allá transmigrarán, y allí le verán como no le ven los impíos. Porque el impío será quitado para que no vea la claridad del Señor, y los impíos no verán la luz. Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Ibid. XVII), como se le conoce en aquella eternidad, a donde llevará a los suyos a través de la forma de siervo, para que le contemplen libremente a través de la forma del Señor.